

Selecta

Olga Hermon



Muchas
mentiras
y unas
cuantas
verdades

Muchas mentiras y unas cuantas verdades

Olga Hermon

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

«Temo por mi vida y por la de mis hijos ¡Tú eres mi única salvación!».

Mientras hacía antesala en el aeropuerto, en un ir y venir enloquecedor que ya tenía mareado al resto de la concurrencia, en el cerebro de Helena, todavía retumbaban las palabras dichas por su hermana.

Apenas tenía dos horas de sueño cuando la despertó el timbre de su celular, que había olvidado silenciar después de una larga jornada de trabajo nocturno en el hospital donde prestaba sus servicios como enfermera titular del área de quirófanos.

Luego de muchos balbuceos a través de la línea, que lograron confundirla y alarmarla más, Helena accedió a trasladarse a Hidden City de inmediato. Serían tres horas de vuelo, pero era la ciudad más próxima a la que Margaret podía ir sin ausentarse demasiado de casa.

El viaje le pareció eterno sin que lograra poner orden a la conversación que en dos minutos puso su tranquila vida de cabeza.

—En mi casa no...

—Creo que me vigilan...

—Te estoy hablando de un teléfono público...

Todo parecía sacado de una película de espionaje, muy ajeno al estilo de vida de su hermana, por eso no lo dudó dos veces antes de embarcarse para ir en su auxilio.

Helena pidió en el hospital un permiso de dos días sin dar más detalles que motivos familiares; Margaret así lo había exigido, como también le dijo que compraría un celular de prepago que usaría para decirle el lugar donde se reunirían una vez llegara a la ciudad. Sería en uno de esos cafés de las afueras.

—¡Querido Dios!, te pido que cuides a mi hermana y a mis sobrinos; son mi única familia. — Helena miró al cielo, por la pequeña ventana de la nave, con los ojos empañados en lágrimas y con el estómago hecho un nudo de nervios.

Tiempo después...

—¡Margaret! —Helena solo movió los labios al llegar a la mesa donde se encontraba su hermana. En cuanto la vio venir, ella le hizo una señal de que guardara silencio.

Le costó trabajo reconocerla con los grandes lentes oscuros, que le cubrían medio rostro, y con la pañoleta que envolvía sus rubios cabellos.

—¡Helena, hermana!, qué bueno que estás aquí —susurró en su oído en tanto le daba un abrazo que hablaba por sí solo.

A pesar del camuflaje de la rubia, se notaba el contraste entre las dos chicas. Margaret era diez años más grande e hija del primer esposo de su madre. Alta, de tez canela y ojos verdes, era el vivo retrato de su padre.

En cambio, Helena era de estatura media; de larga melena negra como la noche; de tez tan blanca que, cuando vestía oscuro, la hacía parecer etérea, y de ojos color de la miel. Solo se tenían ellas dos y ahora estaban los niños de la mayor. Sus progenitores habían ido muriendo muy jóvenes. El padre de Margaret, de una enfermedad arrasadora, y los padres de Helena, en un trágico accidente de auto.

Por la diferencia de edad, fue poco lo que las mujeres habían logrado cohabitar como hermanas, aunque ahora de adultas, Helena se daba maña en época de vacaciones para alcanzar a su familia en la parte del mundo donde se encontrarán de paseo, para convivir con los niños; eran adorables y ella los amaba entrañablemente.

—¡Por favor!, dime de una vez qué es lo que está pasando, antes de que muera de preocupación —pidió en cuanto ambas estuvieron acomodadas en sus butacas.

—Desayunemos, primero. Seguro vienes con el estómago vacío. Durante el café te contaré toda la historia. —Cuando Margaret decidía algo, valía más no discutir.

Helena comió casi sin masticar; de igual forma no hubiera podido disfrutar del platillo. Su hermana apenas probó bocado; se notaba su esfuerzo en medio de un ambiente de paranoia, pues no dejaba de mirar a un lado y a otro.

—¿Un café con crema, como siempre? —preguntó amable cuando se acercaba la mesera.

—Sí, por favor —respondió Helena. Esa invitación la recibió con agrado; la bebida caliente le ayudaría a que terminara de bajar el alimento que sentía atorado en el esófago.

En cuanto estuvieron a solas...

—Hermana, mi matrimonio se ha convertido en una pesadilla. —Margaret la tomó dolorosamente de las manos, con mirada desesperada—. Alonso se ha vuelto un monstruo —confesó con las palabras atragantadas—. Mi vida, en un infierno, y tengo mucho miedo de que les pase algo a los niños. ¡Helenita, ya no soporto más! —agregó en un apurado susurro, antes de que el llanto silencioso le impidiera seguir hablando. Helena veía cómo corrían ríos de lágrimas por debajo del cristal oscuro de los lentes.

—¿Por qué no lo dejas? Divórciate de él —sugirió. Sin poder contenerse se sentó a su lado y la abrazó mientras le daba palabras de consuelo.

—No puedo. Me tiene amenazada con quitarme a los niños si lo hago —dijo entre sollozos.

—¡Cálmate, por favor! —No dijo nada más. De forma callada se dedicó a masajear sus manos, engarrotadas sobre la mesa. Cuando el ataque de pánico empezó a ceder, volvió a hablar—. ¿Qué le ha pasado al hombre «perfecto» con el que te casaste? —preguntó repitiendo sus mismas palabras de cuando lo había conocido.

—No lo sé, Helena. De un tiempo a esta parte, se empezó a comportar de forma extraña, violenta, con altibajos emocionales. Siempre celoso y neurasténico. Estoy cansada de sus maltratos físicos y emocionales —dijo mientras se tallaba los brazos—. Sospecho que anda con otras mujeres y que tiene problemas de alcohol y drogas.

—Hasta donde entiendo, esas son muy buenas razones para pedir el divorcio, hermana.

Con tamaña confesión, el lado profesional de Helena empezó a buscar indicios de las agresiones en la piel visible de su hermana.

—¡Claro! Si puedo comprobarlo, recuerda que Alonso es un hombre rico e influyente, y yo solo soy una pobre madre atemorizada por la amenaza bajo la que viven mis hijos —agregó con rabia contenida.

—¿Qué piensas hacer? ¿Cómo te puedo ayudar? —preguntó solícita.

—Hermana. —Margaret se tumbó las gafas, se aferró a sus manos con desesperación en tanto sus ojos la miraban con una súplica implícita—. Necesito que me ayudes a tenderle una trampa a Alonso. Debo obtener evidencias y todo lo necesario para llevarlo ante la corte y conseguir que las autoridades me concedan el divorcio y lo mantengan alejado de nosotros. —Mientras la presión de sus dedos aumentaba, el llanto fue coartando su habla hasta que esta terminó en un lamento incontrolable. De suerte que la mesa estaba situada en un apartado rincón.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó temerosa de lo que se avecinaba.

Helena apenas había visto a Alonso dos o tres veces: el día de la boda, de forma breve, pues su madre a duras penas le había podido conseguir en el internado un permiso limitado por estar en período de exámenes, y en el funeral de sus padres, en el que él había permanecido solo unos minutos. Recordaba cómo había terminado por llevarse a los niños, porque estaban demasiado pequeños para comportarse serios en un momento tan dramático. Entonces le había parecido un hombre amable, considerado y muy guapo y aunado a las conversaciones de su hermana; en su cabeza estaba la imagen del marido más responsable del mundo. Por motivos de trabajo, viajaba la mayor parte del año pero, cuando estaba en casa, se dedicaba en cuerpo y alma a los niños; aunque no eran de su sangre, se notaba que los amaba sinceramente.

—Como sabrás, en el país donde resido, está muy penado el adulterio, así que necesito que enamores a mi esposo hasta llevarlo a una situación «comprometedora» que nos dé las pruebas para que lo pongan tras las rejas. —Margaret habló de corrido, como alguien que tiene bien practicada la lección—. Estando ahí, será cosa de días para que sus otros delitos salgan a la luz y para que yo consiga el divorcio y la anulación de la patria potestad.

—¡Madre mía! ¿De dónde sacas que yo tendré agallas para hacer eso? Además, me puede reconocer... —dijo con angustia, mientras liberaba sus manos para llevárselas al pecho.

—Hermana, ustedes apenas se conocen. La única fotografía de familia que tengo en casa, en la que apareces tú, está tomada desde lejos en aquellas vacaciones que pasamos en la playa, cuatro años antes del accidente de nuestra madre... —Margaret la tomó de los hombros con firmeza—. Tú eres la única persona que me puede ayudar, la única en la que puedo confiar. Aún recuerdo

que, un año después de esas vacaciones, desafiaste a tu padre y a mamá al irte a estudiar a España «para sirvienta», como ellos decían. No te detuvo ni el hecho de que perdiste todo apoyo económico de ellos —concluyó con un gesto que denotaba orgullo—. Con tu belleza lograrás que el infiel de Alonso se fije en ti y, con tu fuerza de carácter, estoy segura de que podremos conseguir nuestro propósito. —Helena, temerosa del brillo fugaz de maldad que cruzó la verde mirada, bajó los párpados—. Hermana, solo tú nos puedes librar, a los niños y a mí, de vivir en la zozobra y peligro constantes.

—¿Y si tu esposo nos llega a descubrir? —preguntó como aceptando su intervención.

—Eso no sucederá. Como te dije, él jamás ha visto una foto tuya de adulta. Además, tú y yo no nos parecemos en nada, aunque sería bueno que usaras una peluca o te cortaras y te tiñeras el cabello y te adaptaras unos lentes de contacto en lugar de tus gafas. Por supuesto que tendrás que pedir un permiso de trabajo por uno o dos meses y cambiar de nombre y residencia. Llegado el momento crucial, estará un hombre de mi absoluta confianza, lo suficiente cerca de ti, para ayudarte con las evidencias y con la salida del país. Ya no podrás volver a casa. —Lo último lo agregó con innegable dolor.

—Parece que has pensado en todo... —Helena habló en tono desolado.

—Tengo meses planeándolo —comentó con frialdad—. El momento en que se conozcan, el método de seducción y la cita final, donde se le tomará el video en la cama. —Margot estaba tan concentrada en su narración que no se percataba de la mirada de terror en el rostro de su hermana.

—¿Tienes planeado que llegue hasta el sexo con tu esposo con tal de obtener esa prueba incriminatoria? ¿Y cómo quedaré yo?, ¿qué sucederá con mi nombre y mi reputación? —Había que agregar al terror la desilusión para Helena.

—¿Cómo se te ocurre semejante barbaridad, hermanita? Eso no será necesario para nada. Drogaremos a Alonso para que no sea un peligro, y después solo tendrás que actuar un poco la escena de pene... posesión. Tú entiendes, ¿no? —inquirió con gesto apenado—. La persona que me ayudará es un experto en este tipo de trabajos y colocará los equipos de forma tal que nunca se pueda revelar tu identidad.

—Sigue sonando muy arriesgado, Margui. —La voz de Helena se escuchó como la de la niña asustada del pasado, que tenía que mentir para tapar las escapadas nocturnas de su hermana.

—Helenita, ¡te suplico que me ayudes y confíes en mí! Hazlo por Ian y por Diego. Ellos no tienen la culpa de los errores de juicio de su madre, que creyó ver en Alonso a un buen hombre para sustituto de su padre.

Capítulo 2

Helena accedió a cooperar con su hermana. No pudo negarse ante argumentos tan fuertes como el bienestar de sus queridos sobrinos.

De regreso a casa, recordó su frase de despedida: «Espero que nunca tenga que arrepentirme de esto...». Sus propias palabras le sonaron a sentencia.

El plan arrancó, días después, una tarde de verano. Para esto ya había vendido su auto y su departamento, con muebles y todo. Sus efectos personales aguardaban en un apartado, en la espera de ser enviados a su nuevo hogar —por seguridad, aún no decidía su ubicación en el mapamundi—, una vez que estuviera instalada.

Helena entró a un elegante bar de la calle Encinos y se sentó en la mesa reservada con anticipación por Margaret. Justo frente a ella, estaba el diván, junto al ventanal que daba a la calle, donde se encontraba un hombre tras el periódico matutino. Seguro era Alonso. La elegancia de su vestimenta correspondía con la descripción de su hermana. Según le había contado, todos los jueves solía sentarse en el mismo lugar para hacer tiempo en lo que llegaban los amigos con los que departía un rato en el casino adjunto; claro, siempre que se encontraba en la ciudad.

—¿Espera a alguien más, señorita? —El atento mesero, que la ayudó con la silla, la obligó a centrarse en el diálogo previamente memorizado.

—Sí, a mi prometido —declaró con voz lo bastante alta para que escuchara su vecino de al lado.

—¿Desea que le traiga algo de beber mientras tanto?

—Sí, por favor. Un «ruso blanco». —Necesitaba con urgencia algo de alcohol para infundirse valor.

Cuando le llevaron el trago, on discreción se secó el sudor de las manos antes de degustar la bebida. Derramar el líquido o, peor aún, estrellar el vaso contra el piso no era parte del plan para llamar la atención del responsable de su presencia ahí.

Después de dos dosis de su bebida preferida, Helena se encontraba lo suficiente achispada para continuar con la trama. Dejó de fingir que leía una nota, que le acababa de llevar el mismo mesero, y empezó a llorar desconsolada. Tal como había dicho su hermana, Alonso bajó su

periódico y ahora la miraba; lo pudo constatar de reojo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Dios! ¡Cuánto dolor me has causado! —se lamentó abrazada al papel.

—¿La puedo ayudar en algo? —Se escuchó su voz de barítono—. Disculpe, ¿nos conocemos?

—¡Perdóneme! No he querido importarlo. —Helena se levantó *ipso facto*; la había reconocido. Solo quería salir corriendo del lugar.

Con urgencia sacó unos billetes de su bolso y se dispuso a salir, con tan mala suerte de que el tacón de su zapatilla se atoró con una esquina del mantel y fue a dar al regazo de él.

Lo miró con los ojos empañados por las lágrimas, esperando que hablara, aunque dudaba que lo pudiera escuchar con los ensordecedores latidos de su corazón.

Ahí estaba... Las fotos de las revistas de negocios no le hacían ningún favor. Lo rodeaba un aura de poder, de elegancia y de un algo que no podía describir, pero que lo mantenía ajeno y distante a pesar de su rostro de desconcierto. ¡Qué alivio! No la había reconocido.

—¡Lo siento mucho! Por favor, perdone mi torpeza —balbuceó al volver al guion. Lo cierto era, sin duda, su bochorno; el sonrojo no se podía fingir.

—¿Se encuentra usted bien? —Alonso la imitó poniéndose de pie. Se había interesado en ella.

El juego había iniciado de forma oficial, y la suerte decidiría quién sería el ganador.

—¡No! Siento que me falta el aire... Necesito salir de aquí —declaró aferrada a sus antebrazos.

—Permítame ayudarla —se ofreció de inmediato—. ¿Puede caminar? —Hasta su olfato llegó su dulce y picante aliento.

—Es muy amable —comentó Helena con tono acongojado. No debía olvidar que el sujeto atractivo y solícito, que ahora la socorría, era el mismo ser malvado que tenía amenazada la vida de sus seres queridos.

¡Dios! Qué difícil su empresa. Oscilaba entre el miedo y la fascinación, pero la función había empezado y ahora no podía dar marcha atrás; además, todo iba de acuerdo con lo planeado, como si su cuñado también se estuviera ciñendo al guion.

—¿Se siente mejor o prefiere que llamemos a alguien para que venga por usted? —Después de un tiempo, que consideró prudente, el sujeto le preguntó con tiento, sin soltarle el brazo; ella sostenía su frente en tono dramático.

Vaya desempeño del muy... Para ser un patán, se estaba comportando como todo un caballero.

—No tengo a nadie aquí —respondió Helena luego de una fuerte inspiración. Cuando lo miró a los ojos, un sollozo real se le escapó de los puros nervios.

Luego no fue difícil estallar en un llanto quedo, que cimbraba su figura con evidente aflicción. Eso era mucho mejor que hablar. Está demostrado que las lágrimas femeninas son capaces de penetrar hasta el corazón más duro.

Y Alonso no era la excepción. Con rostro acongojado envolvió los frágiles hombros con manos fuertes, como queriendo sosegar el temblor de la chica.

—Trate de calmarse y dígame cómo puedo ayudarla.

—Qué pena siento por estropearle el momento —dijo con voz atragantada—. Deténgame un taxi, por favor. Me iré a mi hotel —resolvió, con la dignidad de una reina, al tiempo que se enjugaba las lágrimas con dedos temblorosos.

—No lo puedo permitir —declaró Alonso con involuntaria vehemencia y con un rubor impropio en un hombre adulto—. Me gustaría llevarla personalmente —agregó una vez que se afinó la garganta. Al ver la expresión de duda en los ojos castaños, se apresuró a decir—: Le aseguro que mi único interés es ver que llegue con bien a su destino. —Con dedos firmes sostenía la barbilla para que constatará en su mirada la sinceridad de sus palabras—. Mi chofer nos acompañará —insistió ante el silencio de la chica.

—Muchas gracias, señor... —Con mirada triste extendió su mano temblorosa hacia él.

—Rivadeneira. Alonso Rivadeneira a sus pies —se presentó con sonrisa sincera.

«Si yo estoy resultando una buena actriz —se dijo Helena—, mi cuñado se lleva el Óscar a la mejor actuación. El muy canalla es un hombre encantador», pensó.

—El mío es Patricia Merino —declaró al tiempo que zafaba los dedos de la sujeción. No le gustó el sentimiento de bienestar que le despertó su contacto—. Gracias por tomarse tantas molestias con una desconocida, señor Rivadeneira. —Con su comentario estaba aceptando ir al siguiente nivel. Demasiado rápido para su precaria estabilidad emocional.

—Por favor, llámeme Alonso.

—Solo si usted me llama Patricia —invitó con sincera timidez.

Cada vez que lo miraba a los ojos, era como recibir un aviso con letras de neón que decía: «Ese atractivo hombre de mirada de cielo y sonrisa amable es un inmoral maltratador de seres indefensos que solo se está aprovechando de otra “víctima” para serle infiel a tu hermana». Nunca debía olvidar quién estaba detrás de ese disfraz.

Su cuñado hizo una llamada al móvil, y en segundos apareció un precioso Mercedes blanco junto a la acera. Con exquisitos modales la ayudó a subir al auto y le pidió el nombre del hotel para darle la instrucción a su chofer. Así fue como partieron al lugar donde tendría que efectuar el segundo acto de la noche, en el que se definiría si Alonso se quedaba enganchado de Patricia o si Margaret echaba mano de un plan B.

Helena se mantuvo callada en todo el trayecto, con la mirada clavada en la carta que tenía sobre su regazo. Con la facilidad de una actriz consumada, las lágrimas corrían por sus ojos sin parar. De vez en vez, Alonso oprimía la mano que tenía apoyada en el asiento, entre los dos.

El contacto, aunque breve, crispaba sus endebles nervios, y el delicioso aroma que desprendía su cuerpo no ayudaba a la causa. El hombre era elegante por naturaleza, y su fuerte personalidad era una combinación letal para cualquier chica que no conociera su alma negra. Eso lo tenía que tener presente a toda hora. «¿Por qué me estoy obsesionado con repetírmelo?», se preguntó ofuscada.

La verdad de las cosas, hubiera preferido que su cuñado fuera un hombre común y corriente, y no ese sujeto alto, de buena figura, piel clara, cabello negro y con esos ojos de un azul

impresionante. Su melena de risos gruesos y rebeldes, que insistían en salirse de su acomodo, era el único rasgo de su aspecto que rompía el molde de hombre serio y formal.

—Patricia... hemos llegado —le habló y rozó su mano para hacerla regresar de donde quisiera que el dolor la tenía cautiva.

—¡Oh, sí, sí! —respingó y se precipitó a la calle.

Su arrebatada acción no pudo ser más atinada, pues el estridente sonido de un claxon trasladó en dos zancadas al pálido hombre, que casi la arrastró hacia la seguridad de la acera.

—¡Por Dios, mujer!, ¿acaso quiere morir?

Helena no pudo responder; sus piernas empezaron a temblarle y sus rodillas se debilitaron. Perdió el conocimiento al tiempo que dos fuertes brazos la sostenían en el aire.

—¡Patricia! ¡Patricia! —gritó Alonso. El botones se acercó para auxiliarlo; levantó el bolso de la chica y su inseparable y estrujado papel antes de correr a abrir la puerta del hotel.

Por suerte para todos, en recepción se encontraba el médico de guardia, que pidió que la joven fuera llevada a su habitación. Ahí la volvió en sí y la hizo que se desahogara.

—Es bueno que la señorita Merino se quede acompañada de un amigo —dijo a Alonso apenas salir de la alcoba—. El drama sentimental que está viviendo... En fin —expresó guardándose sus comentarios—. Le he suministrado un sedante para que descanse; si al despertar se pone inquieta, le puede empezar a dar este calmante —concluyó al tiempo que le ofrecía una receta.

Luego de varias recomendaciones y de que le liquidaran sus servicios, el galeno se retiró y dejó a Alonso a solas con su «amiga». Él, aprovechando que por ahora dormía, bajó al *lobby* donde lo esperaba su chofer, al que le dio el encargo de conseguir el medicamento.

—¿Cómo sigue? —Tres horas después, Alonso escuchó el sonido de fricción de tela desde el sillón donde aguardaba.

—¡Qué pena! Sigue usted aquí... —susurró mientras se incorporaba en la cama para encender la lámpara de la mesita de noche. Tuvo buen cuidado de ocultar la satisfacción por su logro.

—No se preocupe —dijo y se acercó unos pasos—. Debe tomarse una de esas. —Le indicó el frasco bajo el halo de luz; junto a él había colocado un vaso con agua—. ¿Por qué no me dice cómo se siente? —insistió con amabilidad.

—Perdida. Ahora no sé qué hacer con mi vida ni a dónde ir. —Volvió el rostro de lado y dejó que lágrimas silenciosas corrieran libres.

—¿Por qué habla así? ¿Acaso no hay una familia esperando por usted en algún lado? O tal vez un novio o un esposo —sugirió.

—Estoy sola en el mundo. Hoy en la mañana dejé mi hogar, mi trabajo y a mi mejor amiga para seguir a un hombre. —Hizo una pausa y, por raro que pareciera, se sintió feliz de poder verlo a los ojos con la verdad en los suyos—. Él no se ha presentado a la cita; era en el bar. En su lugar me hizo llegar una carta donde rompió el compromiso conmigo. Se suponía que nos casaríamos a fin de mes y que empezaríamos una vida juntos aquí, en Ciudad Lieland. —Con mano temblorosa recuperó la nota y se la extendió para atestiguar sus palabras.

Helena notó la reticencia del hombre; tal vez lo había pensado mejor y no quería involucrarse. Entonces, ella hizo su magistral movida; literal, giró la cadera de lado, a sabiendas de que la abertura de la falda dejaría al descubierto sus bien formadas piernas hasta casi la ingle.

Con la mirada oscurecida, Alonso avanzó el paso que los separaba y tomó la carta, que leyó de corrido hasta el final. Luego de aclararse la garganta, la regresó a su dueña con gesto adusto.

—Siento mucho lo que le está pasando; me gustaría poder ayudarla, pero no sé cómo. —Seguía de pie junto a la cama, situación que Helena aprovechó para alcanzar su mano y apretarla con agradecimiento.

—Ya ha hecho suficiente por mí. Ahora solo quiero dormir y olvidar lo que me depara el mañana; con suerte, no tenga que lidiar con él —dijo cerrando los ojos por un momento. Luego de noches seguidas de insomnio, sintió con regocijo como su cuerpo levitaba sobre el colchón.

—¿Qué quiere decir con eso, Patricia? —Alonso exigió saber.

—No me haga caso... —Fue lo último que dijo antes de caer en un sueño profundo.

Capítulo 3

El sonido estridente del teléfono casi la mata del susto. Desorientada, Helena abrió los ojos con dificultad y trató de enfocar la carátula de su reloj de pulsera. Las manecillas marcaban las seis con treinta ¿de la tarde o de la mañana...? De la mañana: lo pudo constatar en su móvil al responder.

—Diga.

—Hermana, no me hablaste anoche. ¿Todo salió como lo planeado? —susurró la imperante voz del otro lado de la línea.

—Perdona, me fui a la cama temprano. Todo va bien. —«Supongo», le hubiera gustado agregar.

—¿Alonso está contigo? —El tono de Margaret era osco y se podría decir que hasta molesto.

—¿Cómo crees? —respondió con asombro.

—Es que no vino a dormir. Espero que no se haya ido de viaje, no me gustaría que esto se alargue más de la cuenta. —Luego de un fuerte suspiro, preguntó—: ¿Quedaron en algo?

—La verdad, no. Aunque creo que se fue algo preocupado por Patricia —respondió sin entrar en detalles del acontecimiento del día anterior, en las afueras del hotel.

—Excelente. —Su tono sonó más amistoso—. Entonces, prepárate, Lena. Alonso está en su fase de conquistador y no debe tardar en buscarte para hacerla de «caballero andante». —Helena casi pudo ver su característico gesto de sarcasmo al entrecomillar las palabras en el aire.

—Si tu esposo mordió el anzuelo, lo que sigue es pan comido, ¿no? —dijo con fingido optimismo—. Yo te llamaré en cuanto aparezca en escena.

—Eso espero. Suerte entonces, hermanita.

Helena se quedó un rato mirando al vacío, deseando con el alma que Alonso no volviera a buscarla. Le atormentaba estar metida en ese juego de justiciera; ella, que jamás le había hecho un mal a nadie, menos con toda conciencia. Ni siquiera se atrevió a explicarle a Betty, su amiga desde la preparatoria, en qué andaba metida. Solo sabía que estaría desconectada por algunos meses, que ella se reportaría.

Invadida por la zozobra y la ansiedad, pensó en seguir durmiendo el resto de la mañana, aunque para eso necesitaría la siguiente dosis de las pastillitas mágicas.

—¡Alonso...! —Ni en sueños Helena encontraba alivio.

—¡Patricia! ¿Qué ha hecho? ¿Cuántas pastillas se tomó? —Escuchó su voz apremiante. «¿Por qué me llamó Patricia?», se preguntó confundida.

No tuvo mucho tiempo para responderse, de inmediato fue elevada por los aires y empezó a flotar. Como entre brumas, vio pasar objetos que no le eran del todo desconocidos. De pronto, la cama de nube desembocó en lluvia que le caía a chorros sobre la cabeza.

—¡Por favor, sáquenme de aquí! —suplicó mientras se manoteaba el agua del rostro que no la dejaba respirar.

—Hasta que estés bien despierta y vuelvas el estómago —respondió la voz de Alonso y la hizo tragar más agua.

Obediente, apenas alcanzó a girar el rostro para vaciar el estómago en el piso de la bañera; ahora lo veía con claridad. Cuando sus dientes empezaron a castañear sin control, sus pies hicieron contacto con el mármol seco del otro lado, y fue envuelta en una grande y mullida toalla. Unas manos la secaron con fruición y sus piernas se debilitaron; de nueva cuenta sintió que flotaba, aunque ahora sabía que Alonso la sostenía en sus brazos y la llevaba al sofá, donde se sentó con ella en su regazo.

—¡Tranquila! ¡Ya pasó todo! Mañana será otro día... —aseguró al tiempo que la mecía como a una criatura pequeña.

Despierta y con los sentidos al cien, sumó dos más dos, y el resultado le dio que su cuñado creía que la había rescatado de la muerte. Aunque también fue consciente del roce casi íntimo de sus cuerpos y de su agitado aliento, que abanicaba en su rostro. ¿Cómo diantres iba a ganar la guerra si en la primera batalla ya estaba siendo desarmada por un tipo considerado y paciente que solo había tenido atenciones para ella, aún sin conocerla? Tratar de ubicarlo como a su malvado cuñado le estaba costando un esfuerzo sobrehumano.

Pero, como una maldición, el momento esperado se presentó, y Helena lo identificó con la gráfica reacción de Alonso, que miraba su delgado camisón, pegado a sus montes y valles como un sensual velo. Solo tuvo que levantar el rostro, en una clara invitación, para que probara de sus labios entreabiertos.

No pudo con la tentación. El desarmado hombre tomó la boca con voracidad, mientras su mano inquieta iba y venía de los exaltados pechos a las caderas, donde ejercía presión para aliviar su entrepierna.

En la vida la habían besado así... Helena dejó la actuación para dedicarse a disfrutar de la experiencia con todo su ser. Los labios de Alonso resbalaban por su boca con ternura y delicadeza inusitadas, para en momentos volverse fuego arrasador cuando su lengua entraba para degustar la suya. Los dientes perfectos mordisqueaban en la justa medida de dolor que no quiere dejar de sentir. La mano que sostenía su nuca movía su cabeza a conveniencia; la otra torturaba su piel de forma deliciosa. Eran las caricias de un hombre en toda la extensión de la palabra; canalla o no, sabía lo que hacía y cómo lo hacía, acostumbrado a seducir y enamorar chicas como su hermana y ella.

—¡Dios! ¡Perdóname! —Al escuchar su gemido lánguido, Alonso levantó el rostro y retiró con brusquedad la mano que amasaba su pecho como un demente—. Lo siento mucho. Esto no debió

sucedier.

En verdad consternada, Helena se corrió al asiento contiguo mientras se cubría el cuerpo con la toalla.

—No te disculpes; yo también soy responsable —dijo sincera por completo. Eso nunca debió suceder así, por lo menos de su parte.

—Será mejor que me retire —declaró al tiempo que se erguía. Al instante, un charco de agua se formó bajo sus pies.

—Creo que no es buena idea. —Helena sonrió traviesa y él arrugó la frente—. ¿Qué te parece si primero pedimos a servicio de habitación que vengan por tu ropa para que la sequen? En el baño creo haber visto un albornoz de tu talla —añadió.

Mientras Alonso hacía lo suyo, Helena tuvo tiempo de analizar los momentos pasados, intrigada ante la reacción del hombre, que no correspondía con lo dicho por su hermana. Rechazarla, tal vez, era parte de su estrategia, o de plano ella no le gustaba para nada. La idea le disgustó más de lo que se atrevía a aceptar.

—El empleado me informó que no tardarán más de quince minutos —compartió brevemente en cuanto lo vio aparecer en el cuarto envuelto en la bata blanca, que dejaba a la vista sus increíbles piernas.

—Gracias, Patricia. —Alonso sujetó su brazo por unos segundos cuando ella, toda triste y cabizbaja, pasó por su lado hacia el baño-vestidor. Si la lujuria no iba a funcionar, la lástima tendría que servir.

—Es lo menos que puedo hacer. Prácticamente yo te metí en este embrollo. —Dejó escapar un sollozo y corrió hacia la puerta, que cerró tras de sí.

En el cuarto se entretuvo lo necesario para darle tiempo a Alonso de arreglarse; luego volvió a su lado enfundada en un vestido de corte sencillo, color marfil, entallado a sus caderas como una segunda piel. Calzaba sandalias del mismo tono, de tacón medio, y se había maquillado apenas para no tapar sus ojeras.

Alonso lucía impecable; de seguro su fino traje era de alguna fibra noble, de esas que no encogen. Vestía de azul cielo y camisa blanca sin corbata. Los dos se miraron fijamente a los ojos, sin atreverse a ser el primero en hablar.

—¿Te encuentras bien?

—¿Te sientes mejor?

Dijeron a coro.

—Supongo que sí, ¿y tú? —respondió Helena con mirada lánguida, volviendo a la actuación.

—Bien... ¿Te gustaría acompañarme a desayunar? —invitó como si se le hubiera escapado de los labios.

Capítulo 4

En silencio, Helena y Alonso se dirigieron al área de estacionamiento, en el sótano del hotel. La chica contuvo su reacción cuando llegaron junto a un precioso auto deportivo, azul eléctrico. Esta vez no habría chofer.

Sentados en los confortables asientos de piel beis, hablaron de trivialidades, ambos esforzados en ignorar los momentos de pasión compartida.

—Alonso... —Helena inició haciendo una pausa para preparar el ambiente—. Siento mucho haberte preocupado—. Cuando miró su rostro de confusión, aclaró—: Cuando llegaste en la mañana.

—Creí que estabas...

—Lo sé —interrumpió—. Yo solo quería seguir durmiendo para no hacerle frente a los problemas. No aún. —Lo miró con gesto de dolor, pero luego volvió el rostro hacia su ventanilla. Casi se felicita cuando sintió la tibieza de la fuerte mano que apretó la suya con brevedad.

—¿Qué piensas hacer? —Su cuñado hizo la pregunta esperada.

—Como no hay nada que me ate a otro lugar, probaré suerte aquí. Si regreso a Montemayor, no creo estar preparada para encontrarme con Josué y con la mujer que pronto será su esposa —aclaró con el escozor de la traición dibujada en los ojos.

—¿A qué te dedicabas allá? —preguntó para cambiar de tema.

—Trabajaba como enfermera titular en el área de quirófanos.

—Pareces muy joven —dijo casi sin pensar.

—Tengo veintiuno. Hice cursos de verano para conseguir mi título en menos tiempo. Ese era el requisito para poder casarnos —añadió para darle más veracidad a la historia.

—Si necesitas ayuda económica...

—Eso no será necesario, gracias —lo interrumpió deseosa de compartir una verdad—. Mis padres me dejaron asegurada al morir.

—¿Cuánto hace de eso? —se interesó mirándola apenas.

—Un año. —Helena respiró profundo antes de continuar—. En un accidente de auto. Murieron instantáneamente —dijo sin dar más detalles. Alonso seguro recordaba los pormenores del choque múltiple en el que habían estado involucrados sus suegros.

—Lo siento mucho, Patricia. —Perdida en el recuerdo de sus padres, se sobresaltó al escuchar

el nombre, que de pronto le resultó extraño. Debía de mantenerse alerta si no quería cometer un error garrafal.

—Gracias, Alonso, pero ahora basta de hablar de mí; quiero que me cuentes de tu vida —invitó cuidándose de no escucharse muy interesada. Ahora sabría en qué punto de su encomienda se encontraba.

—Patricia, soy un hombre comprometido. Hace tres años me casé con una viuda madre de dos niños, a los que quiero como si fueran mis propios hijos.

Si no hubiera sabido la clase de alimaña que era, hubiera caído con su confesión y su cara de bueno. Seguro que esa era la clave que usaba con las víctimas inocentes porque, para las mujeres sin escrúpulos, solo se necesitaba su imponente presencia y su billetera.

—Entiendo —expresó con ganas de tener un espejo para poder ver si hacía el gesto apropiado.

—Patricia, a riesgo de que no me lo creas, quiero decirte que no acostumbro a ir por la vida seduciendo jovencitas, mucho menos en tus circunstancias. Realmente respeto mi matrimonio, aunque ahora mi esposa y yo estemos pasando... No importa —concluyó, en apariencia, arrepentido de su indiscreción.

«¿No me digas, papito? ¡Falso! ¡Mentiroso! ¡Hipócrita!», gritó Helena para sus adentros.

—Alonso, me siento fatal. Debes pensar que soy una *casquifloja*, pero en verdad te aseguro que hasta ayer Joel lo era todo para mí. —Aprovechando que su cuñado maniobraba para estacionar el vehículo, hizo otra pausa—. Lo que sucedió esta mañana no lo buscamos ni tu ni yo; solo fue un momento de confusión —continuó con rostro angelical—. Te propongo que olvidemos lo sucedido y empecemos de nuevo. —Con una sonrisa radiante, extendió su mano y él la tomó de inmediato.

—Acepto y me comprometo a cuidar de ti como si fueras mi hermana pequeña —dijo y le dio un tierno beso en los nudillos.

«Este tío definitivamente herró su profesión», se dijo Helena sin apartar la mirada de la azul. A su mente llegaron las palabras de su hermana: «El muy maldito es un empresario astuto y sagaz, produce dinero hasta debajo de las piedras».

—Gracias, hermanote. —Ambos se echaron a reír y el ambiente se volvió más ligero.

Sin poder evitarlo, Helena disfrutó del desayuno, que Alonso supo llevar por caminos seguros y por demás amenos; más de una vez se descubrió riendo ante sus anécdotas de viaje. En definitiva, era un hombre inteligente, divertido, culto, guapo y buen actor. Pero todos los adjetivos, menos buen actor y pillo, los debía descartar.

—Y bien, ¿cómo te fue?

—Margaret... supongo que bien. —De nuevo su hermana se le había adelantado con la llamada informativa. Como si tuviera radar localizador, el teléfono timbró apenas regresar a su habitación —. Alonso me ha adoptado como su hermana menor y me ha ofrecido su ayuda para establecerme aquí; más tarde volverá para ir a buscar departamento y mañana hará dos o tres llamadas para

recomendarme con amigos y contactos que tiene en algunas clínicas.

—¡Qué astuto mi querido esposo! —«¿Son sus nervios, o su tono es de molestia?», se preguntó Helena—. ¡Felicidades, Lena!

—Felicítate tú, hermana. Sin tu proyecto tan bien planeado, no sería así —le recordó con sutileza.

No permitiría que Margaret la hiciera sentir incómoda por el «éxito» de la empresa, aún a pesar de haber disfrutado del apasionado beso de Alonso como una loca.

—En definitiva, es conveniente para la causa que esto acabe pronto —declaró casi como un clamor al cielo.

A media tarde, Alonso estaba de vuelta en el hotel para llevarla en busca de un departamento no muy grande y amueblado, según sus propias palabras. Las horas se fueron volando; sin embargo, no tuvieron suerte con el plan, por lo menos no con ese, pero el de Margaret avanzaba a pasos agigantados. Y es que para ella era de lo más sencillo tratar con su cuñado o, mejor dicho, con el hombre por el que se hacía pasar. Según sus estándares, si Alonso fuera genuino, sería el hombre perfecto.

Para mediados de semana, y después de verse de diario, aparecieron para Helena una oportunidad de empleo inmejorable y el departamento ideal; todo en medio de lo que parecía ser una increíble relación de amistad con el hombre, que había otorgado un oportuno permiso de viaje a su hermana y a los niños.

—Alonso, me gustaría ahora ser yo quien te invite a cenar. Tienes que celebrar conmigo mi nuevo hogar y que mañana empiezo en el hospital. —Helena improvisó cuando lo vio poner su maleta en el quicio de la puerta, sin intención de entrar.

—Me encantaría, preciosa, pero debo llegar temprano a casa. Ha vuelto mi familia —informó con una sonrisa de disculpa.

Para Helena fue como un baño de agua fría enterarse del regreso de Margaret por el «perverso» marido. ¿Por qué había cambiado de idea? Se suponía que lo había convencido para que la dejar ir a cuidar a su hermana, o sea ella, que se encontraba delicada de salud.

El caso es que se pasó el día siguiente y el viernes sin saber nada de su familia ni de Alonso. Para el sábado a mediodía, estaba que se paraba de pestañas de la preocupación. Por más llamadas y mensajes que le enviaba a su hermana, no conseguía que le respondiera.

—¿Helena?

—Margui, por fin apareces —intervino al tiempo que daba gracias al cielo.

—Tenemos que vernos —declaró con voz atormentada.

—Por supuesto —se apresuró en responder—. ¿Dónde y a qué hora? —preguntó al echarle un

vistazo a su reloj de pulsera. Estaba a quince minutos de que terminara su curso de capacitación.

Capítulo 5

Para cuando Helena llegó al lugar de la cita, encontró a su hermana sentada en la mesa del fondo de un café, que seguro no estaba en la guía telefónica. Lo de menos era lo sencillo de su mobiliario; el detalle estaba en sus comensales, como sacados de una película de gánsteres.

—Hola, hermana. —Se sentó a su lado y la abrazó con efusión, aliviada de verla, pero su gusto se convirtió en alarma cuando la escuchó quejarse adolorida—. ¿Qué te pasa?

—Alonso —respondió con fatalidad—. Luego de hacerme regresar con amenazas, me mantuvo encerrada en casa.

Margaret llevaba una pañoleta sobre la cabeza y gafas oscuras que le cubrían medio rostro. A Helena no le extrañó el atuendo; era similar al de la vez pasada. Lo que no se esperó fue ver sus ojos amoratados cuando se los descubrió.

—¡Santo Dios! ¿Tienes más golpes? —Se esforzó por centrarse en lo urgente.

Ante su insistencia, terminó por mostrarle los cardenales en brazos y en cuello.

—¡Madre mía! ¿Cómo es posible que se comporte así? Es un animal... —Sus palabras estaban cargadas de rabia.

—No te angusties demasiado, Helenita. Solo de recordar que ya falta poco para que mi pesadilla termine, me siento con fuerzas para aguantar lo que venga, siempre y cuando no se revierta contra mis hijos.

Margaret permitió que gruesas lágrimas surcaran su rostro lastimado, pero se las sacudió decidida, como toda una guerrera. Helena se sentía terrible; pensar que, en los días pasados, se había sentido tan cómoda en compañía del desgraciado que la torturaba ¡Maldito! ¡Maldito...!

—Es necesario que te revise un médico. Debemos descartar alguna hemorragia interna o fractura.

—¡NO! Eso no es posible —gritó exaltada.

—¿Por qué? En el hospital quedará asentado el ataque, y Alonso tendrá que dar cuentas a las autoridades.

—¿Se te olvida que me tiene amenazada con quitarme a los niños si lo denuncio? Él es un hombre rico e influyente; en un tronar de dedos, sus amigos lo dejan limpio de toda culpa y a mí me dejan sin hijos, hermana. ¡Por favor, sigamos con el plan! —suplicó con vehemencia, mientras apretaba sus manos hasta cortarle la circulación.

—¿Cómo es posible que pese más una prueba de adulterio que la evidencia física de su maltrato? —preguntó Helena en tono desesperado.

—Aunque parezca mentira, Lena, así son las leyes en este país —se lamentó.

—Viven en el pasado. Vayámonos lejos de aquí, Margui. Yo permaneceré contigo para ayudarte a criar a los niños y...

—A donde quiera que vaya, me encontrará, y entonces ya no va a ser necesario pelear por ellos porque me descuartizará viva.

—¡No digas eso...! —Su rostro había palidecido de solo imaginar la escena.

Helena inició una nueva semana trabajando como jefa de enfermeras en el área de urgencias del Hospital Central, que no era cualquier cosa, pues era el más importante y grande de la ciudad y daba servicio a toda la región. Para colmo, toda la mañana estuvieron recibiendo a los heridos más graves del accidente ferroviario que había habido en el estado vecino. Fue tal la actividad que no tuvo tiempo ni de pensar en sus problemas o, más bien, en los de su hermana. A su mente acudió el rostro apuesto del canalla de su esposo cuando abría el *locker* para tomar su móvil, que justo en ese momento empezó a vibrar, como si lo hubiera invocado.

—Helena —dijo la voz profunda del otro lado de la línea.

—Hola, perdido. Pensé que te habían raptado los alienígenas —bromeó con los dientes apretados mientras caminaba por el pasillo rumbo a la salida.

—Estuve fuera de la ciudad por trabajo. —«¡Maldito hipócrita!», quiso gritar Helena, pero... —. Te veo cansada. —Su comentario la detuvo de echar a perder todo.

—Sí. Tuve un día fa... ¿Cómo lo sabes? —preguntó al caer en la cuenta de sus palabras.

—Hola, bonita —dijo una voz divertida a su oído.

—¡Alonso! Qué sorpresa... —Se detuvo *ipso facto* y buscó su rostro. Verlo tan bello y saleroso, sonriéndole como si nada, le dieron ganas de agarrarlo a bofetadas—. No te esperaba. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

—Lo imagino, pero no sería un buen hermano mayor si ignora el hecho de que, a estas horas, debes estar molida e incapaz de mover los pies para trasladarte a tu departamento. Además, quiero resarcir la descortesía de no haber aceptado tu invitación a cenar y también el hecho de no llamarte en estos días.

«¡Maldito cretino golpeador de mujeres!»: eso era lo único en lo que Helena podía pensar.

—¿Y cómo sabes que me encuentro aniquilada y sin fuerzas? —preguntó con la idea de que las enfermeras eran su especialidad.

—El doctor Cázares.

—El director del hospital... —dijo asombrada—. ¿Él es el responsable de que ahora labore aquí?

—Ese es el sujeto. ¿Qué te pareció?

—Es uno de los pocos profesionales que se merece el puesto que ocupa —habló sincera, aunque el hombre no perdía el tiempo; el muy descarado la coqueteó abiertamente en cuanto se la encontró a solas—. «Dios los hace y ellos se juntan», recitó con doble intención.

—Supongo que es un cumplido... —Una gran sonrisa de niño complacido apareció en su rostro.

—Definitivo —respondió con un suspiro, deseosa de terminar con el tema y el día.

—Entonces que ¿aceptas mi invitación a cenar? —insistió a orillas de la acera, mientras la noche los envolvía con su frescura y su aroma a primavera.

—¿Por qué no lo dejamos para otro día? Prefiero irme a la cama sin cenar, en verdad —confesó débil. Algo le decía que este no era un buen día para interactuar con el enemigo, se sentía especialmente vulnerable y un poco bélica.

—No lo creo... Estoy seguro de que no has probado bocado desde el mediodía. De camino a tu departamento, hay un excelente lugar de comida china para llevar. —«¡Descarado!, quien no lo conozca que lo compre», pensó con enojo creciente.

—Está bien, pero me preocupa que, por estar conmigo, puedas tener problemas en casa —dijo mientras se subía al hermoso deportivo azul eléctrico.

—Allá nadie me espera —se lamentó Alonso antes de cerrar la puerta del copiloto.

Ahí estaba. La actitud del pobre esposo incomprendido. Magnífico: las cosas iban viento en popa. Otra estimuladita de parte de ella, y pronto lo tendría en la cama bajo el lente de la cámara.

Resignada, Helena agradeció al hombre. Cuando a su olfato llegó el aroma del arroz frito y del *chop suey*, su estómago empezó a protestar exigiéndole que lo alimentara.

En cuanto llegaron a su departamento, ubicado en el tercer piso de un edificio en una zona residencial de la ciudad, encendió el televisor e invitó a Alonso a sentarse en la sala mientras ella ponía la mesa y preparaba té de limón en una jarra a medias de hielo. Ya todo dispuesto, su cuñado se ofreció a servir la cena antes de tomar asiento junto a ella. El hombre se había quedado corto; la comida estaba deliciosa.

—¿Qué? ¿No piensas cenar? ¿Por qué me miras así? —preguntó intrigada.

—No te vayas a ofender, pero nunca había visto a una chica devorar la comida; todas las mujeres que conozco no comen por cuidar la línea.

¡Vaya con el tipo! No tenía empacho en presumir de sus aventuras. Pobre de su hermana...

—Desafortunadas mujeres las tuyas —dijo tendenciosa—. Yo no me tengo que preocupar por eso. —«Cuidado, Helena, estás dejando traslucir tu rabia», se regañó.

—No he dicho que fueran mías —aclaró sin dejar de sonreír.

¿Que lo divertía tanto? Su sonrisa perfecta continuaba ahí, como si hubiera recordado algún chiste gracioso; ya le borraría ella esa encantadora expresión que lo hacía lucir más atractivo y enigmático.

—Un buen hermano, además de alimentar a su hermanita, le da un reconfortante masaje en su pobre espalda adolorida —propuso y dio el primer paso. Literal, estaba de pie tras su silla, con las manos sobre sus hombros, inclinada hacia él.

—No creo ser el indicado para eso —parpadeó mirándola de soslayo.

—Y yo digo que sí, anda... —dijo mientras lo arrastraba del brazo hacia el sofá—. Siénteme el cuello; mis músculos están rígidos. —Lo invitó moviéndole una rodilla para sentarse entre sus piernas—. Aquí, ¿lo puedes ver? —Como tardaba la respuesta, tomó una de sus manos y se la puso en la zona en cuestión.

Capítulo 6

Una verdad indiscutible eran los gemidos placenteros que la garganta de Helena emitía, de forma involuntaria, al sentir los dedos de Alonso moviéndose con lentitud y firmeza, primero, en su agarrotado cuello y, luego, en sus hombros y su espalda. Poco a poco su cuerpo fue perdiendo fuerzas, entrando en una especie de letargo que la orilló a buscar el apoyo del fuerte pecho, donde se acurrucó con los párpados abajo. Como en sueños, sintió sus labios en la cabeza y sus manos subir y bajar por sus brazos en una suave caricia.

—¡Mmm! Así se debe sentir estar en el paraíso —suspiró mientras se acomodaba de lado, adormecida por el rítmico latir del corazón enemigo. Como un latigazo llegó el recuerdo de su hermana, y se sacudió en su cabeza la inoportuna modorra. Alzó el rostro y entreabrió los ojos para fijarlos en el oscurecido azul de los suyos.

Por unos segundos las miradas se sostuvieron diciéndose mucho; luego, fue inevitable que las bocas se juntaran y se mezclaran alientos, esencias y deseos. Unos, anhelando la posesión, y otros, la venganza.

De pronto, Helena se encontró sentada en el regazo de Alonso, situación que de inmediato aprovechó para acariciar a sus anchas su firme cuerpo. Con regocijo escuchó sus roncós jadeos y sintió la dureza de su entrepierna. «Casi es mío —se dijo entusiasmada—. ¡No sientas, Helena!, solo piensa, piensa», se repetía para obligarse a que prevaleciera la razón y no abandonarse a la pasión.

—¡No, Patricia! Esto no debe ser... ¡Perdóname! —Visiblemente turbado, Alonso la acomodó a un lado y se puso de pie. Su mirada no se apartaba de ella mientras iba de un lado a otro de la pequeña habitación—. No sé qué me sucede contigo que no puedo mantener mis manos alejadas de ti. Es mejor que me vaya —declaró molesto y se dirigió a la puerta.

Helena observó confundida como él y su gran erección se alejaban sin haber conseguido su declaración de amor. ¡Maldito, melodramático! ¿Qué diablos quería además de su cuerpo? ¿Su alma...?

—¡No te vayas, Alonso! No así —rogó con rostro largo, al tiempo que se colgaba de su brazo—. Hablemos un poco de esto que nos está pasando. Porque te confieso que yo siento lo mismo. —Logró que volviera al sofá y ella también se sentó, pero ahora frente a él.

—Patricia, ¿estás de acuerdo conmigo con que solo amistad puede haber entre nosotros? —

Sentado, con los antebrazos apoyados en las rodillas y con las manos entrelazadas, que colgaban entre ellas, Alonso era la viva imagen del hombre que se debate entre la lealtad y la carne.

Definitivo: no la llevaría a la cama hasta que la tuviera rendida a sus pies. El muy cretino no solo gozaba entre las piernas de cuanta mujer se le ponía enfrente, sino que las quería enamoradas de él. ¿Qué clase de enfermo narcisista era?

—Sí. Tú estás comprometido y yo no he olvidado a Josué —convino con cara de niña arrepentida, pero alcanzó a ver una chispa de desilusión en los ojos de él. «¡Magistral! Debería ser guionista de historias de encuentros y desencuentros», se dijo con rabia—. Alonso, no quiero perderte como amigo —le dijo decidida a seguirle el juego. ¿Qué otra cosa le quedaba?—. Eres el único hombre con el que estoy cómoda y segura a pesar de estos momentos de debilidad. Nunca había sentido lo que es no ser perseguida y acosada por un pseudoamigo. —De nuevo se sorprendió siendo sincera con el enemigo.

Conmovido, su cuñado bajó el escudo protector y le sonrió antes de ponerse de pie para sentarse a su lado.

—Yo también aprecio mucho tu amistad, Patricia; a mí tampoco se me ha dado a manos llenas, o tal vez sea que no he sabido cultivar y atender a los amigos. Mi tiempo libre solía repartirlo entre el trabajo y los niños hasta que te conocí —confesó al tiempo que tomaba sus manos.

Minutos después, mientras Helena sorbía con la almohada las lágrimas absurdas que se empeñaron en aparecer, recordaba cómo se habían despedido Alonso y ella: haciendo un nuevo pacto de amistad. Se sentía agotada anímicamente. Por más que se esforzaba por ayudar a su hermana, su yo se revelaba.

A pesar de sus reservas, continuó viendo a su cuñado; Margaret no daba tregua. Casi de diario comían juntos o se citaban para cenar, y todo el tiempo se enviaban mensajes, pero no pasaba de ahí. Así transcurrió un largo mes en el que se tuvo que valer de cualquier pretexto para llevar a cabo las tretas que su hermana le indicaba, como el rose de sus manos, susurros al oído, ropa sexi, largos abrazos de despedida, besos accidentales en la comisura de los labios, miradas sensuales, tropezones casuales, y demás. En un universo alterno, estaba viviendo el maravilloso idilio de la limeranza con Alonso.

—Te voy a extrañar, hermanito. —Tantas verdades iban a terminar por enredarla.

—Y yo a ti, preciosa —respondió Alonso mientras dejaba caer el brazo sobre sus hombros de camino a la puerta.

—¿Comemos a tu regreso? —preguntó con el rostro vuelto hacia él.

—Me encanta la idea; pasaré a buscarte al hospital el viernes, a las dos, para que regreses a tiempo.

—Ese día trabajaré corrido y estaré libre a partir de las tres —dijo sacándose de la manga. Era hora de terminar con el enamoramiento y pasar al siguiente nivel.

—Mejor aún, así podremos disfrutar de una excelente comida sin prisas, y me pondrás al corriente de todo lo que te suceda en mi ausencia. —Muy de mañana Alonso saldría de viaje de negocios y estaría ausente cuatro días.

Para Helena, el resto de la semana fue agotadora, pero eso no le impidió, a pesar suyo, extrañar a su cuñado. No era normal ni sana esa confusión de sentimientos cada vez que Alonso Rivadeneira le venía a la mente.

Conforme se acercaba la hora, los nervios por su regreso estaban haciendo presa de ella, con todo y que hablaban por teléfono largo y tendido antes de acostarse. Tal vez era debido a la cantidad de confidencias que habían intercambiado. Alonso por fin le había confesado que, desde hacía un año, su matrimonio era un caos, y ella había entreverado mentiras con verdades, unas que no debía olvidar.

Debido al significativo salto que había dado la «relación», sería una tontería no preparar todo para que la cita del viernes fuera «el gran día».

Con un extraño pesar, Helena hizo la llamada en la que ya no habría marcha atrás.

—Hola, Margaret.

—Lena. Si no fuera por las continuas ausencias de mi maridito, pensaría que habías abandonado la causa.

Ahí estaba la actitud sarcástica y un tanto celosa de su hermana. ¿O tal vez era su conciencia porque no se sentía del todo leal?

—Este viernes pasaremos la tarde juntos. Creo que ha llegado la hora —agregó omitiendo los hechos que la llevaron a esa conclusión.

—Le avisaré a mi hombre de confianza para que esté preparado. Te enviaré su contacto a tu celular. Tienes que mantenerlo informado de cada paso que des. Es crucial que estén coordinados en todo momento —aclaró en tono frío y calculador.

—Nada me hará más feliz que finalizar esta farsa que me quita la tranquilidad y el sueño.

—Lo sé, Helenita, y siempre te estaré agradecida. Cuando todo termine, mis hijos y yo te deberemos hasta la vida misma.

Capítulo 7

—La puntualidad hecha hombre —dijo Helena al ver aparecer a Alonso en la puerta del hospital.

—Lo mismo digo, señorita —respondió y le dio un beso en cada mejilla.

—Pero eso no es ninguna virtud; cualquiera sale corriendo de este manicomio justo a la hora de salida. —Se colgó de su brazo, y emprendieron camino rumbo al auto.

—Hubiera jurado que te encanta lo que haces —comentó al tiempo que le abría la portezuela.

—Y no te equivocas, pero entre el exceso de trabajo y la persecución del doctor... —De pronto calló y subió al coche.

En cuanto Alonso se sentó al volante, Helena sintió como le tomaba la barbilla y le giraba el rostro hacia él.

—Termina de decirlo, Patricia ¿Acaso Rolando te está molestando? De nada te servirá ocultármelo; igual lo averiguaré y el muy granuja tendrá que vérselas conmigo. —La mirada determinante no dejó duda de que hablaba muy en serio.

—Digamos que el director del Hospital Central no acepta un «No» por respuesta. —Nunca había sido su intención hacer un problema, solo se le había escapado. El asunto del acoso de Cazares era el menor de sus preocupaciones—. Alonso, no permitamos que tu enamorado amigo nos eche a perder la tarde, ¿quieres? —sugirió con mirada inocente, sin dejar de acariciar el interior de su muñeca con el dedo pulgar.

—Está bien, pero solo si prometes contarme si se sobrepasa contigo. —Como si quisiera borrar su huella, de forma involuntaria se talló la piel de la mano, antes de arrancar el auto, rebosante de potencia devoradora de kilómetros.

—Lo prometo. —Siguiendo las instrucciones de última hora de su hermana, posó la mano en el fuerte muslo y la deslizó hacia arriba con lentitud.

—¡Patricia! —Lo que vio Alonso, cuando clavó brevemente sus ojos en ella, fue su genuina sonrisa angelical.

—Dime, hermanito.

—Em... Solo disfruta del paisaje. Es increíble.

—No me has dicho a dónde nos dirigimos. —Por el momento cejaría en sus coqueteos para no provocar un accidente, pero la instrucción era clara: ella debía de ser la de la iniciativa, aunque

de manera sutil, y no debía olvidar hacer que Alonso bebiera suficiente alcohol.

—Te llevo a un restaurante a las afueras de la ciudad, a orillas del mar; ahí se comen los mejores mariscos del mundo, y como sé que te gustan... —completó guiñándole un ojo. Eso la desarmó.

Alonso era, sin duda, tan buen actor que debía de recordarse en todo momento que su sencillez y su espontaneidad eran fingidas. Con suerte esta sería la última vez, pero su juvenil aspecto no le facilitaría las cosas para nada. La camisa suelta de manga corta y de vivo estampado le quedaba de ensueño, y el pantalón de lino blanco, ceñido a sus fuertes muslos, le quitaba el aliento.

—Qué malo eres. Si me hubieras contado tus planes, hubiera traído ropa apropiada —le reclamó con un mohín mientras miraba su uniforme blanco.

—Mira lo que hay en el asiento trasero. —Helena de inmediato echó un vistazo—. Es para ti. Tómallo —invitó sonriente. Un minuto después soltó una sonora carcajada cuando la vio hacer giras la envoltura del paquete igual que una niña pequeña.

—¡Dios! ¡Es bellissimo! —dijo al referirse al colorido vestido de fina tela que tenía en las manos—. Y las sandalias están divinas... —De pronto su rostro se ensombreció—. ¿No serán cosas de tu esposa, verdad?

—¡Cielos! ¿Por quién me tomas, Patricia? Nunca te ofendería con semejante acción. —Ahora era Alonso el que había perdido la sonrisa.

—Es que solo de pensar en esa posibilidad me puso celosa. Sé que no tengo derecho... —Fue tan impactante su descubrimiento que sus ojos se anegaron de lágrimas. ¡Demonios! Maldita fuera su nueva verdad—. Si quieres cancelar la comida, yo lo entenderé —comentó sin pensar, con la mirada al frente.

—Patricia, de ninguna manera vamos a cancelar nada; lo que haremos será disfrutar de esta tarde maravillosa y olvidar esta conversación —comentó con voz firme al tiempo que estacionaba el auto. Luego, con modos amables, tomó su rostro y enjugó sus lágrimas.

¡Dios! Qué difícil mantener la mente clara cuando los ojos más azules del planeta te miran con una claridad imposible de concebir en un individuo nefasto y cruel como él. «¡No sientas!, ¡solo piensa! ¡No sientas!, ¡solo piensa!», se repitió Helena hasta que la cordura volvió a su ser.

—Mira. —Alonso la invitó a ver hacia enfrente con un gesto de su cabeza.

—¡Wow! —Helena se sintió en medio del paraíso. Ante sus ojos estaba el paisaje más hermoso del planeta, a orillas del mar azul profundo. Al final del espeso jardín se observaba un antiguo edificio de dos niveles en color blanco, lleno de arcos y de enredaderas pendiente sobre un acantilado.

—Si sigues por ahí, te encontrarás con los vestidores; yo te esperaré en esa banca —indicó al ayudarla a salir del auto.

—No tardaré... —prometió sin moverse, hipnotizada por su visión del atractivo rostro de ojos espectaculares, enmarcado por el mar del mismo tono. «¿Cómo alguien con semejante regalo puede ser malo?», se preguntó sobrecogida antes de alejarse.

En cuanto estuvo en el tocador de damas, compartió su ubicación al tal Rodolfo; no fuera a ser que terminara por arrepentirse.

Exquisito era el adjetivo que lo describía, y las sandalias de tacón medio... Helena no tenía palabras al verse con su atuendo nuevo ante el espejo. Ambas prendas eran justo de su talla; eso solo demostraba la vasta experiencia de Alonso en cuestión de mujeres, aunque su buen gusto era irreprochable. Los colores marrón y naranja de la tela hacían resaltar la blancura de su piel y, si no trajera lentes de contacto, el tono miel de los adornos combinaría con sus ojos. Un delgado tirante al cuello sostenía el vestido y dejaba al descubierto buena parte de su espalda; la falda caía en suaves pliegues hasta sus rodillas.

Decidida, tiró el uniforme y los zapatos en el cesto de basura. Ya no los necesitaría más. Luego de un último vistazo a su imagen, se preparó mentalmente para las próximas horas.

Capítulo 8

Como lo había prometido, Alonso la esperaba sentado, de lo más tranquilo, con la vista perdida en el mar. Verlo en total dominio de sus emociones acicateó la rabia de Helena al punto de que sus escrúpulos cada vez eran menos.

De pronto, como si una fuerza magnética los atrajera, sus miradas se encontraron. La de él, satisfecha con lo que veía; la de ella, camuflada por las largas pestañas.

—Te ves preciosa, Patricia —declaró al tiempo que se ponía de pie para guiarla al interior del restaurante. Sus dedos, como alas de mariposa, hacían contacto con la piel desnuda de su espalda.

—Gracias por esto, gracias por todo, Alonso. —Helena se señaló a sí misma y el entorno en cuanto cruzaron el umbral.

Por dentro, el lugar era igualmente hermoso. La gran habitación era de forma octagonal, al igual que sus techumbres inclinadas. Los muros perimetrales eran mitad piedra, mitad arcos de cristal, de forma tal que la decoración principal era la vista exterior del acantilado, el mar y los jardines circundantes. El interior lucía multitud de plantas colgantes y de piso. Candiles con luces en forma de velas colgaban de los techos por cadenas de diferente longitud; estos describían estelas ondulantes sobre sus cabezas.

—Al contrario, gracias a ti por...

—Bienvenidos. —Se escuchó al capitán de meseros, que se acercó a recibirlos—. ¿Tiene su número de reservación? —habló dirigiéndose a Alonso. En cuanto este lo proporcionó, los guio a su mesa que, para juicio de Helena, era la que tenía la mejor vista—. Disfruten de la velada y buen provecho —dijo luego de ayudarla a tomar asiento.

Helena de pronto se sintió frente a un escarapate. Del otro lado estaba el hombre con apariencia de caballero, que hablaba, se movía y hasta sonreía con impecable propiedad. Alonso era educado y sofisticado, a leguas se le notaba la buena cuna y el dinero. ¿«Qué es realmente?, ¿acaso un demonio incomprendido escapado del paraíso o un simple criminal que es necesario poner tras las rejas?», se preguntó subyugada.

—Patricia, Patricia, ¿a dónde te has ido?

—¡Oh, perdón! ¿Me decías? —Entonces se dio cuenta de que ya no estaban solos; había un mesero junto a ellos.

—Te preguntaba si te apetecía tomar un aperitivo antes del entremés.

«Alonso debe beber alcohol», se repetía Helena al recordar la recomendación de su hermana.

—Me encantaría, tengo un poco de sed —se apresuró a responder.

—¿Un brandy o tal vez un *whisky*...? —sugirió con mirada juguetona.

—Lo que pidas tu estará bien para mí —convino en el mismo tono.

—No se diga más. Dos *whiskies* con hielo.

Luego de que les trajeron las bebidas, brindaron y por mutuo acuerdo voltearon los ojos hacia el acantilado. La mirada azul de Alonso pareció fundirse con el mar como si Poseidón la reclamara. Helena aprovechó el momento para volver la vista hacia él. Daría lo que fuera por saber qué cruzaba por su tortuosa mente.

Como imantados sus ojos se movieron hacia ella y, aunque fue sorprendida infraganti, seguía hipnotizada. Él carraspeó inquieto y se rompió la conexión; ella se ruborizó y parpadeó de forma intermitente antes de bajar los párpados.

—¿Te gustaría que nos sentáramos en las mesas del jardín mientras nos preparan los platillos? —sugirió Alonso con amabilidad.

—Sí, por favor —respondió casi como un ruego y luego sonrió nerviosa.

Era natural. Estaba a escasos minutos de echar la red que atraparía al demonio y lo enviaría directo al infierno, ¿o era el inminente momento de intimidad lo que la tenía con el estómago hecho un nudo? Lo que sí era seguro era que pasaría. Alonso se veía con un humor diferente, accesible.

Mientras bajaban los escalones de piedra que los llevaría a una explanada de verde pasto, a un nivel arriba de la playa, un mesero trasladó sus copas; otro, el entremés, y un tercero, el servicio de cahmpán. «Excelente —se dijo Helena—, es inminente su caída». Ansiosa como se sentía, no se salvó de dar un traspié que, gracias a los buenos reflejos de Alonso, no terminó en tragedia. Su fuerte mano la sujetó de la cintura, y se encontró con el trasero pegado a su entrepierna.

—Lo siento. —Los dos entonaron a coro. Acalorado, él la soltó de inmediato y ella se acomodó el vestido sonrojada hasta la coronilla.

Helena necesitaba un trago cuanto antes. No podía pasarse el resto de la velada comportándose como una virgen en su primera cita de amor. Ella tenía que ser la de la iniciativa para hacer caer al criminal disfrazado de caballero.

Alonso se veía tenso; eso le preocupaba. Por tal motivo se apresuró a sugerir otro brindis en cuanto se encontraron cómodamente sentados. Apenas externar sus deseos, apareció otro mesero que, con modos elegantes, descorchó la botella y sirvió sus copas sin derramar ni una gota del burbujeante líquido.

—¿Por qué brindamos? —le preguntó él con una sonrisa.

—Por nosotros —se apresuró a contestar Helena, antes de que surgiera la palabra *amistad*.

Así como el sol se pone cuando llega la hora, también a Alonso le llegó la de ponerse chispeante y avispado. «Ya está listo para avanzar al siguiente paso», se dijo Helena con un retortijón de tripas, como le sucedía siempre que estaba hasta el tope de tensión.

—¿Caminamos un rato por la playa antes de regresar a casa? —sugirió con fingido entusiasmo luego de picotear la cena.

—Encantado, señorita Merino. ¿Me permite? —expresó él con una radiante sonrisa mientras le ofrecía la mano.

Con los dedos entrelazados, recorrieron la vereda de cemento serpenteante que describía la misma trayectoria del mar, sumidos en un silencio contemplativo ante la increíble puesta del astro rey. La fresca brisa vespertina acariciaba su piel, y el sonido de las olas llegaba hasta ellos como música apaciguadora.

No había un alma en el entorno, como si la suerte estuviera confabulada para que los hechos fueran consumados. Con el corazón, que le retumbaba en el pecho, Helena respiró profundo, detuvo sus pasos y admiró los últimos rayos de sol en la mirada de cielo.

—Alonso... —titubeó—. Tienes los ojos más lindos del mundo. —Qué absurda salida. ¡Tú puedes, Helena!

—¡Vaya! Gracias. Te pusiste tan seria que me temí lo peor —dijo luego de una sonora carcajada.

—¡Me gustas mucho! —Con la atizada a su orgullo, le surgió la fuerza necesaria para dar ese temido paso—. No he olvidado lo que me dijiste y tampoco espero que cambies de parecer, pero tenía que sincerarme contigo, aunque seguro no es ninguna novedad para ti. —Con la mano apoyada en su pecho, medía su latido sin apartar los ojos de los suyos.

—Patricia, ¿exactamente qué es lo que quieres de mí? —preguntó con la mirada oscurecida y con el ritmo cardíaco desacompañado.

—Lo que tú estés dispuesto a darme. —Su voz perdió fuerza; tenía miedo de verdad.

El paso ya estaba dado y solo dependía de Alonso lo que siguiera porque, hasta donde ella entendía, no podía obligarlo a que la llevara a la cama o forzarlo para obtener las famosas pruebas.

Inmersa en su análisis, Helena no vio venir la marejada sobre ella en forma de un abrazo arrollador y de labios calcinantes, que se posesionaron de los suyos en un beso exigente, voraz, insaciable, capaz de trastornarle la mente a cualquiera, con más razón a una criatura asustada que solo espera un milagro que la ponga del otro lado del mundo.

—¡Patricia! ¡Mi bella Patricia! Si supieras la lucha diaria que tengo que enfrentar por no sentir, por no claudicar, por no hacer contigo lo que tanto deseo —susurró Alonso entre mordisco y mordisco.

Los labios maestros de nuevo la devoraban y exigían que dejara de ser solo un ente receptor para convertirse en un digno combatiente por alcanzar la medalla al máximo exponente de la pasión abrazadora.

Helena se aplicó en la ciencia elemental de dar y recibir, en la búsqueda inconsciente de la satisfacción de la única manera posible —tan ancestral como el pecado original—: la posesión de la carne.

El ataque debilitó al rival más fuerte, y ambos cayeron de rodillas y rodaron abrazados por la arena.

Capítulo 9

Para Helena fue impactante y revelador sentir el peso del cuerpo masculino a lo largo del suyo; cada duro músculo hacía contacto centímetro a centímetro contra su piel. Ante la avalancha de sensaciones, su ser solo podía atender al deseo avasallador que la estaba consumiendo.

—Patricia, ¡cuánto te deseo! Muero de ganas de poseerte y de que nuestra esencia se convierta en una sola cuando te lleve a la cumbre del éxtasis. —Alonso había tomado de nuevo la batuta y la besaba y acariciaba sin tregua, sin descanso, sin tomar un respiro siquiera.

Entre brumas, Helena se sintió investida por dos frentes: una mano subía por su muslo, en dirección al núcleo de su deseo, y labios instigadores bajaban por su cuello. Cuando los dedos alcanzaron su objetivo, la boca se apoderó de uno de sus pechos. Cientos de estrellas explotaron en su vientre y la hicieron estremecerse y gemir con violencia.

—Alonso, hazme el amor. ¡Te necesito ahora! ¡Te necesito ya! —suplicó poco menos que desesperada. Rendida ante el cúmulo de emociones, separó las rodillas y rodeó con ellas la estrecha cadera para recibir la prometedora dureza.

—¡Preciosa! ¡Cariño! Me temo que no estamos en el lugar apropiado. —Alonso se apoyó en un brazo y presuroso puso orden en la ropa de ella y la de él, asombrado ante la inconciencia de sus actos. Seguido se puso de pie y la sujetó de los codos para ayudarla a incorporarse—. ¿Estás segura del paso que vamos a dar? —preguntó con el arrebolado rostro entre sus palmas. Al ver su silenciosa aceptación, la tomó de la mano y la llevó con él—. Me esperarás en el auto mientras voy a rentar una habitación para que pasemos la noche aquí —declaró decidido.

A solas, Helena no dejaba de martirizarse con la terrible verdad de que estuvo a punto de entregarse a su cuñado por puro placer sexual. Ahora mismo, el destino le estaba ofreciendo la oportunidad de cancelar el compromiso con su hermana y huir de la ciudad, pero de antemano sabía que no lo haría. Lo que no tenía claro era si el motivo seguía siendo por ayudarla a ella o por volver a retozar con su marido.

Como fuera, ya había decidido seguir adelante con el plan, por lo que se *mensajeó* con el contacto para verificar si ya se encontraba en el lugar y para confirmarle que hoy era el día. Rodolfo tendría que ingeniárselas para hacerse pasar por el mesero que llevaría algo de beber, con el somnífero que necesitaban, para acomodar la cámara de video en la habitación.

—¡Dios! Dame las agallas que necesito. No permitas que olvide que Alonso es un criminal —rogó con las manos apretadas a su pecho.

—¿Patricia?

Helena pegó un brinco al oír la voz junto a la ventanilla. Ahí estaba él, con una mirada que no correspondía con la del lobo hambriento de carne nueva. Tomando una bocanada de aire, botó los seguros y permitió que abriera la puerta.

—¿Estas bien? —preguntó acucillado a su lado mientras buscaba sus ojos.

—Sí...

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —insistió al tiempo que tomaba su barbilla para que no desviara la mirada.

—Segura —dijo con un intento de sonrisa

Dicho esto, él se puso de pie, cerró la puerta y rodeó el auto para sentarse del lado del piloto. Sin volver a mirarla, arrancó el motor y dirigió el vehículo a la parte trasera del restaurante, donde se encontraban las habitaciones. Si no fuera por los malditos nervios, Helena podría haber seguido admirado la belleza del viejo edificio, pero lo que hizo fue aceptar la ayuda para salir del auto e ir a ejecutar la última parte del plan que libraría a su familia del peligro.

—Tienes las manos frías.

—Lo siento. Estoy un poco nerviosa. —Siempre que decía una verdad, era como un bálsamo para su corazón adolorido. «No te ablandes, Helena, ya falta poco para que termine tu martirio», se dijo temblorosa.

El hombre no escatimaba en gastos cuando se trataba de seducir mujeres; ese fue su primer pensamiento apenas entrar en la habitación. Era una alcoba diseñada para el amor; eso era la prueba de que era él y no ella quien había escogido el día de la seducción. Eso la hizo sentirse una cualquiera, y la rabia le dio el valor que necesitaba para hacer a un lado sus escrúpulos de niña buena.

—Ven, siéntate un momento en la terraza; está más cálido que adentro. —Alonso tiró de su mano y la llevó a un cómodo sofá de mimbre. Los últimos rayos de sol aún calentaban.

—Si no te importa, me gustaría beber algo fuerte.

—Por supuesto —dijo amable. Luego de disculparse entró para tomar el teléfono y pedir servicio a la habitación.

Con una sonrisa cautivadora, regresó a su lado y se sentó en la esquina de la mesa de centro, desde donde alcanzó sus manos, las envolvió en las suyas y, luego de calentarlas con su tibieza, besó sus nudillos con inquietante ternura. El llamado a la puerta interrumpió el idilio, y Helena se incorporó en su asiento como impulsada por un resorte.

—Permíteme ser yo quien te atienda ahora —propuso inclinada sobre el apuesto rostro, preso entre sus dedos, al tiempo que acercaba el suyo para besarlo con sensualidad—. No te muevas, en un momento estoy contigo. —Sin esperar respuesta se dirigió a la entrada para dejar pasar al mesero.

—Buenas noches, madama. —Era Rodolfo. Había dicho la palabra clave si ella salía a su encuentro.

El sujeto vestía el uniforme del restaurante, empujaba un carrito repleto de alimentos y una botella de champán. Helena le pidió que sirviera dos copas, que llevó con ella afuera. En lugar de entregar una a Alonso, dejó ambas sobre la mesa. A él lo haló hacia el sillón que ella había ocupado antes y se sentó en su regazo. Se dobló sobre su cintura para alcanzar las bebidas y entregar la alterada.

—Le he pedido al mesero que nos prepare unos bocadillos; no más verlos me dio un apetito voraz —declaró sin dejar de mirar su boca con lujuria—. Por una noche inolvidable —le dijo al tiempo que chocaba su copa.

—Por una noche inolvidable —repitió Alonso. Apenas probar su bebida, la dejó en el piso para acariciar a la chica a dos manos—. No puedo esperar para poseer esos labios tuyos, que me enloquecen—declaró antes de imprimirle un beso lleno de pasión cruda y salvaje.

Helena se dejó hacer, esforzándose por no perder de vista los silenciosos movimientos de Rodolfo, que en ese momento terminaba de colocar la cámara de video y le mostraba dónde dejaba el control para que ella empezara a grabar llegada la hora.

—Que tengan bonita noche. Ha sido un placer atenderlos —dijo el seudomesero desde la puerta, al tiempo que la cerraba tras de sí.

Aprovechando la distracción, Helena tomó la copa de Alonso y se la entregó, con mirada de adoración, en tanto se incorporaba.

—¿Comemos algo? —preguntó en tono sugestivo, mientras guiaba su mano por dentro de la falda, sin dejar de morderse los labios.

—Sí, a mí también se me ha despertado el apetito —convino con ojos de halcón.

Entre risa y risa, Helena llegó hasta la mesa con los labios de Alonso pegados a su espalda. De ahí tomó una fresa que remojó en su bebida antes de dársela a probar a él.

—Salud, cariño. —Lo instó cruzando su brazo con el suyo para beberse el champán de un tirón, pero de nueva cuenta Alonso dio solo un sorbo.

—¡Patricia! Vas a ser mi perdición —declaró ardiente al tiempo que la empujaba contra el mueble y dejaba la copa. Con dedos empeñosos deshacía el nudo de los tirantes en su nuca, sin dejar de correr los labios desde su esbelto cuello hasta los hombros, embriagado en el aroma dulce de su piel.

Helena se entregó a la caricia con deleite; su garganta cómplice emitía gemidos entrecortados que iban subiendo de tono. Su resistencia se debilitaba con rapidez.

—Alonso... ¡Te deseo! —susurró con las manos metidas en el interior de su camisa. La suave textura de su pecho, cubierto de fino vello, la trastocaba.

—Ven. Vayamos a la cama —la apuró antes de tomarla en la mesa.

—Aguarda. Me gustaría otra copa. Muero de sed —agregó al tiempo que arrastraba los labios por sus marcados pectorales.

Con una risa ronca, el atento hombre la rellenó y entregó en su mano, cogió la suya, y juntos dieron un largo trago hasta vaciarlas. Helena suspiró; Alonso creyó que de feliz sumisión, entonces, la cogió en brazos y la llevó a la escena del crimen.

Junto a la cama la desnudó hasta dejarla en ropa interior. Él también se tumbó la ropa y se quedó en su entallado bóxer blanco.

—¡Cielos! Eres más linda de lo que imaginé —declaró con los ojos clavados en sus curvas y en sus montes, apenas cubiertos por el diminuto conjunto de encaje, blanco también.

A pesar de estar frente al verdugo de su hermana, para Helena no era fácil sobrellevar el momento por la sencilla razón de que lo deseaba como una demente. Solo así se podía entender que hubiera caído en sus garras; le faltó enamorarse de él para completar el patético cuadro.

«No es para menos —se decía al ver al portento de hombre semidesnudo frente a ella—. Es, por mucho, el hombre más atractivo que jamás he conocido». Como si fuera poco, su evidente excitación por ella no ayudaba para nada a su causa, pero la de Margaret estaba casi resuelta.

Capítulo 10

El alma negra de Alonso no impedía que fuera un exponente tremendamente varonil y sexi, pero lo que más impactaba a Helena eran sus ojos de mar, ahora de aguas turbulentas. El saberse la causante de sus deseos la subyugaba y estremecía a la vez; lidiar con esa carga no era nada fácil y, entre más pronto terminara con la odisea, mejor.

Como no sabía con cuánto tiempo contaba, antes de que el somnífero hiciera efecto, se obligó a enfriar su cerebro y a meterse en el papel de aventurera. Volteó hacia la mesita de noche, «para quitarse el reloj de pulsera» y, con el corazón desacompañado, le dio *play* al video. Mentalmente inició la cuenta regresiva y, como toda una tigresa, avanzó de rodillas hasta el centro de la cama, donde se recostó recordando no volver el rostro a los pies de la misma.

—Alonso, cariño, ¿me alcanzas mi copa? —entonó con voz seductora para obligarlo a mirar hacia la cámara.

—¿Qué más desea mi bella sirena? —preguntó al tiempo que se la entregaba.

—Ahora solo a ti —dijo luego de dar un sorbo, mirándolo por encima del borde de cristal.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Alonso estiró el brazo para recuperar la copa y dejarla sobre la mesita. Helena casi se infarta cuando lo vio meter la mano por debajo de la pantalla de la lámpara de mesa, misma que ocultaba el control remoto.

—No la apagues, querido. Quiero perderme en el azul de tus ojos cuando me hagas el amor —suplicó al tiempo que le tendía la mano y se mordía los labios con coquetería.

—No te imaginas cuánto deseo ese momento —declaró y se recostó sobre ella. Helena lo miró sacudir la cabeza—. Creo que se me pasaron un poco las copas.

—Yo me siento igual. Tú me embriagas con tu sabor, con el aroma de tu piel... —confesó mientras besaba sus párpados. Temerosa de que la droga ya estuviera haciendo efecto, con un lánguido gemido, separó las rodillas y elevó la pelvis incitándolo.

—Lo sé, preciosa, también quiero estar dentro de ti —admitió entendido. Con dedos un poco torpes, le desabrochó el cierre entre sus pechos, le bajó el calzón, y ella lo ayudó a tumbarse el bóxer—. Sencillamente perfecta —recitó elevado sobre sus brazos para recorrerla con mirada turbia y somnolienta—, y estás lista solo para mí —declaró al palpar su íntima humedad.

—Sí, por favor, tómame ahora —rogó olvidada de que todo era una actuación.

Sacudiéndose el sopor, que segundo a segundo amenazaba con dominarlo, Alonso se adentró

con energía, como si le fuera la vida en ello.

—¡Mi Patricia! Dulce, bella, cálida y estrecha... —jadeó al tiempo que iniciaba un desacompañado vaivén.

—Sí. Soy tuya, amor —ratificó, convertida en antorcha encendida, mientras se colgaba de sus caderas para acelerar la marcha.

De pronto todo se detuvo, y Alonso cayó como fardo, por completo anulado, sobre el cuerpo enardecido de Helena, mientras ella probaba la agonía de la insatisfacción.

—¡Oh, sí, cariño! —Entre inspirados gemidos y jadeos y caricias desbordadas, Helena cubrió la inactividad de su amante fingiendo el orgasmo que estuvo a un pelo de experimentar.

Luego de unos minutos de susurros y caricias...

—Ahora quiero que recuperes energías, amor, porque muy pronto voy a desear que me lleves a las nubes de nuevo —declaró con sensualidad al tiempo que estiraba el brazo para desconectar la lámpara—. ¡Alonso...! Pon quietas esas manos. Descansemos un poco, ¿sí? —Lo último lo dijo con la voz apagada.

Tratando de no hacer mucho ruido, Helena procedió a salirse de la prisión de músculos para detener la grabación. Cuando abandonaba la *suite*, una punzada de dolor atravesó su pecho, como un presagio imposible de descifrar.

En la soledad de la habitación de una antigua posada, en un pintoresco pueblito a 130 km de Buenos Aires, Argentina, Helena vivió las siguientes horas, posteriores a la huida, en una especie de trance demencial. Ya nadie ejercía presión sobre ella, solo su conciencia.

Luego de dar un repaso por su vida en las últimas semanas, o más bien por la vida de Patricia y Alonso, llegó a la conclusión de que había participado en una atrocidad en contra de otro ser humano que, si bien era un hombre vil y desalmado y ella todo lo había hecho por el bienestar de su familia, ahora entendía que nunca tuvo el derecho y que debió insistir con su hermana para que buscaran otro remedio. La sensación de vacío en su corazón era demasiado pesada; llorar y dormir era lo único que calmaba su alma atormentada. Helena no se perdonaba haber obrado en forma deshonesto. Cuando se miraba al espejo, solo podía ver a un monstruo peor que su cuñado.

Las horas se convirtieron en días, y los días, en semanas. La existencia de Helena, por un mes, transcurrió así: apenas sobreviviendo. No dejaba de preguntarse cómo estarían Margaret y sus sobrinos ahora de no haber manipulado el destino en su favor. Ella se encontraba desterrada, en un país extraño, a mucha distancia de su mundo. También estaba privada de cualquier tipo de conexión con su familia hasta dentro de un año. La salvación de su hermana era como un castigo para ella.

Capítulo 11

Después de un autoencierro de treinta días, Helena se obligó a mandarle un correo electrónico a Betty, donde le decía que andaba viajando por el mundo y que todo marchaba de maravilla. También se animó a dar cortos paseos por los alrededores de la bonita y apacible ciudad. Conoció a sus vecinos y se hizo de algunos amigos: la dama que administraba la posada, el chico del puesto de revistas, la chica de la farmacia de la vuelta y la guapa señora que atendía el café de enfrente. Ellos la invitaron a que se estableciera ahí. ¿Por qué no? Probaría por un año. Eso sería un buen comienzo para echar raíces.

Departamento era el primer paso. Sin remedio, en un chasquido de dedos, retrocedió y cayó en depresión al recordar a Alonso y los momentos compartidos. Ya era hora de dejar el pasado atrás y retomar su vida detenida antes de él.

Otro día, cual sería su sorpresa, justo a escasas calles de su domicilio, encontró una casa de descanso para ancianos donde solicitaban enfermeras. La estancia contaba con todo, incluyendo una pequeña clínica para internos y externos. No fue muy difícil conseguir el empleo; de hecho la ciudad estaba escasa de oferta en el ramo, a pesar de que la mayoría de la población era de la tercera edad.

Así fue como Helena se enroló en la vida cotidiana del pueblo, que se había convertido en su refugio. Ahí no llegaban noticias de fuera y casi nunca pasaba nada, excepto que, de vez en cuando, moría un viejito después de una larga enfermedad.

De su hermana y de sus queridos sobrinos, sabía nada. Los extrañaba horrores y sin esperanza de verlos en mucho tiempo, hasta que se cumpliera el plazo impuesto por Margaret.

—¿Entonces qué, guapa?, ¿vamos o no vamos a cenar esta noche? —Agradecida de la aparición del joven, que la sacó de sus recuerdos, giró en redondo para ver su cara risueña a pesar de sus constantes negativas.

—Aníbal, de verdad estoy agotada. Tuve un día extenuante y creo que aún no acaba. —Justo en ese momento empezaron a vocearla para que se presentara en la sala uno.

—Linda, ¿no te doy lástima? Llevas, para ser exactos, uno, dos, tres meses rechazándome. ¡Por favor! —Para acentuar su dramatismo, el hombre hizo la cuenta con los dedos para terminar uniendo sus palmas junto a su pecho.

—Está bien. Recógeme a las ocho en mi departamento; aquí te dejo la dirección. —Helena

salió del paso por el momento. Esperaba no tener que arrepentirse de esa decisión; se había prometido no relacionarse románticamente con sujeto alguno de más de cuarenta kilos de peso.

Mientras caminaba por el corredor, analizó la situación tratando de convencerse de que su monótona vida bien valía un cambio. Aníbal Luxardo era un joven agradable, soltero, de profesión ingeniero y muy solvente. De familia de alcurnia, era nieto de don Fernando, su residente preferido. Tal vez salir con ese chico era lo que necesitaba para borrar de su mente al «hombre perfecto» que había ayudado a meter a la cárcel y al que soñaba casi de diario, desnudo, metido en su cama haciéndole el amor. ¡Sí, sí! Se merecía lo que le había hecho; eso se repetía una y otra vez, pero había algo en su cerebro que le impedía olvidarlo.

—Mi querido don Fernando, ¿cómo se encuentra el día de hoy? —entonó apenas entró en su privado.

—Feliz de verte, mi niña bonita. En cuanto asomas tu rostro por la puerta, me alegras el día —respondió el anciano desde el cómodo sillón junto a la ventana, donde leía un libro que dejó en la mesita al verla llegar.

—Está igualmente correspondido, porque usted a mí también me alegra el día. ¿Cómo se encuentra su dolor de cabeza? —preguntó mientras le tomaba el pulso.

—Mi nieto está bien, gracias.

—Muy gracioso, querido; eso me demuestra que se siente mejor —dijo entretanto se acomodaba el estetoscopio para oírle el pecho.

—Y mejor me sentiría si le dieras el sí al papanatas de Aníbal. —Con dedos traviosos acariciaba su rostro.

—¿Qué tal si le doy el sí a usted? —preguntó Helena mientras apesaba la mano para ponerla sobre su rodilla.

—Querrás que muera de la impresión, mi niña... —comentó el viejo con picardía.

—¡Por supuesto que no! Usted es mi abuelo favorito —alegó al tiempo que le pellizcaba una mejilla, recién afeitada por su nieto.

—Hablando en serio, niña, nada me haría más feliz que verlo casado contigo.

Helena se sentó frente al anciano y con ternura tomó sus manos.

—Sé que, para su forma de pensar, es inadmisibles que una mujer no tenga planes de matrimonio; por desgracia, es mi caso. Tal vez más adelante cambie de parecer, pero por ahora quiero disfrutar mi soltería y mi profesión —le explicó amorosa.

—Aunque no lo creas, te entiendo; solo que no podía dejar de echarle una manita a mi Aníbal —confesó con travesura.

—Que abuelo tan consentidor es usted. No vaya a echar a perder a «su Aníbal». —Su suave sonrisa la acompañó hasta la puerta, que dejó entreabierta luego de lanzarle un beso con la mano.

Semanas después...

—Esa, mi enfermera preferida... ¡Amaneciste más bella hoy!

—Y tú, más adulator que de costumbre. ¿Qué te trae por aquí? No es día de visita.

—¿Cómo qué, Helena? Quedamos en ir al cine hoy...

—¡Oh, no! ¡Lo olvidé! —clamó con rostro descompuesto—. Saliendo de aquí quedé en verme con las chicas para tomar un café —añadió. Al ver la cara de desilusión de Aníbal, cambió de idea de inmediato—. Pero ahora mismo lo arreglo; le diré a Laura que otro día las acompaño.

—No te preocupes, no lo hagas por mí; la película seguirá por una semana más. Sal con tus amigas y diviértete —sugirió con una enorme sonrisa.

—¿Estás seguro? —insistió apenada.

Helena no dejaba de admirar la determinación del joven después de nueve meses de pocos «Sí» y muchos «No». No es que no le gustara; de hecho, tenía todo para agradarle a una chica, pero, pero... Por algún motivo, no lograba interesarse en él como hombre.

—Estoy seguro. —Aprovechando que se encontraba inmersa en sus pensamientos, la sujetó de la cintura y le robó un beso en los labios.

Helena no tuvo tiempo de respingar; cuando se fue a dar cuenta, Aníbal ya se dirigía con paso alegre hacia la salida. Distraída, se tocó los labios y trató de analizar lo que había sentido: un toque agradable, nada que despertara sus hormonas, dormidas o muertas. A su mente llegó el recuerdo de unos besos capaces de succionar hasta el alma.

—¡Basta ya! —Su propia voz la hizo dar un brinco en medio del asolado corredor.

Decidida a darse una oportunidad en serio con Aníbal, se dirigió a la habitación del abuelo Fernando para pedirle su número de teléfono. Quedaron para ir al cine al día siguiente, y a la salida se fueron a cenar unas ricas empanadas de carne, con dulce de leche de postre, en el restaurante más famoso de la ciudad. Agradecida por el buen momento compartido, Helena permitió que su enamorado la llevara a casa, y ahí lo invitó a tomar un café, pero no le admitió más besos robados.

Como cosas del destino, ese mismo día recibió un correo de su hermana en donde la ponía al día de su vida y la de sus sobrinos, después de casi un año de silencio. Todo marchaba de maravilla, decía Margaret; la única que permanecía en el pasado era ella.

Capítulo 12

—No sabía que al abuelo le gustaban las rosas rojas.... —dijo Helena por saludo un día que Aníbal se le emparejó de camino a la visita vespertina de sus pacientes.

Llevaban saliendo cuatro meses y, aunque no se podía decir que se estaba enamorando como una colegiala, ya no le parecía tan lejano tener algo con él, pero aún mantenía una línea invisible que le impedía a su pretendiente acercarse más.

—¡Le fascinan! —respondió el aludido con sonrisa traviesa—. ¿Me acompañas a llevárselas?

—Encantada.

—Buenas tardes al caballero más guapo y elegante de la residencia. —Un minuto después, Helena casi le chifló a don Fernando al mirar su aspecto.

El abuelo se encontraba de pie junto a la ventana de la terraza, vestido de frac con todo y con su sombrero de copa y su bastón. La chaqueta era negra, combinada con pantalón gris, chaleco y pajarita del mismo tono y con camisa blanca. Parecía un galán de película de los años cuarenta.

—Me he ajuarado así para ti, Helenita. ¡Feliz cumpleaños, querida! —declaró al tiempo que tomaba el pesado ramo que le tendía su nieto para ofrecérselo a ella. Luego, con gran pompa, cogió su mano y la besó—. Si pudiera me pondría de rodillas para pedirte que te casaras conmigo pero, como no es posible ni lo uno ni lo otro, se lo dejo a Aníbal.

—¡Están hermosas, mi querido don Fernando! —dijo con una sonrisa al escuchar la repentina tos del más joven de los Luxardo. Conmovida hasta las lágrimas por tantas muestras de cariño, abrazó de nuevo al frágil anciano, que ya mostraba señales de cansancio por continuar de pie.

—Nunca tan bellas como tú, Helenita. —El anciano hizo un gesto de dolor, y los jóvenes se apresuraron a ayudarlo para que volviera a su cómodo sillón—. ¿Por qué no me cuentas de tus planes para más tarde?

—Mis compañeros de trabajo me han preparado un pequeño festejo en el jardín principal y...

—Después yo me la raptaré para llevarla a un centro nocturno que acaban de abrir —dijo Aníbal robándole la palabra; frente a su abuelo sería incapaz de negarse.

—Excelente idea, hijo. Vayan y diviértanse, que para eso es la juventud.

El trío siguió charlando de forma animada hasta que Helena se disculpó para continuar con su recorrido.

Alrededor de las tres de la tarde, cuando estaba la fiesta en todo su apogeo, Helena recibió una llamada a su celular; era Betty para felicitarla por su cumpleaños. La mayor parte del tiempo fue su amiga la que habló o, más bien, se lamentó por su amor no correspondido y su soledad. «Bienvenida a mi mundo», pensó Helena con ironía. Luego de ponerla al día sobre su vida laboral y sobre Aníbal, se despidió diciéndole que la extrañaba mucho; pero, fuera de haberle confiado sus últimos días, seguía sin saber la pena que cargaba.

—¿Betty?—respondió cuando su celular timbró casi de inmediato.

En ese momento alguien puso música a todo volumen, y ella se apartó un poco del bullicio.

—¿Quién dice que habla? Perdón, no lo escucho; por favor, hable más alto —pidió mientras se alejaba un poco más—. Disculpe, es que ahora mismo estoy en un festejo. ¿Me decía? —preguntó con una sonrisa que poco a poco se fue convirtiendo en rictus de aflicción, a la par que su rostro perdía el color—. ¿Que a mi hermana qué? —Las rodillas de Helena sucumbieron a la flaqueza que se apoderó de sus extremidades, y lento fue cayendo al césped, sin soltar el aparato, como si colgara de él—. ¡Dios mío! ¡Esto no puede estar pasando! —gimió abrazada a sí misma, meciéndose con desesperación.

—¡Helena! ¿Estás bien? —Aníbal fue el primero en verla y corrió a su lado cuando el móvil resbalaba de su mano. Pensó lo peor. Su grito alertó a la concurrencia, que se fue acercando hasta rodearlos expectante.

—Tranquila, nena. —Su voz tierna y su abrazo consolador no conseguían detener el torrente de lágrimas—. Me estás asustando, bonita. ¿Quién era la persona que te llamó? ¿Qué quería?

—Era el abogado de mi hermana... —balbuceó entre sollozos—. Me habló para notificarme del accidente que sufrió mientras paseaba en yate con unos amigos en el mar del Mediterráneo. Una tormenta inesperada volteó su embarcación, y todos murieron ahogados. —De solo imaginar el terrible suceso, un llanto con señales de histeria la invadió y convirtió su cuerpo en una gelatina.

—¿Tus sobrinos también...?

—Gracias a Dios están bien. Los niños no se encontraban con ella, pero ahora me necesitan. Debo viajar cuanto antes a su lado —declaró y se precipitó sobre sus pies, pero la ayuda oportuna impidió su brusca caída.

—¡Cuánto lo siento, cariño! No me gustaría que estuvieras sola en estos momentos tan difíciles. Permíteme acompañarte —ofreció Aníbal sin dudar, y un coro susurró su aprobación.

—¿Estás seguro de eso? Será un largo recorrido —se obligó a informarlo—. Mañana me espera el abogado de Margaret en su oficina de Francia; mi familia vive ahí. Él ya hizo los arreglos para que trasladen sus restos a casa. —La voz le tembló por el llanto retenido.

Helena no tenía idea de cuánto tiempo permanecería fuera. Todo dependería de si su hermana tenía sus asuntos en regla.

—No importa, soy mi propio jefe. Lo único que me detendría para acompañarte sería la salud de mi abuelo, y él ahora se encuentra bien; tú no me dejarás mentir —añadió con una tierna mirada.

—Gracias, Aníbal, eres el mejor de los amigos. —Con la mente y el corazón en otro lado, no se percató del fognazo de desilusión en el rostro del hombre, que la quería como a algo más que su amiga.

Esa misma noche, Helena contactó al director general de la Casa Hogar para renunciar al puesto, pero se encontró con la agradable sorpresa de que el doctor Pérez Duarte le dio un permiso de un mes para que arreglara sus problemas, que ahora mismo se le antojaban todos los habidos y por haber en el mundo.

Dos horas después, con una pequeña maleta y el alma rota, viajaba junto a Aníbal en su auto, rumbo a Ezeiza, Buenos Aires, donde tomarían el último vuelo a París. Si Dios no disponía otra cosa, estaría puntual para la cita de mañana al mediodía.

Didier Fablet, abogado de Margaret, amable se ofreció a recogerlos en el aeropuerto para trasladarlos a casa, a pesar de la reticencia de Helena. Solo de recordar que ese había sido el hogar de Alonso Rivadeneira y sus padres, hasta que este se marchó a América para expandir sus empresas y se los llevó con él, la hacía caminar para atrás. Por algún motivo, que seguro en la cita conocería, esa mansión ahora estaba en posesión de su familia.

Grande fue su sorpresa cuando Helena supo que su hermana había dejado testamento, mismo que sería leído en unas horas. Aníbal y ella apenas tendrían tiempo de darse una ducha antes de salir para el bufete de abogados. Por la hora del tráfico, calculaba que tardarían una eternidad en llegar, pero de nueva cuenta Fablet se les adelantó mandando a su chofer a recogerlos con mucha oportunidad.

—Señorita Nelson, me ha pedido el licenciado Fablet que lo disculpe porque la reunión se tendrá que posponer una hora —dijo la asistente, que bajó a recibirlos en recepción—. Si me acompañan, les mostraré un privado donde pueden descansar mientras llega la hora.

—¿Sabe el motivo de la demora? —preguntó con el entrecejo arrugado.

—El vuelo de la otra persona citada para la lectura del testamento se atrasó. ¿Les gustaría algo de beber? —dijo la chica mientras les abría la puerta del reservado y se hacía a un lado para dejarlos pasar.

—¿Otra persona? —dijo Helena por toda respuesta. La expresión de su rostro era una gran incógnita—. ¿Quién es? —insistió al tiempo que se le hacía más profunda su arruga entre las cejas.

—Lo siento, desconozco ese dato —respondió la chica.

—¡Oh, perdón! —expresó al darse por enterada de que la chica aguardaba por una respuesta—. Mi acompañante y yo estamos bien, gracias.

Afligida ante tanta sorpresa e incertidumbre, Helena apenas cruzó dos palabras con Aníbal que, sensible a su estado de ánimo, no la presionó con su charla.

«¿Por qué el abogado no me dijo nada de una segunda persona citada?», se preguntó molesta.

—Señorita Nelson, por favor, acompáñeme. —A la hora exacta, la asistente anunció por una hendidura de la puerta, luego de llamar.

Con los nervios a flor de piel, Helena se despidió de su amigo y siguió a la chica por el mismo corredor de llegada; pero, en vez de proseguir hacia la derecha, doblaron en sentido contrario hacia una puerta que decía: «Sala de juntas».

Ni la elegancia sobria del lugar ni la suave música de fondo lograron apaciguar sus sentidos magnificados al ciento por uno. Hasta su olfato se había vuelto loco, pues el aroma en el ambiente le recordaba...

—La señorita Nelson —anunció la asistente al tiempo que la invitaba a entrar al recinto.

—Ingeniero, ya debes conocer a la seño...

—Por supuesto que ya nos conocemos. Bonita pinta, Patri... Perdón, Helena. —Se escuchó la voz profunda del tercero en discordia antes de que la recién llegada pudiera enfocar lo.

Si no fuera impropio de una guerrera, Helena se habría desmayado con gusto y hubiera vuelto en sí hasta que tuviera ochenta años, pero el amor propio y las decenas de preguntas en su cabeza no le permitieron la salida fácil. Aunque su palidez de muerte decía todo lo contrario, su cerebro mandó una instrucción y estiró la mano para estrechar aquella que se mantenía firme, tendida hacia ella.

—¡Alonso! ¡Qué sorpresa! Creí que seguías en...

—¿La cárcel? Ya ves que no es así —respondió con una sonrisa que no llegó al azul profundo de sus ojos.

Como si una descarga magnética se hubiera desatado entre los dos, Alonso y Helena seguían amarrados física y emocionalmente. La mirada inteligente de Fablet, que permanecía de pie a la cabecera de la gran mesa, no perdía detalle para terminar de armar su rompecabezas.

—Hagan el favor de tomar asiento, que daremos inicio a la lectura del testamento —invitó cuando empezaron a salir chispas entre los dos.

Por imitación, Helena se sentó, pero su cabeza daba vueltas como perinola a preguntas que ni en sueños podría plantear en voz alta: «¿Qué hace aquí? ¿Desde cuándo sabe que Patricia y ella son la misma persona? ¿Por qué no está en la cárcel? ¿Saldré viva de esta sala».

—Siendo las trece treinta horas del día...

Si Helena hubiera querido hacer memoria de los bienes repartidos, días después, bien podría haber muerto en el intento, ya que su mente y su cuerpo solo tuvieron conciencia para el hombre que, hasta hoy en la mañana, era parte de su pasado, que se negaba a permanecer en el baúl de los recuerdos. Alonso no solo no parecía derrotado, sino que se presentaba ante ella más guapo, más fuerte, más seguro de sí mismo y visiblemente más peligroso. Solo hasta que el abogado mencionó los nombres de los niños fue que atendió a su encomienda con todos los sentidos.

—Y es mi deseo que mis hijos, Ian y Diego, permanezcan bajo la tutela de su padrastro, el señor Alonso Rivadeneira, y a falta de él, mi media hermana, la señorita Helena Nelson.

Estaba por demás decir que Helena quedó impactada con la noticia. ¿Cómo era posible que su hermana hubiera nombrado como tutor de sus hijos al hombre por el que le había suplicado con vehemencia que la ayudara a enviar tras las rejas?, ¿al criminal que tenía amenazada la integridad

física de ella y de su familia? Tal vez había escuchado mal, o ese testamento se había elaborado cuando su cuñado aún no se había convertido en monstruo.

Sin darse ni cuenta, se había incorporado de su asiento y miraba a uno y a otro mientras balbuceaba sin atinar a decir una frase completa.

—¿Sucede algo, señorita Nelson? —inquirió el abogado, ya de pie, temiendo que ahora sí se desmayara.

—¿Podemos hablar en privado? —se esforzó en pedir.

—Por supuesto. Ingeniero Rivadeneira, ¿nos puedes disculpar un momento, por favor? —solicitó Fablet junto a la chica.

—Adelante, tómense todo el tiempo que necesiten. Yo aguardaré aquí por los documentos que me acreditan como el tutor de mis hijastros —dijo con una sonrisa de suficiencia dirigida a la pálida chica.

A Helena las palabras de Alonso le sonaron a sentencia, y así se lo hizo saber al abogado su mirada desconsolada.

Capítulo 13

—Licenciado Fablet, esto debe ser un error —declaró Helena, de forma precipitada, apenas entrar a su oficina.

—¿Por qué lo dice? ¿No le parece que los bienes de su hermana hayan pasado a sus sobrinos? —preguntó mientras señalaba la silla frente a su escritorio como invitación para que se sentara, misma que ella rechazó permaneciendo de pie.

—Me refiero a la última cláusula —aclaró pero, al ver que aumentaba la expresión de duda de Fablet, preguntó con impaciencia—: ¿El testamento fue redactado antes del divorcio o después de este?

—El día en que las partes firmaron de consentimiento —respondió el abogado, sin percatarse de que, con cada nuevo dato, le asestaba un golpe a su precaria estabilidad emocional.

—¡No puede ser! —clamó sacudiendo la cabeza, con rostro de incredulidad—. Alonso fue a la cárcel por infidelidad; hubo pruebas de ello. Además, en el juicio debió salir a la luz sus maltratos físicos y sus problemas con el alcohol y las drogas. Por todas esas razones, mi hermana consiguió el divorcio y la anulación de la patria potestad compartida sobre sus hijos. —Helena repitió lo dicho por su hermana, un año atrás, como una verdad absoluta.

—Hasta donde sé, la patria potestad ni se mencionó en el juicio. Su hermana solicitó el divorcio y, por voluntad propia, Alonso Rivadeneira le cedió el ochenta por ciento de su parte del acuerdo prenupcial —aclaró con empatía a pesar de ser el abogado de su difunta hermana—. Por desgracia, Margaret se dedicó a dilapidar la fortuna, y solo quedaron la casa de Francia y la de Ciudad Lieland —informó con tono de reprobación—. Al cabo de seis meses, después de su detención, Alonso pudo comprobar su inocencia; por eso fue absuelto de sus cargos y puesto en libertad.

—¿Ha dicho «inocente»? —preguntó con voz apagada.

«¿Qué clase de broma macabra es esta?», se preguntó aturdida y cayó pesadamente sobre la silla. Con las manos rodeó su cabeza para detener el dolor punzante que amenazaba con hacerla estallar.

—¿Se siente bien? ¿Quiere que le pida algo de beber? —En dos zancadas, Fablet se puso a su lado. Estaba tan pálida que temía que se desvaneciera.

—Sí, por favor, agua estará bien —respondió casi en un susurro. Parecía que las fuerzas se le

escapaban.

—¿Se siente mejor? —quiso saber Fablet luego de cinco minutos, en los que recobró un tono más saludable. Solícito, recogió el vaso de sus temblorosas manos para ponerlo sobre el escritorio.

—Sí, gracias. —Helena sospechaba que nunca más estaría bien—. Así que mi hermana se dedicó a vivir la vida loca... —Razonó sin digerir el resto de la información.

Con razón había terminado mal. «Pobres niños», se lamentó en silencio. Esa mujer mentirosa, fraudulenta, sin escrúpulos ni moral, no parecía la hermana que ella había conocido.

—Sí —respondió el abogado y la rescató de sus miserables pensamientos, solo para que viera la enorme piedad en sus ojos oscuros.

—Por favor, dígame si se le debe el pago de sus honorarios; me gustaría saldar la cuenta.

—No se preocupe por eso. Alonso Rivadeneira ya se ocupó, así como de cubrir la colegiatura del internado de los chicos —agregó con la creencia de que eso la haría sentir mejor—. Ahora, lo verdaderamente urgente es resolver la situación de sus sobrinos. En teoría, ellos ignoran la muerte de su madre; también hay que decidir si seguirán de internos en Inglaterra o si se irán con su padrastro a Estados Unidos.

—¿En teoría? —De nueva cuenta el cerebro abotagado de Helena se quedó con el dato que le ocasionó más ruido.

Por respuesta, el abogado le tendió un ejemplar de la prensa que tenía sobre su escritorio. En primera plana aparecía la nota amarillista del accidente marítimo en el que habían muerto un famoso empresario inglés de la industria siderúrgica y su amante en turno, Margaret Nelson, y otros nombres también desconocidos para ella.

¿Cuántas cosas más tendría que soportar? Perder a su hermana, el sufrimiento al que se enfrentarían los niños, volver a ver a Alonso y enterarse de que tal vez había sido utilizada por Margaret para ayudarla a convertirse en millonaria y soltera de un solo golpe.

—Señorita Nelson, debemos volver con Rivadeneira —dijo Fablet, quien se puso de pie y la regresó a lo urgente sin misericordia.

Envejecida cinco años, Helena se encontraba sentada de nuevo frente al hombre más tranquilo y sereno de la historia de la humanidad. En control absoluto de sus emociones, la veía con dos bloques de hielo por ojos.

—Ha llegado la hora de que se decida el futuro de Ian y Diego —estableció el litigante, a la cabecera de la mesa de juntas, con un puño de documentos de los cuales iba apartando los relacionados con el tema.

—Es preferible que los niños se queden conmigo —externó Helena con mirada desafiante.

—¡Definitivamente no! —Solo dos palabras, pero lo que dejó temblando el lugar fue la determinación y dureza con las que fueron pronunciadas—. Ellos vivirán conmigo en Estados Unidos. —Alonso paseó la mirada de Fablet a los ojos chispeantes de Helena.

—No puedes llevártelos así. Ellos necesitan de una madre.

—¿Estás sugiriendo que me case contigo? —El atractivo rostro le brindó la sonrisa más sardónica de su repertorio.

—¡No digas tonterías! —rechazó con un estremecimiento que supo ocultar con su gesto de enfado—. Los niños estarán mejor conmigo, que soy mujer y, además, su tía consanguínea. —Citó al abogado.

—A la que apenas conocen y no ven desde hace años —aseguró Alonso como si fuera el dueño de la verdad.

Seguro Margaret estaba detrás de esa mentira, pero ¿por qué ocultarle a su esposo de sus visitas anuales?

—Para tu conocimiento, desde que nació Diego, he pasado mis vacaciones atendiéndolos mientras mi hermana se iba a su retiro espiritual. —De pronto, lo último le sonó a falacia, y la mueca mordaz de su oponente le dio la razón—. Amo profundamente a mis sobrinos y ellos, a mí. A partir de hoy, prometo cuidarlos y protegerlos hasta que se conviertan en hombres de bien.

—Lo dice una chica de... ¿veintidós años? —El cálculo fue acertado—. Capaz de cometer cualquier acto ruin, incluso ilegal, por dinero y quién sabe por qué otros motivos —declaró con rencor.

Mientras la describía según su criterio, se puso de pie para acercarse con paso de fiera hambrienta. El abogado también se levantó, alertado por el giro de los acontecimientos, dispuesto a intervenir si las cosas se salían de control.

A medio paso de su silla, Alonso se detuvo y la miró desde su altura, desprovisto de la máscara de frialdad para evidenciarla públicamente sin clemencia.

Helena podía decir algunas cosas a su favor pero, hasta no estar bien segura de que había sido engañada, se mantendría en su puesto de mujer ofendida.

—Ingeniero Rivadeneira, le recuerdo que el tema que nos ocupa es el de los chicos Nelson. Le pido el favor de que regrese a su asiento para concluir.

—Tienes razón, Fablet. Pido una disculpa. —Alonso volvió a su silla y sonrió con amabilidad. De nuevo estaba en modo autocontrol—. Basados en la ley, yo poseo la patria potestad de los niños; ¿es correcto? —Buscó la aprobación del letrado—. Pues bien, te informo con carácter de irrevocable que, en cuanto me des los documentos que me acreditan como su tutor, salgo para Inglaterra a recoger a mis hijastros. —Haciendo caso omiso de los intentos de Helena por quitarle la palabra, continuó con su veredicto—. Los llevaré a vivir conmigo a mi domicilio actual en Estados Unidos. Lo puedes dejar asentado de una vez para la copia que va a la instancia de gobierno correspondiente. Tú ya cuentas con mi dirección allá. —Dando por terminada la reunión, se puso de pie y se acomodó la ropa con modos elegantes—. Si no hay otro asunto que tratar, me espera un *jet* a Devon.

Con rostro desesperado, Helena se incorporó de su asiento y, sin pensarlo dos veces, siguió hasta la puerta al hombre que la alejaría para siempre de sus sobrinos.

—¡Alonso! Tenemos que hablar —dijo al tiempo que lo sujetaba del brazo.

—No lo creo —respondió el aludido, mirando con desprecio la mano que le quemaba la piel a través de la tela. Luego, sus ojos sin alma se dirigieron a su rostro.

—Te lo ruego. No lo hagas por mí, hazlo por los niños —insistió al soltarlo, pues había conseguido su atención.

—Pueden hablar aquí con confianza. Ahora voy a mi oficina a preparar la documentación —intervino el abogado para ayudar a la causa de la chica.

—Tienes cinco minutos. Habla ya —dijo Alonso, en cuanto se quedaron a solas, y se dirigió a la ventana, por donde atisbó con indiferencia.

Qué difícil era iniciar un debate con semejante contrincante. Alonso Rivadeneira se veía impenetrable y excelso vestido con su traje gris hecho a mano, como una segunda piel. Había ganado volumen, justo donde era necesario. Si un año atrás le había parecido guapo e interesante, ahora era como un príncipe de cuento de hadas. Hermoso, magnífico, pero también era una montaña difícil de escalar. Este Alonso era un hombre desconocido para ella.

—Yo... Yo... —balbuceó sin encontrar las palabras que le dieran acceso a su endurecido corazón.

—Te quedan cuatro minutos. —La presionó sin mirarla, porque igual pensaba mandarla al diablo.

—Eres un cretino.

—Y tú, una zorra mentirosa y sinvergüenza que no debería estar aquí pidiéndome nada. —Como en esas competencias de televisión, en la cabeza de Helena sonó la alarma escandalosa que le indicó «respuesta incorrecta». Alonso se abalanzó sobre ella con furia que derramaba por sus ojos y por sus manos, que con crueldad la sujetaron por los hombros—. No quiero volver a ver tu cara, Helena, o Patricia, o como quiera que te llames ahora, y da gracias a Dios que no proceda legalmente para que te den tú merecido por lo que pasó hace un año —rugió antes de soltarla y encaminarse a la salida.

Helena de pronto se vio a sí misma como una marioneta sin titiritero; como pudo se mantuvo de pie. Alonso por fin había mostrado su ira y su odio sin filtros, pero ella no podía darse por vencida, se lo debía a los niños.

Capítulo 14

—¡Espera! —gritó a toda garganta—. Margaret me pidió que la ayudara; ella me aseguró que la maltratabas física y psicológicamente, que temía por su vida y que la tenías amenazada con quitarle a los niños si te denunciaba. —A Helena no le quedó otra que enlodar el recuerdo de su hermana. Era injusto que cargara con toda la culpa; además, esto lo hacía por sus sobrinos, por ellos haría lo que fuera necesario.

—¡Mentira! —Alonso se volvió sobre sus pasos para encararla con furia—. En el juicio, ella declaró que su propia hermana había sido la manzana de la discordia en nuestro matrimonio y que tú misma le facilitaste el video del hotel y otros tantos donde estuvimos juntos.

—¿Quééé? —Sintió que la golpeaban en el vientre una y otra vez con cada palabra que dejaba en evidencia la traición de su hermana—. ¿Por qué cambió el plan? —Cuando vio la mirada de odio de Alonso, se percató de que había hablado en voz alta—. Espera, por favor, las cosas no sucedieron así. Lo juro. —Corrió detrás de él.

—¡No jures porque más te hundes! —le bramó en el rostro—. Para concluir con esta molesta reunión, te diré algo —dijo mientras se reafirmaba en el piso, listo para asestar la estocada final—. Desde que me detuvieron, supe que tú habías sido la causante de mi desgracia. Tu hermanita te vendió a cambio del ochenta por ciento de mi parte. —Alonso veía, con placer, los labios de Helena moverse como los peces contra el cristal de la pecera que los mantiene cautivos—. Margaret me dijo que un día habías llegado a casa para ponerla sobre aviso de mis infidelidades y, no conforme con eso, un mes después le habías entregado las cintas incriminatorias. Lógico, ¿no? Esa era la prueba irrefutable de que le habías sido infiel con cuanta mujer se me ponía enfrente, según tus propias palabras. ¿Lo hiciste por buena hermana? No, querías mucho dinero. —Aturdida con la metralla de mentiras, Helena daba pasos hacia atrás rumbo a la salida, pero Alonso la detuvo de un brazo—. Ávida de venganza por mis supuestas infidelidades —continuó sin clemencia—, Margaret decidió hacerte caso y me refundió en la cárcel. —La mirada azul destilaba amargura—. Perdí a mi familia, mi posición, mi libertad y fui humillado públicamente. —El quejido de dolor de su presa lo regresó al ahora para soltarla con gesto de repudio.

—Todo eso es mentira. Yo nunca recibí un centavo de Margaret y tengo manera de probarlo —declaró mientras se tallaba la lastimada piel.

—Ella me advirtió que, si nos volvíamos a ver, tratarías de demostrar tu inocencia; por eso

contraté a un experto para que rastreara la cuenta a donde se había enviado mi dinero, y resultó que estaba a tu nombre —compartió ufano—. También me dijo de las cosas terribles que habías hecho en el pasado, movida por tus eternos celos y tu envidia hacia ella. —Helena trastabilló debilitada y buscó dónde sentarse, pero Alonso creyó que huía de nuevo y la sujetó de los hombros con fiereza—. Me contó cómo te habías enredado con su primer esposo y no habías descansado hasta llevar su matrimonio a la ruina, igual que el mío. Entonces, entendí por qué nunca visitabas a los chicos; las hermanas Nelson estaban distanciadas. —Entrecerró los ojos al tiempo que hacía memoria—. En casa no se hablaba nunca de ti; no había fotografías, excepto una de cuando estabas demasiado joven para ser tan perversa —concluyó casi con asco, y la volvió a liberar de su doloroso amarre.

—Sí... Qué fácil salió la operación. —Con un último destello de la guerrera que había en ella, la chica rompió el silencio—. Sumas dos más dos, y resulta que «Helena es la culpable de todo», pero ¿por qué no habías sabido nada de eso desde antes? ¿Qué me dices de los problemas que estaban pasando tú y ella? ¿Qué hacías siempre de viaje, en lugar de estar con tu familia en casa tratando de resolverlos? —Helena no paró hasta que le regresó la bola.

—Tu hermana nunca hablaba mal de nadie y, en cuanto a nuestra relación, estábamos pasando por la clásica crisis matrimonial después de nuestro tercer año de casados.

—¿Así que lo de ustedes era un matrimonio normal con momentos buenos y malos? —Inconsciente de sus movimientos, se acercaba con pequeños pasos. Era su turno y debía de encontrar la forma de resquebrajar la muralla de mentiras en su contra—. ¿Por qué te enredaste conmigo? —preguntó, tan de repente, que Alonso parpadeó nervioso.

—Supongo que por el mismo motivo que lo hacen todos los hombres. —Parecía querer marearla con tanta palabrería hasta que confesó—. Llegaste toda bella, inocente y desprotegida en el momento más vulnerable de mi vida, y yo, como un estúpido, caí en tus mentiras.

Qué cruel era su realidad. Por algún absurdo motivo, muchas veces Helena había sentido que había compartido con Alonso algo más que lujuria. El dolor en su corazón era intenso, ocasionado por el mismo hombre considerado, dulce y apasionado del pasado.

—¿Rodolfo! —Como un destello en su memoria, apareció el recuerdo del otro cómplice de su hermana.

—¿Rodolfo? ¿Quién es ese? —Alonso tenía toda su atención; intuía que se iba a enterar de algo que no le gustaría escuchar.

—No es nadie —recoló. Al nuevo Alonso lo creía capaz de moler al sujeto a golpes, por participar en su destrucción, o de refundirlo en la cárcel. Rodolfo era su único testigo en el engaño tramado por su hermana, y lo debía proteger hasta hacerlo confesar.

—Habla, Helena, no estás en posición de ocultarme nada —advirtió—. Es más, he cambiado de opinión, quiero oír tu versión de los hechos —declaró con mirada suspicaz.

—Lo único que quieres es utilizar mi verdad para voltearla a tu conveniencia; no tienes ninguna intención de darme una oportunidad de probarte que yo también fui víctima de mi hermana. —

Valiente, se abrió a pesar de temer su reacción.

—Tienes toda la razón; me importa una mierda lo que digas, pienses o sientas —soltó con ojos como cuchillos afilados—. Y te advierto que no insistas en el tema. Estoy a punto de olvidar que soy un caballero y de tratarte como lo que eres: una zorra envidiosa y chapucera a la que estoy obligado a soportar, pero no por mucho tiempo.

—Alonso, ¡por favor!, dame una oportunidad. Haré lo que sea para demostrarte que lo que digo es verdad. —En su mente planeó contratar una empresa investigadora para encontrar a Rodolfo y, cuando su inocencia estuviera probada, volvería a la carga para solicitar la custodia de sus sobrinos.

Repentinamente el atractivo rostro cambió de expresión; Helena juraría que vio cruzar la maldad por los ojos celestes. La sonrisa de lado, que conocía tan bien, apareció para borrar toda impresión.

—¿Qué tanto estás dispuesta a hacer, Helena?

—Conseguiré las pruebas de mi inocencia...

—¿Cuánto tiempo calculas que te llevará eso? —la interrumpió.

«El muy cretino solo se está mofando de mí», pensó con rabia.

—Tienes razón: no tiene caso continuar esta conversación. No piensas darme una tregua, ¿no es así?

—Has acertado —convino sin una pisca de pena por su dolor.

—¿Por lo menos me vas a permitir estar presente cuando vayas por los niños? —Vio venir su negativa y se apresuró a agregar—: Vas a necesitar de mi ayuda cuando les des la terrible noticia.

—De acuerdo, pero te advierto que no otorgaré más concesiones. Después de verlos te quiero lejos de nuestras vidas.

Calladamente, Helena salió para dirigirse al reservado donde aguardaba Aníbal; Alonso fue al despacho del abogado por sus documentos, como si acabara de comprar un auto. Acordaron que en dos horas se verían en el aeropuerto.

El destino y sus bromas crueles los hizo coincidir a todos en la sala de espera. Alonso, entonces, se percató de que Helena no iba sola y de que ella y su acompañante iban a recoger su equipaje al que había sido su antiguo hogar.

—No te molestes, Fablet —dijo al abogado cuando ofreció su chofer y su auto para llevar a la pareja—. Voy para el mismo rumbo, tengo algunas cosas que recoger ahí. —Su tono dejó claro que no había otra opción.

Helena fue «obligada» a sentarse del lado del copiloto, pero guardó un hermético silencio que a Aníbal seguro le estaba extrañando; no sabía gran cosa de la situación. Era necesaria la confesión de un pasado que había vuelto para torturarla si quería que pasaran al siguiente nivel.

—Tengo que hablar contigo un minuto, ahora —dijo Alonso, quien la retuvo de la muñeca antes de que su acompañante le abriera la puerta del vehículo para ayudarla a bajar.

La mirada azul y la miel se quedaron cautivas; el aire frío del exterior, al colarse adentro, les hizo recordar que no estaban solos.

Helena salió del auto y se colgó del brazo de Aníbal con toda intención de camino a la entrada —: Querido, por favor, adelántate mientras cruzo dos palabras con el señor Rivadeneira —pidió con ternura al cruzar el umbral.

—Por supuesto que el permiso de viajar a Inglaterra no se extiende a tu acompañante, así que tendrás que despedirlo en este momento —declaró Alonso en tono airado apenas se quedaron a solas.

—Está bien, tú eres el que manda ahora. Mi «prometido» se quedará en un hotel hasta mi regreso —consintió Helena ocultando el cansancio por su actitud prepotente. Por ahora no podía hacer más.

Aníbal no era tonto, sospechaba que ahí pasaba algo, aunque aceptó gustoso la propuesta de Helena; estaba dando un gran paso pidiéndole que aguardara su regreso.

Alrededor de una hora después, los tres salieron de la residencia. Helena y Alonso, rumbo al aeropuerto, y Aníbal, al hotel más lujoso de la zona para que le sirviera de marco a su declaración de amor.

Capítulo 15

Helena iba de sorpresa en sorpresa. Al llegar al aeropuerto, luego de la revisión de rutina, en lugar de dirigirse a la sala de espera, Alonso la guio a la pista de aterrizaje donde aguardaba su *jet* privado. ¿Qué más le deparaba el destino en las próximas horas? Aunque el viaje sería corto, lo aprovecharía para pedirle a Dios un milagro que hiciera cambiar de opinión al endurecido hombre.

El internado contaba con un pequeño aeropuerto, donde aterrizaron sin contratiempos, y casi al instante estuvieron en presencia de la directora del mismo para que Alonso la pusiera en antecedentes de los planes futuros de los niños.

Después de una hora de diálogo y de cumplir con el papeleo, fueron conducidos a la salita donde se llevaría a cabo el encuentro.

Ian y Diego aparecieron en la puerta acompañados de una amable asistente que los hizo ingresar a la habitación.

—¡Tía Lena!

—¡Papá!

Los pequeños gritaron en coro, con las caritas repletas de felicidad, sin sospechar la amarga noticia que los esperaba.

Ya que pudieron calmar su algarabía, Alonso acomodó a los niños en el sillón, en medio de él y Helena.

—Hijos, debemos hablar de algo muy triste que...

—¿De lo que le pasó a mamá? —Diego habló con voz quebrada y dejó impactados a los adultos.

—¿Ya lo saben? ¿Quién se los contó? ¿Cómo se enteraron? —Helena y Alonso se hacían segunda tratando de saber a fondo la situación.

—Robert me lo dijo; su tío era el dueño del barquito. También me contó que su mamá dijo que mi mamita había tenido la culpa y que era una perra sucia y...

Helena no dejó que terminara. Apretó a Diego contra su pecho y le dio todo el consuelo y amor que tenía reservado para ellos.

—Extrañaré a mamá, pero también estoy feliz de que esté en el cielo con mi otro papá, que la cuidará bien. Ya no sentiré que está cansada de cuidarnos porque ahora nos cuidarán ustedes —

declaró entre sollozos al tiempo que se dirigía, primero, a la tía y, luego, a su padrastro—. Ahora tú serás nuestra mamá y Alonso volverá a ser nuestro papá —arregló con la inocencia propia de un niño.

Las miradas de Helena y Alonso se cruzaron de forma inevitable. La de ella, con una petición silenciosa; la de él, claramente desconcertada.

Ian lloraba inconsolable: Alonso lo tomó en brazos y lo sentó en su regazo.

—Hijos, mañana saldremos para Estados Unidos; es ahí donde viviremos los tres a partir de ahora. Tía Helena no puede venir con nosotros, ella tiene su propia vida en otro lugar lejos de ahí, pero podrán mantenerse en contacto todo lo que quieran.

—¡No, papito, por favor! ¡Convince a tía Lena de que nos acompañe! —rogó Diego con la carita descompuesta—. Ella siempre dice que nos adora. ¿Verdad, tía?, ¿verdad que nos amas mucho? —le preguntó mientras le rodeaba la cara con sus manitas—. Ella nos cuida muy bien; mi mamá siempre lo decía. —Diego se había puesto de pie y lo tenía sujeto por las solapas de su fina chaqueta.

—Tranquilos, niños. Yo los seguiré amando igual, donde quiera que estén, y les prometo que diario hablaremos por teléfono y, a lo mejor, las próximas vacaciones de verano, papá Alonso permite que la pasen conmigo. —Con ojos suplicantes le pidió en silencio que no la desmintiera.

Con la madurez propia de quien no ha tenido la vida fácil, los niños permanecieron tristes y callados, solo respondiendo con monosílabas a las preguntas de los adultos. Dos horas después, con certificados de estudios en regla y equipaje, Helena, Alonso y los niños se dirigieron al centro de la ciudad a pasar la noche en un hotel; a primera hora de la mañana, partiría cada quien a su destino final.

Alonso rentó una *suite* con dos habitaciones para que los niños pudieran convivir con tía Lena antes de partir. Luego de la cena «en familia», ella les contó cuentos y los arropó. Ya no lloraban, dormían tranquilos, mientras que ella, con el corazón partido, resolvió partir en medio de la noche para evitarles una triste despedida; así se lo hizo saber a Alonso mediante una nota que dejó sobre la cama.

Llegando a París, a Helena la esperaba otro panorama: un Aníbal amoroso y tierno y su declaración. Como si fuera una tabla de salvación, ella lo aceptó. Finalmente, la ciudad del amor había cumplido con su cometido.

Al regreso a casa retomó la rutina de trabajo con ahínco; eso le permitía distraer su mente de los niños y de Alonso. Por las tardes, al final de la jornada, era Aníbal el que se encargaba de entretenerla con su entusiasmo y encanto, pero no todo era tan fácil. Cuando llegaba la hora de estar a solas, en su departamento, le daba rienda suelta a su tristeza y preocupación por el bienestar de sus sobrinos. Todavía le asaltaban las dudas de si Alonso había sido una víctima inocente de la mente maquiavélica de una hermana desconocida para ella.

Con la prudencia que la caracterizaba, Betty llamó para darle el pésame pasados unos días y, luego de que le comentó que sus sobrinos se habían quedado bajo la custodia de Alonso Rivadeneira, la sorprendió con la pregunta de por qué se la habían dado a un expresidiario. Se le olvidaba que el hombre era conocido en muchas partes del mundo. Solo a donde vivía ella no llegó noticia alguna de su encarcelamiento y liberación.

—Princesa, ¿cómo amaneció la melancolía ahora? —susurró una voz amable que la sacó de sus lúgubres recuerdos.

—Igual que ayer, Aníbal. No logro hacerme a la idea de que nunca volveré a ver a Ian y a Diego. —Esa era la llamada de rutina que Aníbal le hacía todas las mañanas para desearle feliz día.

—¿Cuándo me contarás que fue lo que pasó entre tú y el esposo de tu hermana? Tal vez, entonces, logre entender tanta crueldad de su parte —dijo con evidente impotencia.

Helena había resuelto mantener en silencio su secreto hasta que apareciera la única persona que podía aclararlo todo. Diario rezaba porque pronto recibiera noticias del paradero de Rodolfo, aunque estaba consciente de que, con la poca información proporcionada a la compañía investigadora, eso podía llevarse mucho tiempo o no suceder.

—Querida, ¿sigues ahí?

—Sí, Aníbal —suspiró—. Lo siento, debo dejarte; me están voceando de la sala de urgencias. —De nuevo pudo zafarse de dar más explicaciones.

—Te veo a la noche, cariño. Pásatela bien, ¿quieres?

—Tú también.

Helena se sentía miserable con Aníbal porque se daba cuenta de que no lo quería ni la mitad de lo que la amaba él; por más que se esforzaba, sus sentimientos eran algo que no podía condicionar ni cambiar.

Los días pasaban inexorables. Había transcurrido un mes de que había visto a sus sobrinos, y no conseguía calmar la ansiedad que le provocaba el no saber cómo se encontraban. Su mente recreaba escenas terribles acerca de ellos y, aunque se regañaba por su comportamiento psicópata, las cosas no mejoraban dentro de su cabeza. Al paso que iban las investigaciones, moriría de la angustia antes de probar su inocencia.

Capítulo 16

Una noche, cuando estaba a punto de acostarse, agotada de otra larga jornada en la pequeña clínica de la Casa Hogar, su teléfono móvil empezó a timbrar.

—¡Dios! Que no vaya a ser que el abuelo empeoró. ¿Diga?

—Helena, habla Alonso. Acabo de enviar el avión para recogerte; te necesito con los niños cuanto antes.

—¿Qué pasa con ellos? ¿Están enfermos? —preguntó alarmada—. ¿Ya los vio un médico? ¿Están comiendo bien? ¡Por Dios, contesta algo! —exigió mientras caminaba de un lado para otro como fiera enjaulada.

—Si te calmas y me dejas hablar, lo haré —puntualizó. Esperó por un breve instante y, ante el silencio del otro lado, prosiguió—: Los niños han estado enfermos, pero ya van de salida; el resto te lo contaré cuando estés en casa. Ve haciendo tu maleta, que el piloto no tardará en llamarte para avisarte de su llegada. Te veo más tarde.

—¡No cuelgues! ¡Alonso!, ¡Alonso! —gritó desesperada—. ¡Maldito cretino! Qué ganas de mandarte al diablo —masculló.

Estaba tan molesta que no se había percatado de que sus oraciones habían sido escuchadas ni de que en breve vería a sus sobrinos.

Tiempo después, mientras batallaba para cerrar la maleta, el timbre del teléfono interrumpió una nueva andanada de insultos para su excuñado.

—Alonso...

—Buenas noches, soy Alberto Villaseñor, el piloto de Alonso Rivadeneira. —Se escuchó una voz amable del otro lado de la línea.

—Dígame, señor Villaseñor —respondió apremiante.

—En hora y media estaré aterrizando en el aeropuerto de la capital. He mandado un auto para que la recoja en su departamento; ya no debe tardar. —Como si el hombre fuera el portador de las noticias, en ese momento sonó el timbre de la puerta de entrada—. Espero verla pronto —dijo a modo de despedida.

—Yo también. Gracias.

Eran las diez de la noche cuando el auto en el que viajaba aparcó junto al hangar de los *jets* privados. Apenas poner los pies sobre el asfalto, un hombre joven, con uniforme de piloto, se acercó a ella.

—¿Alberto? —preguntó ansiosa.

—A sus órdenes, señorita Nelson. Permítame su equipaje, por favor. —Luego de saludarla tocando la visera de su gorra, tomó de sus manos el asa de la maleta.

—Gracias. —Helena le habló a la ancha espalda, pues el hombre ya había emprendido la caminata a la nave—. Si no te importa, me gustaría que me llamaras Helena —invitó emparejándose. —El piloto le regaló una brillante sonrisa.

—Y tú, Alberto, por favor —respondió al tiempo que le tendía la mano para que subiera la escalinata.

Ya adentro, le presentó a César, el copiloto, y se disculpó por la ausencia de la azafata que, por lo intempestivo del viaje, no se pudo incorporar.

Cual sería su sorpresa, una vez que habían alcanzado la altura máxima, el piloto apareció en escena con una charola de refrescos y bocadillos.

—Espero que todo sea de tu agrado —comentó y se sentó a su lado. Del compartimento sacó la mesita y sirvió dos porciones exactas para ella y para él.

Por visitas espaciadas a su sitio, fue como Helena se enteró de que Alberto Villaseñor era uno de los pocos amigos de Alonso —el segundo mejor amigo, para ser exactos—, y de otras tantas cosas acerca de sus gustos y aficiones que le indicaron que tenían mucho en común. ¿De qué le servía eso? «Tal vez, de nada», se dijo mientras trituraba otra servilleta de papel sobre su regazo y miraba por la ventana.

La sencillez y la buena conversación de Alberto la ayudaron a que las diez horas de vuelo se le hicieran más cortas. El problema fue cuando a ella le tocó hablar de sí; por la mirada verde esmeralda, pudo constatar que él conocía toda la historia. De suerte que no fue necesario revolcarse en su vergüenza, porque en ese momento se escuchó la voz de César, por el altavoz, que avisaba del próximo aterrizaje. Alberto se despidió, pues era el responsable de la maniobra.

Como un mal presagio, la oscuridad de la noche la acompañaba a donde iba, o tal vez solo se trataba de la diferencia de horario. Su reloj marcaba las cuatro de la mañana. Durante el vuelo tuvo la precaución de ajustarlo para no andar con enredos.

César la ayudó a desembarcar y arrastró su maleta, por el asfalto mojado, hacia los autos aparcados junto al hangar.

—Alonso me pidió que te lleve a casa. Él no pudo venir porque está atendiendo un asunto urgente —declaró Alberto, sofocado por la carrera para alcanzarlos.

—Los niños...

—Negocios —agregó parco.

—Claro —comentó. «Es la mejor hora para eso», se dijo con sarcasmo.

Una llovizna ligera se soltó sobre ellos. Tomándola del brazo, el piloto la instó a correr hacia su auto, un hermoso Ferrari negro. Los esperaba media hora de camino, y Helena no pensaba pasarlo envuelta en un incómodo silencio.

—Alberto... —Pausó en busca de las palabras—. Sé que lo que te voy a pedir es muy complicado, pero te ruego que no me juzgues tan duramente.

—Yo no...

—En verdad lo entiendo —lo interrumpió con la mano en alto— pero, aunque todo me señala, estoy esforzándome por demostrar que yo también he sido una víctima de las circunstancias.

—Por mí no te preocupes, Helena —dijo mirándola con brevedad—. Me imagino que ya tienes bastantes problemas con mi amigo.

Luego de la aclaración, la empatía regresó entre ellos.

—La famosa ciudad de San Francisco... —comentó Helena en cuanto el ligero auto se adentró en las calles, con bastante tráfico a pesar de la hora—. ¡Es preciosa! —dijo fascinada ante los altos edificios y las coloridas luces de los escaparates de las firmas famosas, que pasaban veloces por su ventanilla.

—¿Nunca habías venido? —preguntó Alberto con mirada de orgullo.

—No. ¿Eres de aquí? —quiso saber.

—No, yo nací en Arizona, pero desde muy pequeño me trajeron a vivir acá. ¿Tú de dónde eres?

—Soy ciudadana del mundo. Mi padre era diplomático inglés, así que a mi madre y a mí nos trajo viajando de un lado para otro, hasta que me rebelé y me independicé de ellos para irme a estudiar enfermería a España.

—Entonces, ¿eres una chica con agallas? Me gustan las mujeres así. —Sonrió y le guiñó un ojo.

—Pues, gracias —respondió ruborizada. Eso también le gustó a Alberto.

—¡Wow! —expresó Helena, diez minutos después, cuando el vehículo se internó en un camino bordeado de árboles centenarios que los llevó al acceso a la propiedad.

Su mandíbula terminó de caer al visualizar la fachada de la residencia, iluminada con luces que nacían desde la tierra, rodeada de verdes pastos, árboles y plantas bien recortadas. «¿Que no es esta la Casa Blanca?», se preguntó sorprendida.

El Ferrari se detuvo frente a la escalinata de la entrada; de inmediato apareció un hombre vestido de negro que se acercó a abrirle la puerta y, luego de darles la bienvenida, se dirigió al portaequipaje.

—Helena —dijo Alberto mientras tomaba sus manos—, a riesgo de perder la cabeza por el sable de Alonso, me pongo a la orden para lo que se te ofrezca. —Aunque amaba a su amigo, algo

le decía que la chica era sincera y auténtica.

—Gracias por todo, Alberto. —Se puso en la punta de sus pies y besó sus mejillas.

—El señor la espera, señorita Nelson —dijo el mayordomo entonces.

Helena casi sonríe cuando, al pasar por el salón principal, observó un escudo cruzado por dos hermosos sables de empuñadura de oro y pedrería sobre una gran chimenea.

Eso fue lo poco que pudo apreciar entre el paso ligero del sirviente y sus nervios, que le estaban provocando un agudo dolor estomacal.

El hombre se detuvo frente a una pesada puerta de madera maciza, que tocó con firmeza.

—Pase. —Se escuchó la imperante voz, que conocía tan bien, del otro lado.

—La señorita Nelson —anunció el mayordomo con pompa al dejarla pasar.

—Gracias, John, puede retirarse.

Cuando Helena se adaptó a la blanca luz del interior, localizó a Alonso frente a una alta ventana por donde se veía el camino de acceso principal.

—No te preguntaré qué tal estuvo tu viaje, porque es obvio que te la pasaste muy bien en compañía de Alberto —habló masticando las palabras al tiempo que se giraba—. Te advierto que no permitiré que lo envuelvas con tus embustes —concluyó a un paso de ella.

«¡Vaya!, qué recibimiento», se dijo Helena mientras miraba la rabia en los ojos de cielo.

—¿Cómo están mis sobrinos? Quiero verlos —estableció alzando la barbilla.

—Primero tenemos que hablar. —Con gesto refinado la invitó a tomar asiento en un sillón que hacía juego con la preciosa sala en medio del estudio.

—¿Están bien? —insistió con la boca seca, mientras lo observaba ocupar el sillón frente a ella. Sin apuro, cruzó sus largas piernas antes de mirarla.

—¿Gustas beber algo?

—No, gracias. Por favor, necesito...

—En cuanto hable contigo, los verás. Falta poco para que los despierten para sus clases de la mañana —la interrumpió mientras miraba su reloj de pulsera. Luego procedió a sacar una cajita metálica del interior de su fina chaqueta y extrajo un cigarrillo, al que le dio una potente aspirada, al encenderlo, para ensimismarse en la visión del humo que flotaba entre ellos. «¿Desde cuándo fuma?», se preguntó Helena—. A partir de que llegaron a Estados Unidos, los niños han estado enfermándose de cuanto virus existe en el país; diferentes médicos han observado su caso y no han encontrado explicación para sus males, hasta que hablé con mi amigo, el doctor Cázares. —Con toda intención hizo una pausa; Helena no lo decepcionó cuando elevó una ceja al escuchar el conocido nombre—. Es que se tocó la posibilidad de que el estado anímico de los niños pudiera estar propiciando la situación. —Le hablaba con la deferencia que seguro utilizaba con el mesero de su bar preferido, amable y distante—. Cázares, además de recomendarme a un reconocido psiquiatra infantil, no se equivocó. El doctor Dolovan, su médico, les diagnosticó trastornos de humor. —Al ver el intento de Helena por hablar, levantó la mano—. Déjame terminar, por favor —pidió con tono autoritario, difícil de ignorar—. Los niños sufren depresión.

Alonso hizo una pausa al mirar a la chica palidecer. Aunque no confiaba en ella, su preocupación parecía genuina.

—Luego de las entrevistas clínicas, donde se aplicaron diferentes técnicas con los niños, por separado y conmigo, el psiquiatra concluyó en que es necesaria la información que tú puedas aportar al caso. Ahora los chicos se encuentran medicados, pero falta iniciar con las psicoterapias. Dolovan insiste en que eres pieza clave en su recuperación —terminó a regañadientes.

La primera reacción de «tía Lena» fue brincar de gusto, cosa que no hizo. «Pobre de mis niños, que han tenido que enfermarse para que los pueda recuperar», pensó desinflada.

—¿Eso quiere decir que me los puedo llevar a casa? —se aventuró a preguntar.

—¡Por supuesto que no! —ladró Alonso y abandonó su postura cómoda, tenso como una flecha a punto de ser disparada—. El hecho de que estés aquí no significa que haya cambiado mi forma de pensar; lo que el médico sugiere es que pases una temporada con los niños en casa. Tu estadía aquí depende de su evolución —aclaró con frialdad.

Su mirada la retaba a que se negara y diera la media vuelta, pero no le daría ese gusto, aunque se sintiera como un objeto desechable. Optimista pensó que, si todo resultaba bien, tendría esa oportunidad de demostrar su inocencia y renegociar la tutela de los niños.

—¿Qué dices? —presionó con mirada diabólica.

—Que sí. Los niños son lo primero para mí y, si he de convivir con el mismísimo demonio para que ellos mejoren, así será —declaró si amilanarse. Le demostraría de qué estaba hecha la tía Lena.

Incapaz de seguir sosteniendo su penetrante mirada, se levantó para acercarse a la ventana. Afuera se encontraban tres hombres que empezaban su día laboral en el mantenimiento del bello jardín. «Qué rápido se ha recuperado Alonso de su estado financiero», se dijo ante la opulencia que la rodeaba.

—Espero que no estés refiriéndote a mí —dijo una sugestiva voz a su oído.

Helena pegó un brinco involuntario, no escuchó a Alonso acercarse. Ignorando la pregunta, se alejó un paso y se volvió hacia él.

—Una vez que vea a los niños, debo volver a Chascomús para...

—¡Ni pensarlo! ¿Cómo crees que repercutiría en su ánimo verte marchar de inmediato? Eso no lo puedo permitir; tendrás que valerte del teléfono para resolver tus cosas —interrumpió con el rostro ofuscado.

Valiente, Helena recibió el feroz aliento azotar, con cada palabra, su cara. La mirada de cielo siguió el movimiento de su flequillo cuando se soltó del amarre para caerle sobre uno de sus ojos. Hubiera jurado que esa mano que se detuvo, a medio pecho, había tenido la intención de acomodarlo.

«Ni sueñes», se dijo realista. Lo que ahí había era un hombre autoritario, exigente y duro; así era el nuevo Alonso con el que tendría que tratar. ¡Ay! Qué ganas de machacarle un pie con su

tacón, agarrar a sus sobrinos y huir, pero eso y más tendría que tolerar en beneficio de dos criaturas inocentes que ya habían sufrido demasiado en su corta vida.

—Los niños no saben que venías, así que te puedes regresar de igual manera —confió con malicia, como la serpiente del Edén. Luego de unos segundos de silencio, la miró con aburrimiento antes de encaminarse a su escritorio.

Insufrible pero bello: eso era lo único en lo que podía pensar Helena al mirar a Alonso alejarse. El muy maldito se veía divino vestido de forma informal, al estilo de Norteamérica, con una entallada camiseta deportiva y unos vaqueros ajustados a su trasero y a sus muslos, lo que resaltaba sus excelentes atributos. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral al recordar su formidable cuerpo desnudo sobre ella. Sin poder evitarlo se sonrojó, y eso fue motivo de otra mirada maliciosa del sujeto, que casi la agarra babeando.

—Bien. Haré esa llamada —resolvió.

—Adelante —respondió el muy cretino sin la menor intención de darle privacidad.

Desde su celular, Helena marcó el número de Laura, su compañera de trabajo y amiga más allegada, pero no hubo buena señal, y no le quedó más remedio que usar el teléfono fijo, sobre el escritorio, a escaso medio metro del intimidante sujeto, que con descaro se puso cómodo, como si hubiera empezado la función en el cine. Para su mala suerte, su amiga no respondió; seguro iba de camino a la Casa Hogar. Eso solo le dejó una opción: Aníbal.

Capítulo 17

—Buenos días, querido. ¿No soy inoportuna...? —saludó Helena con entusiasmo, como si eso le fuera a servir para lo que seguía a continuación—. La verdad, necesito hablar contigo de algo importante... No, yo estoy bien; se trata de mis sobrinos. —Incómoda por la presencia de Alonso, se volvió de espaldas; casi le aventó con la bocina al escuchar su risa burlesca—. Aníbal, estoy en Estados Unidos...

Luego de los tira y afloja, Helena pudo concluir la llamada, no sin antes dar un informe detallado a su novio para que se quedara tranquilo. También consiguió que intercediera ante su jefe por su abandono intempestivo; aunque, según ella, aún estaba vigente su permiso de trabajo.

—¿Y para cuándo la boda? —preguntó Alonso, de pie junto a ella.

—No hemos fijado la fecha —respondió luego de una inspiración, como preparándose para la batalla.

—¿Tu noviecito sabe la clase de mujer que eres? —susurró en su oreja al tiempo que tomaba un mechón de su pelo, que ya le llegaba al hombro, libre de tintes.

¿Qué embrujo o hechizo había conjurado su difunta hermana para haberla convencido de meterse con Alonso? ¿Por qué un año atrás no había visto lo que ahora veía?: a un tipo fuerte, poderoso y amenazante. Ciertamente Margaret siempre se lo había dicho, aunque con ella él nunca se había manifestado así.

—Si lo que quieres saber es si le conté lo sucedido contigo, hace un año, la respuesta es «No». Cuando te pueda demostrar que yo también fui una víctima, se lo diré a él y a todo el mundo si es necesario —respondió sin amilanarse.

—Qué fácil sería para mi castigarte por aquello; ahora estás por completo a mi merced. —Alonso la tenía sujeta por el cuello y poco a poco iba aumentando la presión de sus dedos.

—Me temo que tendrás que esperar a que primero solucionemos el problema de salud de los niños —declaró con valentía.

—Ya veo que no te asustas fácilmente. —Con su mano libre, la sujetó por la espalda baja para pegarla a él.

—El que nada debe nada teme —estableció con el rostro en alto y con las manos sobre el pecho de acero para mantener un poco de distancia, pero ya empezaban a dolerle las muñecas por el esfuerzo—. Me gustaría ver a mis sobrinos ahora.

Si las miradas mataran, Helena tendría una hora de fallecida, que, dadas las circunstancias, no estaría tan mal, pero se tuvo que conformar con la retahíla de maldiciones y amenazas, en su honor, de los bellos ojos, ahora de un azul hostigador.

Con un rechinido de dientes, Alonso la liberó y consultó de nuevo la hora en su reloj.

—Acompáñame a su estancia; daré instrucciones para que lleven a los niños antes de que tomen el desayuno. Sus clases inician a las siete —informó como si no acabara de amenazarla, mientras ella quedó aturdida y temblorosa.

Helena siguió a Alonso por medio piso de la planta baja. Por demás estaba decir que cada pieza que atravesaban estaba de igual forma amueblada, con gusto excelso. Aunque inmensa y elegante, en esa casa se sentía calor de hogar, pero lo que se llevó las palmas fue «la estancia», que más bien parecía una pista de aterrizaje llena de juguetes y muebles tamaño pequeño. Era el espacio donde los niños jugaban y aprendían.

—Por favor, toma asiento —invitó «el anfitrión», indicándole el juego de sillones miniatura, con una sonrisa de «a ver cómo lo haces»—. ¿Te gustaría tomar algo mientras vienen los niños? —ofreció desde su altura. Era obvio que no pensaba someter sus largas piernas al suplicio.

—Un café negro. —Como un latigazo a su memoria, llegó el día en que se había burlado de ella por ser tan comelona.

Alonso tomó el interfono y pidió café y panecillos, y aprovechó para indicar que sirvieran el desayuno para cuatro personas en la terraza principal, a la hora de siempre.

—Si me disculpas, debo hacer una llamada urgente —dijo una vez que llegó el servicio.

A solas, Helena aprovechó para llamar al investigador privado. Para su buena suerte, sí entró la llamada.

—Señor Ford, le habla Helena Nelson...

—¿Cómo se encuentra ahora, señorita Nelson?

—Ansiosa de recibir noticias.

—Seguimos sin dar con su paradero, pero...

—¿Y el número de celular que le proporcioné? —interrumpió con impaciencia.

—No existe.

—¡Claro! Es de lo primero que se deshacen...

—En efecto. Pero que eso no la preocupe; daremos con ese malnacido.

—Involucre más personal en la búsqueda y no repare en gastos.

—Como usted diga.

—Espero noticias tuyas pronto —dijo como despedida.

«¿Y si Rodolfo nunca aparece? ¿Cómo haré para demostrar mi inocencia?», se preguntó atormentada. Tendría que contemplar esa posibilidad para ver otra solución o para despedirse definitivamente de sus sobrinos.

El timbre de su móvil empezó a sonar y por un instante pensó en Ford. La pantalla le reveló que se trataba de Aníbal. Este le hablaba para informarle que su permiso de trabajo seguía en pie y que su jefe le deseaba pronta recuperación para sus sobrinos. Por supuesto que quiso saber más, pero aún no era el momento de hablar.

—Yo también te quiero —comentó como despedida, mientras en su rostro permanecía una sonrisa tierna. Eso era lo único que Aníbal le despertaba, pero no perdía las esperanzas de enamorarse de él por todos sus detalles para con ella.

—Los niños ya vienen. —La inesperada voz de Alonso le hizo pegar un brinco involuntario. ¿Desde cuándo estaba ahí? ¿Qué tanto escuchó de sus llamadas?

No respondió, solo se limitó a ponerse de pie y estirar sus entumecidas piernas; aunque se mantenía de espaldas a su «anfitrión», sentía su mirada insistente clavada en ella.

En cuanto se escucharon acercarse las voces infantiles, se volvió hacia la puerta ansiosa por abrazar a esos dos pequeños, que extrañaba tanto.

—¿Tía Lena?, ¿eres tú? —Diego se detuvo en la entrada para mirarla con su carita pálida, llena de asombro.

—¡Claro que es la tía Lena, Diego! —Al tiempo que sermoneaba a su hermano mayor, Ian iba ligero al encuentro de los brazos abiertos.

Helena casi se desmayó de la impresión al sentir con sus manos cada vertebra de sus disminuidos cuerpecitos. Al mirarse en sus ojos verdes, pudo apreciar las grandes ojeras que los rodeaban.

—¡Mis preciosos! ¡Cómo los he extrañado! —Besos, saltos y risas jubilosas se mezclaron con lágrimas de la desmoronada tía; todo un espectáculo para los ojos de Alonso, que no había visto más que caritas tristes a pesar de todos sus esfuerzos. Tendría que reconocer que debía haber algo de verdad en los cientos de mentiras de Helena.

—Papito, qué sorpresa tan magnífica nos has dado —celebró Ian con su floreada locución.

—Gracias por traernos a la tía, papá Alonso —agregó Diego como gente grande.

El trío siguió haciendo barullo por buen rato hasta que salió la pregunta obligada.

—¿Vienes para quedarte, tía Lena? ¡Dime que sí!, ¡porfa, porfa! —imploró Diego con sus manitas unidas junto a su pecho.

—De eso hablaremos más tarde; ahora hay que ir a desayunar porque los espera su clase y tía Lena necesita descansar —declaró Alonso, saliendo al quite, mientras se preparaba para discutir el tema.

Por todo el recorrido a la «magnífica terraza», como dijo Ian, los chicos negociaron con papá, como era de esperarse. Alonso se había adelantado a los hechos y el maestro ya sabía que hoy no habría clases, pero eso no se los confesó a los niños para que no se les hiciera costumbre.

Tía Lena y sus sobrinos devoraron el desayuno ante la mirada contemplativa de Alonso, que

hacía mucho tiempo no veía a los niños comer así. Luego del festivo desayuno, llevaron a la recién llegada a caminar por los bastos jardines. Los niños y Helena se volvieron uno solo; era evidente el lazo de confianza y amor que los unía. Eso no se construía en una mañana, era una labor de años de convivencia. A Alonso ya no le quedaron dudas de que había tomado la decisión correcta al traerla a casa.

En el recorrido, Helena observó una cabaña al final del jardín; Alonso le informó que ahí vivían el chofer, su esposa y un niño pequeño. Las habitaciones del mayordomo se encontraban en la casa grande, con su esposa, la cocinera; ellos no tenían familia. Luego ella se enteraría, por sus sobrinos, de que todo lo que veían sus ojos había pertenecido a los abuelos desde su llegada a América, pero ahora encontraban en España, en Puerto de Vigo, por unos negocios que papá y el abuelo habían abierto por ahí.

Incapaz de seguir por más tiempo al trío de alborotadores, Alonso se despidió para hacer algunas diligencias a su despacho.

Sedientos y sudorosos por las carreras y por tanto sol, Helena sugirió que entraran para que le mostraran la casa. *Magnífica* era la palabra más acertada que se le ocurrió para describirla; de estilo conservador, tenía tres niveles, incluyendo el sótano. La planta alta estaba construida, en parte, sobre una elevación rocosa, y el resto, sobre la amplia cocina, el salón principal, el despacho de Alonso y la estancia de los niños. Amueblada con gusto y sobriedad, a excepción de la habitación y de las aéreas comunes de los niños; estas estaban decoradas, en su mayoría, con colores alegres y llenos de luz. Se notaba que Alonso no había escatimado en gastos por tener cómodos a los chicos.

En el sótano estaban el gimnasio y una alberca, y hacia ahí la llevaron los niños, con entusiasmo sin igual. Luego Helena entendió por qué esa área estaba restringida para ellos.

A solas en su habitación, recordaba el bochornoso momento en que se había encontrado cara cara con Alonso, vestido solo con un pantalón corto de nailon y con una toalla alrededor del cuello. Fue inevitable que lo recorriera de los pies a la cabeza, donde lucía los negros rizos húmedos, pegados a la frente; parecía diez años menor de sus treinta y cinco.

—¡Lo siento! No quisimos importunar. —Fue lo único que se le ocurrió decir al ver su sonrisa de suficiencia—. Vámonos, chicos —dijo enganchada en el azul magnífico de sus ojos—, les espera un baño antes de la merienda. Los quiero bien fuertes para las prácticas de *kick-boxing* que empezaremos mañana.

—Un momento. —Intrigado, Alonso pidió a los niños que se fueran adelantando. Necesitaba investigar de qué venía el sonrojo de la pequeña mentirosa—. ¿Diego insistió en hacer preguntas sobre tu regreso? —Con absoluta seriedad, se acercó hasta quedar a un paso de Helena, que no le quedó más remedio que sostenerle la mirada.

—No. —Odiaba cómo Alonso le tensaba los nervios; de nuevo su cara ardía y la dejaba en

evidencia.

—Entiendo —dijo conoedor. Las comisuras de sus labios se levantaron; con gusto Helena las hubiera besado—. ¿Ya lograste ordenar tus pendientes? —Seguro de que estaba logrando algo, Alonso bajó más el rostro hacia ella.

«¡Pues explícame, que yo no entiendo nada!», le hubiera gustado responder a Helena. En su lugar dijo:

—Aníbal me está ayudando con todo ¿Cuándo veré...?

El timbre de un teléfono interrumpió la conversación; era el móvil de Alonso, que descansaba sobre el asiento de una bicicleta estacionaria.

—Diga... Hola, cariño... Ahora no podrá ser... Claro que quiero vert... No se diga más. Me has convencido; iré más tarde... Yo también.

Helena tuvo que soportar el momento de intimidad de Alonso, que no dejó de mirarla mientras le hablaba al teléfono con la ternura que alguna vez había tenido para ella.

—¿Me decías?

—Me gustaría saber cuándo veré al médico de los niños, tengo mucho que hablar con él. —Se sentía enfadada y cansada, y su voz reflejó eso mismo.

—¿Tienes mucha urgencia por saber cuándo regresarás a casa? —El tono de repudio que ahora usaba al hablarle regresó.

—Suponiendo que fuera eso, estoy en todo mi derecho; me has hecho venir hasta aquí como si no tuviera vida propia —respondió a la provocación como se esperaba, pero no era la forma conveniente.

—Lo hice partiendo de lo que dijiste la última vez que nos vimos, pero ya veo que es otra de tus mentiras. Por mí te puedes volver por donde llegaste —declaró de camino a la puerta—. ¿Te marchas o te quedas? —presionó mientras se volvía.

—Me quedo —resolvió y caminó hacia la salida e, irremediablemente, hacia él—. Si me disculpas, debo arreglarme; mis sobrinos me esperan para comer. —Que le quedara bien claro que se pondría linda para ellos y para nadie más.

—Te mostraré tu habitación. —Alonso tocó apenas su espalda, como lo había hecho muchas veces en el pasado, pero Helena sintió un escalofrío recorrerla completa.

—No será necesario; los niños ya me llevaron a ella, gracias —dijo bajo el vano, sin apartar sus ojos de los azules, antes de marcharse.

Capítulo 18

Con una mezcla de felicidad y desasosiego, Helena miró la elegancia y belleza de la alcoba, que sería su prisión por quién sabe cuánto tiempo. Antes de salir para reunirse con sus sobrinos, le echó un último vistazo a su imagen en el espejo. Del poco guardarropa que llevó consigo, seleccionó un vestido negro que por mangas tenía dos gruesos tirantes que rodeaban sus hombros. Era entallado al pecho y a la cintura, y su falda caía hasta sus rodillas con un suave vuelo. Se calzó las mismas sandalias oscuras, de tacón medio, y se dio dos toques de su perfume favorito. Aníbal solía decir que se veía preciosa ataviada de negro. Ahora lo que necesitaba era levantar su autoestima. No se detuvo a analizar el porqué.

Cuando llegó al comedor, ya estaban todos sentados a la mesa. Alonso, de inmediato, se puso de pie para ayudarla a sentarse. Aunque la despreciara, seguía siendo un auténtico caballero con ella.

—Tía Lena... ¡Qué linda te has puesto! —exclamó Diego, hecho todo un donjuán, con sonrisa coqueta.

—¡Qué varón tan galante! Creo que vas a ser un rompecorazones —le dijo con infinita ternura.

—¿Qué quiere decir eso, tía? —se interesó el pequeño Ian de inmediato.

—Que todas las chicas se enamorarán de él.

—¿Eso significa que no quedará ninguna para mí? —preguntó con sus cejitas juntas.

Fue imposible que Alonso y ella no compartieran una mirada, que terminó en carcajadas por ambos lados.

—Creo que eres muy pequeño para que te preocupes por eso —se apresuró a explicar cuando vio su rostro de indignación— pero, para que estés tranquilo, te confesaré que tú también serás todo un rompecorazones —concluyó mientras acariciaba su rubio cabello.

Al levantar el rostro, Helena se sorprendió de ver la expresión relajada y —se podría decir— hasta feliz de Alonso.

La velada transcurrió muy dinámica; los niños no dejaban de hacer preguntas, para las cuales Helena o Alonso tenían una respuesta siempre graciosa que los hacía reír hasta provocarles el hipo. A pesar de los errores del pasado, con relación a los niños, hacían una excelente mancuerna.

En vista de que era el primer día de tía Lena en casa, se les permitió acostarse tarde; para las diez de la noche, era la tía la que no podía mantener los ojos abiertos.

—Chicos, es hora de irse a descansar. —Consciente de su agotamiento, Alonso dio por terminada la reunión y acalló las protestas de los pequeños.

—Tía Lena, ¿nos puedes contar el cuento del niño que quería ser grande? —insistió Diego de camino a la habitación.

—Esta vez no podrá ser —se adelantó Alonso al rescate.

—Pero tííííaaaaa... —dijeron los dos a coro.

Luego de una breve mirada a Alonso, para pedir su autorización, Helena respondió:

—Está bien, pequeños, no repliquen más; se los contaré, pero no habrá repetición.

Helena decidió sentarse en la alfombra, en medio de las dos camitas, para distribuir su atención por igual al par de celosos niños. Era una tradición contarles, para dormir, ese cuento de su propia inspiración. Tiempo después, cuando regresó de su cita de amor, Alonso la encontró dormida, con la cabeza apoyada en la mano de Diego, a orillas de su cama.

—Mmm...

—¡Sh! —La acalló al tomarla en brazos.

Helena permaneció dormida en el trayecto a su habitación, a dos puertas de la de los niños, pero, cuando fue depositada en su cama, despertó y su mirada turbia se clavó en el fascinante azul de los ojos de Alonso.

—¿Ya te dije que me gustas mucho? —preguntó con la voz enrarecida, colgada del fuerte cuello. Tomado por sorpresa, Alonso tuvo que apoyar las manos a los lados de su cabeza para no caer de lleno sobre ella—. Todo tú eres bello, como el azul profundo de tus ojos —declaró al tiempo que lo atraía hacia sí—. ¿Por qué tan tímido, cariño?, ¿no piensas besarme? —presionó atrapada en el pasado.

Al no recibir respuesta, Helena tomó su boca con apremiante deseo; necesitaba regocijarse con esas formas suaves y generosas de sus labios perfectos, tibios... También sus dientes dieron cuenta de ellos con pasmosa locura, hasta que su lengua, ansiosa por degustarlos, penetró el dulce interior exigiendo una respuesta inmediata.

Alonso no pudo con la tentación y respondió como se esperaba: arrollando los labios de miel. Tomado el control ultrajó la boca de coral con lengua y dientes feroces, mientras sus gargantas emitían un coro de gemidos de pasión desbordada y de dolor.

—¡Alonso, cuánto te necesito! —jadeó obnubilada por el deseo.

—¡Basta, Helena! ¿Qué pretendes ahora? —El hombre reaccionó como si hubiera recibido un baño de agua fría.

—¿Cómo? —El tono airado la descontroló al punto de enfriarla; entonces cayó en cuenta de sus palabras. «¿Helena? ¿Desde cuándo soy Helena para Alonso?», se preguntó mientras se enderezaba en la cama con grandes ojos—. ¿Dónde estoy? —Pero no necesitó respuesta. Había salido abruptamente de su sueño para enfrentarse a su incierto presente.

—Déjate de juegos, estás perdiendo tu tiempo si crees que volveré a caer en tus mentiras — rugió en su cara—. Te advierto que te mantengas alejada de mí o no respondo; recuerda que solo has venido a esta casa porque los chicos te necesitan, pero, en cuanto el psiquiatra lo indique, te marcharás. —Alonso se encontraba suspendido sobre ella como fiera a punto de atacar. Destilaba odio y desprecio por cada poro, por cada cabello, por cada célula de su cuerpo.

Después de varios minutos de su partida, Helena aún se sentía adolorida y temblorosa como si un auto la hubiera arrollado. Del deseo al odio; con suerte, eso provocaría en él si lograba acercarse lo suficiente. Y pensar que por un momento llegó a creer que podrían ser amigos en beneficio de los niños.

¡Dios! ¿Qué pasaba con ella? Su inconsciente le había jugado una mala pasada y ahora no sabía cómo componer el desastre. ¿Por qué no podía superar el pasado con Alonso?

Cansada de pensar cómo sobrellevar las cosas, se durmió tarde y, a la mañana siguiente, fueron sus inquietos sobrinos quienes la despertaron con risas y cosquillas.

—Tía Lena, solo venimos un rato porque ya llegó nuestra maestra de inglés. Nos vemos en la tarde. Te queremos. —Y así como entraron, salieron, como una tromba de carcajadas y algarabía.

Helena desayunó sola en el gran comedor. «Mejor así», pensó. Necesitaba de toda su concentración para prepararse mentalmente, pues no pensaba pasar de ese día sin que Alonso la pusiera en contacto con el famoso psiquiatra de los niños.

Cuando no pudo aplazar más tiempo el enfrentamiento, se dirigió a su estudio. Empuñaba la mano para llamar a la puerta cuando esta se abrió de forma inesperada, y quedó cara a cara con el temido sujeto.

—Yo... Yo... te buscaba para preguntarte por el médico. —Qué ganas tenía de golpearse en la cabeza por torpe. Alonso era la única persona en el mundo capaz de convertirla en un mazacote de nervios.

—Yo iba a tu encuentro para informarte de él. Pasa, por favor. —Helena tuvo que tragarse su orgullo al ver su mirada de satisfacción—. Ponte cómoda. —Indicó un sillón frente a su escritorio y él se sentó del otro lado y le dibujó una mueca de sonrisa. Por lo visto, ya no estaba molesto por su resbalón de anoche.

¡Maldito! ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente sexi y temible? Aunque, haciendo memoria, un año atrás nunca le había inspirado miedo, a pesar de que supuestamente era un abusivo golpeador de mujeres.

—Helena... ¿Has escuchado algo de lo que dije? —Alonso la miraba ceñudo.

—¿Perdón? ¡Lo siento! —«Qué don el mío para hacerlo enojar», se dijo molesta consigo misma.

—Concéntrate en lo importante —ordenó. Hoy, a las seis de la tarde, vendrá el doctor Dolovan a ver a los niños; después quiere hablar con nosotros. —Cuando la vio asentir, volvió a los

papeles en los que trabajaba.

—Alonso... —Como si una serpiente hubiera pronunciado su nombre, levantó la cabeza y la miró—. ¿Podemos hablar un momento?

—Sé breve; estoy bastante ocupado.

—¿No te parece que deberíamos hacer un esfuerzo por llevarnos mejor? —prosiguió mientras recorría sus facciones. En alguna parte estaba el Alonso que había conocido.

Interesado en el tema, el aludido se puso de pie y rodeó la silla ocupada por ella antes de recargar sus asentaderas sobre la orilla del escritorio. Se cruzó de brazos y la miró con burla.

—No veo por qué debamos de hacerlo; en otras circunstancias, no trato con personas en las que no confío. —Esto lo dijo inclinado sobre ella, con las manos apoyadas en sus reposabrazos, tan cerca de su rostro que su dulce aliento acarició su piel.

—Tú lo has dicho, «en otras circunstancias», las cuales no existen. Partiendo de lo más conveniente para los niños, te pido que lo reconsideres. —Si iba a quedarse presa en esa lujosa mansión por algún tiempo, exigiría un trato de respeto y tolerancia.

—¡Tú deseas! ¡Tú piensas! ¡Tú pides! No estás...

—Lo sé, Alonso. Solo te estoy pidiendo una tregua, no que seas mi amante. —Impulsada por su sentimiento de justicia, se irguió para encarar con valentía a su arrogante «anfitrión».

La paciencia no era una de sus virtudes; pronto le salía la casta a relucir, y esta vez no era la excepción.

—Tengo que admitir que tienes temple, pero eso no va a servirte de nada conmigo. Las cosas serán como yo quiera esta vez —siseó al tiempo que la sacudía por los hombros, como si con eso pudiera despojarla de su altanería; la necesitaba vacía para manipularla a su antojo.

—Entonces, vete al diablo, Alonso, y sigue lamiéndote las heridas por siempre.

Helena se zafó con violencia y trastabilló hacia atrás, pero Alonso la agarró en el vuelo de nuevo, la oprimió contra su cuerpo, tenso y alerta, preparado para el combate.

—Gustoso me voy al diablo, pero tú vienes conmigo, cariño —declaró y envolvió su rostro con puño de hierro.

Pero la chica era testaruda; no suplicaría, sabía que estaba donde estaba gracias a sus malas decisiones y aceptaría las consecuencias de sus actos por los niños.

Sin embargo, sus ojos insurrectos liberaron dos lágrimas que surcaron su adolorido rostro y fueron a caer en la mano de Alonso. Entonces, salió de su trance demoníaco y la soltó, arrepentido de lastimarla, aunque no al grado de pedirle perdón. Prefirió abandonar la habitación dando un fuerte portazo por despedida.

Qué caro estaba pagando Helena por su error porque, engañada o no por Margaret, jamás debió haber participado en un acto tan ruin. Ahora se lamentaba de no haberle hecho caso a su sexto sentido, que siempre le había advertido que eso no terminaría bien.

Capítulo 19

Como estaba planeado, horas después llegó el doctor Dolovan. La cita se estaba llevando a cabo en la privacidad del despacho de Alonso, donde horas antes Helena había perdido otra batalla.

—Nathan, ella es Helena Nelson, la tía de los niños.

—Mucho gusto, Helena. ¿Te puedo llamar así?

—Por favor. El gusto es mío, Nathan. —Las primeras palabras cruzadas y el sincero apretón de manos ganaron su confianza.

Al que no pareció hacerle mucha gracia la inmediata empatía fue a Alonso, que miraba a Helena como si se la quisiera tragar sin masticar.

—Les tengo noticias muy promisorias —retomó el profesional de la salud mental, luego de la charla con los niños—. Ian y Diego están irreconocibles —manifestó con satisfacción—. Sin temor a equivocarme, vamos por buen camino, aunque debo recordarles que ellos ahora viven en su mundo ideal que, por desgracia, es pasajero. Mi preocupación, a partir de hoy, es encontrar la manera de integrarlos a su nuevo hogar y a la sociedad sin violentar su estado emocional. El viernes de la próxima semana, quiero ver a los chicos en mi consultorio y me gustaría que los llevaras tú, Helena —dijo con los ojos puestos en ella—; con Alonso ya realizamos esta terapia de grupo.

Durante la siguiente hora, el especialista se dedicó a poner al corriente a la tía sobre los pormenores de la evaluación psicopatológica de sus sobrinos, mientras Alonso observaba sospechosamente calmo. Luego de una amistosa despedida, Nathan hizo énfasis en la cita programada.

—Te recomiendo que te mantengas a distancia de Dolovan; no quiero que se estropee la relación médico-paciente y perjudique la recuperación de los niños —sentenció apenas cerrar la puerta, luego de despedir al doctor.

—¿Qué insinúas, Alonso? Para que te enteres y también te relajes, te informo que Aníbal y yo ya hemos fijado la fecha de nuestro matrimonio. —Helena de nuevo recurrió a una mentira para mantener su dignidad de mujer a flote.

Sin responder ni una palabra, Alonso se alejó, y al poco tiempo Helena lo escuchó salir de casa en su deportivo. Cuando regresó, disculpándose por no cenar con ellos, se encerró en su estudio.

A pesar del desánimo que la embargaba por el tira y afloja con Alonso, Helena entró en una especie de rutina aceptable gracias a la presencia de los niños; verlos retozando saludables la hacía muy feliz. Poco a poco iba desapareciendo la palidez de sus rostros, aunque sabía que recuperar el peso perdido requeriría de más tiempo. Cuando ellos estaban en sus clases, ella aprovechaba para investigar por internet acerca de su padecimiento.

El día de la cita con el psiquiatra, se levantó temprano, cuando todavía no clareaba. Decidió que ejercitarse un poco la ayudaría a soltar esa tensión que se iba acumulando en su cuerpo, y el basto jardín era ideal para eso. Adoraba ver el amanecer, aunque los repentinos nubarrones le quitaron el gusto porque se quedaron estacionados en el cielo hasta que el viento los llevó hacia el sur. Una hora después, sudorosa pero renovada, entró trotando en la casa para enfriar lentamente su cuerpo antes de la ducha.

—¡Pero qué diablos!

Helena escuchó la protesta de Alonso al tiempo de que era lanzada por los aires.

—¿Te encuentras bien? —preguntó arrodillado en el piso, junto a ella, con rostro acongojado.

Nunca se imaginó que, a esas horas, al doblar el corredor, sufriría un encontronazo con la mole de músculos.

—Yo... estoy bien —susurró sin un litro de aire en los pulmones.

El fortachón la levantó en vilo y la sostuvo de los hombros mientras lograba equilibrar su cuerpo tambaleante.

—Lo siento mucho. ¿Te golpeaste la cabeza? —dijo mientras buscaba la evidencia.

¿Y pretendía que su cerebro trabajara al verlo así? El portento de hombre venía del gimnasio, recién bañado y afeitado, con solo una toalla alrededor de su esbelta cadera, oliendo a esa dulce loción de madera y cítricos que aturdió su razón y resquebrajaba su débil resistencia.

—Creo que sí —balbuceó y se apoyó en el frío muro para alejarse de las manos que, como brasas, quemaban su piel.

—Déjame llevarte a tu habitación; tal vez debas recostarte un rato —propuso con gesto preocupado, pero lo que llamó la atención de Helena fue el azul oscurecido de sus ojos.

—Estoy bien —dijo recompuesta—. Debo arreglarme y apurar a los niños para su cita de hoy —agregó, al tiempo que iniciaba la retirada, pero una garra de acero la retuvo del brazo.

—Yo los llevaré.

—No será necesario; Alberto vendrá por nosotros. Estaba por decirte que nos invitó a comer a los tres, si no te importa.

—Los niños tienen que reponer sus clases esta tarde, no llegarán a tiempo.

Un maniquí medio desnudo y Alonso ahora eran la misma cosa; su rostro rígido carecía de expresión.

—¿No puedes hacer una excepción por el día de hoy? Alberto nos ha ofrecido un *tour* por la ciudad. —Al ver venir su negativa, se atrevió a agregar—: ¡Por favor, Alonso! Sé que, por sus problemas de salud, los chicos solo han salido a hospitales y consultorios, y están muy

entusiasmados con la idea de ir de paseo.

—Por esta ocasión está bien, pero te voy a agradecer que en el futuro me comentes primero cualquier plan relacionado con ellos —ordenó con las manos sobre sus caderas y con el ceño fruncido.

—De acuerdo. Gracias. —Helena casi corrió a su alcoba. No quería darle tiempo a que se arrepintiera de la concesión hecha a su enemiga.

Alberto llegó justo a tiempo para la cita médica. Los niños estaban que no cabían en su cuerpo de contentos porque el trayecto lo hicieron en una *jeep* de llantas altas, todoterreno y capó abajo. Dolovan se gozó de verlos así. En privado le comentó a Helena que, en sus anteriores visitas, habían ido casi a la fuerza.

La dinámica de la consulta se llevó a cabo en dos etapas. En la primera, Helena respondió preguntas y llenó cuestionarios mientras los niños eran llevados al área clínica para tomarles lectura de sus generales. En la segunda, la tía y los pacientes fueron reunidos en una sala donde ejecutaron varias actividades, entre juegos de mesa y de acción, en tanto el profesional de la salud tomaba notas. Luego de tres horas, en los que el entusiasmo de los niños no había menguado, los adultos se volvieron a reunir mientras los chicos recibían una bolsa de golosinas por el esfuerzo.

—¿Cómo los encontraste? —inquirió Helena ansiosa.

—Bien —respondió el médico—, aunque es muy pronto para hacer un diagnóstico definitivo.

—Eso es un buen comienzo, ¿no? —preguntó al tiempo que escombraba respuestas en las profundidades castañas de sus ojos.

—Sí, aunque debo decirte que no todo será miel sobre hojuelas —advirtió—. Para la semana entrante, les tendré los resultados de los últimos estudios y el plan de psicoterapias. La medicación continúa hasta nuevo aviso —aclaró contundente—. Los espero a Alonso y a ti, sin niños, el día... —Abrió su agenda para consultar—. Miércoles a la misma hora —dijo al tiempo que anotaba la cita para después ponerse de pie.

—De acuerdo —dijo Helena y se dejó guiar a la puerta.

—¿Te gustaría cenar conmigo mañana? —La inesperada pregunta la sorprendió; la expresión de su rostro no supo ocultarlo—. Si no puedes, yo lo entiendo —agregó Nathan en tono nervioso.

—Puedo y me encanta la idea —dijo Helena con una gran sonrisa.

—Excelente, pasaré por ti a las ocho. Reservaré en un hotel, en Nob Hill, donde se come riquísimo.

Alberto apareció cuando el trío atravesaba la puerta de la calle. En cuanto los niños lo vieron, gritaron con alborozo, y él los premió con una paleta gigante de caramelo de muchos colores que ocultaba tras su espalda; hasta para la tía hubo una, pero esta era en forma de corazón. Helena

sonrió al recibirla, pero en su mente retumbó la advertencia de Alonso.

Decidida a pasarla bien, se sacudió sus pensamientos y, con ayuda de su amigo, se trepó a la *jeep*. Antes de salir del estacionamiento, en el sótano del edificio de consultorios, Alberto subió el capó porque una suave llovizna empezaba a caer; desde temprano había dado aviso. A la mente de Helena volvió Alonso, pero ahora medio desnudo, postrado junto a ella. Con energía sacudió la cabeza y miró a la ventanilla.

—¿No qué?

—¿Perdón?

—Me respondiste que no, pero no sé si a las *pizzas* o a la comida china.

Helena no tuvo necesidad de opinar; los gritos desahogados de sus sobrinos, pidiendo la pizza, la libraron de admitir que no había escuchado nada de la conversación.

Alberto seleccionó un lugar hecho especialmente para la diversión de los niños. Ahí había toboganes, juegos inflables, máquinas de videojuegos y juegos de mesa para todas las edades. Con entusiasmo, Helena instó a sus sobrinos a integrarse con el resto de los niños, pero tuvo que disimular su tristeza cuando ellos se dirigieron a un futbolito arrinconado.

—No te aflijas —le dijo Alberto mientras tomaba su mano—. Pronto volverán a ser los niños de antes.

Luego de la comida, «el guía de turistas» los llevó por un *tour* por los lugares más relevantes de la ciudad. Transitaron por la impresionante calle California, pasaron frente a la Pirámide Transamérica, el Edificio del Ayuntamiento y el San Francisco War Memorial Opera House. Cuando a los niños les picaban los pies por bajarse, aparcaron la *jeep* y se fueron a caminar por el Pier 39 y el parque Golden Gate.

El astro rey se ocultó y las luces de las farolas de las calles, de los aparadores de las tiendas, de los espectaculares y los faros de los autos se empezaron a encender. Entonces, Alberto los guio a un punto desde donde se visualizaba el puente Golden Gate en toda su plenitud, imponente, erigido sobre las profundas aguas del océano.

—Chicos, es hora de volver a casa —anunció una hora después.

—Tío Alberto, todavía es temprano —se quejó Diego.

—¡Estoy de acuerdo, hermano! —lo secundó Ian con su elegante verbo.

—Les prometo que, en la próxima salida, los llevaré a pasear en tranvía; cruzaremos el Golden Gate en auto, y lo podrán ver desde arriba y también a las islas cercanas, en helicóptero —declaró con grandes ojos.

—¡Hurra! —gritó Diego.

—¡Recontrahurra! —superó Ian.

Sorprendida por el escándalo, Helena volteó al asiento de atrás para cerciorarse de que no se habían traído consigo a los niños de la excursión escolar en la minivisita al parque.

Cuando llegaron a casa, los chicos bajaron gritando y saltando de camino a la puerta, agitando con furor el globo de su superhéroe favorito que tío Alberto les había querido regalar a pesar de las protestas de la tía. Helena, mientras tanto, aguardaba a que su superhéroe personal la ayudara a bajar del auto.

—De regreso, sanos y salvos —pronunció con dramatismo mientras la retenía de la mano—. Espero que te hayas divertido. —Se puso serio, con el verde de sus ojos oscurecido.

—¿Acaso lo dudas? —comentó Helena al tiempo que señalaba con la cabeza al par de revoltosos que se habían ido sin despedirse—. Te agradezco mucho el tiempo que nos has dedicado; ha sido maravilloso pasarlo juntos.

—El que tiene que dar las gracias soy yo. Los niños son formidables y tú eres la más bella, inteligente y encantadora mujer que he conocido y espero seguir conociendo. —Como tanteando el terreno, con lentitud fue acercando su rostro al de ella.

—¡Alberto! Cuando hayas terminado de despedirte, quiero cruzar dos palabras contigo —gritó Alonso desde la entrada. Su voz retumbó en el aire como un trueno en un cielo sin lluvia.

Nerviosos, Helena y Alberto separaron sus cuerpos cual adolescentes agarrados con las manos en la masa.

Capítulo 20

«¡Por fin en la cama!», se dijo Helena después de un día agotador. Sentada a la orilla del colchón, con el último soplo de energía, se tumbaba las pantuflas de terciopelo y seda cuando un llamado a la puerta la puso en alerta.

—Si son ustedes, par de diablillos, ahora mismo les daré su merecido —dijo mientras preparaba su cara de «monstruo», al tiempo que abría la puerta.

—¿Me permites un momento? —Era Alonso, al que no le hizo gracia su caracterización.

—Adelante, estás en tu casa —invitó con sarcasmo, olvidada de que no se había echado encima el salto de cama.

—Te pedí que no te metieras con Alberto: ahora vengo a exigirte que le digas que ya no habrá más salidas. —Alonso se adentró dos pasos, habló tajante, con una mirada que helaría los huesos del mismo Yeti.

—Alberto y yo solo somos amigos —declaró con altivez. Se sentía tan ofendida que había olvidado las respuestas inteligentes para esos casos.

—Eso no fue lo que vi cuando se despedían.

—Y a mí me parece que tienes una imaginación muy vívida.

—Deja de hacerte la graciosa conmigo —dijo y avanzó el paso que los separaba—. Te advertí que no te metieras con Alberto, y eso es lo que vas a hacer. ¿Me has entendido? —rugió en su cara sin mover un solo músculo, pero su mirada cambió de fría a fiera cuando sus manos sujetaron sus brazos con fuerza.

—¡Maldito arrogante! El hecho de que esté en tu casa no me convierte en tu esclava. —Forcejeó para soltarse y lo único que consiguió fue que los ojos azules cayeran sobre los botones erguidos de sus pechos, que se dibujaban bajo la delgada tela que los cubría.

—Si no te gusta lo que te pido, te puedes marchar cuando quieras —aclaró un tanto descolocado, pero luego arremetió encerrándola en el círculo de sus brazos.

—¡Suéltame; me estás lastimando! —La verdad era que no soportaba su cercanía, su aroma, su aliento, que abanicaba en su cara. Era demasiada la tentación.

—Qué fácil sería para mí apretarte hasta que tus pulmones se colapsen... —dijo como poseído. Cuando observó la sorpresa en el níveo rostro, se percató de que lo había dicho en voz alta.

—Si eso te libera por fin de tu amargura, ¡hazlo! —gritó a pesar de que sus pies no tocaban el

suelo.

—No vales la pena —susurró a su oído con desprecio.

Alonso la soltó de pronto y se dio la media vuelta para salir de su habitación.

Esta vez no hubo nada que evitara que Helena se desmoronara, sobre el piso, a llorar sin consuelo, como hacía un año que no lloraba. Entre sollozo y sollozo, pidió a Dios que le diera la fuerza para soportar la prueba o que pusiera de nuevo en su camino al único testigo de la verdad que tal vez la podía exonerar. A esas alturas, ya no estaba segura de nada.

El sábado fue de descanso para Helena, aunque nadie tuvo a bien informarle. Se enteró por John, cuando se levantó, de que el señor, muy temprano, se había llevado de pesca a los niños —obvio, para no invitarla a ella—. Con un sentimiento absurdo de abandono, montó su propia tarde de esparcimiento junto a la alberca exterior, tirada sobre una tumbona, en la más recatada ropa interior que tenía, con un gran vaso de jugo de toronja y vodka.

Las constantes noches de insomnio, el alcohol ingerido y el relajante sol hicieron que se sumiera en un delicioso sopor que la transportó al país de los sueños, hasta que un molesto cosquilleo en la nariz la despertó.

—¡Grrrrrr! —resopló de pronto con su rostro de monstruo, lo que logró que los conspiradores salieran espantados en dos direcciones, momento que aprovechó para envolverse en la toalla y sentarse, aunque su cuerpo no estaba muy cooperativo.

—¡Tíaaa, nos asustaste! —dijeron en coro el par de granujas.

—Hola, mis amores —saludó sorprendida; no supo si debido a que su lengua seguía dormida o si porque el sol ya se estaba poniendo—. ¿Qué tal estuvo su paseo? ¿Atraparon muchos peces?

—Papá dice que Diego y yo no pescamos más que una buena bronceada. —De inmediato los ojos de la tía escanearon la enrojecida piel de los niños—. Pero él y Tania pescaron bastante.

—¿Tania? —Helena enderezó la espalda al escuchar el nombre.

—Es la novia de papá Alonso. ¿Por qué mejor no eres tú su novia, tía Lena? Así te casas con él y te conviertes en nuestra mamá. —Diego trajo el tema de nuevo, como había sucedido un mes atrás.

—Es la chica que le gusta a él —aclaró a pesar de la punzada del dolor que le atravesó el corazón.

—Sí, es muy linda... Pero tú eres más. —Esta vez fue Ian quien salió al quite.

—Me ves así porque me quieres, ¿pero qué les cuento? —dijo dirigiéndose a los dos—. Yo los quiero mucho más —gritó con las manos como garras.

Amodorrada y un poco mareada, se puso de pie y salió tras ellos, lista para atacarlos con una sesión de cosquillas. Los niños entraron corriendo con gran alboroto a la casa; sus gritos y risas retumbaban en las paredes del corredor que llevaba a la sala.

—Quiero que, luego de cenar, se bañen y se laven muy bien los dientes. En cuanto me haya

arreglado, iré a arroparlos porque saldré a cenar con Nathan. —Llevaba a cada niño abrazado para lograr el equilibrio. Esperaba que, después de la ducha, se le bajara el avión que traía.

—¿Te gusta nuestro doctor, tía Lena? —preguntó Diego al detenerse a medio camino.

—Claro... Es un hombre muy agradable —respondió y se acuclilló frente a él para borrarle la carita seria con tiernas caricias.

El ronco carraspeo le indicó a Helena que no estaban solos. Con prontitud se puso de pie y se giró en su eje.

—Alonso...

Frente a ellos estaban él y una rubia alta de unos treinta años, bastante guapa. Tania... Ambos iban vestidos de camiseta blanca y pantalón corto negro, como uniformados. Su brazo descansaba sobre los hombros de ella; la mano de ella rodeaba su cintura. Era obvia la cercanía que compartían. «Lo suyo son las rubias», se dijo Helena con humor negro.

—Tania, ella es la famosa tía Lena —presentó sonriendo con amabilidad, seguro no por ella.

—Helena, ella es Tania Barrow.

—Mucho gusto, señorita Barrow. No se crea mucho lo de famosa —dijo con un brillo en los ojos que Alonso entendió muy bien.

—El gusto es mío pero, por favor, llámame Tania.

—Tania, Alonso... —enunció con propiedad—. Si me disculpan, tengo que arreglarme para una cita. —La pareja le franqueaba el camino.

—Que te diviertas, Helena. —Con una sonrisa franca, la rubia se abrió para dejarla pasar.

—Niños, ayuden a Tania con los preparativos para la parrillada. Olvidé que debo mandar unos correos antes de mañana —se disculpó Alonso mientras los apuraba a la terraza.

En cuanto los perdió de vista, tomó a Helena de un brazo y la llevó casi a rastras a su habitación.

—Creí que te había quedado claro que no quiero que salgas con Alberto —vociferó apenas cerrar la puerta tras de sí.

Helena creyó ver que le salía humo de las orejas. Disimulando su diversión, respondió:

—Voy a cenar con Nathan.

—Es obvio que con ninguno de los dos. ¡Por Dios, Helena! —«Otro alarido de esos y se me caerá la toalla», pensó la chica, sintiéndose ligera como pluma.

Impotente ante su gesto de relax, Alonso la zarandeó por los hombros, pero solo consiguió que Helena parpadeara repetidamente. Entonces, llegó a su nariz un sutil olor a alcohol, y entendió todo.

—¿Y con quién quieres que salga si solo los conozco a ellos? —preguntó con las cejas levantadas y las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

—¡Con nadie! —explotó Alonso en su cara—. No has venido aquí a socializar.

—Soy una joven que solo quiere divertirse sanamente. No veo por qué no puedo hacerlo

cuando los niños están bajo tu cuidado —razonó con terquedad.

Provocar al tómpano de hielo ya no le estaba resultando tan divertido. «Él sí puede hacer lo que le viene en gana; ¿por qué yo no?», se preguntó a un pelo de mandarlo al diablo.

—Permíteme corregirte, Helena. Tú eres una zorra joven que busca timar hombres para divertirse. Si el pelele de tu novio está de acuerdo con tu estilo de vida, muy su problema, aquí tendrás que comportarte y dejar en paz a Alberto y a Nathan.

Eso fue la gota que derramó su vaso. Ofendida hasta el alma, se liberó de las garras de acero, que lastimaban su piel, y con saña estrelló la mano en su rostro, no una, sino dos veces.

—¡Si tanto quieres a tus amigos, te los dejo! —gritó ensoberbecida—. A lo mejor estos meses de cárcel te sirvieron para salir del clóset...

Se dio cuenta de su enorme error cuando Alonso, al igual que un ciclón que pisa tierra, la tomó de la muñeca, la arrastró hasta la cama y la arrojó en ella sin contemplaciones.

—Niñita estúpida, después que termine contigo, no volverás a fastidiarle la vida a ningún incauto. —Como un demonio se echó sobre ella y aprisionó sus muñecas por arriba de su cabeza; sus piernas las bloqueó con el peso de la cadera—. Hace mucho que debí terminar lo que dejamos a medias —declaró con odio—. Hoy sabrás lo que es amar a Dios en tierra de hombres.

—¡Perdóname, Alonso! Admito que me equivoqué... —dijo arrepentida—. ¡Por favor! —insistió repentinamente sobria.

Con el rostro desfigurado por la ira, la despojó de la toalla y le arrancó el conjunto que cubría sus partes íntimas.

—¡Alonso, detente! —rogó desesperada—. ¿No te das cuenta de que, si me fuerzas, nuestra relación será insostenible? ¿Cómo ayudaremos a los chicos en esas circunstancias? —razonó mientras sus ojos derramaban un llanto silencioso.

—Esto no puede estar peor de lo que ya está. —Alguna de las palabras logró penetrar su cerebro recalentado, pero...—. Y como lo dijiste sabiamente el otro día, me sacaré la amargura y el odio de la única forma posible: usándote para lo que eres —declaró mientras se despojaba de su ropa, única barrera que lo separaba de su medicina.

—No gozarás ni un segundo del momento —estableció con ríos de lágrimas que caían sobre el cubrecama—. Solo tendrás mi cuerpo, pero mi voluntad seguirá conmigo.

—Eso ya lo veremos. —Del dicho al hecho. Alonso ahogó un alarido casi animal en el hueco de su cuello y con una rodilla separó los tersos muslos para acomodarse entre ellos.

Tenía la certeza de que Helena lo había deseado en el pasado y haría uso de ese sentimiento para exaltar su lujuria y doblegar su espíritu, ¡y por Dios que lo lograría!

Luego del ataque de caricias grotescas y vulgares, Helena casi se felicitó por mantenerse firme en su promesa, hasta que Alonso detuvo sus avances y la miró a profundidad. Algo dejó traslucir la miel de sus ojos, porque luego de eso cambió de estrategia. Su toque volvió a ser el del viejo Alonso, el de aquel que se regodeaba con degustar el interior de su boca, trazar con los labios su cuello, mordisquear sus hombros, horadar sus pechos con ese roce que duele, pero que no quieres

dejar de sentir.

Ciertamente no había en él una pizca de ternura, solo pasión ardiente, casi cruel, del tipo que no pide, no da, solo arrebatada. Alonso era un hombre de los pies a la cabeza; de eso no cabía la menor duda.

—¡Basta! ¡Déjame ir! —gritó cuando su resistencia era casi nula—. No me toques —exigió y empujó su pecho con violencia, asustada de lo que estaba despertando en ella.

—Niégame que te gusta lo que te hago sentir; tu cuerpo, tu rostro, todo habla de que me deseas —declaró sin darle tregua. Sus manos preparaban el terreno y su lengua iba ascendiendo por sus muslos, prometiéndole la gloria—. Dime que me detenga y lo haré —la retó mientras la acariciaba con su barbilla áspera; en momentos, sus sonrosadas aureolas; al minuto siguiente, sus inflamadas ingles—. ¡Dilo! —exigió sobre su boca.

—¡Calla!

—¡Dilo! —susurró mientras hacía círculos con los dedos sobre su feminidad, sin apartar de sus ojos el tormentoso azul de los suyos.

Por respuesta, Helena gimió con languidez. Alonso soltó sus muñecas y ella se aferró con los puños a la sábana, como si ahí estuviera la fuente para resistir.

—¿Me detengo? —presionó al tiempo que mordisqueaba la piel interior de sus muslos, a una lengüetada de su santuario.

Alonso levantó la cabeza mientras esperaba la resolución que necesitaba para apagar su rabia y terminar con la tortura.

—¡Maldito! ¡Hazlo ya! —gritó en agonía, con la derrota pintada en el rostro. Por instinto, sus caderas se elevaron para el encuentro con la boca lujuriosa, que le prometía el cielo y el infierno al mismo tiempo.

Helena sabía que había perdido la batalla; no había forma de retroceder, y ni estando loca lo intentaría. Dispuesta a pagar toda una vida por su debilidad, ya no se abstuvo de hacer lo que su afiebrado cerebro le ordenaba. A dos manos tomó la cabeza de Alonso y la presionó en el centro de su deseo mientras jadeaba y gemía sin control. «Este orgasmo me pertenece; más de un año he soñado con él», se dijo con el último brote de razonamiento.

Cuando Alonso levantó la cabeza, todavía alcanzó a ver en su rostro el desfogue de energía traducido en el más sublime éxtasis. Saberse el responsable lo cegó. Sin seguir el protocolo, se hundió en ella con la potencia de una erupción volcánica. La sangre corría por sus venas como lava ardiendo, producto de meses de alimentar su odio y sed de venganza.

—Sí... Te recordaba así: apretada y húmeda, a la justa medida —reconoció mientras galopaba sobre ella con frenesí.

El cuerpo joven, hermoso y firme de la pérfida mujer ya no sería más una maldición. Esta noche saldaría la cuenta para proseguir con su vida sin ataduras del pasado. El destino se había encargado de ponerla en su camino para que pudiera hacer justicia por su propia mano.

Ese fue su último pensamiento antes de experimentar la increíble explosión orgásmica como no

recordaba jamás. Helena tuvo tiempo, antes de secundarlo, de presenciar la hermosa visión del férreo hombre doblegado ante sus debilidades, sudando estremecido y jadeante, gimiendo de gozo y satisfacción.

Cuando Alonso volvió a ser dueño de sí mismo, abandonó el tibio cuerpo para echarse a un lado a recuperar las fuerzas. Luego, como si hubiera escuchado el gong que anunciaba la cena, se levantó de la cama y, con movimientos de felino satisfecho, se vistió.

—Ahora ya estamos a mamo —declaró con voz desprovista de cualquier sentimiento. El vengador justiciero salió de la habitación curado de su vieja dolencia.

Capítulo 21

Helena se encerró en su cuarto y lloró por horas hasta quedarse dormida. Despertó desorientada y adolorida. Inconmovible, su cerebro le trajo a la memoria el encuentro reciente con Alonso y su cita para cenar; casi era la hora. Antes de que Nathan apareciera en escena, le habló por teléfono para posponerla con el pretexto de que sufría un fuerte dolor de cabeza, en lugar de haberse sincerado con él y decirle que lo que le dolía a rabiar era el corazón. Tal vez él supiera de algún analgésico que le pudiera dar alivio.

Sentía cómo sangraba por dentro, y su piel le ardía y no por el baño de sol de la tarde. El odio de Alonso era el culpable de todo; por ese sentimiento mezquino se había atrevido a violentar su cuerpo y su alma de forma irreparable, a pesar de que había terminado suplicando que la tomara y de que había gozado como una demente de su posesión. Sabía que no era una enferma sexual; su cerebro jamás había tenido que pelear con su cuerpo para controlarlo, hasta que se metió con Alonso. Finalmente había descubierto el mayor de sus errores con él: haberse enamorado. De ahora en adelante, tendría que vivir con esa verdad, que le carcomía las entrañas; por eso nunca pudo olvidarlo ni perdonarse el haber participado en su destrucción.

El domingo amaneció con la noticia del viaje intempestivo de Alonso. Por sus sobrinos Helena se enteró de que regresaría el miércoles, a tiempo para la cita con Dolovan. Aunque la tregua no era en su honor, de igual forma la agradecía en el alma. Aún no estaba preparada para hacerle frente con su verdad a cuestas.

—Tía Lena, ¿estás triste porque papá salió de viaje? —Ian levantó la cabeza del rompecabezas que armaban para mirarla con inocencia.

—No, amor, tal vez me esté resfriando un poco. —Eso explicaba sus ojos irritados, y el niño lo creyó—. ¿Y dónde se ha metido Diego, que no lo he visto en toda la mañana? —preguntó forzándose a sonreír.

—Te está preparando una sorpresa, pero no puedo decir más —confió susurrándole al oído.

Helena miró su carita de pillo y la invadió la ternura. «¿Qué más necesito para ser feliz?», se regañó recomponiéndose.

—Entiendo —dijo por lo bajo para seguirle el juego.

—Tía, mi hermano me dijo que, cuando esto estuviera a la mitad —dijo refiriéndose al medio cuerpo de su superhéroe—, debía llevarte al jardín trasero. ¿Me acompañas? —solicitó estirando su manita hacia ella.

—No hay nada en el mundo que me gustaría más hacer —respondió.

Sí que los niños sabían organizar sorpresas; en pleno centro del jardín, había una casa de campaña gigante que estaban terminando de armar Diego y ¿Aníbal?

Con la mandíbula suelta, Helena pudo confirmar que el hombre que se acercaba a ella, con una sonrisa deslumbrante, era Aníbal. Sus pequeños cómplices le seguían el paso, y más atrás se encontraba Elías montando mesas y sillas plegables.

—Buenas tardes, señorita Helena —saludó al verla.

—Hola, belleza —lo secundó su novio, que ya estaba a unos pasos de ella.

Como digna mujer, de las que no sabes que esperar, Helena se arrojó en sus brazos llorando como una Magdalena.

—¡Querido!, ¡cuánto te he extrañado! ¿Cómo sucedió el milagro de que estés aquí? ¿Está bien el abuelo? ¿Ha pasado algo en el hospital? —Las preguntas salieron disparadas de su boca ante el rostro imperturbable de su novio.

—¡Para, para, que te vas a ahogar! —dijo bromista—. Yo también te he extrañado mucho y porque puedo estoy ahora aquí contigo. El abuelo está de maravilla y te manda todo su cariño, y en el hospital todo marcha bien, aunque no perfecto como cuando tú estás —enumeró con la llorosa cara entre sus manos—. ¿Te encuentras bien? —Su sonrisa se apagó, preocupado por la inusual reacción de la chica.

—Feliz de verte; mis lágrimas son por la emoción —declaró mientras se secaba el rostro con los dedos—. Veo que ya conociste a mis pequeños amores. —Los niños se acercaron al llamado de la tía.

—Sí. Son geniales —dijo al tiempo que los miraba con afecto—. De ellos fue la idea de organizar una sorpresa para ti. Hace dos días hablé a casa y me respondió Ian; luego me pasó a Diego, y las cosas se dieron... —explicó con una elevación de hombros ante su rostro perplejo.

—Trío de conspiradores. —Helena puso su cara feroz y los miró de uno en uno—. Gracias. Ha sido una maravillosa sorpresa —dijo llorando de nuevo.

—¡Pero tíaaaa...! —corearon los niños.

—Se supone que tendrías que estar feliz —estableció Diego con mirada seria.

—Pido una disculpa, no sé qué me pasa el día de hoy. ¿Cuál es el plan?

—Se nos ha ocurrido que todos acampemos esta noche en el jardín; comeremos bombones asados y bailaremos alrededor de la fogata. —Diego, seguido de un entusiasta Ian, corría por el área señalando los puntos y accesorios dispuestos sobre el césped—. Cuando sea bastante tarde, los grandes contarán cuentos de terror y, cuando nos dé sueño, todos nos meteremos en nuestros sacos para dormir calentitos y arrullados por la canción de cuna que nos cantarás tú —concluyó apuntando a la tía con el dedo índice y una sonrisa contenida.

—El martes en la noche, sale mi vuelo a Canadá; debo visitar a unos clientes nuevos allá — susurró Aníbal, con ojos de adoración, cuando los pequeños dormían.

Helena casi dejó escapar un suspiro de alivio al saber que se iría antes del regreso de Alonso; como estaban las cosas entre ellos, no quería empeorar la situación y precipitar su salida de la casa y de la vida de los niños.

El lunes fue fabuloso. Por iniciativa de Helena, invitaron a Elías, a su esposa y a Pablo, el nieto que vivía con ellos, para que se integraran a la diversión nocturna. Se pasaron las horas comiendo comida chatarra, jugando al tesoro escondido, a la pelota y, ya entrada la noche, llegó la temida sección de los cuentos de ultratumba. Elías y Lucy tenían un repertorio bastante bueno y se llevaron el Óscar a las mejores historias.

Diario Alonso hablaba para interesarse por los niños; sus llamadas eran tan breves que fue imposible informarle de la visita. Sin planearlo, todo se confabuló para que no hubiera ningún suceso que empañara las horas felices en la mansión, hasta que llegó el día de las despedidas.

Como el avión de Aníbal salía por la noche, Helena organizó, de despedida, una fiesta de disfraces absurdos. Diego quiso el traje de Superman, pero su rostro, su cuello y sus manos lucían un precioso color verde. Ian quiso disfrazarse de papá Alonso y, a falta de un traje sastre, a su medida, Helena se lo pintó en la piel en color violeta. John accedió a prestarle uno de los portafolios, que el niño llenó de autos miniatura. Pablo se disfrazó de bombero, solo que él quiso ser el camión, así que los amenizó con la ruidosa sirena por horas. Los abuelos, esta vez, prefirieron encargarse del vestuario. Helena y Aníbal se disfrazaron de Bonnie y Clyde, pero al revés; ella era *él* y él era *ella*.

Fue una tarde increíble, con mucha risa, bromas, travesuras y más comida chatarra. Llegada la hora de partir al aeropuerto, la tía y los chicos acompañaron a Elías a dejar al ilustre visitante.

Justo en el momento de la despedida, Helena sintió que se agrietaba su escudo protector y se echó a llorar desconsolada. Sufría por no poder amar al tipo más amable y carismático del mundo y sospechaba que él lo intuyó cuando se negó a intimar.

El miércoles por la mañana, los niños seguían con el tema del «tío Aníbal»; fue inevitable que el recién llegado se enterara, en un solo episodio, de las aventuras vividas con el prometido de Helena.

—Veo que se estuvieron divirtiendo bastante en mi ausencia... —Alonso hablaba con los niños, pero a quien miraba con gesto de desaprobación era a Helena quien, para empeorar su disgusto, lucía preciosa, seguro por las noches de retozo con el pelele de su novio.

—Sí, papá, lo pasamos fenomenal, pero también te extrañamos mucho. —Diego era un chico sensible y listo; sentía la mala vibra en el ambiente y se esforzaba por disiparla en su inmensa inocencia.

—Estoy seguro de que así fue. —Alonso aceptó doblegado ante la ternura que le inspiraban los chiquillos. Para ellos siempre tenía abrazos de amor incondicional—. Les he traído obsequios.

—¡Eeeee! —gritaron a coro entre saltos y palmas.

—Primero a mí, papito —solicitó Ian con las manos estiradas hacia él.

—Sí, papá, primero al bebé de la casa —convino Diego con risa burlona.

Antes de que el alboroto terminara en disputa, Helena puso orden con solo decir sus nombres. Por un segundo, la mirada azul dejó traslucir admiración.

En un santiamén la estancia infantil quedó cubierta de cajas de colorido cartón. Helena observaba la escena casi con envidia. Lo que daría por que Alonso tuviera un gesto de ternura y paciencia para ella; que sus bellos ojos la volvieran a mirar con afecto y pasión y no con el odio y la lujuria que iban minando su fortaleza poco a poco.

Minutos más tarde partieron para la clínica en total mutismo; el tráfico de la ciudad exigía la completa atención del conductor, y la copiloto se conformaba con recordar tiempos mejores en su compañía mientras miraba de soslayo sus manos fuertes sobre el volante o los moldeados muslos cuando ejercían presión sobre el asiento en los cambios de velocidad. En las vueltas, hasta se atrevía a mirar su perfil impecable y ese rizo rebelde que caía sobre su frente.

Nathan recibió a la pareja con mucho entusiasmo; pasado los saludos se acercó a Helena y la tomó tiernamente de las manos.

—¿Cómo sigue esa migraña?

—Un poco terca —admitió. Qué lindo de su parte recordar el dato que, a fin de cuentas, no era mentira. Sus continuos insomnios empezaban a mermar su salud—. En la farmacia que está en la planta baja, buscaré un analgésico fuerte —dijo con tono despreocupado.

—Haremos algo mejor —anunció—. Llamaré a un colega neurólogo, que está en este mismo piso, para que te extienda una receta. ¿Te parece bien?

—No quiero dar molestias. —En cuanto sintió que los ojos se le llenaron de lágrimas, se movió para darle la espalda a Alonso, que parecía muy atento a la conversación—. Disculpa, no sé por qué me siento tan sensible este día. —Tomó el pañuelo que le ofrecía y se enjugó las lágrimas.

La carraspera impaciente de Alonso la obligó a conducir la conversación hacia el tema que los había llevado ahí.

—Comentando lo obvio —inició el entendido hombre—, los niños están en buen estado de salud mental y física. Los últimos estudios clínicos arrojan que sus niveles están dentro de lo normal; la anemia ha sido desterrada, pero continuaremos con la medicación —señaló inflexible—. A partir de este viernes, iniciarán las terapias aquí, en la clínica. Uno de ustedes los deberá

traer, pero no participarán, a menos que sean requeridos —aclaró con sonrisa amable—. Los detalles ya los irán conociendo, pero lo que por ahora es inamovible es tu permanencia con ellos, Helena. La de los dos —declaró mirándolos por igual.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —preguntó ella.

—Es algo que no puedo decir con precisión, pero yo espero que en un año, a más tardar, los niños se acoplen a su nueva vida, se integren en la sociedad y adquieran madurez y confianza necesarias para lo que venga. ¿Cuento con ustedes?

—Yo...

Nicolás se puso de pie alarmado al ver la repentina palidez de Helena.

—¿Te sientes bien? —investigo mientras tomaba su pulso y miraba dentro de sus ojos.

—Necesito un poco de aire. —Sentía que se desvanecería en cualquier momento.

Alonso también se había incorporado de su asiento dispuesto a socorrer a la damisela en apuros, solo que ella ya tenía a su caballero guiándola hacia el jardín.

Helena sentía que se le caía el mundo encima. ¿Cómo iba a soportar vivir bajo el mismo techo que Alonso por un año completo?

—Siéntate un momento. —Nathan interrumpió sus fatídicos pensamientos y la ayudó a acomodarse en una banca que le hizo pegar un pequeño brinco por lo fría. Era de hierro ornamentado y ahora, que se fijaba, se dio cuenta de que estaban en un pequeño jardín al aire libre. «¿Cómo llegamos aquí?», se preguntó la aturdida chica.

El médico se sentó a su lado, con sus rígidas manos en la suya, mientras con la otra maniobraba el teléfono móvil.

—Te traeré un vaso con agua y las pastillas para la migraña. No te muevas de aquí —indicó.

Capítulo 22

Helena miró de reojo como Alonso la observaba ceñudo desde el quicio de la puerta corrediza de cristal. Cuando Nathan regresó, la liberó de su escrutinio, pues tuvo que hacerse a un lado para dejarlo entrar.

—Listo, preciosa —anunció el médico y se sentó a su lado—. Tómame esta cápsula y, cuando llegues a casa, te tomas esta otra —instruyó al tiempo que ponía una pequeña botella en su palma—. Mi colega recomienda que te hagas un estudio para descartar cualquier otro padecimiento que no sea la migraña y, de ser que sí lo es, te dará el tratamiento apropiado para manejarla.

Achacando su malestar al diagnóstico definitivo de los niños, Dolovan conservaba sus manos entre las suyas para darle ánimo. Su mirada tierna decía muchas cosas que Helena no captó, pero el tercero en discordia sí que supo interpretarlas.

—¿Te sientes en condiciones para retirarnos? —Alonso se acercó en cuanto ella se incorporó de su asiento.

—Esta fue mi última consulta; si estás de acuerdo, me gustaría que le practicaran el estudio que pide el neurólogo —propuso mirando a Alonso.

—No será necesario. En este momento yo también la puedo llevar; solo indícame el lugar.

—Les agradezco a los dos la disposición, pero me haré el estudio después. —Sin decir más, la chica entró al edificio con el porte de una princesa, no con el de la niña que ellos querían ver.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Alonso y rompió el silencio sin despegar los ojos del parabrisas.

—Mejor, gracias —respondió y se guardó la sorpresa para sí.

—¿Por qué no me comentaste nada?

—¿Para qué? Si tengo más que claro que no te importo, ¿o me equivoco? —preguntó cansina, mirándolo con brevedad.

—Supongo que no —respondió con aplastante sinceridad.

Aunque Helena conocía de sobra la respuesta, no dejó de sentir una punzada de dolor en el corazón.

En cuanto entraron en la mansión, se disculpó para irse a su habitación; aprovecharía que los

niños no la buscarían hasta después de terminar sus clases de natación. Para su consuelo, el medicamento le había provocado somnolencia; tal vez pudiera dormir un poco.

—Pase. —Los suaves golpes en la puerta la despertaron de su ligero sueño.

—¿Cómo sigues, niña Helena? —Era Lucy, que se acercaba a la cama con rostro de pesar—. Me contó el patrón que te has sentido mal; debiste decírmelo.

—No quise preocuparlos por una simple migraña —explicó y encendió la luz de la lámpara sobre la mesita de noche—. Ya me siento bastante mejor.

—No comer no ayuda mucho... —externó con sonrisa amable—. El patrón me pidió que te preguntara si gustas acompañarlos a cenar.

—¿Tan tarde es?

—Pasan de las ocho de la noche.

—¡Cielos! No debieron esperarme; los niños no podrán levantarse temprano mañana.

—No te preocupes por eso; el patrón ha dispuesto que solo tengan las clases de la tarde.

—En un momento estaré con ellos, Lucy, y gracias por avisarme.

—Déjate de agradecer y ponte un vestido lindo, niña. —Para ella, no pasaba desapercibida su tristeza.

—Así lo haré.

Quince minutos después, apareció toda bella en el comedor. Hasta se había dado maña de aplicarse un poco de maquillaje, para ocultar sus ojeras, y un toque de rubor y lápiz labial.

—Tíaaa. —Los chicos se abalanzaron sobre ella apenas verla llegar.

En ese momento, Helena decidió que, por ver sus caritas felices y sanas, valía la pena pasar por lo que fuera.

Como adultos maduros, Helena y Alonso se repartieron las actividades con los niños entre las terapias, las tareas de los maestros y los juegos; cuando él no estaba con ellos, trabajaba en su despacho o viajaba. De la novia no se sabía mucho, aunque Helena intuía que sus alejamientos para responder su móvil y sus salidas nocturnas eran por ella.

Tres semanas transcurrieron así, en «completa» armonía, hasta que los niños exigieron tenerlos al mismo tiempo en los juegos, las comidas y la diversión en la calle. Fue entonces cuando empezaron a salir como una verdadera familia. Como si Alonso hubiera transigido en la tegua solicitada, el buen entendimiento y el respeto eran su forma de comunicarse.

Tal era el caso que Helena y los niños empezaron a acompañar a Alonso a eventos sociales. Por supuesto que levantaron algunos comentarios maliciosos acerca de la verdadera relación de la pareja. Helena hacía caso omiso de las murmuraciones; más lejos no podían estar de la realidad, ya que Alonso mostraba una indiferencia absoluta por su persona.

Helena, mientras tanto, seguía su relación amorosa con Aníbal, a distancia. Aunque él se portaba toda consideración y ternura, era claro que las cosas se iban enfriando, en tanto que los

lazos de amistad con Dolovan se iban haciendo más fuertes.

Un día, al mes de su llegada, Helena recibió una llamada de Alberto.

—Hola, qué gusto escucharte —dijo sincera.

—Yo igual y con muchas ganas de verte —respondió feliz.

—Tal vez no deberías de haberme hablado... —Tenía que sincerarse con él para que entendiera su distanciamiento.

—Si lo dices por Alonso, ni te preocupes; tengo su autorización —dijo en tono sarcástico.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca bromearía con algo así. —Rio—. No presumiré que ha sido fácil conseguirlo; tengo tres semanas insistiendo en que me permita llevarlos de *tour* a ti y a los niños este fin de semana. Ya he rentado el helicóptero.

—Los niños se pondrán felices —dijo entusiasmada—. Eres un hombre increíble, gracias por eso. —En verdad estaba conmovida hasta los huesos.

Se despidió de Alberto con un nudo en la garganta que terminó en llanto. A pesar de que todo iba sobre ruedas con relación a sus sobrinos, su vida sentimental era un caos. Extrañaba su casa, a sus viejecitos y a Aníbal. Con ellos se sentía amada y útil.

Siguiendo las instrucciones de su recién recuperado amigo, Helena despertó temprano a los niños para que desayunaran, y así disminuir el riesgo de que volvieran el estómago una vez en el aire. Ella prefirió abstenerse; a fin de cuentas, el *tour* incluía comida en la playa.

Mantener la algarabía de los chicos, mientras esperaban la hora de partir, era extenuante, aunque bien podía haberlos dejado que se desahogaran. Alonso se encontraba distraído e imperturbable; por Lucy se enteró de que él tenía su plan personal para ese sábado.

Apenas llevaban diez minutos de vuelo cuando Helena empezó a sentir un leve malestar en el estómago que trató de ignorar, sobre todo al ver el entusiasmo de los niños que, pegados a sus asientos, con los audífonos puestos, escuchaban atentos las instrucciones de Alberto, que les mostraba los puntos destacados en tierra. Estaban felices; los «¡Wows!» no se apartaban de sus bocas, y sus ojitos verdes eran dos grandes esferas brillantes de emoción. Hacía mucho tiempo que no los veía así.

En poco tiempo el malestar se convirtió en un molesto mareo, difícil de ignorar. Esforzándose por no llamar la atención, Helena metía grandes bocanadas de aire a sus pulmones para disiparlo. Ahora se amonestaba por no haber comido algo y no haberse tomado una pastilla para el mareo. ¿Cómo se lo iba a imaginar? No era su primer vuelo en helicóptero...

Temblando, con el rostro cenizo, perlado de sudor, miró a Alberto y le suplicó que aterrizara. Este, sin preguntar, dio aviso a la torre y se dirigió al lugar más cercano para bajar el aparato. Los niños, asustados, enmudecieron sin perder de vista a la tía, que ahora lucía un enfermizo tono verde en la cara.

Ignorando las instrucciones de Alberto, para cuando el patín de aterrizaje hizo contacto en tierra, saltó abajo y corrió hacia unos contenedores gigantes. Estaban en unas bodegas abandonadas. Ahí mismo, de espaldas a sus expectantes observadores, Helena volvió el estómago hasta que no le quedaron fuerzas. A lo lejos escuchó un grito de Diego y el llanto de Ian y se giró hacia ellos; con una mueca de sonrisa, caminó cinco pasos y, ante tres pares de ojos preocupados, se desplomó en el asfalto.

—¿Dónde estoy? —Se escuchó apenas su voz. Desorientada miró en todas direcciones al tiempo que se llevaba una mano a su martilladora cabeza. Una venda la envolvía, debajo de ella; a un lado de la sien derecha, tenía una abultada prominencia—. ¡Sufrimos un accidente! —concluyó alterada—. ¿Dónde están los niños? —Se incorporó con toda la intención de levantarse.

—Todos están bien; no hubo ningún accidente —dijo la voz de un hombre vestido de blanco que la volvió de regreso a la almohada—. Soy el doctor Smith; usted está en la sala de urgencias de un hospital. La trajo una ambulancia luego de su desmayo; ¿lo recuerda? —preguntó con sonrisa amable—. Si ya se siente mejor, afuera la esperan dos personitas ansiosas y su esposo.

Helena asintió al recordar todo.

—Pasen, por favor. La enfermita acaba de despertar. —De inmediato se escuchó un murmullo de voces y pasos apresurados—. Mientras le hacen compañía, iré por las radiografías y los resultados de laboratorio.

Helena paró una sonrisa, esperaba ver a los niños y a Alberto.

—Alonso...

—¿Cómo te sientes? —Su pregunta quedó sofocada por las voces infantiles que hablaron a coro.

—¡Tía Lena! ¿Estás bien? —dijeron a coro los niños con carita larga.

—¿Te duele mucho tu cabecita? —quiso saber Ian mientras acariciaba su mano conectada al suero.

—Ten cuidado, hermano, la puedes lastimar —recomendó Diego.

—¿Te vas a morir, como mamá? —insistió el más pequeño llorando.

—Claro que no. Vengan acá, mis amores. —Helena le hizo señas con la mano libre, y los niños rodearon la cama para acurrucarse junto a ella—. Ya me siento perfectamente bien, aunque creo que me han vestido como a las Tortugas Ninja —bromeó para aligerar el momento.

Conseguido el propósito, dirigió la mirada al hombre que los observaba a distancia.

—Siento mucho que te hayan distraído de tus ocupaciones —dijo apenada.

El aludido pareció querer decir algo, pero fue interrumpido por el anciano médico, que entró con dos sobres en las manos.

—Los estudios no muestran ninguna lesión de cuidado, solo la contusión por el golpe al caer; en cuanto al malestar y desmayo previos, estos se debieron a una descompensación de la presión arterial por la altura, que son muy comunes en su estado.

—¿De qué estado habla, doctor? No lo entiendo... —preguntó alarmada.

—¡Oh! ¡Vaya! Así que me tocará ser el portador de las buenas nuevas. Mi querida señora, usted está embarazada —le dijo con una enorme sonrisa—. Le recomiendo que, en cuanto se sienta mejor, acuda a su ginecólogo para que le practique los estudios necesarios. Felicidades a los dos o, más bien, a los cuatro. —Abarcó a todos con su bonachona mirada—. Si todo marcha como hasta ahora, en una hora la dejaré ir a casa. Celebre, pero tómeselo con calma. Volveré más tarde para su alta.

—Tía Lena, ¿vas a tener un bebé? —preguntó Diego con carita de júbilo.

—Ya no seré el más pequeño de la familia. ¡Hurraaa!

—Dejemos a la tía descansar un rato; los llevaré a la máquina de golosinas. —Alonso por fin emitió palabra.

Helena alcanzó a ver su furia contenida antes de salir; seguro ya estaba odiando la idea de tener un hijo con ella.

Capítulo 23

La vuelta a casa fue en un Mercedes que Helena no había visto, y con Alonso como conductor. Las risas y los gritos en el asiento trasero eran los mismos, pero ahora el motivo se debía a la próxima llegada del nuevo bebé de la familia. Helena los escuchaba como si se encontrara en otra dimensión, tratando de asimilar la noticia.

Lucy ya la esperaba en la entrada sin hacer preguntas ni alboroto —para Helena fue obvio que Alonso ya había comunicado lo sucedido—. La llevó a su habitación y la ayudó a acostarse. Ya no supo más de sí hasta el otro día, en que despertó muy temprano y hambrienta. Cuando se levantó sus pasos la llevaron directo a la cocina.

Ahí estaba ella de nuevo. Atareada, ayudaba en la cocina horneando los bollos que tanto gustaban a los niños.

—¿Se le ofrece algo a la señorita? —bromeó Lucilda con calidez—. ¡Oh, perdón!, señora.

—Sigan con lo suyo; yo misma me prepararé algo de desayunar. —Era evidente que Alonso también había comentado de su embarazo.

—De ninguna manera. Antes de irse de viaje, el patrón nos encargó que te atendiéramos bien, y eso haremos. ¿Cierto, Clarita? —Clara la apoyó de forma rotunda.

«¿Así que Alonso ha preferido huir a enfrentar la situación?», se dijo adolorida del pecho.

—De acuerdo —convino—. Estaré en el comedor. —Pero prefirió refugiarse en el jardín, donde sus sobrinos no la vieran llorar amargamente. Aguardaría ahí hasta que sus ojos no tuvieran más lágrimas; tal vez, entonces, también dejara de sentir.

Más tarde, Helena se enteró, por sus sobrinos, de que Alonso volvería en nueve días.

—Tía Lena, cuando nazca tu bebé, ¿nos dejarás de querer? —preguntó Ian, pero Diego también esperaba con ansias su respuesta.

—Eso no pasará nunca; los amaré siempre con todo mi corazón. —Nuevamente rompió en llanto, esperaba no estropear la recuperación de los niños con su embarazo inesperado. Al día siguiente tendría que hablar con Aníbal y con Nathan; sospechaba que habría más de una persona decepcionada por su causa.

La llamada con Aníbal fue de lo más increíble. No solo no le recriminó su proceder, sino que la felicitó y le reiteró su apoyo incondicional; eso antes de confesarle que, en su viaje a Canadá, había conocido a una chica con la que seguía en contacto. Estaba realmente interesado en ella.

Cuando habló con Nathan, también recibió otra prueba de que Dios es bueno. El doctor le dijo que ella era poseedora de la suficiente inteligencia y amor para los niños y para el nuevo bebé; que siempre podría contar con él no solo como el médico de sus sobrinos, sino también como su amigo.

Los días trascurrían lento para Helena; en su cabeza daban vuelta los cientos de posibilidades con los que Alonso podía responder ante su próxima paternidad. Para todos ya tenía una respuesta, pues quería a ese bebé en su vida.

Como era de esperarse, a su llegada, los niños se pusieron eufóricos; sabían que, con su regreso, volvían los juegos de hombres y que habría obsequios.

—Oye, papá ¿es cierto lo que dice Diego del hombre araña que me regalaste?

—¿Y qué es eso que dice Diego? —preguntó con la paciencia de quién sabe lo que está por oír.

—Que me atraparé por la noche con su telaraña y que, como no podré moverme, me haré pipí en la cama. —Su rostro denotaba el sufrimiento que eso le ocasionaba.

—Diego, debo pedirte que dejes de hacerle esas bromas a tu hermano. No queremos que tenga pesadillas por las noches, ¿verdad?

—¡Oh, no, hermanito! ¡Perdóname! Te prometo que no te haré más bromas, mejor las guardaré para el bebé de tía Lena —dijo guiñándole un ojo a la tía.

—No te preocupes, tía Lena; como yo seré mayor cuando nazca, lo cuidaré muy bien.

A pesar del ambiente tenso entre los adultos, Helena reaccionó con una risa espontánea ante las ocurrencias de los pequeños.

—Niños, es hora de dormir —declaró el patriarca—. Tía Helena y yo tenemos una conversación pendiente.

Cuando papá hablaba así, todos obedecían; hasta la tía que, como corderito al matadero, siguió a Alonso a su despacho.

«No todo será miel sobre hojuelas», recordó las palabras de Nathan mientras veía la amplia espalda de camino a su juicio.

Apenas entrar a la habitación, Alonso la invitó a sentarse frente al escritorio mientras él lo hacía del otro lado. Helena se sentía como la estudiante problemática que va a recibir el veredicto del director.

—¿Qué piensas hacer con la criatura? —pregunto con una frialdad escalofriante, como si hablaran de una mascota.

—¿Te refieres al bebé? —preguntó todavía dudando. Cuando vio su asentimiento, le respondió —: Por supuesto que tenerlo.

—¿Crees que es lo más apropiado en estas circunstancias? —Su mandíbula estaba rígida; gesto que ella relacionaba con la furia contenida.

—¿Y tú me lo preguntas? ¿Por qué no pensaste en eso cuando me...? —indignada, no encontró calificativo para su acción.

—¿Me quieres hacer creer que ese niño que esperas es mío?

—¿Y de quién más, según tú?

—De tu noviecito que metiste en tu cama cuando apenas me había levantado yo. A todo esto, ¿cambiaste las sábanas? —preguntó con una sonrisa malvada—. Aunque hay otra posibilidad: que hayas hecho al niño en la ciudad del amor.

—¡Eres detestable! —Helena se levantó con la intención de salir de ahí.

—¡Y tú, una maldita mentirosa! —rugió al tiempo que azotaba con los puños la cubierta de su escritorio, que la hizo regresar a la silla.

—Nunca mentiría con algo así; este hijo que espero es tuyo y de nadie más —insistió a pesar del miedo que le provocaba la violenta reacción de él.

—¡Mientes mil veces! —dijo y se puso de pie—. Yo no puedo tener hijos. Eso lo sé desde que me casé con tu hermana; su ginecólogo me diagnosticó esterilidad. —Fuera de sí, estaba junto a ella y la había arrastrado de los brazos hacia él; no contento con eso, la zarandeó hasta hacerla castañear los dientes.

Helena comprendió que no había nada más que hacer ahí. Su hermana se había asegurado de arruinar sus vidas, juntos o separados. Aunque le demostrara que él no era estéril, diría que el hijo que esperaba era de Aníbal o de alguien más. Sin fe no había esperanza. En ese momento decidió que no daría un paso más en busca de las pruebas de su inocencia; ya se había humillado lo suficiente y estaba cansada de luchar.

A mirar las lágrimas silenciosas correr por su rostro, Alonso la liberó con una mueca grotesca de repudio, de asco. Abatida, Helena se deslizó a su asiento, pálida, con la mirada hundida como un espectro.

—Quiero que mañana recojas tus cosas y te marches de aquí; ya no me serás de utilidad con los niños —decidió de espaldas a ella, con la voz sofocada por sus manos, que tallaban su rostro con desesperación.

—¡No, Alonso! El psiquiatra nos advirtió que los chicos pueden recaer; aún no están listos para mi partida. —Sin pensar en lo que hacía, se tiró a sus pies y se abrazó a sus piernas con la mirada suplicante hacia arriba—. ¡Por favor!, ¡te lo ruego!; no lo hagas por mí, sino por ellos. —Implacable, Alonso trataba de liberarse y ella aumentaba la fuerza de su amarre. Solo había una cosa que lo convencería—. Perdóname por tratar de engañarte. Tienes razón: tú no eres el padre. —El forcejeo terminó y ella colgó los brazos—. Ayer hablé con Nathan y me apoyará el tiempo que falta para darlos de alta. Te prometo que, después de eso, me iré y no volverás a saber de mí.

—No insistas, Helena. Ya no confié en ti para cuidar de ellos —argumentó mientras se alejaba unos pasos.

—Ponme a prueba. —Con lo que le quedaba de orgullo, se puso de pie y lo enfrentó—. Dame un mes y, si no ves buenos resultados, me iré —propuso buscando su rostro—. Habla con Nathan. ¡Por favor, Alonso!, en el sí confías. Dales una oportunidad a los niños... —Con las palmas unidas frente a su pecho, lo seguía, lo acosaba.

Como una luz, a su mente le llegó la idea de que las cosas sucedían por algo; tal vez Alonso tenía razón y ella no era buena para los niños. Ante esa posibilidad se dobló vencida y se encaminó a la salida.

—Está bien. Hablaré con Dolovan a primera hora y, dependiendo de lo que él me diga, decidiré —dijo Alonso al detenerla en la puerta.

—Gracias.

Helena salió del despacho sintiéndose una anciana. Arrastrando los pies se dirigió a la habitación de los niños. Ahí estaban, a salvo en su nuevo hogar. Ella no tenía ningún derecho a quitarles eso.

—Mis pequeños diablillos, mis amores... —Sentada en el piso, entre las dos camitas, miraba sus caritas hermosas en silencio; quería llenarse de ellos por si mañana se tenía que ir.

El sonido de pisadas le hizo volver la cabeza a la entrada. Ya no estaba sola.

—Yo solo vine a ver si... Ya me iba —balbuceó y se levantó al instante, pero un repentino mareo la obligó a pegarse a los muros de camino a la puerta.

Helena no se percató del intento de Alonso por ayudarla.

Capítulo 24

Esa noche fue la más larga de su vida. Helena nunca se había sentido con un futuro tan incierto, nunca se había sentido tan desvalida, ni siquiera cuando había huido de casa siendo una adolescente.

Solo una vez a la semana, los miércoles, los niños tenían clase de música, y eso era luego de sus clases de inglés. «Gracias a Dios hoy es miércoles», se dijo Helena. Eso le daba hasta media tarde para aguardar en su habitación el veredicto final del juez.

«Qué curiosa la mente», pensaba al recordar «los cientos» de reacciones de Alonso ante la llegada de su hijo. Nunca se planteó que no le creyera que era suyo.

Era después de mediodía cuando escuchó los toques en la puerta. Nerviosa, se levantó del sillón, donde se esforzaba por leer un libro que le había prestado Nathan, y fue a abrir.

Era Alonso. Si se sorprendió al ver su deprimente aspecto, no dijo nada; se mantuvo de pie, en medio de la habitación, observándola mientras hablaba.

—Nathan asegura que lo más conveniente para los chicos sigue siendo que continúes a su lado —concluyó al fin—. Te daré el mes que me pides, pero te advierto que no habrá una segunda oportunidad.

—Gracias —le dijo a su espalda. Alonso ya iba de salida.

Helena cerró la puerta tras él y se sentó en su cama; temblaba como una hoja al aire. El saber que tenía pocos meses para organizar el futuro de sus sobrinos y el suyo propio la llenaba de inquietud pero, así fuera lo último que hiciera, no fallaría en el intento. Seis meses tenían que bastar para conseguir su propósito; por ningún motivo tendría a su hijo en Estados Unidos, cerca de Alonso.

Así fue como empezó una rutina de trabajo agotador, leyendo cuanto libro le recomendaban y otros tantos en línea. Eso lo hacía mientras los niños estaban en sus clases; por las tardes, se dedicaba a ellos en cuerpo y alma. Por la noche, una vez que estaban acostados y bien arropados, le robaba horas al sueño para volver al estudio. Estaba empeñada en elaborar un proyecto de investigación que avalara una idea que traía en mente.

Con la supervisión de Nathan, Helena terminó su propuesta justo a tiempo del mes de prueba.

Este consistía en el paso inicial para que los niños se integraran a la sociedad. El colegio.

Mientras tomaba un breve descanso, recordó la entrevista que había tenido con el psiquiatra horas antes.

—¿Qué opinas? —preguntó sin dejar de mordisquearse las uñas, hábito adquirido en el último mes.

—Has estado trabajando duro, ¿eh? Excelente propuesta, doy mi total aprobación —dijo Nathan con una sonrisa que no disipó su gesto de preocupación—. Cambiando bruscamente de tema —empezó mientras le tomaba las manos—, te veo mal. Estás agotada, y eso no le hace bien al bebé. ¿Ya fuiste con el ginecólogo que te recomendé?

—No. —Helena liberó sus dedos para juntar los papeles dispersos sobre el escritorio del despacho—. Lo haré en cuanto hable con Alonso.

En sus dos meses de embarazo, Helena había bajado dos kilos y su rostro se veía estragado por tanta náusea matutina.

—Estás obsesionada con el famoso mes de prueba —dijo mientras agitaba la cabeza con reprobación—. Mira, no sé qué está pasando entre tú y él, pero me parece una canallada de su parte que te presione de esa manera.

—Te aseguro que no quieres saber lo que hice para merecerlo —le confió con tristeza y se puso de pie—. Gracias por todo, Nath, eres el mejor de los amigos —agregó y lo abrazó fuerte. Lo extrañaría mucho cuando se fuera.

Nathan se aferró a la muestra de cariño de la chica; sabía de sobra que sería lo único que recibiría de ella.

—Prométeme que, en cuanto hables con Alonso, acudirás al médico —presionó sin querer soltarla. Sabía que no debía, pero no podía evitar disfrutar la sensación que le provocaba su suave cuerpo junto al suyo y el aroma dulce de su cuerpo.

—Buenas tardes, ¿interrumpo?

«Hablando del rey de Roma...», pensó Helena.

—Para nada. De hecho yo ya me iba —respondió el médico mientras mantenía una mano de Helena entre las suyas—. Lo prometiste —insistió antes de darle un beso en los nudillos.

Alonso y Nathan se estrecharon las manos antes de que este último abandonara la habitación.

—¿Podemos hablar un momento? —Helena aprovechó la ocasión con valentía.

—Adelante. —Alonso la invitó a tomar asiento mientras él se dirigía a la mesita de los licores. Últimamente, requería de una copa de whisky antes de hablar con Helena—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó mirándola brevemente.

—No, gracias. —Mantecía la vista en sus manos nerviosas sobre el regazo; era insoportable ver el desprecio continuo de él.

—Tú dirás... —insistió sin tomar asiento.

Helena, decidida, levantó la cabeza y enfrentó al impaciente de Alonso; como siempre que lo miraba, se quedó atrapada en el azul profundo de sus ojos.

—Helena, sigo esperando. —El imperante tono la volvió al presente.

—Claro... —Dudó un segundo más, aspiró profundo y se dejó ir—. Ha llegado la hora de que los chicos pasen al siguiente nivel. —El entrecejo de Alonso se profundizó—. Lo que quiero decir es que los inscribamos en un colegio para que continúen sus estudios ahí.

—Háblame de ello —solicitó con interés.

—He hecho un estudio exhaustivo de varios especialistas en la problemática de Ian y Diego, y todos coinciden en ciertos aspectos que se deben considerar e, incluso, cambiar para obtener mejores respuestas y avances. En este caso en particular, el regreso de los niños a la escuela, como primer paso. —Con la seguridad de quien se ha aplicado a fondo en el tema, Helena expuso su plan—. Ya lo he consultado con Nathan, y coincide con ellos —agregó y se puso de pie, pero un mareo la obligó a sujetarse del respaldo—. Tengo conmigo un resumen del tema y de los colegios de la zona; un análisis de sus características y el nombre de la escuela que seleccioné por ser la más adecuada a las necesidades de los chicos. —Cuando Helena estiró su mano temblorosa para que tomara el fólder, Alonso se dio por enterado de que algo le pasaba.

—¿Te sientes bien? —preguntó y se acercó a ella.

Helena se había puesto pálida como un papel y respiraba agitada.

—Solo es un mareo —aclaró y se sentó para esquivar su mano.

—¿Ya comiste? —insistió. Se puso tenso cuando ella movió la cabeza de forma negativa—. ¿Desayunaste? —Esta vez fue un rechinado de dientes al escucharla decir que no—. ¡Por Dios, Helena! ¿Qué no se supone que debes cuidarte? —gritó con el rostro crispado y con los papeles estrujados en una mano.

—Ahora lo más importante es eso. —Afligida señaló las hojas.

—Ve a comer y a descansar un rato. Más tarde volveremos a hablar —pidió y se empujó el resto del licor, lo necesitaba.

—¡No!, lo haré después, ahora quiero que veas la información —dijo con terquedad y más pálida cada vez.

—¡Dios, dame paciencia! —Con cara de pocos amigos, apoyó las manos en los reposabrazos de la silla de Helena—. Piensa, por favor. Debo estudiar tu propuesta con cuidado para poder darte una respuesta.

Cuando Helena razonó sus palabras, soltó el llanto, desconsolada, agachó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos para que no lo viera.

Tal vez fuera la dureza de Alonso, la falta de comida y de sueño, el agotamiento acumulado o el desamparo en el que vivía lo que ocasionó que se desmoronara justo frente al hombre al que tenía que mostrarle carácter, inteligencia y eficiencia.

—¡Lo siento! ¡No es mi intención apresurarte! —dijo más tranquila y se puso de pie para retirarse.

—Helena. —En un acto reflejo, la sujetó del brazo—. Prometo que ahora mismo lo leeré —dijo mientras señalaba con la mirada el fólder sobre el escritorio—, y más tarde hablaremos.

Capítulo 25

Luego de que los niños cenaron, Helena los arropó en sus camitas y les contó el cuento del niño que quería ser grande una y otra vez hasta que se durmieron. Ya en su habitación, se dio un relajante baño y se fue a la cama. Era tarde. Alonso no la buscó como lo había prometido; fue su último pensamiento antes de quedarse dormida.

—¿Puedo pasar? —Se escuchó una voz preguntar del otro lado de la puerta. Al no recibir contestación, Alonso se adentró en la oscura habitación sin hacer ruido. Apenas se distinguía la esbelta figura de Helena sobre la cama. La palidez de su rostro hacía juego con las sábanas. Estaba tan dormida que prefirió retirarse para dejarla descansar; se veía que lo necesitaba. Ya hablarían mañana de su propuesta.

—¿Diego?, ¿eres tú? —Su sueño era tan ligero que la despertó el roce de la tela de un vaquero. Alguien había estado junto a su cama y se alejaba.

—Soy Alonso —dijo al tiempo que se volvía sobre sus pasos.

En cuanto escuchó la profunda voz, Helena se incorporó en el colchón y encendió la luz de la lámpara de mesa.

—No te levantes —pidió alzando la mano—. Me iré para que sigas descansando. —Su boca lo declaró, pero sus pies seguían anclados al piso.

Helena se percató del inusual dato; siguiendo la mirada masculina, descubrió que su camión estaba abierto del pecho y dejaba al descubierto buena parte de sus rebosantes senos. Era lo único que había aumentado de volumen con el embarazo.

—No te vayas. Por favor, dime a lo que has venido. —Resuelta se puso de pie para poner todo en su lugar, empezando por su ropa. Tensa como las cuerdas de un violín, movió los hombros y el cuello inconsciente de lo sensual que se veía.

—Ya he leído toda la información y también he hablado con Nathan —informó con rostro extremadamente serio. Esperándose lo peor, Helena se preparó—. Debo reconocer que has hecho un gran trabajo. Me parece una excelente elección el colegio que estás recomendando. Estoy impresionado con la labor que has realizado con los niños; ellos ya me habían mencionado la idea de acudir a clases con otros niños, pero de momento pensé que eran cosas de su médico.

—Eso quiere decir...

Se detuvo incapaz de externarlo por temor a equivocarse.

—Que adelante con el plan —confirmó—. Solo te voy a agradecer...

No pudo terminar la frase; Helena se arrojó a sus brazos, tan emocionada que de momento olvidó el abismo que había entre los dos.

—Gracias, gracias —expresó feliz, colgada de su cuello. Sus dedos reconocieron la textura de su cabello y se enredaron sin querer—. Lo siento —dijo mortificada cuando se dio cuenta. Caminó dos pasos hacia atrás ruborizada hasta la raíz de los cabellos.

Pero las cosas no terminaron ahí. Alonso, casi con violencia, la sujetó de la cintura y la arrastró hacia él. Confundida, Helena observó su oscurecida mirada tratando de leerle la mente. En ese momento él la giró en sus brazos y la acercó hasta pegar su trasero en su inflamada entrepierna. Entonces, ella entendió.

—Te deseo, Helena —declaró con el rostro oculto en la curva de su cuello—. Te deseo con locura y solo pienso en hacerte el amor de mil maneras —detalló mientras la degustaba con la lengua.

Las fuertes manos iban de un lado a otro asaltando su cuerpo con caricias atrevidas. Helena echó las manos hacia atrás y se sujetó de la fuerte nuca, lo que le facilitó las cosas. Alonso levantó la cabeza y miró su reflejo en el espejo. Parecía una diosa sensual y descarada. Eso lo puso al rojo vivo.

En cosa de segundos, ella ya no fue dueña de su voluntad; tenía su cuerpo abandonado contra el masculino, mientras las manos expertas torturaban sus botones erguidos con maestría.

—¡Alonso! —gimió enardecida.

Necesitaba más de él ahora mismo; si no, se volvería loca de deseo. Decidida a obtener pronto alivio, atrapó su mano y la guio a través del talle hasta la entrepierna, donde presionó con gráfica desesperación.

El hombre no rechazó la invitación y, motivado por los gemidos de la chica, acarició el codiciado manjar con dedos suaves y profundos.

—Creo que voy a...

—¡No te detengas! —ordenó cuando intentó retirar su mano—. Tu gozo es también el mío —declaró exaltado hasta la fibra más oculta de su ser.

Obediente, Helena explotó cual rayo en una fuerte tormenta, invirtiendo toda su energía en la experiencia más egoísta y maravillosa en la que hubiera participado nunca. Incapaz de sostener su propio peso, empezó a escurrirse hacia abajo con un sublime rostro de satisfacción.

No llegó al piso; Alonso la agarró en el vuelo. Con una ternura inusitada, besó sus parpados, su frente, sus labios, aun después de tendida sobre la cama. Luego... nada. Helena abrió los ojos angustiados y lo que vio la sobrecogió. Alonso la miraba de pie junto a la cama, como si quisiera grabarse su imagen. Ella extendió los brazos y él se apresuró a tumbarse la ropa bajo el escrutinio de sus ojos de miel líquida por el creciente deseo.

Cual «dama de la noche» cuando abre sus pétalos para deleitar con su aroma, así mismo Helena se preparó para recibir a su amado amante.

Alonso, esta vez, la poseyó con lentitud para alargar el maravilloso momento de la entrega, hasta que ambos llegaron al punto sin retorno, donde solo existe la increíble promesa de pisar el paraíso, aunque sea por uno breve instante.

—No cierres los ojos, cariño, mira lo que haces conmigo. —Se movía con gracia felina, inspirado por la visión exquisita de una mujer entregada al placer que él le estaba provocando—. ¡Helena! —clamó con voz enronquecida—. ¡Cómo me haces sentir! Ven conmigo, princesa mía — invitó, entre jadeo y jadeo, antes de que el éxtasis le reclamara hasta el último hálito de energía.

Como las notas escogidas para una perfecta sinfonía, los amantes alcanzaron el clímax así: juntos, acompasados en correcta armonía para llegar a un mismo y hermoso final.

—Te amo, Alonso.

Helena se dio cuenta de su indiscreción cuando sintió a Alonso tensarse aún dentro de ella. Ahí mismo hubiera preferido morir cien veces, pero lo hecho, hecho estaba.

Al instante separó sus cuerpos, que todavía se estremecían por la plenitud de la experiencia. Se sentó en la orilla de la cama con la mirada perdida en las penumbras. Queriendo rescatar algo de los momentos vividos, Helena acarició con suavidad su espalda; Alonso brincó como si le hubiera picado una alimaña.

—Esto ha sido un tremendo error, nunca debió de pasar —declaró en pie de espaldas a ella. Urgido por abandonar la escena del crimen, tomó su ropa en un puño y salió desnudo al pasillo.

Como aquella noche, dos meses atrás, Helena se deshizo en lágrimas por un hijo sin padre y por una mujer sin dignidad ni amor propio.

Capítulo 26

—Helenita, en la sala te espera el doctor Dolovan —anunció Lucy, a la mañana siguiente, durante el desayuno.

Con rostro de extrañez, Helena pidió disculpas por abandonar la mesa para ir a atender a la inesperada visita.

—He venido para llevarte con el ginecólogo y no acepto un «No» por respuesta —dijo en lugar de saludo pero, al ver su alarmante palidez y sus grandes ojeras, salió de la trinchera para darle un abrazo sentido, dando por hecho que su proyecto había sido rechazado.

—Yo también estoy feliz de verte —comentó con una sonrisa mientras se dejaba acariciar.

—Entonces, ¿está todo bien? —preguntó mirándola sin parpadear—. El colegio... —dijo con impaciencia.

—¡Oh! Sí, quedó aprobada mi propuesta. ¿No es grandioso? —Estaba rebosante de felicidad—. Qué pena tengo contigo, Nathan. Tu consulta, tus pacientes... —agregó al instante poniendo cara larga.

—Tú no te preocupes por nada; desde ayer pedí a mi asistente que cambiara todas las citas y me consiguiera una para ti con el doctor Lee.

—Gracias, eres mi ángel —testificó con las manos de su amigo entre las suyas, como si fueran su tabla de salvación.

—Yo seré lo que tú quieras que sea, pero ahora date prisa, que se nos hace tarde para la consulta.

—Le diré a Lucy que te traiga un café mientras me arreglo —habló de camino a la puerta. Cuando la encontró le pidió que atendiera al doctor y aprovechó para informarle que estaría en la clínica por el resto de la mañana.

La sala de espera del doctor Lee era amplia, de muebles cómodos y con alteros de revistas para papás en cada rincón. Todos los asientos estaban ocupados cuando Helena y Nathan llegaron.

—Señora Helena Nelson —llamó una asistente—. El médico la recibirá enseguida —anunció cuando ella levantó su mano.

«Suerte de principiante», se dijo al tiempo que iniciaba la marcha tras la mujer vestida de

blanco.

—¿No piensas acompañarme? —preguntó a Nathan cuando observó de reojo que se había quedado atrás.

—Por supuesto —respondió con una amplia sonrisa.

Helena de inmediato se colgó de su brazo; él la hacía sentir segura y protegida.

—Adelante, adelante —invitó el hombre maduro, de ojos rasgados, al ponerse de pie para acercarse a ellos.

—Amigo... —respondió Nathan estrechando su mano—. Esta chica hermosa es mi amiga Helena Nelson.

—Mucho gusto, señora Nelson.

—El gusto es mío, doctor Lee. —Al igual que le sucedió con su amigo, el ginecólogo le causó muy buena impresión.

El médico los invitó a tomar asiento frente al escritorio para llenar un cuestionario con la información general de la paciente; posterior a eso los hizo pasar a un frío reservado donde había una camilla y un equipo de ultrasonidos. Helena se abrazó a sí misma luego de una estremecida que no pasó desapercibido para el psiquiatra.

—Tranquila, todo va a estar bien —le aseguró mientras la estrechaba a su costado.

Una vez recostada, con el vientre descubierto, el ginecobstetra procedió a tomar medidas y a hacer anotaciones antes de aplicar el gel para deslizar el dispositivo por toda el área.

—¿Qué pasa, doctor? ¿Hay algo malo con mi bebé? —Helena se inquietó cuando observó el rostro serio del médico, que parecía buscar algo en la imagen.

—No precisamente —dijo y se quitó el audífono—. Escuchen —invitó al tiempo que conectaba un pequeño artefacto al equipo. Era un amplificador; supieron luego.

—Dígame la verdad, doctor, ¿mi niño está mal? ¿Por qué se escucha su corazoncito desacompañado? —Helena buscó la mano de Nathan, que de inmediato envolvió la suya con fuerza y calidez.

—Nada de eso. Es el sonido de dos corazones. Ahí adentro hay dos bebés —se apresuró a aclarar antes de que la preocupada madre se imaginara lo peor.

—Felicidades, señora Nelson, lleva ocho semanas de gestación de gemelos —informó al ver que no había comentarios ni preguntas—. Es muy pronto para asegurar el sexo pero, en la semana veinte, podemos obtener ese dato si así usted lo desea.

Helena todavía no terminaba de asimilar la noticia, cuando ya iban de regreso a casa de Alonso. El médico la citó para el próximo mes y le recetó una serie de vitaminas y medicamentos para controlar las molestias matutinas.

—Vienes muy callada. ¿Sigues impactada con la noticia de los gemelos? —Nathan quiso saber.

—Sí. Es maravilloso, pero aterrador al mismo tiempo. Tú sabes que tengo planeado partir en cinco meses, pero me temo que con esta noticia tendrá que ser antes.

Dolovan terminó las maniobras para estacionarse frente a la escalinata, tomó sus manos con

actitud seria y la miró a profundidad mientras le hablaba.

—No tienes que hacerlo, Helena; a no ser que hayas decidido darle una oportunidad al padre de tu hijo. —Nathan tenía la creencia de que los bebés eran de Aníbal, y así se quedaría.

—Debo volver a mi casa; ahí criaré a mis hijos e iniciaré una nueva vida con ellos. —Eso sería lo único que le diría.

—Si llegas a cambiar de opinión, yo seguiré aquí para apoyarte en todo; a lo mejor, con el paso del tiempo, me puedes ver con otros ojos y...

Helena se sentía derretida ante la actitud del buen hombre que, aun a pesar de esperar dos hijos de otro, le abría su corazón.

—Nathan, eres tan bueno... —Helena soltó sus manos para llevarlas a su cuello en un abrazo fuerte y cálido, que hablaba de su agradecimiento—. Te quiero mucho, pero...

—Lo sé. Solo necesitaba que lo supieras —dijo sin aguantarse las ganas de darle un beso en los labios, como el toque de las alas de una mariposa.

Helena no dijo nada, sonrió y se bajó del auto. Adentro la esperaba el análisis para su siguiente propuesta en pro de los niños. El tiempo apremiaba.

Días después...

—Buenas noches, ¿podemos hablar? —Helena abordó a Alonso apenas llegar a casa. Le urgía su opinión; por eso lo esperó a pesar de la hora.

—¿Pasa algo? —preguntó alerta; al ver la negativa de la chica, volvió a preguntar—. ¿Cómo vas? —Apartó su mirada brevemente para dejar la maleta en el vestíbulo. Iba llegando de firmar un jugoso contrato en Europa.

—Bien, gracias. ¿Qué tal tu viaje?

—Cansado pero productivo. —Alonso la guio hasta la sala, donde la invitó a tomar asiento, pero no la imitó, prefirió despojarse del saco, el chaleco y la corbata hasta quedarse en mangas de camisa.

Para Helena fue como presenciar un estriptis privado.

—Disculpa. No soportaba más tanto trapo encima —argumentó con sentimiento de camino a la mesita de los licores.

—Deberías de tumbarte el pantalón.

—¿Perdón? —Volvió la cabeza hacia ella como si hubiera escuchado las pisadas de un león tras él.

—Que vayamos a tu habitación para que te pongas el pijama. Mejor dicho, que aquí te espero mientras te pones cómodo —balbuceó horrorizada.

—Estoy bien así, pero gracias por sugerir —dijo y se sentó a su lado con una expresión graciosa en el rostro, mitad perplejidad, mitad halago.

Helena, mientras tanto, solo quería que un rayo atravesara el techo y la calcinara y que

sucediera antes de que su alebrestada libido la avergonzara más. Alonso tenía el poder, con solo su presencia, para enredar sus ideas y alterar su ritmo cardíaco. Tenerlo tan cerca, mirándola fijamente, implicaba un reto aún mayor para lograr expresarse.

Por su parte, el hombre no perdía el tiempo. Recorría con la vista, sin pena ni apuros, la figura enfundada en un vestido blanco, suelto de la cintura pero entallado en los rebosantes pechos; su escote atrevido era capaz de tentar hasta al hombre más sensato.

—Quiero pedir tu autorización para la contratación de una nana para los niños —expuso de corrido; no fuera a ser que se le olvidara por qué estaba ahí. En vista de que sus palabras no generaron preguntas, continuó—: Como comprenderás, es imperante que empiece a poner distancia entre los chicos y yo —agregó sin ocultar el dolor que el hecho le provocaba—. Pienso que una mujer de mediana edad, con experiencia en el cuidado de niños y de preferencia con hijos, sería la persona idónea para hacerse cargo de ellos en casa.

—Tiene mucha lógica lo que me dices. ¿Cómo piensas conseguir a esa persona? —El rostro de Alonso se tornó serio de repente; hasta su cuerpo pareció secundarlo cuando enderezó la espalda.

—Me gustaría que se anunciara en el periódico que recibes en casa. Yo haré las entrevistas para hacer una lista de preselección, pero finalmente vas a ser tú quien elija a la nana.

—¿Por qué quieres que lo haga yo?

—Porque, a fin de cuentas, serás tú quien tenga que tratar con esa persona; yo solo la pondré en antecedentes de la situación con los niños y, de ser necesario, la capacitaré en primeros auxilios y le daré consejos para una sana alimentación, enfermedades comunes, etcétera.

—¿Por qué debe tener hijos?

—Pienso que las mujeres que ya son madres tienen más desarrollados los sentidos para prevenir que los niños se lastimen o los lastimen.

—¿Cuándo tienes programado marcharte? —Helena lo vio apretar la mandíbula y su mirada azul se tornó impenetrable.

—En cuatro meses, a lo sumo.

Alonso no comentó nada, se bebió el trago de un golpe y la miró.

—Si estás de acuerdo, el anuncio lo pondré mañana mismo. —Lo miró a los ojos en espera de un milagro—. Te recuerdo que el próximo lunes es la inscripción en el colegio de los niños. Le he pedido a Lucy que ponga en tu escritorio los documentos que vas a necesitar; solo falta anexar las actas de nacimiento de los chicos. —Se puso de pie, apurada por despedirse. Sufría tanto su corazón que temía soltar el llanto en su presencia.

Alonso la imitó. Su mano libre la tomó con suavidad del brazo.

—¿Me vas a acompañar? —preguntó con una docilidad que no había vuelto a usar con ella.

—Si lo deseas, lo haré. —Casi se le escapó un suspiro cuando su mano resbaló y atrapó sus dedos.

—Helena... —Su mirada era una mezcla de preguntas sin hacer, de palabras sin decir, de sentimientos sin liberar—. Gracias. —Solo eso y la dejó ir.

Esa noche, antes de dormir, le envió un su acostumbrado correo electrónico a Betty para decirle que todo estaba bien.

Capítulo 27

Dos días después la casa parecía un desfile de mujeres que solicitaban el puesto de niñeras. Llegó de todo: desde estrictas nanas de peinado de moño y lentes de gruesa armazón hasta nanas punks con cabellos de colores y vestimenta estrafalaria. Helena no se desilusionaría en el primer día; el anuncio se publicaría el resto de la semana.

El segundo día estuvo similar al primero; para Helena la experiencia estaba siendo muy educativa porque estaba aprendiendo qué era lo que no quería de la mujer a la que le confiaría la vida de sus queridos sobrinos.

El tercer día no fue mejor que los anteriores, solo que esta vez Helena se tomó varios descansos con Ian y Diego para ahondar en el tema de la nana. Ellos persistían en que no era necesaria. Cuando finalmente argumentó que, cada día que pasaba, se sentía más pesada y cansada por su embarazo, los niños accedieron de muy buena gana. Todavía no era el momento de informarles que en poco tiempo se marcharía de ahí.

En el cuarto día Helena ya tenía a cuatro candidatas seleccionadas para la entrevista con Alonso y, aunque todas eran personas bien preparadas, ninguna era la mujer que ella esperaba.

Último día del anuncio. Como no hay quinto malo, se presentó la candidata esperada por ella; era la mujer perfecta para el puesto. Claro está, faltaba la opinión de Alonso.

A solas en su habitación, Helena recordaba la entrevista con Alba Madrigal, viuda de treinta y ocho años, dos hijos adolescentes y ocho años de experiencia.

—Cuénteme de su último empleo —pidió con amabilidad.

—Solo estuve con los Robinson por un año; ellos se marcharon recientemente a vivir a Europa, porque así lo requirió el trabajo del señor Robinson —argumentó con voz clara.

—En su carta la señora Robinson la recomienda a pesar de que rechazó su propuesta de acompañarlos a su nuevo hogar.

—Mi vida está aquí con los míos que, aunque casi son unos jovencitos, solo me tienen a mí para apoyarlos y cuidarlos. —El rostro de Alba se tornó triste.

—Cuénteme un poco sobre usted. —Helena quería desentrañar el trasfondo.

—Me casé a los veintidós con el padre de mis hijos. Él murió cuando yo cumplí los treinta. —Hizo una pausa para pasar saliva—. Mi matrimonio fue corto, pero fuimos inmensamente felices —dijo con

la mirada brillante al recordar.

—Siento mucho su pérdida —expresó Helena con sinceridad—. Veo en su currículo que ha hecho varios intentos de continuar con sus estudios para trabajadora social... —Seleccionó un buen dato para cambiar de tema.

—Cuando nacieron los niños, fue el primero y, al año de que mi esposo falleció, fue el segundo. Fue agotador tener que trabajar fuera de casa diez horas diarias, atender el hogar, a los niños y estudiar —confesó con evidente pena.

—Entiendo y estoy de acuerdo con usted.

La cita se había alargado por casi una hora, tiempo justo para convencerse de que la mujer de mirada tranquila, voz dulce, trato amable y buena presencia era la persona idónea para el puesto de niñera. Amén de su sólida formación; lo había podido constatar con varias anécdotas que le había confiado de sus trabajos anteriores y de su experiencia como mamá.

Al día siguiente, mientras Alonso se encontraba entrevistando a las cinco candidatas para niñera, Helena descansaba en el jardín viendo cómo habían avanzado sus sobrinos en sus clases de *kick-boxing*, gracias al excelente instructor que Alonso les había contratado, luego de que ella ya no pudo continuar con los entrenamientos.

Por supuesto que Steven era un tipo con un cuerpo bien estructurado y, por si fuera poco, guapo. A sus veinticinco años, era dueño de una cadena de escuelas en esa disciplina.

—Anda, Helena, ejercita esos músculos entumecidos —la animaba.

—No creo que deba... —A tiempo recordó que solo Nathan y su médico conocían su embarazo doble.

—Di que sí, tía Lena. A lo mejor mi primito aprende desde tu barriga. —La ocurrencia de Ian los hizo reír de buena gana.

—Déjame contarte que tengo una clase de señoras embarazadas que naturalmente ya lo practican desde antes. Por supuesto que el ritmo y la intensidad no son lo mismo, pero las ayuda a mantenerse en forma, a liberar el estrés y, sobre todo, a la hora del parto.

—Me has convencido; dime qué hago.

Steven, de inmediato, le entregó unos guantes y le empezó a tirar golpes de bajo impacto a las manos, que ella regresó sin ningún problema. Los chicos, al ver que ahí no habría acción, decidieron ponerse a practicar por su cuenta.

A pesar de lo ligero del entrenamiento, Helena pidió tiempo a los diez minutos, momento que el instructor aprovechó para tomarla por la espalda y obligarla a hacer movimientos de estiramiento para que relajara los músculos. Eso fue lo que le musitó al oído con voz sensual.

El calentamiento de Helena no duró mucho. Fue interrumpido por Lucy, que le llevaba un recado de Alonso: «Reportarse de inmediato».

Ante la mirada desilusionada del maestro, se dirigió al despacho al tiempo que recordaba que hoy Nathan les entregaba los últimos estudios clínicos de los niños.

—¿Sucedo algo? —preguntó sofocada por la carrera.

—Todo bien —respondió Alonso con mal talante.

—Por un momento pensé que se trataba de los niños —dijo aliviada—. ¿Cómo te fue con las candidatas? —Aceptando su invitación, se dejó caer en el sillón frente al escritorio.

—No tan bien como a ti con el instructor... —Alonso siguió su mirada hacia la ventana, desde donde se veía a los niños practicando con Steven.

Decidida a no caer en ninguna provocación, lo ignoró; había mucho en juego. Además, nunca serviría de nada lo que dijera en su favor.

—¿Te has decidido por alguna?

—Sí, por Alba Madrigal. Me parece la más indicada para el puesto. Tú, ¿qué opinas? —se interesó sin dejar de atisbar por la ventana.

—Es una excelente elección —convino con sonrisa cautelosa.

—No se diga más; ahora mismo la llamamos para informarle que el puesto es suyo y que la esperamos el próximo lunes a las ocho de la mañana. ¿Estás de acuerdo? —Alonso tenía el auricular en la mano y rebuscaba sus datos en los documentos esparcidos—. ¿Dónde diablos se ha metido el expediente de esta mujer?

—Permíteme. —Helena fue en su auxilio antes de que terminara quemando el estudio con su carácter explosivo. Intentó regresar a su asiento, pero el muy granuja le tenía bloqueado el paso.

Capítulo 28

—¿Por qué no me enseñas algunos movimientos de defensa personal, Helena? —En cuanto cortó la llamada, que se extendió más de la cuenta porque a Alba se le desató la lengua con la noticia, Alonso se pegó a su cuerpo mientras le susurraba al oído.

Como quien tiene el permiso, apartó los sedosos mechones castaños, que cubrían sus hombros desnudos, para posar los labios e inhalar el aroma de su piel.

—Según yo, tú no practicas este tipo de disciplinas —estableció con un hilo de voz. No se atrevía a moverse ni a soltar el aire de los pulmones; temía que, junto con la exhalación, se le viniera un gemido del placer.

—Y estás en lo cierto, pero hace media hora que me entró el interés por aprender. —Ahora, con pasmosa lentitud, paseaba sus labios húmedos por el largo cuello; sus manos la sujetaban del talle manteniendo el redondo trasero pegado a su entrepierna.

—El lunes arreglaré que recibas clases con Steven —razonó con la poca cordura que le quedaba.

—No, no, no. Esas clases me las darás tú, y ahora iniciamos con la primera. ¿Cómo es? —Replicaba los estiramientos y masajes al tiempo que acariciaba su piel y movía su cadera contra ella.

—¡Mmm! Yo... Yo... —Le estaba costando horrores mantenerse lúcida ante el embate del que era objeto.

Amándolo como lo amaba, Helena no deseaba otra cosa en el mundo que estar en los brazos de Alonso y entregarse por completo a él.

—¿Voy bien, preciosa? ¿Así es como te gusta más? —Su tono advertía cierto grado de ira contenida.

Alonso tenía a Helena reclinada sobre el escritorio, apoyada en sus palmas, mientras él se dedicaba a torturarla con la danza de sus caderas y se llenaba las manos con sus pechos rebosantes. Aunque en el pecado llevara la penitencia, pues estaba a un pelo de perder la cabeza.

—Alonso, ¡por favor! —rogó en un último intento de salvar el orgullo.

Su cuerpo obraba por cuenta propia, se había apropiado de su voluntad y solo quería la fuerza masculina dentro de ella; deseaba con locura febril ser poseída hasta saciar sus ganas, su espíritu, que le pedía a gritos alimentarse con la esencia de él.

Alonso también estaba fuera de sí; con movimientos torpes fue eliminando los obstáculos que le impedían el contacto piel con piel.

—¿Me deseas, preciosa? Dime: ¿quieres esto? —dijo mientras le ofrecía la mercancía. Su trato obsceno era la prueba de que la odiaba y se odiaba por necesitarla—. Si lo quieres, tienes que pedirlo... Solo repite conmigo: folla...

—¡Sí!, ¡sí!, ¡síííí! ¡Dámelo todo, maldito cabrón! —Entre gritos y sollozos, Helena echó una mano hacia atrás para agarrarse de él y aumentar el contacto—. Así es como me gusta que me lo hagan. Tú y todos los demás —declaró con lágrimas de humillación ocultas por la cortina de sus cabellos.

—¿Qué pasa, Alonso? —preguntó al minuto. Por ilógico que pareciera, él se había quedado rígido—. Ya te supliqué; ¿qué esperas? —chilló con rabia.

Sus palabras, como un acicate, consiguieron anular el bloqueo mental de Alonso, que con energía la poseyó e inició la danza del apareamiento con magistral desempeño.

—¡Alonso! —Helena gimió a orillas del clímax.

—Todavía no, preciosa; me quedaré con hambre si termino ahora. Gocemos... Siénteme dentro de ti, cariño —invitó—. ¿Tienes idea de lo sexi que te has puesto, Helena? —jadeó en su oreja al tiempo que aminoraba la marcha para alargar el momento.

En una nebulosa de emociones, sintió los labios de Alonso en su nuca; entonces, giró de lado la cabeza, se agarró de su nuca y atrapó su boca para besarla con desesperación.

—¡Ven conmigo! —suplicó sobre sus labios—. ¡Ya no aguanto la espera! ¡Te necesito ahora! —Alonso respondió de inmediato y aceleró el ritmo hasta subirse al mismo vuelo que los llevaría juntos al viaje al paraíso.

—¡Helena! —jadeó en un grito gutural—. Así, preciosa —dijo al sentirla sacudirse debajo de él. Temiendo que la fuerza de sus brazos le fallaran, deslizó una mano y cubrió la suya; con la otra rodeó con dedos firmes su vientre, y se encontró con la sorprendente experiencia de su maternidad. Un estremecimiento violento lo recorrió antes de sentir como se fragmentaba en miles de partículas y salía volando en todas direcciones.

Luego de su liberación, Helena degustó, con sus oídos y la piel de su espalda, el orgasmo de Alonso, que se adivinaba increíble por sus jadeos y espasmos intensos.

Salió lento de ella, cuando sus cuerpos aún se estremecían y sus corazones galopaban salvajes. Con dedos temblorosos acomodó sus ropas y se sentó en el sillón de trabajo. Con manos tiernas la atrajo hacia sí y la acomodó en su regazo. Alonso alcanzó a ver el rostro sonrojado, bañado en llanto antes de ocultarse en el hueco de su cuello.

Como nunca antes, compartieron minutos de apacible descanso. Ninguno de los dos cambiaría eso por nada. Temerosos de romper el encanto, mantuvieron absoluto silencio.

—¡Papá, tía Lena...! Tenemos hambre ¿Podemos pedir las *pizzas* ya?

Los gritos y risas que se acercaban por el pasillo pusieron fin al ardiente encuentro. Helena se puso de pie como de rayo y se acomodó el retorcido vestido lo mejor que pudo, mientras que

Alonso se subía con toda tranquilidad la cremallera del pantalón y se fajaba el faldón de la camisa.

«Gracias a Dios que son un par de escandalosos; si no, nos hubieran agarrado con las manos en la masa», se dijo afligida Helena mientras caminaba hacia la puerta. Pero una mano la detuvo; Alonso la miró de arriba abajo, de forma elocuente, y se adelantó para hablar con los niños desde la puerta entreabierta.

—Hola, chicos ninja. ¿Qué tal estuvieron las prácticas?

—Dice Steven que ya estamos capacitados para rescatar a una damisela en apuros. —Entusiasmado, Diego se puso en guardia y lanzó un grito de lucha.

—¡Sí! Yo rescataré a Rapunzel. —Ian nunca se quedaba atrás.

—¿Qué simpático es Steven! —masticó—. Niños, vayan a su habitación a quitarse el uniforme y a lavarse; mientras tanto, iré pidiendo las *pizzas*. —Palabras mágicas que pusieron a los revoltosos en su habitación en segundos.

—Ya las he pedido; en treinta minutos las traerán —informó Helena en cuanto se quedaron a solas.

—Gracias por eso y por los momentos de hace un rato —dijo Alonso de regreso a ella.

Helena sabía que su cinismo y su desamor eran la forma de castigarla por lo del pasado y por su debilidad. Evadiéndolo emprendió la caminata a la puerta.

—¿No dices nada?

—¿Gracias? ¿Cuándo se te ofrezca? —reviró con ironía al mirarlo—. ¿No te cansas de comportarte como un canalla conmigo? Se suponía que esto no se repetiría más... —Le recordó con rabia sus palabras.

—Sí, lo sé —convino imperturbable—, pero resulta que se me antojó de ver —confesó elevando una de sus cejas.

—¿Qué significa eso exactamente? —Sus ojos se empequeñecieron, como si la miel de su interior se pudiera derramar hasta quedarse vacíos.

—Que te he visto repartir favores a cuanto hombre se te cruza en el camino —escupió a su rostro como una verdad absoluta. Le había dado alcance y ahora le franqueaba la salida—. Partiendo de que yo tengo derecho de antigüedad, he decidido participar en el bacanal y, como resulta que «siempre sí puedo reproducirme», quiero que la criatura que esperas tenga también algo de mí.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, como si fuera una gata callejera que...?

—No te comportes como tal, y no te trataré así —declaró entre dientes por el esfuerzo de detener la mano que pugnaba por castigar su rostro.

—¡Te odiooooo! —susurró con los ojos brillantes.

—Hace un rato no parecía eso, querida. —Cansado del forcejeo la giró en redondo y la sometió con el acero de sus brazos—. Deberías de sentirte orgullosa, siente cómo me pones...

—¡Suéltame! —exigió antes de caer de nuevo en su embrujo.

—¡Oh, no! Déjame demostrarte lo que me perturba tu sensualidad. ¿Sientes lo que me haces? — Su aliento le ardía en la oreja al susurrarle por completo excitado, jadeante, mientras acariciaba su cuerpo con febril atrevimiento.

—¡Suéltame, Alonso! —Qué ganas tenía de mandar todo al diablo y aceptar sus caricias, aunque la despreciara más por eso—. ¡Por favor, déjame! ¡No me siento bien! —Helena echó mano del último argumento que le quedaba aunque, para variar, fuera mentira.

—¡Lo siento! —De forma instantánea Alonso la liberó—. ¿Está contraindicado el sexo en esta etapa del embarazo? —se interesó sincero al pensar en esa posibilidad.

—El médico no me ha dicho nada de eso; solo necesito descansar un poco. —Qué lindo hubiera sido que él la cuidara y mimara durante el proceso.

—¿Aníbal está feliz con el hijo que viene en camino?

—¡Muy feliz! —reiteró sin levantar la cabeza. Se dio la media vuelta y se alejó mordiéndose el puño para no gritar su miseria.

Capítulo 29

Para consuelo de Helena, las siguientes semanas transcurrieron tal como lo esperaba. Los niños se estaban acoplando a su escuela y a su niñera de maravilla; hasta Alonso parecía disfrutar de la compañía de la joven viuda y, aunque se sentía celosa, por partida triple, tenía que reconocer que Alba era un encanto de mujer y que en verdad la apreciaba.

Su tiempo lo repartía entre instruir a la niñera en aspectos que le serían de mucha utilidad en el cuidado del menor y llenar a diario los test de comportamiento de sus sobrinos para Nathan. Engordar era uno de sus pasatiempos y hablar y hablar con Alberto por teléfono era otro. Esas eran sus terapias personales.

—¿Ahora sí querrás que el médico te diga el sexo de los bebés? —quiso saber Nathan, que se había adjudicado la tarea de llevarla a su revisión de cada mes.

—Me parece que sí; eso me será de mucha utilidad cuando regrese a casa —respondió mientras acariciaba su vientre con ternura. Hoy se completaba su quinto mes de gestación.

—¿Nada te hará cambiar de parecer, cierto? —preguntó con rostro de pesar.

—No —respondió con mirada triste, aunque en una hora todo cambiaría...

—¡Son niñas, Nathan! ¡Son Niñas! —En plena acera, a las afueras del edificio de consultorios médicos, Helena daba pequeños saltos mientras aplaudía sin cesar.

Ya tenía una idea bastante precisa de lo que era tener niños, ahora experimentaría la dicha de ser mamá de unas bellas niñas, porque seguro sacarían mucho de papá.

—Vayamos a festejar —propuso mientras la tomaba de los codos para que se apaciguara—. Te invito a comer helado y después quiero que me acompañes a una tienda para bebés; seré el primero en comprarles regalos a mis ahijadas.

—Claro que no; falta mucho para que nazcan.

—Pero no tanto para que te marches de aquí —afirmó con cara larga—. Anda, dame ese gusto.

—Está bien, vayamos por ese helado y, luego, de tiendas. Aunque desde ahora te digo que no te perdonaré si no nos vas a visitar —asentó hablando por las tres.

—Te prometo que iré para el nacimiento de las nenas. Nunca me perdería ese gran momento.

Cuando regresaron a casa, Helena y Nathan se encontraron con los niños en la entrada. Detrás venía Alba toda acalorada; pareciera que los habían visto llegar.

—Hola, mis amores —los saludó, pero ellos se fueron directo a su barriga para hablar con «su primo».

—¿Cómo se dice? —los amonestó Alba.

—Buenas tardes —dijeron en coro, incluida ella.

—Buenas tardes, Nathan —repitió con deferencia.

—Buenas tardes, Albita —respondió él buscándole los ojos.

«A ver, a ver, ¿qué está pasando aquí?», se dijo Helena al descubrir el sonrojo de Alba al mirar a Nathan y el nerviosismo de este al responder. Ahí había algo y ella tenía averiguarlo; si era lo que sospechaba, de su cuenta corría que, antes de su partida, dejaría a su querido amigo bien comprometido con la linda nana.

Luego de que entre todos bajaran los paquetes que traían de las tiendas, Helena consiguió dejar a la sospechosa pareja a solas, mientras ella entretenía a los niños con los regalos que había comprado para ellos. Ese era el momento que estaba esperando para hablar con los chicos de su inminente partida.

—¿Pero por qué no puedes quedarte a vivir aquí, tía? —insistió Diego con carita larga.

—Porque esta casa es de papá Alonso y él tiene derecho a rehacer su vida. ¿Recuerdan que ya platicamos de eso? —Helena se mantenía ecuánime, con una sonrisa en el rostro, pero de lo que tenía ganas era de gritar su frustración y enojo por su suerte.

—Sí, pero a mí me hubiera gustado mucho que tú te casaras con él y fueras nuestra mamá —arremetió el niño con los ojos llenos de lágrimas. Se hacía el fuerte porque decía que ya era grande, pero no así Ian; el lloraba quedito, abrazado con fuerza al vientre de su tía.

—Todavía no me estoy yendo, así que quiten esas caritas tristes. Además, el hecho de que me vaya no significa que no nos volveremos a ver; siempre estaremos en contacto, y espero que me visiten cuando ya esté bien instalada. Decoraré una habitación especialmente para ustedes, y enseguida estará la de sus... su primo, para que me ayuden a cuidarlo. —Hacía tiempo que había decidido mantenerse discreta con relación a sus hijas; no veía el caso, de momento, de generar polémica alrededor de ellas.

Por último Helena explicó a los niños que papá Alonso ya estaba enterado y de acuerdo con sus planes y que no tenía objeto que hablaran más sobre el tema.

Semanas después...

El embarazo de Helena iba viento en popa. Su vientre estaba bastante abultado; parecía que «al bebé» le faltaba poco por nacer, por eso no criticaba a Alonso por haberlo sugerido semanas atrás. Para la joven mamá, eso era lo menos triste; lo que realmente la estaba matando era el hecho de que se marcharía de ahí sin haber recuperado la amistad y respeto de Alonso. Solo esperaba

que, con el paso del tiempo, cambiara un poco de parecer y les permitiera a sus sobrinos mantenerse en contacto con ella y visitarla de vez en cuando.

Pero no todo eran tristezas. Estaba muy agradecida con Dios por la situación de sus sobrinos; ahora ellos eran unos niños sanos y felices, y el papá también. Alonso parecía que por fin estaba superando lo sucedido por su causa y se veía muy unido a Tania y, aunque se le partiera el corazón por eso, diario pedía que él rehiciera su vida.

Con cientos de pretextos, procuraba estar fuera del círculo formado por Diego, Ian, Alba y Nathan y Alonso y Tania. Los niños se notaban más conformes con su partida, y eso era muy bueno para ellos y para ella también; ya bastante carga era el dolor de no volver a verlos por el resto de su vida.

Un día, Helena amaneció con la idea de que, antes de marcharse, sería formidable que los niños disfrutaran de una fiesta sorpresa por su próximo cumpleaños; ambos habían nacido en octubre. Solo faltaba pedir la autorización de Alonso para iniciar los preparativos, pero tendría que esperar a que sus planes de fin de semana pasaran para que tuviera cabeza para escucharla.

—Helenita, tienes una llamada del señor Aníbal. —Sofocada por las carreras, Lucy llegó hasta la banca del jardín, donde descansaba con el teléfono inalámbrico en la mano.

Esa costumbre suya de dejar su celular en cualquier lado; se amonestó luego de agradecerle el gesto.

—Hola, querido, qué gusto me da escucharte... —Yo estoy muy bien, gracias, pero a ti te siento mal. ¿Pasa algo? —preguntó en modo de alerta, yendo y viniendo por el andador de piedra—. ¡Mi querido don Fernando! ¡Cuánto me duele no haber estado con él...! Lo sé. Me consuela saber que no sufrí... Mi cariño está contigo y con tu esposa... Yo también los quiero...

Terminó la llamada con el rostro pálido; regresó el aparato a Lucy, que aguardaba por él por solicitud de ella y, luego de asegurarle que se encontraba bien, se quedó de nuevo sola. Entonces, volvió a la banca y le dio rienda suelta a su miseria. Ya no pudo decirle a Aníbal de sus planes de ir a casa.

—Helena...

Pegó un brinco en su asiento al escuchar la inesperada voz de Alonso junto a ella.

—¿Cómo es posible que te haya dejado sola con el paquete? —Se sentó a su lado y la tomó de los brazos para atrapar su atención.

—Él no es el padre de mis... de mi hijo —confesó mirándolo a través de las lágrimas. El azul de sus ojos presagiaba tormenta.

—¿Quién es? Dime su nombre —exigió dándole una pequeña sacudida.

—No te preocupes, no es ni de Nathan ni de Alberto.

—No juegues conmigo, Helena; quiero su nombre. —El tono de voz exigía, pero su mirada hablaba de confusión y pena.

—Déjame en paz, Alonso. —Se zafó de la sujeción y se puso de pie para poner distancia—. No es de tu incumbencia —declaró de espaldas, con la vista perdida en la puesta de sol.

El suave viento de la tarde revoloteaba su cabello y adhería mechones a su rostro mojado, lo que bloqueaba su visión.

—Por favor, Alonso, quiero estar sola. —Aunque intentaba hacerse la fuerte en su presencia, la voz le tembló al final.

Ella, que pensó que ya nada que viniera de Alonso la podía lastimar, descubrió que el sentimiento de lástima que ahora despertaba en él era aún más terrible que su odio y su desprecio.

Suspiró cuando escuchó que se marchaba; entonces, le dio rienda suelta a su dolor y se cubrió el rostro con manos temblorosas.

De pronto sintió unas manos sobre sus hombros. El aroma conocido de una dulce loción le dijo de quién se trataba. Las pisadas de Alonso habían sido mitigadas por el césped; de nuevo estaba junto a ella. En silencio la giró en redondo y la abrazó a su pecho. Poco a poco el llanto menguó; el cálido cuerpo, las caricias tiernas de sus dedos en la nuca y las palabras de consuelo susurradas a su oído obraron el milagro de disipar el sufrimiento.

—¿Te sientes mejor? —Tenía el rostro lloroso entre sus manos y buscaba la respuesta en las profundidades de miel.

—Yo... Yo... Estoy bien... —balbuceó entre sollozos. Adoraba esa mirada y, pasara lo que pasara, siempre llevaría en su memoria el profundo azul de los ojos del hombre al que amaba más que a su propia vida.

Como si existiera una fuerza magnética flotando entre ellos, los labios se unieron en un beso tierno, al principio, para luego convertirse en una explosión de sentimientos a los que juntos daban vida sin medida, sin pasado...

—¡Alonso! ¿Dónde te has metido, querido?

...Sin futuro.

—Estaba por entrar, Tania. ¿Y los niños ya están listos?

Alonso cortó la conexión para ir al encuentro de su presente, sin volver la vista atrás.

Capítulo 30

Esa noche, Helena aprovechó su soledad para darle vida al plan de la fiesta sorpresa para los niños. Con el nuevo día, empezaría a escribir el final de su historia de amor, condenada al fracaso.

Finalmente, con la valiosa ayuda de Alba, se concretó la idea, y ahora todos se encontraban en un lugar lleno de juegos inflables, mecánicos, videojuegos y chapoteaderos. Los niños se veían muy contentos retozando con sus nuevos amigos de la escuela y con Pablito. Entre los adultos no podían faltar los abuelos, Alba y sus hijos, Nathan, Alberto y sus sobrinos y, por supuesto, Alonso y Tania.

Helena estaba feliz de ver que todo marchaba sobre ruedas. La agenda estaba abarrotada de comida, juegos, cena y, al final, noche de pijamas, para lo cual estaban contratados personal de vigilancia del lugar y algunos familiares que se ofrecieron a supervisar el evento hasta su culminación, a las nueve del día siguiente. Uno de ellos era, por supuesto, el «súper tío» Alberto.

—¿Sabes que eres formidable organizando festejos de niños? Sospecho que vas a ser muy bien recomendada a mi hermano y mi cuñada porque, después de esta experiencia, mis sobrinos no querrán menos —aseguró Alberto sin quitar la vista de los chicos en cuestión, que traían a todos los niños en remolca alrededor de la alberca. Eran líderes por naturaleza.

—No todo el crédito es mío; Alba aportó algunas ideas. —Ambos se encontraban sentados en una banca, desde donde se podía observar la mayor parte del local.

—Te ves muy cansada, preciosa —dijo con mirada de adoración—. Déjame darte un masaje en los pies, anda —insistió moviendo las manos hacia él.

Helena negó con sonrisa franca, y la cambió a horrorizada cuando Alberto se sentó de lado, sujetó sus tobillos y los apoyó en sus muslos. Por fortuna se había vestido con un blusón de mangas anchas y de mallas gruesas en las piernas.

—¡No, Alberto! ¡Qué pena! —Hizo el intento de bajar las piernas, sin éxito.

—¿Que no somos amigos tú y yo? —Helena lo miro con el ceño fruncido—. Te aclaro que, de donde yo vengo, los amigos hacen eso y más.

—Eres un amor —dijo sincera. Se sentía tan a gusto con Alberto que, de no estar enamorada de Alonso «hasta las cachas», hubiera sucumbido a sus encantos.

—Lo sé... —respondió de lo más serio.

—Y modesto... —Ambos soltaron la carcajada al mismo tiempo—. Ven —invitó con el dedo índice mientras ella acercaba también su rostro. Cuando lo tuvo al alcance, buscó su mejilla para darle un beso, pero el muy granuja giró la cabeza y el beso cayó en sus labios.

Sorprendida lo miró seria por unos segundos; él levanto los hombros y le mostró las palmas de las manos con un gesto de «Ups» que la hizo estallar en una sonora carcajada que él secundó feliz.

—Será mejor que pida un taxi para irme a casa. La verdad, estoy agotada. —Se puso de pie y se estiró dolorida de la espalda.

—Por supuesto que no, yo mismo te llevaré. Mi labor de vigilante no empieza hasta las siete — le recordó mientras masajeaba su nuca, sus hombros y su espalda alta.

—¡Mmm! ¡Qué delicia! Deberías de poner un lugar para masajes —dijo entre gemidos de placer.

—Lo haré cuando tú pongas el lugar para eventos. —La risa ronca y suave de Alberto era reconfortante.

—¡Anda, demonio de verdes ojos! Llévame a casa. —Así fue como juntos salieron del lugar sin decirle adiós a nadie.

Como el local de eventos estaba situado a las afueras de la ciudad, tuvieron tiempo suficiente para intercambiar experiencias y anécdotas de sus vidas. Claro está, sin tocar el tema de Alonso, hasta que llegaron a otro tema igual de delicado: el padre del bebé o, más bien, de las bebés.

—No puedo decirlo, Alberto; no es falta de confianza, es solo que hice una promesa.

Nada le gustaría más que poder compartir esa carga que llevaba sobre los hombros, pero ahora, que estaba por irse, lo haría menos que nunca; solo le confió que en su vientre se gestaban dos nenas, producto de su gran amor.

—Respeto tu manera de pensar y te admiro más aún; eres una chica congruente y madura para ser tan joven.

En cuanto llegaron a casa, Alberto la ayudó a bajar de su auto y la encaminó hacia la entrada.

—Gracias por todo. Te has portado como un verdadero amigo. —Helena estaba un escalón arriba de él, y su cabeza quedaba a su misma altura, lo que le facilitó el fuerte abrazo de despedida—. Te quiero, rubio desabrido, y te voy a extrañar mucho.

—Y yo me siento un poco enamorado de ti —confesó con seriedad—. Helena, prométeme que, si llegas a necesitar ayuda, me vas a hablar. Por Alonso no te preocupes, que no tiene jurisdicción fuera de aquí.

—Lo prometo.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de una semana.

—Supongo, entonces, que esta es nuestra despedida oficial...

—Supones muy mal. ¿Quién me llevará al aeropuerto? —se le ocurrió al mirar sus ojos,

brillantes por las lágrimas.

—¡Alonso! ¿Qué haces aquí? —preguntó Helena con los ojos como platos y con las manos empuñadas en el nudo de la toalla que la cubría. Iba saliendo de la ducha, luego de haberse dado un relajante baño de tina. En segundos sus sentidos se alertaron al descubrirlo recostado sobre la cama, jugando con la ropa íntima que justo debía ponerse.

—Verificando que llegaras bien. —Con mirada turbia, vidriosa, recorrió su figura sin dejar de sonreír de medio lado.

—Estoy bien, gracias por preocuparte. Ahora me gustaría descansar si no te importa. —Le habló desde los pies de la cama. Que se quedara con su calzón si tanto le gustaba.

—Claro que me importa, de hecho pienso velar tu sueño.

—Estás borracho, Alonso. —Al segundo se arrepintió de su comentario.

—Hasta donde yo recuerdo, así te gusto más —dijo mordiendo las palabras. Tambaleante se acercó a ella, con un gesto que presagiaba problemas.

Había momentos en que Alonso la hacía sentirse pequeña e indefensa, y ese era uno de ellos.

—Estoy realmente cansada —expuso con las manos extendidas en señal de súplica.

—¡Vaya con mi amigo! ¿Así que te dejo exhausta? —comentó destilando ironía, mientras oscilaba en sus pies—. En verdad me tienes confundido, Helena. Aunque lo negaste, hasta el día de hoy, hubiera jurado que el hijo que esperas es de Aníbal pero, luego de verte con Alberto, no estoy tan seguro. Eres una chica con tantas facetas que aún no logro descubrirlas todas. —La oscurecida mirada se movía inquieta por las pálidas facciones, por el pelo humedecido, por el cuello, por el nacimiento entre sus pechos.

—Estás equivocado, Alonso. Yo te aseguro...

—¿Vas a negarme que Alberto te ama? —acusó mientras la sujetaba de los hombros.

—Alberto y yo solo somos amigos. —Con las manos sobre el fuerte pecho, trataba de contener su genio.

—Mejor, así no faltaré a mi amistad cuando te haga el amor esta noche —estableció con la voz sofocada por la piel de su cuello, donde estaba dejando un reguero de besos ardientes—. ¡Cuánto te detesto y me detesto por desearte de esta manera! —La arrastró al sillón, donde se dejó caer con ella montada en su regazo.

—¡Alonso!, te suplico que ya no nos hagamos más daño. Mañana te sentirás miserable y me odiarás más por eso. —Echó mano de su último pensamiento coherente antes que su razón y su voluntad se pasaran del lado del contrincante.

—¡No puedo, Helena! Mi sangre está envenenada de esta necesidad que tengo de tu cuerpo, de tu aroma, de tu sabor, y solo siento alivio cuando estoy dentro de ti.

Con el rostro atormentado por el deseo que lo dominaba, Alonso aceptó su derrota ante la mujer que despreciaba por haberlo reducido al hombre que ahora era.

Capítulo 31

En la última semana en Estados Unidos, Helena se dedicó a pasear con los chicos, siempre acompañados de Alba y Nathan, de Pablito y, en una ocasión, de Alberto con sus sobrinos. Cada momento compartido le confirmó que sus sobrinos se quedaban en buenas manos. También pudo llegar a la conclusión de que Alonso era lo mejor que le podía haber pasado a los niños; ya no le quedaban dudas de que el único pecado de él había sido enredarse con las hermanas Nelson.

Al fin llegó el día de las despedidas. Helena no quiso que los niños faltaran al colegio para llevarla al aeropuerto. Dejó mil recomendaciones a los novios para que llenaran de actividades a los chicos y no tuvieran tiempo de extrañarla; así solo se marchaba con su propio dolor de dejar la mitad de su corazón en ese rincón del mundo, al que no volvería jamás.

—¡Quédate! —pidió Alberto haciendo el último intento de retenerla.

—No puedo —respondió con ojos tristes.

Cuando su amigo pretendía proseguir con otra lista de buenas razones para quedarse, en el altavoz del aeropuerto, se anunció la salida de su vuelo. Helena se alzó de puntas y dio un último abrazo de despedida a su fiel enamorado, tomó su bolso de mano y se encaminó a la salida sin mirar atrás.

Adelante la esperaba la ciudad en donde se había refugiado, meses atrás, para iniciar una nueva vida. Esta sería solo de paso, hasta dar a luz a sus hijas; después regresaría a su viejo hogar, donde se dedicaría en cuerpo y alma a criarlas. Tal vez más adelante, volviera a su profesión de enfermera, que tantas satisfacciones le daba. Estaba trazado el plan perfecto y se apegaría a él con uñas y dientes para no volver el rostro a su pasado.

En el aeropuerto de Buenos Aires, Helena se encontró con la sorpresa de que la esperaban Aníbal y Susan, su esposa; ambos la recibieron con los brazos abiertos y con bellas palabras de acogimiento.

Otra sorpresa maravillosa fue entrar a su departamento y encontrarlo limpio y ventilado.

—También te abastecimos la nevera y la despensa, aunque creo que, por el tamaño de tu

barriga, vas a necesitar el do... —Aníbal calló al recibir un codazo muy elocuente.

—Cariño, no seas imprudente —dijo Susan con disimulo.

—No lo regañes —lo defendió Helena sin ofenderse—; Aníbal tiene razón en pensar así, pero todo tiene una explicación. —Sonrió con travesura—. Resuelta que aquí adentro —dijo mientras se acariciaba el vientre—, se encuentran Ciel y Bleu Nelson.

—¡Sorpresa! —El grito jubiloso de decenas de cabezas, que empezaron a salir de sus escondites, interrumpió la conversación, que dejó a la pareja con la mandíbula suelta.

La fiesta de bienvenida no duró mucho; el cansancio de Helena, luego de su largo viaje, y la diferencia de horario se los dijo. Así como aparecieron, los amigos se marcharon con la promesa de mantenerse en contacto para conocer a las bebés.

Una vez que Aníbal escuchó el resto de la historia de sus hijas y se cercioró de que estaría bien, Susan y él se despidieron para que se fuera a la cama. En cuanto se quedó a solas, recordó el compromiso con los niños de llamarlos en cuanto estuviera en casa. Gracias a la diferencia de horario, ellos aún no se acostaban.

—¿Dónde te habré puesto? —preguntó al vacío. Ya había volteado su equipaje al revés, y su celular no aparecía por ningún lado—. Debo haberlo perdido en el aeropuerto o de trayecto a casa —se dijo sin pena—. Tal vez sea mejor así... —Eso le marcaba la pauta de cómo se comunicaría con los pequeños a partir de ahora: vía Skype hasta que todo terminara en correos electrónicos y, después, en nada. Lo había prometido.

Luego de llorar amargamente por la separación, se enjugó las lágrimas y se conectó. Al cabo de veinte minutos, por fin fue atendida su solicitud.

—¡Tía Lenaaaa! ¡Holaaaa! —dijeron sus sobrinos con sus caritas distorsionadas por la pésima señal. Al fondo se escuchó la voz de Alba, que les decía que no se empujaran.

—Hola, mis amores, ¿cómo están? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Extrañándote mucho, tía —respondieron sincronizados.

—Y yo a ustedes, pero ya acordamos que seríamos valientes y que, en menos de lo que canta un gallo, estaremos juntos de nuevo.

—Sí, tía Lena. En cuanto regrese papá de su viaje, le pediré que compre uno para escucharlo.

—La vocecita del más pequeño sonó apesadumbrada.

—¡No seas tonto, Ian! ¡Es solo una expresión! —aclaró Diego con impaciencia.

—No lo regañes, amor. La culpa es mía por utilizar ese lenguaje con ustedes. —Se le partía el corazón por ser la causa de su sufrimiento—. Los amo con todo mi corazón —le dijo con ganas de llorar, pero sería fuerte por ellos.

Los tres hablaron e hicieron planes por cinco minutos más y se despidieron con la promesa de hablarse de diario, cuando ellos salieran de clases.

Luego de mucho llanto, por fin Helena se quedó dormida; hasta sus hijas se mantuvieron en calma,

solidarias con la madre, que sufría. En su sueño pudo reproducir la noche de pasión compartida con Alonso. Sin querer, le había regalado la mejor de las despedidas. Ni siquiera se esforzaría por olvidarlo y tampoco cometería el error de empañar su recuerdo estando con otro hombre. Tendría a sus hijas, que serían su mayor consuelo.

—Te quiero, Alonso. —Su propia voz la despertó a la mañana siguiente.

Mientras se alistaba para enfrentar el nuevo día, le habló a su reflejo.

—No puedo cambiar el pasado, pero prometo cambiar el futuro —declaró al tiempo que se llenaba de paz. Tenía el consuelo de haber hecho hasta lo indecible por que Alonso la perdonara, pero no hubo manera. Ese era su castigo, y por fin lo había aceptado.

Capítulo 32

En Norteamérica...

—¿Cómo que Helena se fue? ¿Cuándo? ¿Por qué nadie me dijo nada? —preguntó Alonso a Lucy fuera de sí. Nunca se había imaginado encontrarse con semejante noticia a su regreso; había llegado a creer que Helena seguiría para siempre en su casa y en su vida.

—Se fue hace tres días, señor. Ella comentó que así estaba planeado y que usted estaba de acuerdo con ello. Tal vez el señor Alberto sepa más, patrón; él la llevó al aeropuerto —agregó al ver su rostro descompuesto.

—Gracias, Lucy. ¿Los niños aún no llegan del colegio? —preguntó más calmado.

—Ya llegaron, señor. Ahora se encuentran quitándose el uniforme en su habitación; en un rato Alba los llevará al comedor.

Decidió dejar la conversación con ellos para más tarde; primero hablaría con Alberto. Recordó el celular de Helena y pensó en llamar para ver qué pasaba.

—¡Maldita sea! —Lo mandó a buzón.

Con su amigo tuvo mejor suerte. Quedaron en verse de inmediato en el bar de siempre.

—Hola. ¿Cómo están las cosas por aquí? —lo saludó en cuanto lo ubicó sentado en la barra.

Luego de pedir un *whisky* para los dos, de mutuo acuerdo, ambos se llevaron su trago para una mesa.

—Bien, el *jet* pasó todas las revisiones y ya se encuentra en regla para reanudar sus viajes.

—Te lo agradezco, pero no te cité para que habláramos de eso —dijo luego de dar un largo trago a su vaso.

—Tú dirás... —invitó Alberto sospechándose el tema.

—¿Qué pasó con Helena? —preguntó a quemarropa.

—No sé a qué te refieres.

—¿Eres el padre del hijo que espera? —Disparó a la cabeza.

—¡Por supuesto que no! Si fuera así, jamás la hubiera dejado ir —aclaró ceñudo—. Parece que se te olvida que boicoteaste mis intentos de acercarme a ella. —Alberto era un hombre de una sola pieza y, como tal, enfrentaba las situaciones.

—Yo solo traté de protegerte.

—¿De una dulce chica de veintidós años? —preguntó con sarcasmo.

—¿Te mencionó el nombre del padre de su hijo?

—No y, si me lo hubiera confiado, jamás te lo diría. —Alberto estaba resentido con la situación. Helena en verdad le gustaba.

—Consiguió que te enamoraras de ella... —Sacudió la cabeza lamentándose.

—¿Al igual que te sucedió a ti? —Era eso... Él la amaba o la amó en otro tiempo.

—Tal vez, amigo, tal vez. —Se puso de pie y sacó un par de billetes que dejó sobre la mesa.

—Algo me dijo de que una promesa le impedía hablar del padre de sus hijas, al que amaba...

—¿De sus hijas?

—Sí. —Lo miró con curiosidad—. No lo sabías, ¿cierto? Dios quiera que haya llegado con bien. Por más que se lo pedí, no conseguí que se quedara, por lo menos, hasta el nacimiento de las gemelas. Aunque le faltan tres meses, es peligroso hacer viajes tan largos; se lo dijo Nathan. ¿Pasa algo? —preguntó al verlo empalidecer.

—No. Nos vemos pronto, amigo.

Alonso regresó a casa y, al escuchar las risas de los niños en el jardín, se dirigió a ellos. Necesitaba confirmar que estaban bien.

—¡Papá, has vuelto! —Los niños se mostraron felices de verlo. Corrieron a su encuentro y, para su sorpresa, lograron derribarlo sobre el césped.

—¿Te encuentras bien, Alonso?—Alba apareció en el momento en que caía hacia atrás, con los niños encima, riendo a carcajadas.

—No te preocupes, Alba. Los que deben de estar preocupados son estos dos —gritó y se puso de pie en posición de ataque.

—Papá, si tú no sabes defensa personal... —le recordó Diego mientras se emparejaba con su hermano, que caminaba alrededor de él con cara de «te vamos a acabar».

—¡Me rindo! ¡Me rindo! —Alonso se dejó caer de rodillas fingiendo temor e implorando clemencia.

«Tal vez no sepa ciertos tipos de disciplina pero, en lo que se refiere a la actuación, se le da *naturalito*», pensó Alba, divertida al verlo dramatizar.

Luego de una hora de juego, Alonso envió a los niños a darse un baño antes de la cena, con la promesa de que había regalos para ellos.

—Alba, ¿ha sabido algo de Helena?

—¡Oh, sí, Alonso! El día de su llegada, hablaron por Skype. Ahora solo se comunican por correo —agregó consternada.

—¿Dejo algún teléfono a donde llamarla si se ofrece algo?

—No, Alonso. —La expresión de su rostro le habló de confusión, pero él sí que entendía todo.

Sus pasos sin fuerza lo llevaron a la habitación que era de Helena. En cuanto entró, su aroma dulce anegó su olfato; fue inevitable que a su memoria no acudieran los momentos de intimidad compartida entre esas cuatro paredes. Con un repentino cansancio, se sentó en la cama y se dejó caer hacia atrás, mientras repasaba las últimas palabras de Alberto, que hacían ruido en su cabeza a pesar de él.

«¿Porque siento esta opresión en el pecho si las cosas sucedieron tal como debía de ser?», se preguntó mientras se enderezaba en el colchón. Un rizo grueso se escapó de su peinado, y se lo echó hacia atrás con impaciencia. A su cabeza acudió una mano amable que, en decenas de veces, lo acomodó con ternura. Helena...

Sintiéndose abandonado se puso en pie; sus ojos recorrieron el lugar como si esperara verla. Se detuvieron en el sillón, donde había experimentado las mejores sesiones de sexo de su vida, todas con Helena. Su miembro viril protestó por la tortura de la que era objeto.

Desesperado, abrió cajones; entró al vestidor, al cuarto de baño... No había quedado ni un solo broche del pelo que le indicara que ahí había estado ella. Se sentía como si se hubiera quedado atrapado en una de sus pesadillas nocturnas en la cárcel.

—¡Helena dejó olvidado su celular! —se dijo cuándo lo sacó de debajo de la cómoda.

Cuando estaba a punto de encenderlo, se preguntó para qué quería saber de ella y lo guardó desestimándolo en el cajón de la mesita de noche.

Los días transcurrieron lento para Alonso, con la creencia de que, en algún momento, Helena hablaría a casa. Pospuso viajes de negocios y, aunque salía con los niños a pasear o al cine y, desde luego, por las noches visitaba a Tania, tenía indicaciones precisas de que pusieran en ruta la llamada a su móvil.

Un viernes, al mes de su partida...

—Hola, Nathan. Pasa, hombre... Siéntate, por favor. ¿Vienes por Alba? —Fue a Alonso a quien le tocó recibir al psiquiatra.

—Sí, aunque también te recuerdo que es viernes de cine con los niños.

—¡Oh! Tienes razón. No sé ni en qué día vivo. Gracias por la atención que les brindan ambos, aun fuera de las horas de trabajo.

Los hombres charlaban amigablemente, sentados en la sala, mientras Lucy anunciaba a la visita.

—Son nuestros chaperones —confesó Dolovan—. Con la llegada de Helena, hubo muchos

cambios, incluso en mi vida. Gracias a su intervención, Alba y yo nos estamos dando una oportunidad; apenas puedo creer que a esa joven le deba mi felicidad.

Y Alonso, que siempre malinterpretó la relación entre ellos...

—¿Sigues en contacto con ella?

—No directamente. Todo es a través de los correos entre ella y tus hijos. Fue su decisión — aclaró—. Alonso, no me respondas si no quieres, pero ¿pasa algo entre ustedes?

—Es una larga historia; algún día te la contaré. Los niños se han tomado muy bien su partida, ¿no te parece?

—Mejor de lo que esperaba; la tía hizo un excelente trabajo con ellos, no dejó ningún cabo suelto.

Los niños aparecieron en escena, arreglados y sonrientes, dispuestos a dejar a papá solo en casa, cosa que no hubiera pasado en meses anteriores.

Capítulo 33

—¿Cómo se encuentra la mamá más bella del universo y partes circunvecinas?

—Muy pesada y cansada, Aníbal. Creo que no llegaremos al octavo mes; ahora, que veamos al médico, saldremos de dudas —dijo Helena con sonrisa fingida.

Aníbal estaba por ella para llevarla a la capital a su revisión semanal.

—Cariño, me parece que ha llegado el momento de que contratemos a una persona para que esté contigo por las noches; no me quedo tranquilo dejándote sola. —La miró con cara de sufrimiento en tanto la ayudaba a que se acomodara en el auto.

—De acuerdo —accedió de inmediato—, no quiero ser yo la culpable de que tu desempeño como amante desmerezca de tus insomnios constantes.

—Búrlate, bribonzuela, ya me las pagarás cuando no traigas ese *paquetote* encima.

—Muero de ganas por conocer a mis princesas y tenerlas entre mis brazos... —dijo por toda respuesta.

—Helena, cariño, es necesario que hablemos del padre de tus hijas —propuso mientras enfilaba el auto a la salida a la carretera.

—No veo para qué; él no me quiere ni quiere a mis hijas. —Lo miró con dolor antes de volver los ojos a la ventanilla.

—No puedo imaginar que haya hombre en el mundo que no te pueda querer si eres la mujer perfecta; además, el ser padre es un regalo divino que Dios nos da.

—Susan y tú son muy afortunados de haberse conocido y estar gozando de la maravilla de un amor correspondido y bendecido con la llegada de un hijo. —Pensó en su amor despreciado.

—Helena, ¿es Alonso el hombre del que hablamos? Por favor piensa que, si algo llegara a suceder, es necesario notificar al padre de las bebés.

—Tienes razón; no había pensado en eso —convino con cara de preocupación—. Alonso es el hombre al que amo y amaré toda mi vida y es el padre de Ciel y de Bleu; solo que él me desprecia porque en el pasado le hice mucho daño. Creo que ha llegado la hora de que te cuente la parte de mi vida que aún desconoces y espero que, después de eso, no me juzgues demasiado duro.

Por el resto del recorrido, Helena abrió su corazón mientras lágrimas de arrepentimiento corrían por su rostro. Habló de su amor no correspondido y de todo su dolor. Ahora Aníbal entendía el rechazo de Alonso a la bondadosa chica de la que un día se había enamorado él.

—¡Llora, querida!, que las lágrimas purifican el alma y la tuya sufre demasiado ahora. Solo recuerda que, siempre que te encuentres perdida, Dios tiene la última palabra, y por ahora ha decidido que empieces sin un hombre la difícil tarea de ser mamá por dos. —Le mostró su sonrisa encantadora, y la mano que conservaba bajo la suya se la llevó a los labios para besarla con infinita ternura.

Aníbal era una gran persona y le sobraba amor para repartir, y Helena era una de esas personas privilegiadas que contaba con su amistad sincera e incondicional; por eso le dio la encomienda de que, de faltar ella, decidiera lo mejor para sus queridas hijas.

—¡Ale! ¡Ale! Que las tristezas se vayan y que vuelva la felicidad. Tenemos muchas razones para estar alegres; pronto arribarán a nuestras vidas tres pequeños seres que las llenarán de gozo — declaró mientras la ayudaba a salir del auto. Habían llegado al edificio de consultorios donde estaba el ginecobstetra que traería al mundo a las gemelas.

Y eso sucedería más pronto de lo que pensaban.

—Los moisés resuelven las necesidades inmediatas de mis gemelas y me los podré llevar a Montemayor sin problema. —Helena conversaba con Susan del reciente regalo de Aníbal, que insistió en detenerse en una tienda de bebés de regreso a casa.

Junto a la cama había varias maletas listas con cosas para el inminente viaje.

—Te vamos a extrañar, ¿sabes? —Susan se ponía triste hasta las lágrimas cada vez que trataban el tema de su partida. Habían encajado de una manera tan natural y sorprendente que parecían viejas amigas.

—Lo sé y siempre estaré esperándolos del otro lado del charco con todo mi amor. —Se acercó a la chica para darle el aliento que ella misma necesitaba.

—Ya basta de lágrimas, que todavía falta mucho para que Helena se marche de aquí. —Aníbal las sorprendió lloriqueando cuando pasó a recoger a su preñada mujer. En cinco meses llegaría al mundo el pequeño Fernando.

Una semana después...

—Tengo miedo, Aníbal. ¿Y si algo sale mal? —dijo prendida a su mano de camino al quirófano.

—Querida, recuerda que los médicos no actúan solos; los guía la mano de Dios, y él quiere que las niñas y tú estén bien. —Aníbal era su ángel, su ángel particular de Chascomús.

Como entre brumas recordó el último correo de sus sobrinos, que le hablaba de la próxima boda de Alba y Nathan y de que Tania y papá serían los padrinos. También comentaron del viaje que harían con otros niños de su escuela para conocer al presidente de los Estados Unidos y...

De pronto, se vio al principio de un corredor iluminado con una luz cegadora; al final estaba

Alonso vestido de frac, con una flor blanca en el ojal. Las primeras notas de la marcha nupcial se empezaron a escuchar; esperaba ver a los novios, pero apareció Tania vestida de blanco. Se detuvo a su lado y la miró; Alonso hizo señas desde lejos para que se acercara. «¿Quién?», se preguntó ella con angustia...

—Ya despierta, dormilona, ¿que no quieres conocer a las bellezas que trajiste al mundo? Desde ahora te digo que te aparto a cualquiera de la dos para novia de mi Fernandito.

—¿Ya nació tu hijo? —preguntó somnolienta, aún bajo los efectos de la anestesia.

—Dios no lo quiera, querida —respondió con grandes ojos—. Las que ya nacieron son tus hijas y están desesperadas por conocerte o, más bien, por que les des de comer. —Río de buena gana, y ella terminó de despertar.

Olvidándose de la herida en su abdomen, se quiso incorporar.

—Tranquila, cariño, recuerda la cesárea. —Con ternura la regresó a la almohada—. Ahora mismo aviso a cuneros para que nos traigan a Bleu y a Ciel.

Cinco minutos después llegaron dos enfermeras que cargaban a una criatura cada una, mismas que fueron entregadas en los brazos de la ansiosa madre.

La emoción al ver el rostro de las pequeñas detuvo su corazón por un breve instante. Era blanco y suave como el yogur; tenían una melena tupida y negra, con rizos en las puntas. Las dos eran idénticas una a la otra, como dos gotas de agua.

Capítulo 34

Ese día, Alonso amaneció con una sensación de pérdida que no lo dejaba en paz. Tenía cita con Tania por la tarde, pero prefirió cancelarla argumentando cansancio.

Sus pasos inquietos lo llevaron a la habitación que había ocupado Helena; no había regresado a ella desde que hubo vuelto de su viaje, en el que ya no la encontró. De eso hacía cuarenta y cinco días; llevaba bien la cuenta.

Su aroma se había disipado, pero los recuerdos en su cabeza no. De inmediato acudieron a ella los momentos de ardiente pasión que se habían prodigado. Su sexo despertó con las sensuales imágenes; de la misma manera, se apagó al recordar aquella primera vez que la tomó con maneras salvajes, sin importarle si la lastimaba. Ahora, que ya no había amargura en su corazón, aceptaba que se había comportado como el peor de los canallas. Culpable o no, no dejaba de ser una chica indefensa y sola en el mundo.

Antes de salir de la habitación recordó el celular. Una fuerza sin nombre lo instó a tomarlo y revisar su interior.

Con sorpresa observó que tenía cientos de registros de llamadas perdidas de un tal investigador Ford y mensajes recientes de la misma persona, que le comunicaba, primero, que ya había localizado a Rodolfo y, en el último mensaje, de hacía dos días, le informaba que lo «tendría como invitado» por una semana, con la esperanza de que ella se reportara. El mensaje decía que el hombre se mostraba dispuesto a hablar a cambio de un excelente pago y protección. Alonso, de pronto, recordó que, en alguna ocasión, Helena había mencionado ese nombre y la posibilidad de entregarle pruebas de su inocencia. ¿El investigador estaría hablando de la misma persona? La única manera de salir de dudas era averiguándolo.

—¿Señor Ford? —marcó desde el móvil de Helena para asegurarse de que le respondiera.

—Sí, ¿quién habla? —respondió con evidentes señales de desconfianza.

—Soy Alonso Rivadeneira, hablo de parte de Helena Nelson; ella ahora se encuentra imposibilitada para viajar debido a su avanzado embarazo, y hemos decidido que sea yo quien acuda al encuentro con el tipo este. ¿Sigue en lo dicho?

—Por supuesto. ¿Acaso no es usted la persona afectada en este caso?

—Efectivamente, señor Ford, pero no tiene nada que temer; ya todo está aclarado con Helena, solo que ella insiste en que escuche la declaración del hombre. Haremos las cosas tal como las propone él; solo le pido que no lo ponga sobre aviso. Le prometo una compensación muy sustanciosa por su excelente trabajo.

Afortunadamente el investigador aceptó el trato. Quedaron en que Alonso saldría inmediatamente para Madrid y en que Ford lo esperaría en el aeropuerto para llevarlo al lugar donde tenía «instalado» al rufián. Se moría por estar cara a cara con el hombre que había contribuido a que perdiera todo dos años atrás.

En el hangar autorizado para albergar a su *jet*, se quedaría Cesar, su piloto —Alberto le había pedido un permiso de seis meses—, con una maleta repleta de dinero en efectivo para entregar al investigador y saldar la cuenta con su pasado.

Ford esperaba a Alonso puntual en la sala principal del aeropuerto; este portaba un sombrero de bombín para ser localizado rápidamente por su inesperado cliente.

—Señor Ford, gracias por acudir a mi encuentro.

—Estoy para servirle, señor Rivadeneira.

A pesar de que Alonso constató que la empresa investigadora y que el señor Ford eran confiables, iba bien preparado a la cita.

El lugar que albergaba el malhechor resultó ser una casona vieja, a las afueras de la ciudad capital. Aparentemente, en el interior de la misma, no pasaba nada, pero el profesionalismo de la empresa investigadora se observó desde que entraron; había todo un circuito cerrado de vigilancia y personas camufladas que resguardaban el lugar. Eso lo supo porque Ford se lo señaló.

Alonso, a su vez, contrató vigilancia que lo seguía de cerca para asegurarse de que saliera vivo de la odisea que estaba emprendiendo; también portaba un micrófono oculto para prevenir cualquier situación que amenazara su vida y para grabar todo el evento.

El gusano que esperaba en la habitación con llave era un tipo que no valía ni un dólar; casi se murió del miedo cuando reconoció el rostro de Alonso.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué no vino Helena? —preguntó desde su silla frente a una mesa donde tenía esposada la mano.

—Veo que no tenemos que presentarnos —dijo Alonso con ironía desde su altura—. Te sugiero que empieces a hablar —aclaró aparente calma, pero por dentro bullía como caldera a punto de estallar.

—Ese no fue el trato. —Rodolfo parecía un ratón asustado, sudaba copiosamente y se retorecía las manos.

—Hablarás porque te conviene. Yo solo he venido a escuchar la verdad de los hechos y te pagaré muy bien por ello; si no lo haces, te refundiré en la cárcel de por vida y, créeme, tengo el dinero y el poder para hacerlo. —Guardaba una distancia prudente porque temía de sí mismo.

—Acepta, Mendíz, no tienes nada que perder y sí mucho que ganar. —El detective, que se encontraba también en la habitación, intervino por primera vez.

—Está bien, hablaré —respondió con un suspiro resignado.

—¿Desde cuándo conocías a Margaret y dónde la conociste?

—En una fiesta en casa del tipo ese con el que se ahogó, hace casi cuatro años. Una amiga y yo y estábamos trabajando como meseros, y ella nos escuchó hablar cuando planeábamos espiar a la esposa de un tipo rico que nos había contratado. Nos citó al día siguiente para contarnos su plan, que se escuchaba menos peligroso y mejor pagado que ningún otro que tuviéramos en puerta, así que aceptamos.

El miserable ratón mantenía la cabeza baja, temía la mirada fría de Alonso.

—La ayudaríamos a deshacerse de «su aburrido esposo» y a quitarle toda su fortuna en el proceso. Por meses estudiamos cada detalle del plan para que no hubiera fallas, solo que a la muy estúpida de mi socia se le ocurrió romperse la nuca en un accidente de auto, así que nos quedamos sin la dama que debía seducir al esposo desatendido y llevárselo a la cama, donde tomaríamos la grabación incriminatoria que lo pondría en la cárcel por adúltero. Fue por eso que Margaret insistió en que vivieran en Ciudad Lieland —aclaró con una sonrisa disimulada.

«Eso sucedió al año de casados», pensó Alonso con dolor...

—Después de varias semanas fallidas por encontrar a la mujer confiable para el plan, Margaret se desesperó y tomó la decisión de que sería su ingenua hermanita, que además adoraba a sus sobrinos. Ideó un plan que la ayudaría a matar dos pájaros de la misma pedrada, porque aborrecía a la mujer que le había robado el amor de su madre y su padrastro cuando había venido al mundo. Eso retrasó todo seis meses, pero Margaret decía que valía cada día, ya que estaba divirtiéndose como nunca con la estúpida de Helena. —Esta vez el hombre se atrevió a levantar la vista para gozar la cruel verdad en el rostro del catrín. Desde que Margaret le había mostrado una fotografía de él, lo odió. El empresario tenía todo lo que él deseaba: presencia, éxito, fortuna y hasta el amor de la mujer que le gustaba a rabiarse y el de la guapa y tonta hermanita.

Alonso no podía creer en tanta maldad guardada en el alma de Margaret y de la cual él nunca se dio cuenta. Ahora entendía el capricho de su difunta esposa de casarse y vivir en un país con leyes y costumbres tan arcaicas. Lo que Alonso escuchaba era como la historia de un drama de película, donde le tocó a él vivir el papel del perdedor.

—¿Y por qué no solo pidió el divorcio y se dejó de tanto enredo? —tuvo que preguntar.

—Porque el dinero no sería suficiente; lo quería todo para la clase de vida que pensaba darse. El sueño de Margaret era usar su fortuna en viajes, joyas y fiestas con gente rica y de la nobleza para engatusar a otro millonario incauto que le incrementara sus bienes, así podría desplumarlo también e ir por otro; claro está, sin los estorbosos niños, que metería en un colegio de internos hasta que usted los reclamara o hasta que se hicieran hombres.

Rodolfo se encargaría de que lamentara haberlo forzado a contarle toda la historia. Ya lo estaba disfrutando al ver como apretaba los puños y rechinaba los dientes.

—Continúa —ordenó Alonso obligándose a tragar gordo para poder hablar.

—Margaret solía decir que, cuando usted saliera de prisión, no la buscaría para tomar represalias en su contra porque no le quedaría ninguna duda de que la culpable de todos sus males era Helena.

—¿Sabes algo, Mendíz? No te creo nada. —Alonso estrelló los puños sobre la mesa; su mirada era la de un hombre capaz de todo.

—Aquí tengo pruebas de que lo que digo es verdad —dijo pálido como un fantasma. Se agachó de lado y, con la mano libre, cogió un maletín que tenía en el suelo. Luego de un intercambio de miradas con Ford, corrió el cierre y vació su contenido—. Estos son mensajes de su esposa, algunos escritos de su puño y letra —aclaró mientras los apartaba—. Estos otros son impresiones de los correos que me mandó cuando andaba en sus viajes. —Conservó todo porque presentía que algún día le servirían para algo.

Alonso tomó uno al azar y leyó en voz alta:

Rodolfo, te informo que no me encuentro en la ciudad; he venido con mis hijos a pasar la temporada de verano en la residencia de París. Tomaré unas merecidas vacaciones mientras la necia de mi hermanita cuida a los mocosos. La verdad, es agotador vivir con don correcto; me crispera que quiera más a mis hijos que a mí y que solo se divierta trabajando. En fin, te encargo seguir con el plan al pie de la letra, y nos vemos a mi regreso en un mes.

—¿Por qué se llevaba a los chicos con ella si le molestaban tanto? —El rostro de Alonso parecía una máscara sin expresión pero, para quien lo conocía, sabía que debajo de ella estaba un hombre a punto de explotar.

—Margot decía que algún día le sería de mucha utilidad que la patética de su hermanita prefiriera pasar sus vacaciones escolares con el par de chiquillos, en lugar de divertirse con jóvenes de su edad. Pero, como la chica es muy bonita, no le convenía que los cuidara en casa, junto a su marido; por eso, todos los veranos viajaba a algún lugar del mundo para que Helena estuviera con sus sobrinos, mientras ella se daba la gran vida lejos de ahí. Perdón, mientras iba a sus retiros espirituales —corrigió con veneno.

Alonso tenía unas ganas infinitas de aplastar el rostro del maldito sobre la mesa, pero se controlaría hasta que supiera toda la verdad.

—¿Cómo fue que Helena accedió a participar en esta fechoría? —preguntó sin verlo; su mirada estaba en cada papel, en cada fotografía que analizaba.

—¿No ha entendido usted, señor Rivadeneira? La señorita Nelson aceptó ayudar a su hermana a escapar del malvado, infiel y vicioso esposo que la maltrataba física y psicológicamente y que, además, la tenía amenazada con quitarle a los niños si lo denunciaba o escapaba de él. Margaret atormentaba por teléfono a su hermana cuando la veía dudar y, en una ocasión, se le presentó con marcas de golpes para despertar el odio hacia usted. —De pronto se perdió en el interior de su mente recreando aquellos momentos—. ¡Maldita loca! Me obligó a golpearla. La muy enferma me drogó para animarme; estaba furiosa porque decía que la niña buena se quería echar para atrás y,

para colmo, a los dos los empezó a ver interesados el uno en el otro —terminó con sonrisa odiosa. Envalentonado ante la vulnerabilidad del poderoso, se explayó en los detalles con saña; se sentía dueño de la situación.

No lo sabía, pero se estaba acercando a pasos agigantados al rincón de las trompadas.

—No entiendo. ¿No era esa era la idea? —preguntó aunque se le derramara la bilis.

—La posibilidad de que se enamoraran era un riesgo latente para el éxito del proyecto, así que Margaret obligó a su hermana a apresurar el desenlace final, aunque sospeché que también estaba celosa —agregó mirando con lujuria una foto de Helena donde estaba en traje de baño. Su cabello lo tenía como ahora, castaño y largo. Esta era una prueba de que a ella la vigilaba desde antes.

—¿Tú fuiste la persona que colocó la cámara en la habitación del hotel? —Alonso puso las manos sobre la mesa y acercó su rostro amenazante—. Ahora, que lo pienso, tú debes de haber sido el mesero que nos atendió en el hotel. Tuviste tiempo suficiente para montar la cámara de video y poner el somnífero en mi copa. —Rodolfo levantó el rostro y sonrió con burla—. ¡Maldito desgraciado! ¡Te voy a matar como al gusano que eres, infeliz! —rugió y se echó sobre la mesa para estrangularlo con sus propias manos—. Me voy a asegurar de que no sigas haciendo daño —gritó y estrelló su rostro sobre la dura cubierta.

Ford no pudo con él; abrió la puerta y pidió ayuda. En cuestión de segundos, entraron dos tipos gigantes que tomaron de los brazos a Alonso para sacarlo de la habitación.

El detective los acompañó para aplacarle los nervios. A Alonso le dio trabajo asimilar tanta maldad de parte de Margaret y tanta estupidez de su parte por no percatarse de ello. Había sido la víctima ideal que había creído en la pobre viuda madre de dos lindos niños... Otras víctimas de la maldad de la que había sido su esposa.

—¿Ya está más calmado? —Ford le palmeó el hombro solidario.

—Sí, gracias.

—Sé que es terrible darse cuenta de que nunca supo con quién estuvo casado; yo lo viví, por eso decidí convertirme en detective y ayudar en lo posible a personas en mi misma situación.

—¿Qué le pasó? —pregunto más por atención que por curiosidad.

El hombre, además de detective, resultó psicólogo, pues logró el interés absoluto de Alonso; esto le permitió recuperar el control de sus emociones y concluir con la entrevista.

—Mendíz, no te pediré disculpas, ya que te mereces, por lo menos, que te mande a la cárcel. —En cuanto vio la reacción del malandrín, levantó su mano para contenerlo—. No lo haré porque soy hombre de palabra. Solo hay algo que te quiero prometer antes de irme. —Hizo una pausa para cerciorarse de que estuviera bien atento a sus palabras—. Lo que no pude terminar hoy, aquí, te juro que lo haré en cualquier lugar y en cualquier momento si te vuelves a acercar a mí o a alguien de mi familia; entonces, no existirá palabra ni hombre que me detenga para hacerlo.

Se acercó de nuevo a la mesa y, con sonrisa amarga, observó el brinco desaforado del maltrecho hombre; recogió todos los documentos desparramados y los apuñó para con ellos señalar al gusano, que no se perdía detalle de sus movimientos con el ojo bueno.

—Esto me lo llevo, que he pagado una fortuna por ellos. —Acto seguido, abandonó la habitación con paso firme para obligarse a no dar la media vuelta y acabar con la mala hierba.

¿Y ahora qué? Era la pregunta que se hacía en la soledad del avión, en su viaje de regreso a casa. Si lo hubiera acompañado Alberto, hubiera podido desahogarse con él. Le hacía mucha falta.

Helena... Ahora, que sabía que ella era una buena mujer, más le dolía haberlos separado. Alberto se merecía a una chica como ella, y ella se lo merecía a él.

Capítulo 35

—No llores, Ciel, ¿o eres Bleu? ¡Dios! Qué niñas tan parecidas... No logro distinguirlas — Aníbal habló con frustración; para colmo, estaban vestidas igual.

—Esta preciosidad es Bleu y esta otra es Ciel. —Susan tenía el don de reconocerlas hasta de espaldas—. ¿No se te hace tarde para recoger a Alba y a Nathan al aeropuerto?

—Tienes mucha razón —dijo con alivio. Escuchar a dos bebés llorar al mismo tiempo no era lo suyo.

—Te pido por favor que no te entretengas de regreso; sé que amas tu tierra, pero no es el momento de fungir como guía de turistas. Recuerda que apenas estamos a tiempo para el bautizo de las gemelas —insistió en tanto lo empujaba a la puerta.

Susan, con siete meses de embarazo, era una esposa amante y exigente, que marcaba el paso del parsimonioso marido que le había tocado en suerte tener.

—No te preocupes, amor; estaremos aquí justo a tiempo. —Con un beso lanzado por los aires, por fin terminó por salir al encuentro de los recién casados, que serían los padrinos de una de la gemelas.

Tres meses hubo de permanecer Helena en Chascomús para hacer coincidir a los padrinos que bautizarían a sus preciosas gemelas. Mientras tanto, Diego e Ian se encontraban en su primer campamento de verano, a las afueras de la ciudad de San Francisco.

—Y ese suspiro, querida, ¿a qué se debió?

—Recordaba a mis amores; daría lo que fuera por que ellos estuvieran ahora conmigo.

—¿Incluyendo al papá de las nenas?

—Ese es un sueño impensable para mí; me consuelo sabiendo que está bien.

—Tal vez deberías de insistir en que es el padre de tus hijas...

—No puedo, Susy; tendría que creer en mí primero, y eso no va a suceder nunca —dijo con pesar, sin dejar de admirar el rostro sereno de sus pequeñas, que dormían su siesta.

El parecido con Alonso era tan asombroso que sería imposible olvidarlo algún día.

—Me parte el corazón verte así, Helena; no te lo mereces. —Solidaria, Susan estaba junto a la llorosa madre, abrazándola por los hombros.

—Ya son dos años de sufrir y penar por mi estúpido error; hice hasta donde pude por corregirlo y no lo conseguí. Ahora haré borrón y cuenta nueva por mis hijas. Ni siquiera rezaré más por que suceda el milagro de volver a ver a mis sobrinos; sé que ellos están bien, y eso es suficiente para mí. De ahora en adelante, encaminaré todas mis energías en criar a estas bellezas y, cuando sean mayores, volveré a mi segunda pasión, que es la enfermería —afirmó con renovadas fuerzas.

—Bien dicho, amiga. Quiero que sepas que te admiro y me duele mucho que te vayas de aquí; pero prepárate porque, en cuanto llegue este bebé —dijo mientras se rodeaba el vientre con sus manos—, Aníbal, Fernandito y yo iremos a visitarte a tu nuevo-viejo hogar.

Por largo rato las mamás se entretuvieron con los últimos preparativos de la celebración bautismal, que se llevaría a cabo en la capilla de la estancia, por la tarde.

El sonido de voces conocidas anunció a Helena que los viajeros ya estaban ahí.

—¿Hay alguien en casa? —dijo Alba con una gran sonrisa—. Hay mucho silencio.... —expresó a media sala, con los hombres, que le seguían los pasos.

—Qué raro... —dijo Aníbal.

—¡Sorpresa! —Helena y Susan entraron en la sala recreando voces infantiles, con los rostros ocultos tras una gemela, cada una.

—¡Estas bebés son de Alonso! —declaró Nathan sin dudar, mientras señalaba a una y a otra con el dedo índice, pero su cara parecía decir que las niñas eran de color verde.

Alba solo atinó a sentarse con la boca abierta de par en par.

Lo que sorprendió a los recién llegados no era para menos; frente a ellos estaban un par de muñecas de piel nívea, abundante cabellera oscura y rizada, y preciosos ojos azul turquesa, idénticos a los de papá.

—Bienvenidos a Chascomús —anunció Helena un poco apenada—. Gracias por venir hasta acá a apadrinar a una de las gemelas. Ahora, que ya estamos completos, solo falta decidir a quién eligen. —Trataba de ser graciosa para borrar la fuerte impresión de sus amigos; temía que les diera «algo» si no ponía remedio pronto.

—¡Wow! Alonso tiene que saberlo. —Después de un fuerte parpadeo, Nathan por fin reaccionó.

—Él ya lo sabe o, más bien, lo supo en su momento, pero no lo creyó —aclaró Helena.

Había llegado la hora de hablar con sus amigos estadounidenses. Entregó a Bleu en brazos de Aníbal y este, junto con su esposa, que cargaba a Ciel, salieron al jardín para dejarlos a solas.

Como no había mucho tiempo, Helena dio su versión corta de los hechos.

—Helena, no sé qué decir... Solo espero que las gemelas no vayan a tener barba y bigote también. —Alba por fin había encontrado su voz.

—¿Barba y bigote? —Helena preguntó ceñuda mientras tomaba asiento frente a ellos.

—¡Oh, sí!, se me olvidaba. Es el nuevo estilo de Alonso, y se ve ¡divino! —Alba se cubrió la cara cuando escuchó a su marido carraspear.

Helena y Nathan se miraron brevemente y luego estallaron en sonoras carcajadas que secundó la sonrojada indiscreta. El momento fue liberador para todos.

—Hablando en serio, Helena, insisto en que debes decirle a Alonso. —Nathan no cambiaría de opinión.

—Alonso no me ama; para ser más exacta, me desprecia —pronunció con dificultad—. Yo prefiero que todo se quede como está. Las cosas forzadas no pueden salir bien. Créanme; tengo pruebas suficientes de lo que digo. —Volteó hacia la ventana, por donde alcanzó a ver las niñas—. Él por fin ha recuperado su vida, tiene a los niños y a una pareja con la que seguro pronto se casará. Definitivamente no seré yo quien cambie eso, aunque se me parta el corazón por saberlo con otra. Por cosas del destino, el mundo de Alonso y el mío coincidieron en el pasado; ahora cada quien tomó rumbos separados que nunca más se han de volver a cruzar.

Por fin llegó la hora del bautizo. Las gemelas ya estaban vestidas para la ocasión y parecían dos ángeles bajados del cielo. Alba y Nathan estaban con Bleu, y Susan y Aníbal tenían a Ciel.

Las nuevas cristianas se portaron a la altura de las circunstancias: permanecieron dormidas casi todo el evento y, cuando despertaron, fue solo para gorgoritear y sonreír a cuanto invitado se acercaba a ellas. Cuando todos se trasladaron al área común de los departamentos para el festejo, las niñas exigieron ser alimentadas, y la madre tuvo que ausentarse para cumplir con la apremiante obligación.

De vuelta a la fiesta, las gemelas se la llevaron de brazo en brazo, por lo que Helena se dedicó a agasajar a sus amigos y de paso se despidió de ellos; en una semana viajaría con sus hijas a su viejo hogar, donde forjaría un futuro lleno de amor y felicidad para las tres.

Capítulo 36

En la soledad de su habitación, Alonso reconstruía la velada recién pasada con Tania. Rotundo fracaso era el veredicto. Todo había cambiado con el regreso de Helena a su vida; ciertamente, en el pasado, se había prendado de ella pero, luego de haber probado las mieles de su cuerpo, nada la hacía olvidarla. La confirmación de la verdad que ella pregonó solo había venido a confundirlo más.

De pronto ya no le pareció tan buena idea haber mandado a todo el mundo de vacaciones, aprovechando la ausencia de los niños. En cualquier momento, sabiéndolo solo, Tania le propondría instalarse en casa para atenderlo veinticuatro horas al día; con eso de que ella solo cocinaba en su restaurante en fechas especiales, nada la ataba a un horario.

Tal vez había llegado el momento de dar una real oportunidad a la relación con la chef y pedirle que fuera su esposa; ya era hora de que rehiciera su vida y les diera un verdadero hogar a los niños.

Dentro de dos semanas, cuando Ian y Diego estuvieran de regreso, les hablaría de sus planes y le pediría matrimonio a Tania; esperaba buena respuesta de parte de ellos, partiendo de que se llevaban de maravilla con su novia. Otro aspecto positivo que lo motivaba a dar el paso era que los niños estaban sobrellevando bien la partida de la tía Lena.

Con toda la intención de ser coherente con sus decisiones, Alonso se adelantó a su novia y la invitó a que se fuera a dormir con él esos días, en vista de que ahora era un mal momento para tomar vacaciones, aunque un fin de semana en el yate no se oía tan mal.

La primera semana sin niños pasó relativamente rápido para Alonso; diario salía de casa rumbo a la oficina o a algún viaje de ida y vuelta, con la certeza de que a su regreso Tania lo esperaba con la mesa puesta, repleta de exquisiteces cocinadas por ella. Por la noche, después de nadar, ver alguna película o solamente hablar, mientras paseaban por el jardín, se acostaban y hacían el amor antes de dormir.

La pareja daba la impresión de ser un matrimonio de años, muy bien avenido; eso era lo que Alonso y los niños necesitaban en sus vidas.

La semana siguiente sería ligeramente distinta; a mediados Alba y Nathan volverían de su viaje,

y Tania les haría una cena de bienvenida.

El jueves por la noche, ya todo estaba listo en casa para el arribo de los recién casados, y Alonso y Tania, como los anfitriones perfectos, los esperaban al pie de la escalinata.

—Bienvenidos, señora y señor Dolovan —declaró Alonso contento de verlos.

Luego de los abrazos calurosos de bienvenida, las dos parejas pasaron a la sala para degustar bebidas y bocadillos.

Estaba por demás decir que la noche transcurrió de forma amena. Tania recibió muchos elogios por la deliciosa cena, y los novios no dejaron de hacer chistes y bromas de su luna de miel.

—Necesito hablar contigo en privado. —Nathan aprovechó el momento en que las chicas se disculparon para ir a la cocina por el postre.

—¿Pasa algo? —Alonso lo había visto venir; su amigo había mantenido una sonrisa forzada durante la mayor parte del tiempo.

—Sí —dijo rotundo. Un segundo después empezó un desfile de postres a la mesa.

La cena dejó a todos poco menos que fuera de combate. Alonso sugirió beber una copa para el desempacho, pero las mujeres prefirieron un café en el jardín.

—Y bien, ¿de qué se trata tanto misterio? —preguntó en son de broma, apenas entrar a su despacho.

—Estos documentos son una prueba de ADN que realicé a las gemelas de Helena sin que ella se enterara. —Nathan fue directo al grano.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Y por qué habría de interesarme a mí? —A pesar de su evidente enfado, tomó el sobre que le tendía.

—Alonso, en otras circunstancias no te hablaría de ella, pero es necesario que sepas que Alba y yo pasamos nuestra luna de miel en Argentina para asistir como padrinos al bautizo de Bleu, una de las gemelas; Aníbal y Susan, su esposa, apadrinaron a Ciel, la otra gemela. Son las hijas de Helena, y no me cabe ninguna duda de que también son tus hijas.

—¿Por qué ella lo afirma? —Alonso tenía el rostro crispado por la ira contenida.

—¡Porque son idénticas a ti! Mira, Alonso, entiendo tu sentir porque Helena valientemente ya nos confió su participación en el plan que te mandó a la cárcel, pero eso no te da derecho a negar el hecho inequívoco de que tú eres el padre de esas niñas. No la defiendo ni la disculpo pero, al solo ver a las niñas, te das cuenta de que son tuyas. Sé que, a sus tres meses, todavía son susceptibles de cambios, pero sus rizos negros, su piel blanca y sus impresionantes ojos azules, idénticos a los tuyos, no cambiarán.

—Por más que lo digas, las cuentas no me salen. —Alonso tenía dirigida toda la furia de su mirada a su amigo, como si él fuera la causa de sus males.

—Tal vez se deba a que las niñas fueron ochomesinas; el parto se adelantó porque se presentaron complicaciones. A pesar de eso, nacieron con buen peso y talla y solo estuvieron horas en incubadora.

El turbado hombre se quedó en el estudio, hasta llegada la media noche, bebiendo el remedio que por meses fuera su tónico para poder dormir sin evocar la traición. Impactado con la reciente noticia, no dejaba de repasar el momento en que la misma Helena le había dado la noticia de su paternidad. Él no podía tener hijos; un médico especialista en fertilidad se lo había asegurado luego de haberle realizado cuanto examen existe en la actualidad. Sin embargo, desde que había sabido que la chica esperaba gemelas, una coincidencia importante con su propia historia le robaba la paz. Ciertamente era hijo único, pero había tenido un hermano gemelo que había muerto al mes de nacido por complicaciones respiratorias.

—Buenos días, Nathan, ¿puedes hablar ahora? —Alonso apenas pudo esperar a que fueran horas hábiles, a la mañana siguiente, para buscar a su amigo en el consultorio.

—¿Sucede algo? —preguntó preocupado. Anoche lo había dejado mal.

—Solo necesito el teléfono de Helena —respondió con impaciencia.

—Lo siento. En este momento no hay manera de localizarla; se encuentra viajando a su nuevo hogar. Ella quedó en reportarse cuando esté bien instalada. Ahora, que lo pienso, Alba y yo nunca nos enteramos de a dónde iba; supongo que ese dato lo conocen Aníbal y su esposa.

—¿Cómo que se fue de Chascomús? ¿Pasó algo que la obligó a irse? —Durante la llamada, Alonso había permanecido sentado ante su escritorio; al escuchar la noticia, se puso de pie y empezó a deambular por la habitación como fiera enjaulada.

—¿Te refieres a algo así como lo que sucedió aquí? —Nathan apreciaba y respetaba a Alonso, pero seguía pensando que se había portado como un canalla con ella—. Helena solo decidió iniciar una vida nueva en otro lugar.

—Entiendo. Gracias y disculpa la molestia.

—No fue ninguna. Cuídate. —Nathan daba gracias a Dios por no estar en los zapatos de Alonso; debía de sentirse terrible con tan complicada situación.

«Tal vez sea mejor así», pensó Alonso en voz alta y miró el sobre que le había entregado su amigo el día anterior. Nathan tenía razón, y más valía que saliera de dudas de una vez por todas.

Capítulo 37

—**H**ola, Betty.

—¡Helena...! Cómo me has tenido olvidada, mala amiga —reclamó sentida.

—Perdóname, ¿quieres? Estas últimas semanas he estado muy atareada.

—¡Qué buena señal! Te escucho como si estuvieras aquí.

—¡Estoy aquí! He vuelto y tengo muchas ganas de verte y de presentarte a unas amiguitas —dijo con risa contenida.

—¡Qué gran noticia! —Helena se tuvo que alejar el aparato de la oreja para que los gritos de Betty no le reventaran el tímpano—. Hoy salgo a las seis; ¿dónde quieres que nos veamos?

—No me lo vas a creer; estoy en mi antigua casa —comentó feliz. Había sido un verdadero milagro que la tuvieran en venta cuando se puso a investigar dónde vivir.

—Felicidades, amiga. Yo llevo el vino para celebrar. Tengo mucho que contarte, y llegaste justo a tiempo para un gran acontecimiento. —Ahora era Beatriz la que se mostraba sospechosamente divertida.

—No se diga más. Hoy a las siete, ¿te parece bien?

Helena todavía sonreía mientras preparaba la cena para recibir a Beatriz Soto, su compañera de viaje y de departamento desde que habían iniciado los estudios preparatorios.

Tiempo después...

—¡Tía! ¡Pero si estas más guapa que nunca! —expresó Betty con tremendo abrazo que hizo toser a Helena—. Con razón no querías volver. ¡Qué bien te han tratado por...! ¿Qué fue eso? ¿Desde cuándo usas televisor? —Helena se dirigió a la alcoba sin responder, y Betty le puso cola.

—Te presento a Ciel y a Bleu, las amiguitas de las que te hablé. —Helena se situó orgullosa en medio de las dos minicunas. En cuanto las niñas la sintieron, empezaron a despertar.

—¡Por favor! Dime que te las regalaron o que te las encontraste tiradas —preguntó con los ojos como platos.

—¡Qué bárbara! ¡Claro que no! Son mías, solamente mías... —De pronto el rostro feliz de Helena se convirtió en tristeza con algo de melancolía.

—¡Qué niñas tan hermosas! Parecen ángeles que se tragaron el cielo y se les está desbordando

por los ojos.

Una vez que las gemelas estuvieron alimentadas y aseadas, salieron a la terraza a degustar la cena que Helena había preparado para la ocasión.

—¡Oye, maja, que estos flamenquines te han quedado de rechupete!

—Gracias, no estaba tan segura de cocinar; prácticamente no lo hacía desde que salí de aquí. El postre sí te lo debo, amiga; esas pequeñas no me dejan mucho tiempo libre.

—Como si pudiera comer más... —Betty mostró su aumentado abdomen por la engullida reciente—. Helena, ahora, que las crías están dormiditas y que tú y yo, bien comidas, ha llegado el momento de que me cuentes qué está pasando en tu vida.

Helena inició su narración desde que Margaret la había llamado aquella mañana de verano, casi tres años atrás. En su momento, no había podido contarle de la supuesta situación porque, en primer lugar, su hermana no se lo permitió y, en segundo, por lo que su amiga pensaba de ella. Cuando la invitaba a vacacionar con los niños, siempre le decía que era una hipócrita y manipuladora que solo la buscaba por conveniencia y para fastidiarle la vida. Y pensar que nunca le creyó...

—¡Joder! Si no fuera porque te conozco, pediría que me dieras el nombre del escritor que estás leyendo, porque esta historia está de película. Aunque viniendo de tu perversa... ¡perdón!, de tu hermana, todo es posible. ¡Necesito un trago! —dijo mientras iba a rellenarse la copa.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó de regreso.

—Ya lo hice —respondió con la mirada más triste del planeta—. Establecerme en Montemayor, criar a mis hijas aquí y volver a circular en el mundo de la salud más adelante.

—Cuentas conmigo para lo que necesites. ¿Dices que quieres volver al trabajo?

—No pido tanto como volver al hospital, pero sí buscaré empleo en alguna clínica, en Córdoba, por supuesto.

—Amiga, si no te importa lidiar con don Polillas, habrá una vacante en dos meses; por fin se va a retirar Evita.

—¿Tú crees que el doctor Alcalá quiera recibirme?

—De mi cuenta corre que el viejillo te contrate de nuevo. Es que todavía no te sabes la última —expresó con ojos más brillantes que la piedra que adornaba su dedo—. Me caso en seis meses con Miguel Ángel Alcalá júnior.

—¡Felicidades, Betty! —Se puso de pie para abrazarla, pero su amiga empezó a brincar en círculos en vista de que no podía gritar—. Tu amor imposible se hizo realidad. ¡Qué gusto siento por ti, amiga! Miguel es un excelente tipo, y tengo la certeza de que te hará muy feliz.

—Y yo a él, amiga... Y yo a él. —Por un breve instante, Beatriz se perdió en sus ensueños, que seguro involucraban al causante de su dicha actual.

Las amigas podrían haber hablado por cuatro horas más sin parar, pero ciertas personitas decidieron que ya habían tenido suficiente de cotilleo por el día de hoy.

—¡Qué niñas tan tragonas! Lo sé, «el burro hablando de orejas» —convino con el tercer plato

de flamenquines entre las manos.

La vida con Betty siempre era más fácil; Helena estaba feliz de estar de vuelta en su rincón especial, donde siempre había sido dichosa y donde se esforzaría al máximo por seguir siéndolo, especialmente por esos angelitos, que ahora eran toda su razón de vivir.

Capítulo 38

—Y bien, doctor Wilson, ¿qué encontró? —La paciencia no era una de sus virtudes, y una semana de espera era más de lo que podía soportar.

—Que no hay hombre en el mundo más fértil que usted, Alonso —festejó el galeno, mostrando sus dientes falsos, mientras lo veía ponerse de pie—. Si alguna vez tuvo problemas que indicaran lo contrario, esto se debió a un padecimiento pasajero o a un error de laboratorio —declaró con la seguridad que dan los años de experiencia.

—¿Y la prueba de paternidad? —lo apresuró.

—El resultado es positivo —leyó en el documento que extrajo de un sobre debidamente sellado.

—¿Y eso qué significa? —insistió hasta que no le quedaran dudas.

—Que usted es el padre de las niñas. Esta prueba tiene un noventa y nueve por ciento de efectividad, así que podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que las gemelas son sus hijas. ¿Se siente bien? —Con la rapidez que le permitió su viejo cuerpo, rodeó el escritorio para acercarse a su cliente—. ¡Siéntese! —ordenó mientras lo jalaba hacia abajo de un brazo; entonces llamó a su asistente por el interfono.

—Revise la presión del señor Rivadeneira —indicó al tiempo que le checaba el pulso, sin dejar de observar su rostro pálido.

Luego de confirmar que la traía baja, el galeno pidió agua y sacó un medicamento de su dispensario. Ante su renuencia obligó a Alonso a que se la tomara.

—Estoy bien, doctor; solo ha sido la impresión —aseguró. Se bajó la manga, se abrochó el puño para finalmente colgarse la chaqueta de su fino traje con ayuda de la enfermera.

Una semana necesitó Alonso para asimilar los últimos acontecimientos en su vida: desde la estadía de Helena en casa hasta la noticia de que él era el padre de sus hijas. Ahora sabía bien lo que debía de hacer, solo necesitaba un cómplice.

—Doctor Dolovan, en la sala de espera, se encuentra el señor Alonso Rivadeneira.

—Hazlo pasar, por favor —indicó sin sorprenderse. Sabía que había sembrado la duda en tierra fértil; Alonso era un buen hombre.

—¡Necesito tu ayuda, ahora! —declaró apenas cruzar el umbral.

—¿Le pasa algo a los niños? —Nathan enderezó la espalda con rostro preocupado.

—No, pero tienes que hacer creer a Helena que sí. —Con las manos apoyadas en el escritorio, el médico fijó la vista en su mirada desequilibrada, o tal vez era la naturaleza de la petición lo inadmisible.

—¿Por qué?

—Porque de otra manera no accederá a regresar.

—¿Por qué quieres que venga?

—Para que podamos enmendar los errores del pasado y para hacerme cargo de mis hijas.

—Sentémonos un momento, Alonso —invitó—. ¡Por favor! —insistió ante su renuencia—. Sospecho que esta conversación nos tomará un buen rato. ¿Así que decidiste hacerme caso? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Hace una semana. Mira, Nathan, si me presento frente a Helena así como así, me mandará al diablo en dos segundos; por eso necesito hacerla venir acá. Solo por los niños lo haré.

—Pero decirle una mentira sobre la salud de ellos no me parece justo y menos me agrada ser yo quien lo haga; además, no lo creerá porque ella sabe por mí que los niños están mejor que nunca.

—Lo sé. Mañana, cuando los niños estén en el colegio, me llevaré a la oficina su portátil para que el técnico siembre un virus; así perderán contacto con Helena. Luego de una semana, tú la llamarás y le dirás que debe venir. Es posible que Helena hable a casa para saber de ellos, y Alba confirmará tu diagnóstico.

Nathan estaba evaluando la situación, ya que no le terminaba de convencer el método aunque, conociendo a Helena, Alonso tenía razón; era una joven cabeza dura que no aceptaría la mano de su amigo, ni aun si se la estuviera tragando la arena movediza.

—Esta petición me da el derecho de preguntarte cuáles son tus sentimientos hacia Helena —expuso sin clemencia.

—Si eso me lo hubieras preguntado hace tres años, te hubiera respondido que ella me traía loco. Ahora no sé lo que siento; mi única intención es resarcir el daño casándome con ella para formar una familia con los niños y las gemelas.

—¿Has pensado que ella no quiera eso y te rechace?

—Sí. —Se guardó para él el recuerdo de su confesión de amor—. Pero tengo a mi favor que, como mujer responsable que es, pensará primero en los niños y lo que a ellos les conviene; ya dependerá de mí lo que sigue.

—¿Y si dejaras las cosas como están? Tú ya tienes tu vida hecha aquí, y ella empieza en otro lugar. —Nicolás probaba a Alonso, se lo debía a Helena.

—Jamás podría vivir tranquilo sabiendo que, en alguna parte del mundo, hay dos hijas mías y una madre criándolas sola. También espero que algún día Helena pueda perdonarme y que yo pueda perdonarme mi estúpido proceder.

Solo eso necesitó escuchar para convencerse de ayudar a su amigo; además, sospechaba que ni

el mismo Alonso sabía que tenía más de cuatro razones para querer estar con Helena.

—Está bien, haré lo que me pides, pero con Alba no cuentes; ella no se prestará. Tendrás que pedirle ayuda a Lucy, y que Dios nos ayude —concluyó.

Qué bien conocía Alonso a Helena; justo a los siete días de intentar conexión con los niños, marcó a su consultorio toda angustiada.

—Siento no haberte avisado antes, pero estaba esperando el resultado de sus estudios para poder hacer un diagnóstico definitivo. —Nicolás sentía que le ardía la cara de vergüenza por su fechoría, pero Dios sabía que lo hacía por una buena causa.

—¿Qué tienen? ¿Es grave? —preguntó muy alterada. Hasta se tuvo que sentar porque sintió que le faltaban las fuerzas.

—Aún no lo sé. Es posible que sea una reca...

—¿Por qué? ¿Ha sucedido algo grave?

—No, que yo sepa, pero sería bueno que vinieras.

—Me estás asustando...

—Es posible que sea algo pasajero. Solo supuse que te gustaría estar cerca de ellos para atenderlos.

—Y no te equivocas, pero tú sabes que no puedo estar ahí sin invitación de Alonso.

—Alonso no te ha hablado porque no sabe cómo localizarte, pero me confesó que sería maravilloso que estuvieras aquí.

—¿Estás hablando en serio? ¿El té lo dijo?

—Nunca te mentaría con eso... —Le dio paz saber que, de alguna manera, era cierto.

—No puedo estar con mis hijas en la misma casa que Alonso.

—Te entiendo. Te ofrezco la mía. Alba estará feliz.

—Te tomaré la palabra, pero solo si es una visita corta; si tengo que quedarme algunos días, alquilaré un departamento amueblado para las niñas y para mí.

—Que sea como tú quieras. ¿Cuándo puedes estar aquí?

—A más tardar en dos días. Nathan, por favor, mantenme informada de la salud de los niños mientras tanto. Anota mi número de teléfono para que me llames, Dios no lo quiera, si las cosas empeoran. —Su voz temblaba y Dolovan se sintió un miserable por preocuparla así.

No colgó el auricular; de inmediato marcó a Alonso para ponerlo en antecedentes, como si eso ayudara a que el trámite fuera más rápido.

—Gracias, amigo, te aseguro que todo saldrá bien.

—Solo te pido que no dejes desprotegida a Alba luego que Helena me asesine —dijo con negro humor.

—Cuenta con eso —dijo con una media sonrisa.

—¡Ah!, casi se me olvida: Helena y las niñas se quedarán en casa.

Para Alonso era claro el porqué. Como fuera, el gran paso ya estaba dado; ahora esperaba que todo saliera bien porque no había plan B.

Capítulo 39

Dos días después...

Luego de los sentidos abrazos de bienvenida y de que las gemelas circularan entre todos los reunidos en el aeropuerto —los jovencitos, hijos de Alba, se ofrecieron a acompañarlos por si necesitaban ayuda; nadie sabía que Helena arribaría con Teresa, la sobrina de Betty—, llegaron las preguntas obligadas:

—¿Cómo están Ian y Diego? —Helena tenía grandes ojeras que delataban su estado de ansiedad.

Nathan regresó a Bleu con su esposa y pasó un brazo por sus hombros para apartarla un poco del bullicio.

—Los niños están bien. Te propongo que vayamos a casa para que se instalen y podamos irnos a verlos de inmediato.

—De acuerdo —accedió con ojos lánguidos.

Una vez que las bebés se encontraron comidas, bañadas y listas para dormir, Helena y Nathan salieron rumbo a la residencia de Alonso, acompañados de los últimos rayos del sol. Por el trayecto la afligida tía no dejó de hacer preguntas, lo que hizo el camino eterno al psicoanalista.

En el acceso principal, los esperaba el centenario John que, después de darles la bienvenida, los condujo a la salita de estar, que tantos recuerdos le traía a Helena. Casi al instante de marcharse el mayordomo, se escucharon los fuertes pasos de Alonso por el pasillo; Helena estaba que se moría de los nervios, para variar, así que optó por alejarse lo más que pudo de la puerta, para que Nathan fungiera como su escudo protector.

—Bienvenidos —saludó—. Amigo, gracias por traer a Helena. Te veo mañana. —A pesar de la seriedad de la ocasión, Alonso dibujó una sonrisa cuando escuchó su suspiro de alivio; sabía de antemano que él no quería estar presente en la conversación que sostendría con la chica.

—Preferiría que se quedara, aún tengo muchas preguntas por hacer. —Helena salió de su escondite para protestar. De inmediato sintió como se le debilitaban las rodillas al verlo envuelto en esa fuerza que le daba su nuevo estilo y una apariencia siempre impecable.

—Yo responderé a todas tus dudas, Helena. Nathan tiene cosas que hacer. —Para que no le

quedara duda de que sus deseos eran ley, acompañó al amigo a la puerta de salida.

—Ponte cómoda, por favor. —Antes de sentarse él preguntó—: ¿Te puedo ofrecer algo de beber?

—Lo mismo que tú, gracias. —«Beberemos *whisky*, como en los viejos tiempos», recordó con tristeza.

Luego de entregarle su vaso, Alonso se sentó junto a ella para poder admirar su rostro muy de cerca; la maternidad había embellecido su —ya por demás— bonito rostro, y su figura estaba llena de curvas, lo que volvía más tentadora su presencia.

—Alonso, háblame de los niños, por favor; ya no soporto esta espera —declaró con las yemas de los dedos blancas sobre el cristal.

—Los niños están bien; ahora se encuentran pasando la noche en casa de Alberto, con sus sobrinos. —Alonso se terminó de un trago su bebida y dejó el vaso en la mesita cercana para tomar la mano libre de Helena.

—Pensé que estarían guardando reposo en su habitación, no entiendo. —Incómoda, trató de rescatar sus dedos aprisionados.

—Nunca estuvieron enfermos —confesó con la mirada azul sobre la ámbar—. Le pedí a Nathan que te mintiera para hacerte venir. —Alonso fue testigo de los cambios de humor en el expresivo rostro; desde la incredulidad a la sorpresa y, finalmente, a la indignación.

—Esto tiene que ser una broma —dijo de pie sin apartar sus ojos acusadores.

—Helena, no me preguntes ahora cómo, pero estoy enterado de que nunca me mentiste referente a las niñas y a Margaret. Era necesario que habláramos; por eso utilicé lo de los chicos. De otra manera no hubieras venido, y tampoco me hubieras permitido acercarme a ustedes —declaró pidiendo perdón con la mirada.

—¿Cómo te atreves a hacerme esto, Alonso? He estado muy angustiada por los niños; con eso no se juega, ¡maldita sea! ¡No puedo creer que Nathan se haya prestado para ayudarte con esa vil mentira! —Helena hablaba adolorida y, a la vez, furiosa. De un golpe se empujó el resto de la bebida, la necesitaba.

—¡Perdóname, Helena! Te pido perdón por esto y por todo lo que te he lastimado en el pasado. —La tenía sujeta de los hombros, para que no se le escapara, mientras le abría su corazón como nunca lo había hecho con persona alguna. Ante su asombro, puso una rodilla en el piso, extrajo una caja de terciopelo del interior de su chaqueta y levantó la mirada brillante hacia ella—. ¿Quieres casarte conmigo?

Helena miró el anillo de compromiso como si fuera a picarle, caminó dos pasos hacia atrás y, luego, se dio la media vuelta para alejarse.

—¿Por qué haces todo esto, Alonso? ¿Para calmar tu conciencia? —Tenía que oírlo de sus labios.

—Es lo que corresponde. —Sus ojos no perdían detalle del rostro de Helena; de manera que no pasó desapercibido su fugaz gesto de dolor—. También tengo la certeza de que haremos un

excelente equipo para educar a nuestros hijos; no olvido que alguna vez tú y yo fuimos buenos amigos, y pienso que podemos volver a intentarlo.

Helena tenía a un paso la posibilidad de hacer su sueño realidad y vivir al lado del hombre al que amaba y de sus adorados sobrinos, y el hecho de poder ofrecerles a sus nenas la familia que se merecían era otro gran motivo para aceptar. Pero ¿podría conformarse con todo eso a cambio del amor del hombre?

—¿Crees que los hijos y nuestra amistad son razones suficientes para casarnos?

—Estoy convencido de que por ellos vale la pena intentarlo —expuso su carta; faltaba que ella mostrara las suyas para ver quién ganaba la jugada—. Por favor, piénsalo y dame tu respuesta más tarde. —Necesitaba perderse en la miel de sus ojos; sujetó su barbilla para evitar que lo rehuyera.

Helena había esquivado con éxito la penetrante mirada azul, hasta que Alonso consiguió atraparla sin mayor esfuerzo. Su voluntad no podía con tanto amor y deseo reprimidos; su corazón pedía a gritos que la quisiera y su cuerpo, que la poseyera con pasión. Si esto que sentía ahora era una muestra, su vida sería un adorable martirio que le consumiría hasta el último aliento.

—Necesito un taxi. Las niñas me esperan. —Sacando fuerzas de flaqueza, Helena puso distancia de nuevo.

—¿Puedo llevarte yo? Me gustaría conocer a mis hijas —pidió con humildad.

—Mañana volveré con ellas para ver a los niños y para darte una repuesta. Ahora, si me disculpas, debo marcharme.

—Elías te llevará —declaró y la guio a la salida—. Hasta mañana, Helena —dijo en la escalinata, luego de girar instrucciones para que la llevaran a su destino y la recogieran al día siguiente, a primera hora de la mañana. Tenía planeado un desayuno en familia.

Por buen rato se quedó observando el rechazado anillo de compromiso, con la certeza de que no sería por mucho tiempo.

Helena no se pudo negar al arreglo final, sabía que Alonso estaba controlando las ansias de gobernar su mundo y no quería presionar demasiado; por otro lado, se quedó sin fuerzas para nada que no fuera derretirse de la emoción de escuchar «mis hijas» de sus labios.

Antes de que Helena llegara a su destino, llamó a Nathan para ponerlo sobre aviso.

—¿Cómo nos fue? —pregunto el médico de inmediato.

—Se la tomó bastante bien, pero prepárate para una buena regañada.

—Me imaginé que de esa no me salvaría.

—Le he pedido que se case conmigo.

—¿Aceptó?

—Su respuesta me la dará mañana; espero buenas noticias. Vendrá temprano y traerá a las niñas.

—¡Suerte, amigo! Debo colgarte para buscar un agujero donde esconderme.

Capítulo 40

Helena llegó a su cita con las gemelas vestidas con preciosos vestidos de olanes en tonos azules; Teresa cargaba a una y ella, a la otra. Desde la ventanilla del auto, con el corazón oprimido, alcanzó a ver a Alonso y a un niño de cada mano aguardando por ellas en la escalinata.

En cuanto Elías estacionó el Mercedes, los niños corrieron para abrir la portezuela trasera.

—¡Tía Lena! ¡Tía Lena! —Gritaban, brincaban y aplaudían sin cesar.

—Disculpen, niños, vengo por esa preciosidad —dijo Lucy, que apareció de la nada, abriéndose campo, para que la madre le entregara a Ciel. Ella se lo agradeció con una mirada elocuente.

—Mis amores, ¡cómo han crecido! ¡Y están más guapos que nunca! —Con las manos libres, Helena atrapó a los dos chiquillos, que se le lanzaron encima y casi consiguen derribarla—. ¡Wow! También están muchos más fuertes. —Los elogió sin poder contener las lágrimas. Los niños se veían rebosantes de salud y felicidad.

A distancia Alonso observaba paciente la escena, esperando el momento de conocer a sus hijas.

—¡Niña Helena! ¡Qué gusto verte de nuevo! —dijo Lucy cuando los niños dieron una tregua.

—Lucy, baja a mi prima, por favor; la quiero conocer. —Diego, impaciente, tiraba de la falda del ama de llaves.

—Señorita, tú también baja a la otra prima para poder mirarla. —Ian, como siempre, no se quedaba atrás.

—Vayamos adentro; está un poco frío para las gemelas. —Alonso puso orden porque las bebés empezaron a inquietarse.

Como siempre que el jefe de la casa daba una orden, todos obedecían sin chistar; hasta las niñas dejaron de lloriquear.

Instalados en la sala, Teresa se encargó de acomodar a las gemelas en sus carritos portabebés, para que quedaran al alcance de cualquiera que quisiera conocerlas.

—Familia —dijo Helena refiriéndose a todos, incluyendo la servidumbre—. Les presento a Bleu y a Ciel. —Cuando mencionó sus nombres, las señaló con la mano, aunque no iba a servir de mucho porque se requería de semanas de verlas de diario para distinguir las.

—Mira eso, Diego; las primas son idénticas. —Ian no cabía en sí del asombro—. Tía, ¿cómo sabes cuál es cuál?

—Creo que es cuestión de tiempo para que puedan encontrar las diferencias entre ambas. — Miraba enternecida las caritas risueñas de las niñas, felices de tener tanto público.

—Papá Alonso, ¡no se vale que no nos dijeras que tú también eres el papá de las primas! — reclamó Diego con gesto de enojo.

—¿Y quién te ha dicho eso? —Alonso, por fin, se atrevió a acercarse a las niñas mientras preguntaba curioso.

—¡Ay, papá! Soy un niño, no un tonto; mis primas son como tú, pero pequeñas y con vestido — explico gráficamente dejando un espacio reducido entre sus manitas.

—¿O sea que les va a salir barba y bigote como a papá? —Ian tenía expresión de terror en su carita.

Fue inevitable que todos terminaran riendo con sus ocurrencias.

—¡Ay, Ian! Sigues siendo un nene.

—Claro que no, Diego; ahora las primitas son las nenas de la casa. ¿Verdad que sí, papá?

Alonso no los escuchaba, se encontraba hipnotizado por las pequeñas criaturas, que le sonreían y le hablaban en su idioma como si supieran que él era su papá. Ciel se había apoderado de su dedo índice y Bleu hacía rato que tenía el otro dentro de su boca.

—Sí, amor, ellas son las nuevas bebés y tú ya eres grande —respondió Helena guardando la imagen en su cabeza.

Minutos después Lucy se llevó a los niños y a Teresa a comer galletas recién horneadas, a la cocina, para darle un poco de privacidad a la pareja.

—¿Quieres cargarlas? —ofreció Helena emocionada.

—No sé cómo hacerlo —respondió Alonso apenado.

—Yo te enseñaré. —Levantó primero a Ciel, que ya se estaba inquietando, y la colocó en brazos de su padre—. Sostén bien su cabecita.

Helena nunca pensó que presenciar el momento en que Alonso conociera a sus hijas iba a ser igual de increíble que cuando las enfermeras se las llevaron al cuarto recién nacidas. El rostro del padre se veía rebosante de felicidad y orgullo, como el del niño con el juguete más caro de la cuadra.

—¡Qué maravillosa creación son los hijos! Ellas son perfectas y hermosas y son mis hijas... En estos momentos me siento el hombre más afortunado del planeta. Gracias, Helena, eso te lo debo a ti.

Recién llegada a casa de Alonso, no sabía aún la respuesta que le daría; ahora, después de observar su reacción ante las niñas, no tendría corazón para separarlo de ellas. En ese momento quedó decidido que compartiría con él una y mil vidas por amor a los niños.

Por alrededor de media hora, los padres se pasaron admirando su creación y hablando de los adelantos y gracias de las gemelas, hasta que ellas decidieron que era hora de cambiar de tema.

—¿Siempre se ponen así?

—Casi siempre, por eso hay que estar preparados con un arsenal de biberones para atacar el hambre de estas tragonzuelas. —En cuanto los chillidos aumentaron de tono, Lucy, Teresa y los niños aparecieron en escena para llevarse a las gemelas a la habitación de sus primos. Ahí aguardaban sus cosas para darles de comer y dormir las.

A solas en la sala, Alonso tomó de las manos a Helena para invitarla a sentarse.

—¿Ya tienes una respuesta? —preguntó en cuanto se sentó a su lado.

—Sí, me casaré contigo. —Helena ya se encontraba perdida en el mar de sus ojos.

—Permíteme ponerte esto, por favor. —Sacó de nuevo la pequeña caja de terciopelo negro y le colocó el anillo, ajustado a la perfección.

—Es muy hermoso, gracias. —Alonso apreció que la fina joya lucía más en su dedo. El anillo estaba formado por tres aros de platino unidos por la parte inferior, pero por la superior estaban separados para contener un racimo de pequeños brillantes.

—Helena, me comprometo a esforzarme día a día para que seamos una familia feliz. —Acercó sus labios a los de ella y selló sus palabras con un suave beso.

Casi de inmediato la tempestad se despertó en la habitación; Helena entreabrió los labios y dejó pasar la húmeda lengua, que incitó a la suya a ejecutar una danza sensual.

Alonso recostó la cabeza de Helena en la curva de su brazo y la sedujo hasta que su sangre se volvió lava. Los dientes, casi lacerantes, aniquilaron el último vestigio de cordura en sus cerebros. Las manos, entonces, decidieron participar en el festín tomando todo a su paso a puños, precipitando los sentidos hasta que los jadeos y gemidos subieron a tonos alucinantes.

Los suaves toques en la puerta y la voz de Teresa a continuación provocaron una violenta separación de los cuerpos, aunque sus sentimientos seguían fusionados.

—Helena, ¿puedes venir un momento?

—Enseguida estoy contigo —respondió agitada mientras se recomponía la ropa sin poder mirar a Alonso a la cara.

—Pasa primero por el tocador para que te humedezcas el rostro; lo tienes irritado —le advirtió—. Lo siento; es mi culpa —dijo mientras se tocaba la bien recortada barba—. Mañana mismo me afeito —prometió con sonrisa coqueta.

—No te preocupes. —Apresurada se encaminó a la puerta para salir de la erótica escena.

—Alcázame en la biblioteca en cuanto puedas; debemos ultimar detalles para la boda. —Cuando en su cuerpo hubo desaparecido la evidencia de su excitación, se adelantó para hacer una llamada a Nathan y darle la primicia.

—Amigo, Helena aceptó ser mi esposa.

—Te felicito, Alonso; me sorprende lo bien que la conoces.

—Estaba seguro de que aceptaría; como te dije, su amor incondicional la vuelve una mujer predecible, y esa es una situación que, indudablemente, favorece mis planes.

A punto de tocar, Helena detuvo su puño cuando escuchó la desconsiderada publicación de

Alonso. Con quién hablaba era lo de menos; lo importante era lo que pensaba de ella. ¿Cómo era posible que hubiera caído tan fácil en las artimañas de Alonso? Ahora la iba a conocer realmente.

Capítulo 41

Helena empujó la puerta con tanta fuerza que esta se fue a estrellar contra el muro de forma estrepitosa. Alonso levantó el rostro y se preparó cuando la vio avanzar con la espada desenvainada.

—¿Por qué no me cuentas el resto de tus planes? —Estaba que escupía lumbre por la boca; los bellos ojos de miel irradiaban fuego como un volcán en erupción.

Alonso sumó dos más dos y la ecuación le dio: «Cuídate de lo que hables porque se puede malinterpretar».

—No hay más planes que los que ya hablamos —estableció, esperándola de pie, con las yemas de los dedos apoyadas sobre el escritorio.

—Eso no es lo que escuché y, como estamos muy a tiempo de «enderezar jorobados», he decidido que no habrá boda.

—Helena, escucha, estás malinterpretando las cosas...

—¡Mentira! Te burlas de mis sentimientos; eras mejor persona antes, que solo los despreciabas. —No le importaba mirarlo con dolor—. De suerte que te descubrí a tiempo. Ahora mismo nos vamos mis hijas y yo a casa de Nathan, y el miércoles nos regresamos a Montemayor. —Abochornada y herida en su amor de mujer, se enfrentó a Alonso.

—Tú y las niñas se quedan en esta casa a partir de ya —declaró y rodeó el escritorio—. Arreglaré todo para que nos casemos este lunes, y te comportarás como toda una señora de Rivadeneira para que nuestro matrimonio marche como debe de ser; si no, atente a las consecuencias. —Alonso la tenía sujeta por los brazos, mientras forcejeaba violenta para zafarse.

—¡Suéltame! ¡Me lastimas! —exigió con los dientes apretados.

—Y más será si no te tranquilizas. —La sometió por completo cuando sus brazos la cercaron—. Helena, créeme; no estoy jugando contigo. Soy sincero cuando te digo que quiero que formemos una bella familia. —Cuando sintió que dejaba de luchar, aflojó el amarre, respiró profundo y la miró con afabilidad.

—Normalmente no trato con personas en las que no confío —empezó rememorando sus mismas palabras de antaño— pero, por el bien de los niños, accederé a casarme contigo. Solo te aclaro que tú y yo no compartiremos cama; no se necesita la intimidad para formar un matrimonio basado en el respeto y el trabajo en equipo. —Palabras llenas de ironía cuando, apenas unos minutos

antes, parecía que se comerían a besos.

—¡*Touché!* —Dejó caer los brazos y dio un paso atrás—. Que sea como tú dices. Solo para aclarar las cosas, ¿estás dando tu autorización para que tenga mis desahogos en otras camas? — Aunque no la tocaba, su expresión corporal hablaba de peligro, un peligro que Helena decidió ignorar.

—Lo que aplica para ti aplica para mí —declaró obstinada.

—¡Ay, Helenita! ¿Qué será bueno hacer contigo? —De un solo manotazo, barrió los papeles que tenía sobre el escritorio para sentarla en él sin delicadezas. Se acomodó entre sus piernas, y sus manos iniciaron una suave caricia en los tersos muslos, por debajo de su falda—. Aquí solo hay de dos sopas, preciosa: o te retractas de tu estúpida decisión y tratamos de llevar la fiesta en paz, o te aguantas las ganas y ves cómo yo me las quito con otras.

—Yo veo una tercera opción, precioso. Ya te enterarás más adelante. —Se le nubló la razón no más de imaginarlo saltando de una cama a otra, regalando lo que a ella le pertenecía.

—¡Hazlo, Helena! Y ya veremos en qué para todo esto. —Furioso la tomó de las nalgas y la pegó a su entrepierna para mostrarle su poder. Su boca tomó con dureza los tiernos labios y, antes de bajar por su cuello y torturar la piel de sus hombros, le dio a probar su propia sangre.

—¡Suéltame! ¡Eres un bruto! —Peleó. No permitiría que su cuerpo mandara sobre su razón. Estaba claro que para Alonso ella solo le interesaba como la madre de sus hijos y para calentarle la cama, pero no estaba dispuesta a rebajarse al nivel de una cualquiera por unas migajas de atención—. ¡Te dije que me sueltes, Alonso!

—Y yo te digo que pararé cuando me dé la gana —declaró y la empujó hasta quedar recostada sobre su espalda. Con manos diestras sujetó el elástico de su ropa interior.

—¡No te atrevas! —gritó—. No es buen momento. Yo... ando en mis días. —Terminó con la cara roja como la grana y con los ojos apretados para que no descubriera su mentira.

—Te salvó la campana. Esperaré a la noche de bodas y, ¡por favor, Helena!, no se te ocurra desafiarme porque estoy a un palmo de ponerte sobre mis rodillas y darte una buena zurra. —La tomó de las manos para enderezarla y, luego, la sujetó de la cintura para ponerla de pie—. No empeores las cosas —le advirtió antes de salir directo a la ducha.

Helena también necesitaba un baño tranquilizador para sus nervios. ¿Qué locura era todo esto que estaba viviendo? Estaba a escasas horas de convertirse en la esposa de Alonso y madre de cuatro niños. Si eso era lo que más anhelaba en la vida, entonces, ¿por qué no se sentía desbordante de felicidad? Era mucho lo que Dios le mandaba, mucho más de lo que alguna vez había pedido, así que daría gracias eternamente por eso y se esforzaría por hacerlo mejor; aunque no transigiría en llevar vida íntima con Alonso, porque presentía que eso terminaría por marchitar su espíritu y pudrir su corazón.

Cuando Helena salió de la ducha de su antigua habitación, se encontró con todo su equipaje y el de

las niñas. ¡Qué rápido trabajaba su prometido! Por lo menos tendría ropa linda que ponerse.

Se tomó su tiempo para arreglarse para la cena, a sabiendas que las niñas estaban muy bien cuidadas; se puso el vestido más bonito que llevaba y se aplicó maquillaje con mucho cuidado, sobre todo en el cuello y los hombros, donde persistían las marcas que le había dejado la apasionada furia de Alonso.

«Este nunca deja de sorprenderme», pensó cuando lo vio, desde la entrada al comedor, cargando a las dos gemelas en cada brazo; las paseaba de arriba abajo de la habitación.

—Papá, cantales esa canción con la que me arrullabas para que me durmiera cuando era pequeño —sugirió Ian con voz de niño grande.

—A ver, ayúdame... ¿Cómo va? —Justo cuando empezó a tararearla, la sintió llegar y se volvió a ella—. ¡Estás bellísima, Helena!

—Gracias. Tú también te ves muy bien. —¡Más qué bien! ¡Endemoniadamente bien! Alonso se había vestido con un vaquero que le quedaba como guante, una camisa de seda azul cielo y un saco *sport* azul fuerte. Además, su ánimo era de lo más afable, como si no hubieran tenido una fuerte discusión apenas dos horas antes.

—Estas bribonas solo se están aprovechando de ti. —Apuntó a sus caritas risueñas como la evidencia de lo que decía—. Ellas solo se duermen con el biberón de leche —informó al reparar en la mesa, arreglada con varios servicios y con copas repletas de lo que parecía ser champán.

—Entonces, si no se piensan dormir, me gustaría que estuvieran con nosotros durante la cena. ¿Es posible?

¿Alonso pidiendo permiso por algo? Eso sí que era novedad.

—Claro, aún es temprano para ellas. Están sufriendo el cambio de horario, ¿recuerdas?

—Pensé que, por ser pequeñas, a ellas no les afectaba... —La preciosa sonrisa apareció en escena para derretirle las piernas en segundos, y todo parecía indicar que las gemelas tampoco eran inmunes, pues se sonrieron al mismo tiempo y estiraron sus manitas para atrapar el vello de su barba.

De pronto el comedor se llenó de gente; aparecieron en escena Nathan, Alba, Teresa, Lucy, Elías, Clara y John y, por supuesto, los niños. Helena estaba gratamente sorprendida con la inesperada reunión.

—Gracias a todos por aceptar mi invitación. Por favor, tomen asiento. El motivo de la misma es anunciarles que Helena ha accedido a ser mi esposa. —Como adultos bien portados, los niños se abstuvieron de hacer barullo con la noticia, pero sus caritas dibujaron una enorme sonrisa. Alonso, por su parte, permanecía de pie en la cabecera de la mesa; con una discreta mirada, le pidió ayuda a su prometida para que cargara a Ciel—. Brindemos —invitó levantando su copa—. Por la mujer más linda del mundo y por mis preciosos hijos. ¡Salud!

Capítulo 42

—¡Joder, amiga! ¡Este tipo está como un tren! ¿No tendrá un hermanito? —Betty y Helena conversaban en una de las habitaciones para las visitas y veían, desde la ventana, el jardín, donde Alonso pateaba un balón con Ian y Diego mientras, a corta distancia, las niñas dormían en sus carriolas «supervisadas por los hombres de la casa».

—Hubo uno, seguro que idéntico a él. —Helena sonrió cuando Betty la miró con ojos redondos—. Ayer, que estuve hablando con mis futuros suegros, me enteré de que Alonso tuvo un gemelo que murió de un mes de vida. Por parte de la familia de mi suegro, todas las generaciones han tenido gemelos; de ahí que yo fuera agraciada con la genética familiar.

—¿Vendrán ellos a la boda?

—No tardan en llegar, vienen desde Puerto de Vigo; ahí viven.

—¡Oh!, vaya. —«Solo por eso ya me caen bien», pensó—. ¿Cómo te sientes al respecto?

—¡Nerviosa! —confesó con una sonrisa de muela contra muela—. En especial porque ellos saben que fui yo la responsable de que Alonso terminara en la cárcel.

—¿Cómo los percibiste por teléfono?

—Supongo que bien; son personas muy educadas. No sé si ellos ya me han perdonado; de no ser así, yo lo entiendo, más ahora, que soy madre.

—¡Ay, amiga, qué complicado tu caso! —Betty la consoló con un tierno abrazo.

—Gracias por estar ahora conmigo, Betty; la estaría pasando muy mal sin ti.

—Ya basta de lamentos y deja de moverte porque no respondo por tu peinado.

Betty estaba ayudando a la novia a arreglarse para el gran momento; solo tenían cinco horas para la llegada del juez, y todavía faltaban mil cosas por hacer.

Alonso y los niños iban rumbo a su habitación. Él se ocuparía de que se ducharan y los ayudaría a vestirse; Teresa estaba al cuidado de las gemelas. Lucy y Clara eran las encargadas de ultimar detalles con los del banquete, mientras Elías y John supervisaban a los instaladores de eventos. Por su condición, Alba estuvo impedida para apoyarlos y Nathan estaba obligado a no despegarse de ella, pues su embarazo era de alto riesgo. Los grandes ausentes serían Susan y Aníbal; Fernandito estaba recién nacido, y no pudieron viajar. «Mejor así —se dijo Helena—, menos personas a quienes fingirle que todo es como un cuento de princesas», pensó.

El día anterior, la novia había recibido, de parte del novio, un gran regalo: una docena de hermosos vestidos de noche. Así que no tuvo que sufrir para escoger qué ponerse para la boda. La prenda elegida fue un vestido largo y entallado, de raso color champán, sin mangas, con los hombros descubiertos, y con una pequeña cola en la parte trasera de la falda, que arrastraba en suaves pliegues sobre el piso.

Cuando Alonso supo qué vestido había sido el seleccionado, hizo llegar a la habitación de su prometida una caja de terciopelo negro, con un precioso collar de brillantes que se asemejaban a una línea de lágrimas sobre su escote.

A las seis de la tarde, el evento arrancó con música suave para amenizar. Los pocos invitados iban llegando, y los meseros ya se encontraban atendiéndolos.

De pronto, se empezó a escuchar la marcha nupcial. Helena apareció al pie de la escalinata, y todos corrieron a sus sitios para observar.

Entre los invitados estaban Alberto, su novia y los inseparables sobrinos. Por propia boca de Alonso, se enteró de lo que había habido entre Helena y él y las hermosas consecuencias.

Alonso tenía la frente perlada de sudor, estaba nervioso. Se le juntaron la hermeticidad de Helena y la preocupación de su madre; de suerte que su padre era un hombre positivo y alivianado, que le transmitió muy buena vibra.

La novia empezó a bajar y el novio caminó a su encuentro, elegantemente ataviado con un esmoquin negro, hecho a la medida. Todos los presentes no podían menos que aceptar que hacían una hermosa pareja, y los más intuitivos detectaron esa conexión especial que había entre ambos.

—¡Estás radiante, Helena! —declaró Alonso con admiración antes de besar su mano.

—Gracias, tú estás muy guapo ¡y sin barba...! —Los dos se sonrieron por la especie de broma personal.

Alonso adoraba la capacidad de sonrojarse —casi extinta en la raza humana— que tenía Helena. Sin apartar la mirada de su rubor, acomodó la mano de ella en su brazo y la llevó al improvisado altar, donde ya los esperaba el juez.

—...Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia. —El juez pronunció sus últimas palabras con un toque de dramatismo digno de la ocasión.

Alonso no se hizo esperar y entregó a la novia un beso lento, tierno y largo que hizo sudar a dos o tres chicas que se sintieron derretir. Al final, todos calificaron el momento con un fuerte abrazo y muchos parabienes para la «feliz» pareja.

Para la hora del brindis, los meseros brotaron del piso con grandes charolas con copas de champán; también se veía un discreto equipo de fotógrafos que iban captando las mejores imágenes y tomaban un video completo para el recuerdo.

A lo lejos, Alberto observaba con una triste mirada y una sonrisa a medias. Tenía sus dudas del cuadro de la familia feliz.

Entrada la noche los invitados se fueron despidiendo, unos a casa y otros a sus habitaciones. Después de darle otra vuelta a las gemelas, Helena arrastró su humanidad a la alcoba. A pesar de lo falso de la situación, la boda había quedado bastante bien; hasta se podía decir que se había divertido. Comió, bebió, conversó con todos y hasta bailó el vals con su ahora esposo, con su suegro y con los niños.

Ahora solo quería tumbarse el entallado vestido, los altos tacones y darse una ducha, y así lo hizo. Más descansada salió vestida con un albornoz y un turbante de toalla en la cabeza para escurrir el cabello.

—¿Qué haces aquí, Alonso? —Se congeló en media habitación al verlo apoyado en el muro de la entrada, de pies y brazos cruzados—. Te dije que tú y yo no dormiríamos juntos.

—¿Quién dijo que vengo a dormir? Estaremos toda la noche bien despiertos... —dijo sugestivo.

—Estás borracho.

—Solo estoy alegre. Me he casado con la mujer más bella del mundo y tengo una hermosa familia. ¿No te parecen motivos suficientes para festejar? —se pavoneó frente a Helena, con una encantadora sonrisa, al tiempo que se desanudaba la corbata de moño y se tumbaba la chaqueta y el chaleco.

Helena se obligó a clavarse al piso antes de terminar desabrochando ella su camisa. Pero sus ojos insurrectos se gozaron cuando quedó a la vista el cincelado pecho masculino. «Lo que daría por pasar sus dedos por él», suspiró discreta.

Intuitivo y conocedor de su esposa, Alonso se acercó hasta quedar a un palmo de ella, en tanto se entretenía con la cremallera del pantalón. Con una sonrisa que hacía brillar sus ojos, observó como ella tragaba gordo.

—¡Hazlo! ¡No te detengas, cariño! —invitó con voz enronquecida y mirada seductora, como todo él.

Como poseída, Helena estiró una mano para posarla sobre el latido del corazón; la otra recorrió su cara desde el rizo en la frente hasta la barbilla, recién afeitada.

«¡Cómo te amo, vida mía! Tanto amor guardado me está ahogando», decían sus ojos.

—¿Qué pasa, princesa? ¿Por qué no me cuentas qué es lo que te detiene para que no nos vayamos a la cama? —Sus manos se habían apropiado de la esbelta cintura mientras sus labios recorrían el rostro y el níveo cuello.

—No entenderías, Alonso... —confesó con sinceridad.

Helena nunca olvidaría el desprecio en su mirada, cuando le había dicho que lo amaba, y la punzada en su corazón, que todavía dolía.

—Pruébame.

Solo quería marearla, con tanta conversación, hasta conseguir distraerla. La conocía bien y sabía que su voluntad era débil frente a él; pero, antes que terminara derribando sus defensas, pondría remedio.

—¡No! ¡Y ya déjame en paz! —grito y lo empujó del pecho.

Tomado desprevenido, Alonso cayó para atrás sobre el sillón donde alguna vez se habían amado con locura.

—Ya entiendo... ¿Quieres empezar por aquí? —La mirada azul era diabólica, amenazante; advertía a Helena que la paciencia se estaba agotando.

—¡Vete al diablo, Alonso! ¿Cuándo vas a entender que no quiero ser tu juguete sexual? —A como diera lugar, sacaría de su cuarto a la sexi amenaza.

—¡Cuánto drama...! —se burló, pero no sonreía—. ¡Bien, Helena! Será como tú digas. Estás advertida de que habrá consecuencias. —Alonso se dirigió a la puerta como si llevara al demonio dentro.

—Espera, ¿qué vas a hacer? —preguntó asustada.

—¿Qué te importa, Helena? —Se detuvo con la mano en la cerradura para taladrar con su mirada azul el rostro afligido de la que ahora era su esposa, pero se negaba a ser su mujer.

—No quiero que esto afecte a los niños. —Se aventuró a expresar su sentir.

—Cuenta con eso, esposa mía. Siempre tendré presente que por ellos tú y yo estamos juntos. — Con una burlona reverencia, se despidió y salió de ahí.

Capítulo 43

—**B**uenos y sagrados días tengan todos ustedes. —Tarde y con aspecto de indigente, Alonso apareció en la mesa del desayuno. Su barba de nuevo obscurecía su rostro, los rizos de su cabello eran un desorden y la camisa, por fuera del pantalón. Solo le hizo falta llegar con los pies descalzos, ¿o sí los traía?; Helena se abstuvo de bajar la mirada—. Esposa mía... —La saludó con tremendo beso en los labios, ya entreabiertos, pero por la sorpresa. Besó a sus hijos y finalizó con un beso en la frente a su mamá.

—Pero, hijo..., ¿qué manera de presentarte es esa?

—Me disculpo por eso, madre. Debes entender que la noche de anoche fue mi noche de bodas y que no me dejaron dormir, así que de milagro ahora estoy aquí... —No conforme con la sarta de barbaridades que recitó, miró con descaro al rostro arrebolado de su esposa, al tiempo que le guiñaba un ojo y le lanzaba besos ruidosos.

¡Maldito cretino! Que no se atreviera a ventilar sus problemas porque lo iba a lamentar. ¡Dios! ¡Qué bello se veía vestido de vago! ¡Qué delicia para el paladar podérselo desayunar, comer, cenar...!

—Amiga, ¿me pasas la salsa? Amiga...

—¡Cariño! Betty te habla. —De nuevo Alonso la exhibía ante la muda audiencia; el muy maldito estaba disfrutando con su turbación.

—¡Oh! Sí, claro. Aquí tienes. —Helena por fin atinó a cerrar la boca.

—Cariño, pensándolo mejor, deberíamos de salir una semana de luna de miel. A los dos nos haría mucho bien; ¿no crees? —Ya había encontrado más formas de desquitarse.

—Sin un buen plan, no creo que sea conveniente, tesoro. Las gemelas son muy demandantes; ¿recuerdas? —preguntó con dulzura. Ella también podía jugar sucio.

—¡Como digas, bonita! —suspiró profundo—. Tendremos que conformarnos con seguir encerrados en la habitación. —Su sensual complicidad al mirarla dejó convencidos a todos los presentes—. ¡Tengo un apetito voraz! ¿Qué tenemos para calmarlo? —El despiadado hombre continuó con su ataque subliminal.

—¿Qué te parecería rata al horno y, de postre, cascabel en su jugo? —Enfurecida, Helena se levantó de la mesa, aventando su servilleta en el rostro sonriente, para después salir con paso apresurado de la habitación.

—Pero, hija, ¿no has terminado de desayunar! —Don Alonso se escuchó mortificado.

—No te preocupes, papá; Helena se alimenta de mi amor... ¡Niños, dejen de jugar con las servilletas! —De un grito, paró la guerra que se había desatado entre Ian y Diego.

—¡No se vale, papá! Tú y tía Lena sí pueden hacerlo y nosotros no...

—Diego, ya no es tía Lena, ahora es nuestra mamá.

—Ahora, que estamos a solas, me vas a decir qué pasa entre Helena y tú. —Tiempo después, cuando anocheecía, doña Karen exigió saber mientras mecía a Blue en los brazos, en tanto Alonso arrullaba a Ciel—. Ya te equivocaste una vez con la madre de los chiquillos y mira cómo terminó todo.

—Nada va a pasar esta vez, mamá; Helena es una buena mujer. —Alonso veía con fascinación la carita risueña de Ciel—. ¡Te amo, pícara! ¿Cuándo te vas a dormir? Tu hermana ya cayó. ¿Qué pasa, mamá?, ¿por qué lloras? —preguntó rodando los ojos.

—Ella te hizo mucho daño en el pasado. Me parte el corazón que mi único hijo no encuentre la felicidad. —No podría soportar verlo derrotado de nuevo.

—No digas eso, madre; soy un hombre completo y feliz, no me hace falta nada más, así que deja de estarte imaginando cosas. —Cariñoso le dio un apretón de hombros mientras le besaba la frente.

—Disculpen la intromisión, vengo por estas nenas trasnochadoras. —Helena los sorprendió con su llegada intempestiva a la estancia.

—Hijo, dale a Ciel a Helena; yo la acompañaré a acostar a las gemelas. —Karen tenía la certeza de que su nuera había escuchado parte de la conversación, así que aprovecharía la ocasión para hablarle.

En silencio caminaron hacia la habitación de las niñas pero, una vez acomodadas en sus cunas, cada una con su respectivo biberón, las damas se escabulleron sigilosas. Dejaron una lámpara encendida y la puerta entreabierta al salir.

—Doña Karen.

—Helena.

—Usted primero, por favor. —Helena le cedió la palabra; a fin de cuentas, seguro ambas querían hablar de Alonso.

—Siento mucho si te ofenden mis dudas sobre ti, pero soy la madre de Alonso y...

—La entiendo; no se disculpe por eso. Yo todavía no me perdono por el daño que le ocasioné; solo quiero que sepa que lo estoy pagando muy caro, porque amo a Alonso con todo mi corazón sin esperanza alguna... —Helena ya no pudo continuar; las lágrimas agolpadas en su garganta no se lo permitieron—. Discúlpeme, por favor. —Helena dejó a la perpleja suegra en la estancia de las

gemelas y entró a su propia habitación a darle rienda suelta al sentimiento que la ahogaba y le pesaba como un lastre sobre los hombros.

Por insistencia de los recién casados, los abuelos se quedaron el resto de la semana en casa. En ese tiempo, por más que lo intentó, Alonso no pudo averiguar qué fue lo que habían hablado su madre y Helena. Lo que quiera que fuera sirvió para que, a partir de entonces, se estrecharan lazos de amistad entre ambas. De hecho, todo el mundo a su alrededor se llevaba de maravilla con su esposa; solo él no lograba hablar más de tres palabras con ella sin pelear; aunque en público siempre fingían una relación de novela.

Un mes después...

Los días transcurrían en relativa armonía en el interior de la residencia Rivadeneira; tal vez se debía a que los esposos solo se veían cuando coincidían con los niños en las comidas, en juegos o en algunas labores escolares. Helena sabía que, después de darles las buenas noches a los hijos, Alonso salía de casa y regresaba a altas horas de la madrugada; no podía reclamarle nada porque era un padre ejemplar y un hombre atento y amable con ella.

—Me duele en el alma verlo más frío y distante.

—Amiga, sigo pensando que tomaste la decisión equivocada. Tu miedo a sufrir te impide arriesgarte y entrar al juego con él.

—No puedo, Betty; no sabes lo doloroso que es amar sin ser amada y no poder decirlo en la cama mientras le entregas hasta el alma.

—Tienes razón. No lo sé, solo te pido que evalúes de nuevo la situación; ¿quieres?

—Te prometo que lo haré. Gracias por estar siempre para mí.

—Nunca olvidaré que, cuando mis padres me echaron a la calle, tú me acogiste en tu casa cuando quedé embarazada de mi novio. —Betty lloraba del otro lado de la línea, como siempre que recordaba al bebé que había perdido de ocho meses de embarazo.

—¡Betty!, no te pongas triste, alégrate porque ahora en tu vida todo es felicidad.

Después de terminar la llamada, Helena se quedó por largo tiempo despierta analizando su realidad y pensando en el consejo de su amiga. Se le estaba ocurriendo una idea que pondría en práctica al día siguiente que recogiera a los niños en el colegio.

—¿De dónde salieron estos chicos tan guapos? —Se escuchó una voz que venía del cuarto de la copiadora.

—¡Hola, Adeline! Te venimos a presentar a nuestras hermanitas y a la nana Teresa. —Diego, como todo un hombrecito, se hizo cargo de la situación de inmediato.

—Señora Rivadeneira, qué gusto tenerla por aquí —saludó la asistente de Alonso.

—El gusto es mío, Adeline —respondió tendiéndole la mano—. Venimos a invitar a comer a su jefe.

—¡Oh, excelente! ¿Por qué no me presta a estas bellezas para presumirlas por la oficina? Los niños me pueden acompañar mientras pasa con el ingeniero. Permítame anunciarla.

—No es necesario; déjeme darle la sorpresa. ¿Qué puerta es?

—La del fondo. Quédese sin pendiente, que Teresa y yo cuidaremos muy bien de estos angelitos. ¡Vamos, chicos! Ayúdenme a empujar. —Adeline y su comitiva emprendieron su recorrido por las oficinas, acompañadas de una carriola doble guiada por dos entusiastas jovencitos.

Más nerviosa que convencida, Helena se acercó a la puerta de la oficina de su marido y tocó suavemente antes de abrir. En definitiva, la sorpresa se la llevó ella porque, justo frente a sus ojos, se encontró a su esposo muy amartelado con una hermosa mujer que de pronto le pareció conocida.

Capítulo 44

El gemido involuntario que se escapó de su garganta fue escuchado por la amorosa pareja, que de inmediato se separó para mirar en dirección a la entrada.

—¡Helena! ¿Qué haces aquí? —Alonso se desprendió del abrazo de la chica con prontitud—. Será mejor que te vayas, Tania.

La exnovia, pero ahora amante, pasó por su lado sin mirarla siquiera.

Helena se vio a sí misma y se percató de que no tenía nada que hacer ahí. Empezó la retirada, pero fue frustrada por Alonso, que la detuvo del brazo.

—¡Espera! ¿Sucede algo con los niños? —No se mostraba ni contrariado ni arrepentido, más bien parecía curioso y hasta molesto.

—No pasa nada con ellos; de hecho, ahora están afuera con Adeline presentando a las gemelas. Para lo que venía, ya no tiene objeto decirlo. —No podía ni quería ocultar su enojo, estaba que se la llevaba el diablo de rabia, de desilusión, de impotencia—. Es más, en este momento los niños y yo nos regresamos a casa. —De un fuerte tirón, se soltó de su mano y se dio la media vuelta para salir de la oficina.

—No te irás hasta que me digas a qué has venido y por qué estás tan molesta. —Insistente, Alonso la detuvo en la puerta y la obligó a encararlo.

—¿Te divierte esto, Alonso? —Helena sufría de tener el cuerpo tibio del hombre tan cerca del suyo; el aspirar el aroma de su piel le hacía añorar los momentos de pasión que tanto deseaba y añoraba, y su dulce aliento sobre su rostro le debilitaba las rodillas.

—¿A qué te refieres, Helena? Según tú, ¿qué es lo que me divierte? —El azul oscuro en su mirada presagiaba tormenta.

—¿A esta farsa de matrimonio que llevamos tú y yo? ¿A estar yo en casa cuidando de los niños, mientras tú te revuelcas con tu amante? ¿A...?

—Para, para, ¿qué se supone que estás haciendo? ¿Acaso me estás reclamando algo? Porque, hasta donde yo recuerdo, esto es lo que tú querías. —El fornido cuerpo se inclinaba sobre ella amenazante, aún sin rozarla.

—No recuerdo haber pedido que me humillaras en público. —Helena estaba tan dolida que sangraba por la herida.

—Solo estoy actuando como le corresponde a un hombre sin compromisos de alcoba. —Rodeó

con los brazos a la enardecida chica para poder controlarla.

—Qué pronto encontraste consuelo... —En esos momentos no sabía qué le dolía más: si su orgullo pisoteado, su amor despreciado o su cuello flexionado para mirar los ojos, fríos como los mares de invierno.

—No me puedo quejar pero, si te soy sincero, te preferiría a ti en mi cama. —Alonso inmovilizó su cabeza por la nuca con una mano, mientras la otra la mantenía a raya por la cintura; estaba planeando seriamente en besar la tentadora boca.

—Preferiría acostarme con un cocodrilo que contigo. ¡Suéltame! ¡Me repugnas! —Se llenó de pánico al sentir los labios masculinos en las comisuras de los suyos. Si la besaba, perdería la batalla.

—Veamos qué tanto, encanto... —Por puro orgullo le probaría cuán mentirosa seguía siendo.

Alonso apresó sus labios sin consideración, invadiendo con violencia el interior, dulce y suave, hasta que obtuvo la respuesta esperada por él.

Helena olvidó sus tormentos y devolvió el beso en la misma medida, mientras se sujetaba de la fuerte nuca para mantener el equilibrio. Permitió a las osadas manos que se movieran libres por sus montes, hondonadas y valles y que le arrancaran intensos gemidos de pasión.

—¿Ves qué fácil me resulta hacerte cambiar de opinión? —Con la misma brusquedad que inició la caricia, la terminó, pues la demostración había concluido—. No me meto en tu cama porque no me da la gana. Tengo de sobra con quien fo...

La bofetada sacudió la cara de Alonso de forma tan inesperada que solo atinó a llevarse una mano al área dañada para calmar el ardor.

—¡Te odio, maldito arrogante! —Salió corriendo de la oficina antes de que Alonso reaccionara; segundos después escuchó su voz rugir a través de la puerta, llamándola.

Afortunadamente para Helena, Adeline y Teresa aún no llegaban con los niños, así que no hubo testigos de lo mal que andaba el matrimonio Rivadeneira.

Aunque el dolor de la traición la estuviera matando, Helena siguió con los planes de comer afuera con los niños. Terminaron yendo al centro comercial donde se encontraba el consultorio de Nathan para, de paso, saludarlo.

—¡Qué sorpresa tan agradable! Pasen, pasen, adelante, por favor.

—¿No somos inoportunos? —Con tristeza Helena pensó que así debió de haber sido el recibimiento de Alonso.

—Por supuesto que no, justo ahora me disponía a bajar para ver qué como, porque Alba acudió a una reunión de mamás en la escuela de Justin.

—Solo así te deja solo —comentó con un dejo de envidia.

—Lo sé, yo siento lo mismo, pero hay que trabajar —dijo con mirada resplandeciente de felicidad—. ¿Qué los trae por aquí?

—Planeamos comer en la calle; ¿por qué no nos acompañas? Si quieres podemos comer aquí mismo para que no se te haga tarde para tus consultas.

—Por eso ni te preocupes: por hoy ya terminé, así que los invito a comer a Plaza Ghirardelli.

—Eso quiere decir que comeremos muchos chocolates, niños. —Helena fingió que gritaba de emoción.

—¡Hurrrraaa! Gracias, tío Nath —dijeron los niños a coro.

—Pero a las gemelas no les podemos dar porque están pequeñas, ¿verdad, mamá Lena?

—Verdad, amor. —Ian era todo un protector con sus hermanitas, y ella lo amaba más por eso.

—Vayámonos en mi auto, y que mi chofer nos siga en el tuyo, así no se te hace tarde para que regresen a Pacific Heights.

—Usted manda; muévanse chicos, que el tiempo es oro. —Helena echó un vistazo a su reloj de pulsera; todavía era temprano para disfrutar de la tarde y el excelente clima sin neblina.

—Mamá, Lena, explícame eso de que el tiempo es oro...

El resto de la tarde se fue volando entre buena comida, compras, travesuras, llantos de bebé, y muchas cosas más.

—Gracias por todo, Nathan.

—Gracias a ustedes por hacerme menos pesada la espera de mi Alba. —Con discreción apartó a Helena antes de retirarse—. La semana que entra, quiero que nos veamos sin niños. No creas que no percibo lo triste que estás; debemos hablar al respecto.

—Como quieras, amigo, pero de antemano te digo que mi problema no tiene arreglo.

—Difiero de tu opinión, pero ya hablaremos después. Ahora deben irse, se les está haciendo tarde —dijo al ver el sol ponerse.

Efectivamente, cuando llegaron a casa, ya eran cerca de las ocho de la noche, y un furioso Alonso los esperaba en la entrada principal.

—¿Puedo saber dónde estaban metidos y por qué tenías apagado tu celular?

—¿Mi celular? Hace meses que lo traigo perdido —explicó sin detenerse—. Teresa, los niños y yo fuimos a comer fuera y también de compras. —Helena casi se sonrió al ver por un espejo a la comitiva que la seguía por toda la casa.

—Que no se te olvide el tío Nath, mamá Lena.

—Por supuesto que no, Dieguito; también nos acompañó Nathan. —Hasta sus oídos llegó el rechinado de dientes de Alonso.

—¿Y de dónde lo sacaste?

—No lo sacó; él solo nos acompañó, porque tú estabas muy ocupado, papá. —Diego andaba la mar de comunicativo.

—Niños, directo a la regadera y, Teresa, por favor, dile a Lucy que te ayude con las niñas; en un rato los alcanzo. —En cosa de segundos, Alonso y Helena se quedaron solos en la estancia.

—¿Se te ofrece algo más?

—Sí, acompáñame. —Tomó su mano y casi la llevó a rastras por todo el corredor; pasaron la habitación de los niños, luego la de las gemelas, hasta llegar a la de ella—. Pasa —le ordenó.

—¿Qué hacemos aquí? —Ya se empezaba a ponerse nerviosa por la actitud de Alonso.

—Toma tu celular; está en la mesita de noche, del lado derecho —agregó al verla confundida. Helena obediente hurgó en el cajón, y en el fondo encontró el aparato—. De ahora en adelante, quiero que lo traigas contigo a donde quiera que vayas, y que no se te ocurra ignorar mis llamadas.

»Lo dejaste olvidado aquí, en la habitación; lo encontré tirado debajo de la cómoda —explicó, pero se percató de que Helena ya no lo escuchaba, entretenida en encender el aparato.

—Dice el señor Ford que sigue a la orden para lo que se nos ofrezca, aunque nos desea sinceramente que no lo ocupemos más... Nos desea suerte. —El ceño de su frente se fue disipando conforme le llegaba el entendimiento.

—¿Así que acudiste a la cita por mí, y así fue como te enteraste de toda la verdad? Y si mis cálculos no fallan, esto pasó antes de que Nathan te contara de las niñas.

—Acertaste en todo, ¿A dónde quieres llegar con tu análisis?

Helena se encontraba sentada en la orilla de la cama, con la decepción pintada en su rostro, mientras Alonso, de pie, contemplaba imperturbable la escena.

—Tengo curiosidad por saber si me hubieras hecho venir de seguirme creyendo culpable.

—No lo sé, Helena. ¿Para qué complicarnos con eso ahora?

—Tienes razón. ¿A quién le importa? —Se puso de pie con la intención de salir de la habitación, pero Alonso le franqueaba la salida—. Si me disculpas, debo ver cómo van los niños.

—Tenemos otra conversación pendiente, Helena; hablaremos después que acostemos a todos. Yo iré con los chicos; tú ve con las mellizas.

Con Alonso todo era igual: órdenes, reglas y amenazas...

Capítulo 45

Una hora después, padre y madre se cruzaron en el camino de repartición de besos de las buenas noches a los hijos.

Cansada, Helena se presentó en la sala, buscando a Alonso, para dar por terminado el largo día. Lo encontró de pie junto a la ventana, mirando la oscuridad con un vaso de *whisky* en la mano, mientras la otra descansaba dentro del bolsillo trasero de sus vaqueros, en una pose de total relajación, entretanto ella se moría de ansiedad, como siempre que se enfrentaba a él.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó cuando la sintió llegar.

—¿Por qué no? Un *whisky* con agua, por favor. ¿Me imagino que me vas a reclamar lo de hoy en tu oficina? —preguntó agarrando al toro por los cuernos.

—Supongo que lo merecía. —Se llevó la mano a la mejilla mientras recordaba el ardor de horas antes—. No debí decirte esas cosas tan desagradables y pido perdón por eso.

—Yo... —No se esperaba esa reacción de Alonso; a ratos se parecía mucho al viejo Alonso que ella se había encargado de ahuyentar con su estupidez—. Me pareció buena idea llegarte de sorpresa con los niños para invitarte a comer —quiso explicar.

—Y a mí me hubiera gustado mucho acompañarlos. —Alonso se sentó junto a ella en el sillón, en aparente son de paz.

A Helena no le quedó más remedio que enfrentar la mirada azul profundo, como un mar en calma después de una tormenta.

—Eres una mujer muy hermosa, Helena, y yo te deseo con locura. —Alonso parecía que llevaba más de una copa; con el dorso de la mano, acariciaba su mejilla al tiempo que sus labios se acercaban.

—¿No entiendo! ¿Tania te mandó a la goma porque me atreví a interrumpir? —De repente se le vino a la mente la imagen de su esposo abrazado de su amante; los muy desvergonzados, no conforme con retozar todas las noches, la seguían en el día y en la oficina de él, donde cualquiera los podía ver, así como había sucedido con ella.

—¿Me creerías si te dijera que no tengo nada que ver con Tania? —Alonso necesitaba aclarar la situación.

—¿No! ¿Por qué insistes conmigo si seguro tienes decenas de mujeres deseosas de ser tus amantes? Yo no puedo competir con la belleza de todas las Tanias de tu vida.

—Debe de ser porque siempre se desea lo que no se puede tener.

—¿Lo que significa que soy un capricho para ti? —Helena se deslizó al otro extremo del asiento para poner distancia con el descarado de su marido.

—Así se escucha muy feo. Tú eres mucho más que eso; eres la madre de mis hijos, eres mi esposa.

Alonso jugaba con Helena como el gato con el ratón; de nuevo había acortado la distancia y la tenía acorralada, sin posibilidad de escape.

—Eso lo sé de sobra, Alonso, como tú también sabes que jamás me convertiré en tu juguete. —«¡Dios!, ¡Dios!, ¡Dios! Ayúdame a resistir esta tentación», dijo para sí. Alonso era como la serpiente del paraíso y el fruto prohibido a la vez, y ella, aunque fuera su esposa, no tenía la más remota esperanza de su amor y lo quería todo completo; quería su alma y su cuerpo y no se conformaría con menos.

—Eres mi esposa y tienes obligaciones conmigo como tal. —Se levantó del sillón para servirse otra copa y bebérsela de un solo trago—. Ya me estoy cansando de tus tonterías, Helena; no me obligues a hacer uso de mis derechos —le advirtió, lo que dio por terminada la tregua de paz.

—¡Tú aceptaste mis condiciones! Por eso accedí a casarme contigo —le recordó al tiempo que se ponía de pie.

—¿Qué opción tenía? —La miró con una sonrisa malvada—. Claro que acepté tus ridículas condiciones, porque nada me detiene para ignorarlas cuando se me dé la gana. —Se desplazó hacia ella con lentitud, mirándola como fiera al acecho.

—Eres una bestia insensible, un cretino, un rufián, un cínico, un... —Helena calló al tener prácticamente encima a la inspiración de su despliegue de insultos.

—Soy todo lo que quieras, menos un pelele que se deja manipular por su esposa. Helena, las cosas son como son; tú y yo somos marido y mujer y viviremos como tal a partir de esta noche.

La tenía sujeta e inmovilizada por la cintura, y sus labios paseaban por su cuello con la libertad que le daban los derechos recién citados.

—¿Me piensas tomar a la fuerza? —Contenía la respiración para distraer a sus sentidos mientras era asaltada por la sensualidad del hombre.

—No, te pienso convencer —habló en su cuello.

La fuerte mano que antes rodeaba su cintura subió a sus senos, que añoraban sus modos tan bruscos y experimentados. Eso era más de lo que podía soportar... —«¡Dios! ¡Aleja a Alonso de mí!», pensó Helena. Las lágrimas brotaban sin control; estaba cansada de luchar.

—En verdad no quieres nada conmigo... —dijo con la sorpresa de quien al fin lo entiende todo—. ¿Es así, Helena? —insistió, esperaba una respuesta.

Abrió los ojos empañados pero, como un relámpago que surca el firmamento, pudo ver dolor en la mirada de cielo.

—¿Perdón? —preguntó confundida.

—¿Tanto repudias mis caricias, que le ruegas a Dios para que no te toque? —Su rostro pálido

se veía distorsionado por la incredulidad; apenas unas horas atrás, podía haber jurado sobre la biblia que seguía viva la fuerte atracción sexual entre ambos.

Helena cayó en la cuenta de que sus ruegos a Dios los había hecho en voz alta y de que Alonso los había malinterpretado. Mejor así.

—Yo... Yo iré a ver cómo están las gemelas. —Con el corazón en la mano, abandonó la estancia y dejó al desconcertado hombre en compañía de un nuevo vaso de *whisky*.

Las siguientes semanas pasaron en la misma sintonía: Alonso, atento y cortés con su esposa y amoroso, tierno y consentidor con sus hijos. Las gemelas tenían una clara predilección por su padre; con solo escuchar su voz, se ponían inquietas y no paraban hasta ser atendidas y mimadas por él.

A pesar de no sentirse completa, Helena no quería perder lo que tenían; los niños eran felices. Necesitaba hacer algo; si no, se volvería loca. Por su cabeza rondaba una idea; en cuanto coincidiera con Alonso, se lo comunicaría.

La oportunidad se presentó dos noches después, cuando Alonso llegó temprano a casa, directo a su despacho; entonces Helena se aventuró en su busca.

—¡Pase! —rugió del otro lado de la puerta. Pareciera que sabía que era ella.

La atronadora respuesta casi la hizo regresarse por donde había venido. Se armó de valor y entró. El malencarado hombre se encontraba sentado tras su escritorio, hablando por teléfono; cuando la vio le hizo señas para que tomara asiento.

—¿En qué te puedo servir, Helena? —preguntó al terminar la llamada, sin apartar la mirada de sus papeles.

—Hace días que estoy procurando hablar contigo. —Si no lo decía, se ahogaría—. Pero no hay noche en que no salgas y llegues de madrugada; por eso me atrevo a molestarte ahora.

—¿Me estás reclamando algo? —Alonso tenía toda su atención puesta en ella, y una extraña sonrisa la acompañaba.

—¡Oh, no! Disculpa si lo pareció. Solo quiero que sepas que aceptaré la ayuda que me ofrece Nathan para trabajar en el Pacific Hospital; necesito retomar mi profesión de enfermera. —Después de la larga conversación que había sostenido con su amigo acerca del fraude de su matrimonio, le pidió que la ayudara a conseguir empleo para olvidarse un poco de sus problemas.

—¿Por qué necesitas? ¿Acaso no te alcanza el dinero que se te deposita para los gastos de la casa y de los niños?

—Por supuesto que sí, Alonso. No se trata de dinero; lo mío es cuestión de superación personal, de sentirme útil, independientemente de que es algo que me gusta hacer.

—¿Consideras que las niñas no resentirán tu ausencia?

—Ya pensé en eso y trataré de conseguir medio turno por la mañana o cubrir suplencias para que los niños no noten mi ausencia; aunque sé que, entre Teresa y Lucy, se las arreglarán bien sin

mí por unas cuantas horas.

La pasión de Helena al hablar dejó sin argumentos a Alonso.

—Adelante, entonces; nada se pierde con que pruebes.

—Gracias por entender. Te prometo que, si veo que surgen complicaciones, pondré a los niños como prioridad —aseguró al ponerse de pie.

Alonso la imitó, mirándola con atención, sin sospechar que, para sus adentros, ella resentía que ya no hubiera insistido más con sus avances.

Las cosas no podían ir mejor para la familia Rivadeneira; la armonía y la paz reinaban en el seno familiar, y el amor de los padres hacia sus hijos fluía a raudales.

Cuando llegaban las noches y la hora de estar a solas consigo misma y su realidad, Helena lloraba y se martirizaba imaginando a Alonso enamorándose de otra mujer; ni los niños ni su trabajo impedían que se sintiera miserable por eso. ¿Y si cometía un error en no compartir la cama con él? ¿Y si Alonso le pedía el divorcio para casarse con esa mujer? ¿Sería Tania la responsable de hacer peligrar su título de esposa? Helena ya no estaba segura de nada.

—¡Ay, amiga! No quiero decir «Te lo dije»... ¿Estás segura de que ya no siente atracción por ti?

—¡Sí! Alonso ni si quiera me mira —se lamentó.

—Helena, sí vendrás a mi boda, ¿verdad? —Betty esperó la respuesta afirmativa para continuar—. ¿Sabes si Alonso te va a acompañar? —«¿A dónde quiere llegar mi amiga?», se preguntó—. Consigue que venga contigo a como dé lugar; con eso veremos qué tan involucrado está con la mujer de la que hablas.

—Lo intentaré, amiga, lo intentaré.

Capítulo 46

—¿Qué tal tu día? Pareces cansada. —Hoy era una esas raras ocasiones en que Alonso cenaba con la familia.

—Difícil. Hubo un accidente de auto con tres vehículos involucrados, así que ya te podrás imaginar... ¿Y el tuyo qué tal? —preguntó Helena con ganas de hacer conversación.

—Bien... Ian, no se habla con la boca llena; es más, no se habla en la mesa.

Más obvio no podía estar. Alonso solo preguntó por cortesía, no porque en verdad le interesara algo de ella.

—Después de la cena, ¿podemos hablar? —Sin preocuparse por fingir, Alonso observó de inmediato su reloj de pulsera. Para Helena era claro que saldría, porque estaba más guapo que nunca, vestido con un traje de lino azul cielo, de cuadros diminutos, combinado con una camisa blanca, con una corbata café a cuadros y con mocasines del mismo color; parecía un modelo de pasarela—. Solo será un momento.

—De acuerdo —convino serio, pero de pronto se movió con brusquedad y gritó—: ¡Pequeño demonio! ¡No te atrevas a tirarme la comida encima! —Puso cara de horror, y Ciel estalló en una carcajada que terminó en hipo. Los primos cómplices le festejaron la hazaña. Al final todos reían divertidos.

Momentos después, Alonso esperaba a que Helena expusiera el tema de pie, en medio del despacho, enfatizando que no contaba con mucho tiempo.

—¿Recuerdas la boda de Betty?

—¡Oh, sí, claro! ¿Cuándo es?

«No recuerdas...», pensó Helena.

—En quince días. ¿Nos vas a acompañar? —preguntó sin expresión.

—Me temo que no; hay mucho trabajo en la oficina y nuevos contratos por cerrar. —De nuevo consultó su reloj.

—Entonces, nosotros tampoco iremos. —Presintió la respuesta de Alonso; por eso sacó el as que tenía bajo la manga.

—¿Y eso por qué? Me parece que Betty estará muy decepcionada si no vas. —La cara de Alonso era de pura consternación.

—Y yo más por no presentarme a la boda de mi mejor amiga —convino con la tristeza pintada

en sus ojos de miel—. Teresa ya no regresará a San Francisco con nosotros, me lo ha dicho esta mañana; su mamá esta delicada de salud, y se quedará a cuidar de ella. Como podrás darte cuenta, me es imposible viajar sola con cuatro niños. —Su rostro era la imagen viva de santa Sufrida.

—Te puede acompañar Lucy...

—Por nada del mundo, se lo pediré. Ella jamás se ha separado de Elías desde que se casaron; además, cuida de su nieto, ¿recuerdas? Ni hablar, cuando no se puede, no se puede... —Sonrió para sus adentros al recordar que ya se había puesto de acuerdo con el ama de llaves por si Alonso se atrevía a pedirselo.

—Supongo que Rocío no debe viajar.

—No. —Lo miró con una media sonrisa de conformidad—. No te preocupes; Betty entenderá... —Se dio la media vuelta, con la intención de marcharse, cruzando los dedos mientras tanto—. Gracias por tu tiempo —dijo como despedida.

—¡Espera! Veré cómo acomodo todo en el trabajo para viajar con ustedes.

—¿Estás seguro? No quisiera que se te complicaran las cosas por mi culpa. —Su expresión era de absoluta inocencia.

—No te preocupes por eso; encárgate de organizar lo del viaje e infórmame de las fechas de salida y de regreso para coordinarlo con el piloto.

«¡Yesss!», festejó Helena para sus adentros.

—Por supuesto y gracias —dijo con sencillez.

—Felicidades, Helena, veo que eres toda una arpía manipuladora. —Betty festejaba del otro lado de la línea—. Este primer asalto lo has ganado tú. A tu esposo le importas más de lo que pensabas; la prueba es que antepone tus necesidades a la de ninguna otra.

—¿Y ahora qué sigue? —Su voz se escuchaba temblorosa por la emoción.

—Planea llegar, por lo menos, un día antes de mi boda. Por supuesto que se hospedarán en la mansión Alcalá, porque tú me ayudarás a vestirme... —Ella se encargaría de arreglar el nidito de amor para la pareja.

—Pero tú no necesitas que te ayude, tendrás todo un séquito de empleadas poniéndote bella para la ocasión.

—Eso no lo sabe tu marido; además, quiero a mi amiga, a mi hermana conmigo. —Betty se escuchó conmovida.

—Y ahí estaré, querida.

Un día antes de la boda, la familia Rivadeneira en pleno arribó al aeropuerto de la pintoresca ciudad de Montemayor. Ahí los esperaba el chofer, en el lujoso automóvil de los Alcalá, para ser conducidos a la mansión, donde los novios aguardaban por ellos.

—Bienvenidos sean ustedes a esta su humilde casa. —Con su estilo ceremonioso, Miguel los recibió, en comparación con Betty, que saltaba y aplaudía desde que los vio descender del auto.

—¡Amigaaaaa! Ya están aquí... —Las chicas se abrazaron emocionadas.

—Y ustedes deben de ser Diego e Ian, y las hermosas bellas durmientes son Bleu y Ciel —dijo Miguel, agachado hacia los chicos, mientras les tendía la mano. —Los niños jocosos lo corrigieron, pues había equivocado el orden con los cuatro—. Ustedes disculpen. —Con discreción le guiñó un ojo a Helena—. Adelante, por favor, que deben estar cansados del largo viaje.

La hermosa mansión estilo renacentista, con sus altas columnas y arcos y sus preciosos jardines, ya estaba lista para la boda por civil, aunque la religiosa y la recepción se llevarían a cabo al día siguiente, en un lujoso hotel de Córdoba, propiedad de la familia Alcalá.

—Y esta es la habitación de ustedes, frente a la de los niños, para que descansen tranquilos sabiéndolos cerca. —Con una inocente sonrisa, Betty se dirigió al «feliz matrimonio».

En la soledad de la alcoba, los esposos miraban en silencio la cama, que no era precisamente la más grande del mercado español. «Se nota a leguas la mano de mi amiga en todo esto», pensó Helena sonriendo para sus adentros.

—Tal vez deberíamos irnos a un hotel... —sugirió a Alonso sondeando el terreno.

—No sería de buen gusto. Además, Miguel me comentó que en estas fechas se lleva a cabo una convención de médicos; por eso decidieron hacer la fiesta en la capital.

—¡Oh, vaya! Entonces, creo que dormiré con Ian. —Tomó su ropa de dormir y se dirigió hacia la puerta.

—No. La cama es lo suficiente grande para que podamos dormir sin necesidad de tocarnos —determinó mientras subía las maletas para deshacerlas.

—¿Te importa si me ducho primero? —pidió con inocencia minutos después.

—Adelante. Mientras tanto iré a ver si ya se durmieron los niños.

Helena se dio un «regaderazo» y se colocó su sexi camisón de dormir. Luego de cepillarse el pelo con fruición, se recostó sobre la cama y se revolvió entre las sábanas hasta que juzgó que los atributos de su cuerpo quedaron expuestos de forma sensual.

Alonso regresó a la habitación y, al encontrarla en penumbras, se movió con sigilo hasta la ducha. Diez minutos después salió envuelto en su delicioso aroma de madera y lima.

Helena contuvo la respiración cuando sintió el colchón hundirse con su peso; sus sentidos, magnificados al doscientos por ciento.

Al cabo de un momento de tensa espera, en la que no pasó nada, se decidió a dar el primer paso.

—Mmm... Mmm... —Fingiéndose calor, se despojó de la tela que la cubría y giró su cuerpo hasta quedar a centímetros de Alonso.

—Helena, ¿te sientes bien? —preguntó su esposo en voz baja.

Su siguiente paso fue posar un brazo sobre su pecho, por lo que sus senos quedaron expuestos para él

«¡Madre de Dios! ¡Que Alonso no escuche los latidos de mi corazón!», se dijo angustiada.

Solo fue cuestión de segundos para que él respondiera a su cercanía. Con cuidado «de no despertarla», retiró su mano y se levantó de la cama para acostarse del otro lado.

El resto de la noche, Helena lloró en silencio. Apenas amaneció, se levantó para salir por la terraza, al hermoso y callado jardín, a contemplar el milagro de un nuevo día.

Capítulo 47

Helena sintió unos pasos acercarse. Era Betty; conocía como le gustaba arrastras sus pantuflas de Pooh.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó al sentarse a su lado en la banca.

—Lo mismo te preguntó yo.

—Creo que la emoción me levantó. ¡Hoy por fin se cristalizan mis sueños de pertenecer al hombre que amo! —De pronto su sonrisa se congeló al mirar su tristeza.

—Yo fui rechazada rotundamente por un esposo consciente de sus actos, así que no me vayas a decir que en sus sueños pensó que era su mascota juguetona y pegajosa —dijo con una sonrisa fingida.

—¡Perdona, amiga! Creí que eso podía funcionar. Pero no adelantemos vísperas, que aún nos quedan algunas noches para conseguirlo.

—¡Tú perdóname a mí!; no tengo ningún derecho a opacar tu felicidad. —Se acercó más y la abrazó por los hombros.

—Prométeme que no te vas a rendir y que esta noche lo intentarás de nuevo.

—¡Claro! ¿Por qué no? Sabes que no claudico tan fácilmente. —Helena no estaba tan segura de soportar otra dolorosa noche junto a su ingrato amor.

—¡Así se habla, amiga! Esa es la chica que conozco, la que siempre lucha por lo que quiere.

—¡Pero qué señoritas tan bellas me encontré por aquí! —El tercero en discordia era Miguel.

—Hola, amor, te extrañé anoche. —Betty se levantó de un salto y se colgó del cuello de su amado.

—Y yo a ti, princesa, pero todo sea por seguir con la tradición —respondió entre beso y beso.

Por un rato más, los tres se quedaron conversando de los viejos tiempos y de los planes para el futuro.

El resto del día pasó en una especie de nube de algarabía y fiesta, con abundante comida y bebida, música, juegos y unas traviesas gemelas que gateaban por todos lados, detrás de sus hermanos.

Afortunadamente todos los niños, incluyendo los de Helena y Alonso, se durmieron temprano esa

noche, agotados de tanto jugar y correr por los enormes jardines de la mansión Alcalá, lo que indicaba que los mayores estaban libres para empezar la función de adultos.

Helena se arreglaba de prisa; se le había hecho tarde acostando niños y acompañando a su amiga mientras la vestían de princesa para la gran ocasión.

Entre los dos bellos vestidos que trajo consigo, dudaba de cuál era el más apropiado para la boda civil. Dejó el recatado para la religiosa; el que lucía hoy era un modelo largo y entallado a sus curvas, con un escote que mostraba sus turgentes senos. La abertura en la parte posterior de la falda no se quedaba atrás: quitaba la respiración de cuanto caballero seguía sus pasos. El color granate de la tela combinaba con su cabello, que caía en ondas suaves sobre su espalda; y sus ojos, maquillados con maestría, la hacían ver como una gata sofisticada, lista para dar el zarpazo.

—¡Wow, amiga! ¡Vienes tirando con todo! —dijo Betty maravillada—. Si tu marido no reacciona con esto, entonces sí debemos empezar a preocuparnos. Ahora quiero que me acompañes; te tengo una sorpresa.

—¿De qué se trata? —preguntó al tiempo que se dejaba arrastrar de la mano.

—No comas ansias, que ahora mismo te enterarás —la acalló sin mirarla.

Al fin se detuvieron junto a un grupo de personas que charlaban animadamente. Miguel se encontraba entre ellos.

—Señoras... Caballeros... Para los que no la conocen, esta es mi querida amiga, mi casi hermana, Helena Nelson.

—Gusto en conocerlos —iba diciendo mientras saludaba de mano, hasta que le tocó el turno al último del círculo, Josué, su antiguo enamorado y maestro de la facultad.

—¡Hola, Helena! ¡Estás más bella que nunca!

—¡Dios! No esperaba verte —dijo con evidente sorpresa—. Pensé que estarías estudiando tu especialidad en Londres.

—Regresé apenas hace un mes, y aquí me tienes, asistiendo a otra boda de los del grupo. —Con sobrada intención, la apartó sin ella notar lo—. Según me enteré hoy, parece que solo quedo yo.

Helena entendió perfecto la indirecta; seguro que Miguel y Betty ya habían puesto al tanto a Josué de su asistencia a la boda.

—Te ves de maravilla —dijo sincera, por toda respuesta—. Ese aire de hombre maduro te sienta muy bien —agregó refiriéndose a las canas que teñían sus sienes.

Josué era, sin duda, un hombre atractivo, interesante y sofisticado; los años habían reafirmado su personalidad. Si su vida no hubiera dado un giro inesperado, seguramente ahora estaría con él.

—Gracias. Tienes una luz especial en la mirada; ahora me pareces más bella e inalcanzable...

—Josué, yo...

—Amiga, está llegando el juez. Por favor, localiza a tu marido porque son los primeros testigos en firmar.

La voz apremiante de Betty regresó a Helena al presente, lo que le impidió confesar a Josué el motivo de su desaparición.

Helena recorrió el área donde se concentraban los invitados, sin encontrar a Alonso por ningún lado. Estaba a punto de entrar a la residencia, en su busca, cuando alcanzó a escuchar, desde el jardín, una carcajada sensual que conocía de sobra.

Como siempre, Alonso no dejaba de sorprenderla; lo encontró sosteniendo en sus brazos a la dama de honor y prima de Miguel.

—Rafaela... Qué gusto saber de ti. Veo que sigues tan «amigable» como siempre —dijo por saludo.

—Querida Helena, me parece que tengo algo que te pertenece... —La dramática criatura se colgó del brazo de su marido, como queriendo demostrarle que no tenía intención de regresarlo aún.

—Sí, tal parece. Con mucha pena, pero debo quitártelo para atestiguar la boda de Betty y tu primo. —Helena estaba preocupada por sus dientes; de tanto apretarlos temía que se le fueran a caer.

—¡Oh! ¡Por supuesto! Se nos fue volando el tiempo —dijo mientras miraba a su acompañante con adoración—. Vayamos, pues, a presenciar el desatino de estos muchachos.

Rafaela se echó a andar con su esposo y dejó a Helena con un palmo de narices. Alonso se limitó a sonreír en todo momento.

Después de concluida la ceremonia, y en plena sesión de enhorabuenas y felicitaciones, Helena volvió a perder de vista a su marido; eso la hizo sentirse tan fuera de lugar que decidió retirarse a su habitación, aprovechando que el cuarteto de música empezaba a tocar música suave para bailar y que Betty no notaría su ausencia.

—¿Por qué no está bailando aún la chica más hermosa del lugar? —Josué la interceptó sujetándola suavemente del brazo—. Baila conmigo, Helena. No creo que a tu esposo le vaya a importar. —Siguió su mirada. A unas cuantas parejas de ellos, se encontraban Alonso y Rafaela.

—Esa canción la bailamos en la fiesta de cumpleaños de Hernán Jiménez. ¿Lo recuerdas? —Haciendo gala de su prodigiosa memoria, Josué desapareció la distancia entre ellos para hablarle al oído.

—¡Tienes razón! —Sonrió un tanto nerviosa— ¿Sabes qué ha sido de él?

—¡Claro! Yo sé todo de todos, así que pregunta —respondió con travesura.

Helena había olvidado lo bien que se sentía estar con Josué; su carácter alegre, su mirada sincera y su ingeniosa conversación la hacían reír a carcajadas. Como la felicidad era una decisión, a partir de ese momento, se dedicó a disfrutar de la velada, y qué mejor que hacerlo con

la mejor compañía. Recordando que tenía esposo, resolvió que ya mañana se volvería a preocupar.

Los recién casados, Helena y Josué fueron las estrellas de la noche; se ganaron público y aplausos cuando empezaron a bailar música movida de los ochenta.

Entre copa y copa y baile y baile, Helena sentía la carga de un par de ojos azules que la miraban con interés, pero ella decidió ignorarlos.

Cerca de la media noche...

—Si no te importa, me gustaría bailar con mi esposa. Josué, ¿verdad?

—Por supuesto. Gracias, preciosa. —Sin apuros, el galante doctor se llevó a los labios la mano que aún mantenía sujeta.

—Josué...

—Josué de La Peña —completó Helena a su interesado marido.

—¿Es el mismo de tu carta falsa? —Posesivo, Alonso aprovechó su desconcierto para pegarla a su cuerpo, tenso como una cuerda de violín.

«¡Vaya manía la suya de rodearse de puros cerebritos con memoria de elefante!», se lamentó Helena.

—Efectivamente, aunque nunca fue mi prometido. Supongo que, al irme de aquí, se truncó la relación —detalló con intención.

—¿A qué se dedica tu antiguo enamorado, Helena?

—Es neurocirujano en un hospital de Córdoba.

—¿Esposa, hijos...? —Ni Ford lo igualaba a la hora de los interrogatorios.

—No, él es soltero. —Se aguantó las ganas de agregar «disponible».

—Ya veo... Te recuerdo que tú sí estás casada, y espero que te comportes. No quiero que se repita otro espectáculo como el de esta noche. —Cualquiera que los observara, pensaría que Alonso le decía palabras dulces a su mujer; a fin de cuentas, estaban, como quien dice, «en plena luna de miel».

—Sería bueno que tú también recordaras eso; me parecen humillantes tus devaneos en público con Rafaela. —Aprovechando que la pieza musical llegaba a su fin y que los músicos anunciaban su descanso, se soltó con fuerza del abrazo y se retiró de la fiesta con la dignidad de una reina.

Después de constatar que los niños se encontraban bien, Helena dio las buenas noches a la niñera y se retiró a su habitación; esperaba que ahora, que estaba más que agotada, pudiera descansar.

Y así fue. Durmió tan profundamente que no sintió a Alonso llegar por la noche, ni en la mañana al levantarse; en un descuido había dormido entre las piernas de Rafaela.

Capítulo 48

El ambiente que reinaba en la casa cuando Helena bajó al comedor era totalmente festivo, y es que la familia Alcalá era grande y de carrera larga para eso de las celebraciones.

Las prisas empezaron no bien terminaron de desayunar. Había que estar en Córdoba, a más tardar, treinta minutos antes de las seis, hora en que daría comienzo la misa donde Betty y Miguel unirían sus vidas ante Dios. Helena pensaba con tristeza que a ella le hubiera encantado casarse por iglesia con Alonso. Al haber vivido en España, adoptó, además de muchas de sus costumbres y tradiciones, la devoción cristiana.

Los niños se quedarían en la mansión y serían cuidados por la niñera y supervisados por la querida nana Dolores, la mujer que había cuidado a Miguel desde que había perdido a su madre, a los diez años de edad. De otra manera, Helena y Alonso no hubieran accedido a separarse de ellos por tantas horas ya que, al igual que los novios y otras parejas, tendrían que pasar la noche en una *suite* del hotel.

Con todo y los nervios, la novia llegó justo a tiempo a la habitación nupcial para colocarse el suntuoso vestido de novia; solo retocarían un poco su peinado y su maquillaje antes de la ceremonia.

—Te ves preciosa, Betty —dijo Helena conmovida hasta las lágrimas.

—Y tú estás despampanante con ese vestido, que arrancará más de un suspiro.

Helena lucía un modelo de raso color amarillo, con escote profundo en la espalda y con una suave caída de la falda que acariciaba sus piernas al caminar; el atuendo lo complementaban un peinado alto con rizos que enmarcaban su rostro maquillado para la noche, el collar de lágrimas de brillantes que le había regalado Alonso y los pendientes de su madre. Calzaba unas delicadas sandalias de oro y pedrería, y sobre los hombros llevaba un chal de seda tejido a mano que usaría durante la ceremonia.

Después de la emotiva boda, al aire libre, todos se dirigieron a otra área del jardín acondicionada para la recepción. Dentro del gran toldo con decenas de mesas de manteles largos, cubertería de

plata, vajilla de fina porcelana y copas de cristal cortado, estaba la orquesta de la ciudad tocando música suave para amenizar.

Helena veía, con la boca abierta, los hermosos candiles esparcidos por los techos de aguas, los arreglos florales y la pista de baile de madera. Todo a lo grande, como le gustaba a Miguel.

Los novios abrieron el baile, con el tradicional vals, derrochando felicidad y dulzura, mientras se abrazaban tiernamente sin dejar de mirarse con arrobos.

Posteriormente a la pista se fueron agregando parejas de todas las edades, que rodeaban con algarabía a los recién casados.

Helena y Alonso observaban a los invitados y bebían champán en un incómodo silencio. Definitivamente, esos eventos eran solo para parejas bien avenidas que se complacían con el derroche de miel.

—¡Por fin te encuentro, guapo! —dijo la voz sensual de Rafaela, posicionada frente a Alonso—. Querida, tendrás que prestarme a tu marido un rato. Debo presentarme en la pista, como la dama de honor que soy, y mi pareja no ha llegado.

—Discúlpame un momento, cariño; debo ayudar a esta damisela en apuros —dijo Alonso al ponerse de pie.

Helena veía desde su asiento como Rafaela coqueteaba descaradamente con su marido, acoplando su delicada figura en el fuerte cuerpo de él. El muy canalla festejaba todo lo que la resbalosa mujer le decía; le hablaba al oído, casi rozaba sus labios.

—¿Me harías el honor de bailar con este pobre solitario? —pregunto Josué, lo que espantó de un chasquido sus patéticos pensamientos.

—Será un placer. —Si no hubiera sido impropio de una dama, habría saltado del gusto, pero se conformó con ponerse de pie agarrada a la mano de largos dedos, que en seguida la sujetaron con fuerza, pues un evidente mareo casi la regresó al asiento.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí. Creo que he bebido demasiado —confesó sin pena.

—Permíteme, por favor. —Toda galantería, Josué se acomodó a retirar el chal de sus hombros y dejó escapar un genuino bufido cuando observó la piel desnuda de su espalda—. ¡Dios! ¡Te ves increíble! —dijo mientras la hacía girar lento para verla desde todos sus ángulos.

—Igual tú —respondió ruborizada.

Justo como le había vaticinado Beatriz, Helena iba arrancando suspiros con cada paso que daba en dirección a la pista de baile. Una fuerza sin nombre la hizo voltear al centro del salón y se encontró con la mirada indescifrable de Alonso. En ese momento fue consciente de la cálida mano que abarcó la parte baja de su espalda y del varonil rostro que se acercaba al suyo; entonces, decidió dedicarse al cien a atender a su salvador.

Al cabo de dos piezas que les trajeron recuerdos de otros tiempos, Josué habló emocionado.

—¡Helena!, ¡no he podido olvidarte! Y aunque sé que tú ya estás casada, me doy cuenta de que tu matrimonio no anda bien. —Los ojos marrones buscaban la confirmación en su mirada—. Eso me alienta a decirte que aún te amo y que me harías el hombre más feliz del mundo si consideraras una vida con tus hijos y conmigo.

La chica no estaba preparada para la declaración de amor de nadie, y menos de Josué; se sentía muy alagada, pero a la vez mortificada porque, por más mal que anduvieran las cosas con Alonso, seguía siendo el hombre de su vida. Por nada del mundo, lastimaría a Josué por segunda vez.

—Josué, es necesario que entiendas...

—No me digas nada ahora, preciosa. Yo creo en el destino, y por algo ha decidido reunirnos hoy.

La orquesta de pronto cambió el ritmo a música movida, y todos los danzantes se dejaron envolver por el ritmo latino.

Poco a poco los novios fueron rodeados en círculo por las parejas que los animaban a reinventarse en la pista. A Helena y a Josué no les quedó más remedio que integrarse a la rueda de la fortuna humana, que giraba sin descanso alrededor de Betty y Miguel. Los novios, en cuanto pudieron soltar el papel protagónico, indujeron a los invitados, en pareja o solos, a que pasaran al centro y lucieran sus mejores pasos. Así fue como Helena se vio arrastrada al caliente ritmo, un buen bailarín y más copas de champán.

Qué bien se sentía el correr de la sangre por sus venas al ritmo de la sensual música española; Helena había olvidado lo estimulante que era saberse joven y deseada.

—¡Cielos! Creo que necesito un tanque de oxígeno —declaró con la respiración acelerada, en tanto se abanicaba el rostro con las manos.

El comentario espontáneo indujo a Josué a que mirara sus pechos, que subían y bajaban como invitándolo a que los apaciguara.

—Te traeré una copa para que calmes la sed —se ofreció luego de carraspear nervioso.

—Mientras vuelves iré al tocador de damas para refrescarme. —Sonrió con la inocencia de quien obra sin malicia.

—Ahora mismo te vienes conmigo —la interceptó Alonso en la puerta y la apresó de un brazo con la mirada furiosa.

—¡Por supuesto que no! Me la estoy pasando muy bien, y aún es temprano —respondió con altanería arrastrando las erres.

—¡Me importa un carajo! Ya me di cuenta de lo bien que la están pasando tú y el mequetrefe de tu enamorado. —Sabía reconocer a un hombre caliente a metros de distancia, y ese carbón estaba así por su mujer... Su mujer... —Te advertí que te comportaras —dijo por toda explicación cuando la llevaba casi a rastras al interior del hotel. No paró hasta llegar a recepción, donde pidió las llaves de su *suite*.

—Suéltame; no quiero ir contigo a ninguna parte. —Sin importarle la audiencia, forcejeó por el camino al elevador. Para Alonso era como llevar un saco de plumas; su rostro no expresaba nada.

Dentro del reducido espacio, a Helena no le quedó otra que contenerse. Tenían compañía; por fortuna ellos bajarían en el siguiente piso. Entonces, continuó con la batalla.

—Alonso... Por favor, déjame regresar. Es solo música y baile inocente; no te estoy faltando en nada —argumentó, pero el hombre tenía la fuerza de un huracán; no había manera de pararlo.

—¡Cállate de una vez, mujer! ¡La paciencia se me agota! —respondió con algo más parecido a un rugido.

Capítulo 49

En cuanto Helena y Alonso entraron en la habitación, él la encaró con rostro endemoniado. Sus manos, como tenazas, sujetaban sus brazos sin posibilidad de escape.

—¿Qué fue exactamente lo que te pedí ayer por la noche? —Impaciente por una respuesta que no llegaba, la sacudió con fuerza—. ¡Habla, maldita sea! —Los fuertes dedos apretaban sus brazos como torniquetes.

—¡Lo que me ordenaste, querrás decir! No estoy dispuesta a consentir tanta ridiculez cuando tú te exhibes con la mujerzuela esa. —No permitiría que Alonso le arruinara el viaje por sus ideas machistas, porque celos, seguro, no eran.

—¿Qué diferencia encuentras en lo que hacías tú con el tipo ese? Si nomás faltó que te desnudara y te hiciera el amor ahí mismo, en la pista de baile. —Poco a poco la empujaba para atrás hasta tenerla arrinconada contra la pared.

—¿De qué hablas? Josué no es así —estableció; sus ojos de miel echaban chispas.

—Todos los hombres nos excitamos cuando una hermosa mujer, medio desnuda, nos baila con sensualidad, nos sonríe con coquetería y nos acaricia con sutileza, y tu Josué no es la excepción; de hecho, lo traes bastante caliente ya. —Alonso era ofensivo con sus acciones y sus palabras; manoseaba a Helena y hacía más graficas sus insinuaciones.

—¡Mientes! Yo no he estado provocando a Josué, además, él me respeta —le gritó furiosa.

—Él lo único que tiene en mente es revolcarse nuevamente contigo; pero, en definitiva, se va a quedar con las ganas. ¡Tú ya tienes dueño! —aclaró deletreándolo. Con una mano le abarcó el rostro para cerciorarse de que le quedara claro.

—Te equivocas; Josué y yo nunca compartimos intimidad. Desde el principio establecí que no quería relaciones que me distrajeran de mi prioridad, que eran los estudios, y él estuvo de acuerdo con ello; sí hubo besos y una que otra caricia, pero no pasó de ahí.

—¡Ay, por favor! ¿Crees que me chupo el dedo? —La liberó de repente. Con paso decidido caminó al mueble de los licores, se detuvo, soltó el botón de su chaqueta y puso los brazos en jarra; con la mirada abajo, pensando su siguiente paso, sacudió la cabeza, mientras desdeñaba su idea, y terminó por servirse un *whisky* doble que se bebió de un golpe.

—No me importa si me crees o no; hace tiempo que me prometí no volver a sufrir por eso. Si no tienes otra...

Los firmes toques a la puerta interrumpieron su diatriba. «Mejor así», se dijo, con la intención de abrir, cuando Alonso se le adelantó.

—¿Qué buscas aquí, De La Peña? —rugió al sujeto del otro lado.

—¡Josué! —susurró Helena alarmada.

—¡Quédate donde estás! —ordenó su esposo con una mirada breve pero letal.

—¿Estás bien, Helena? —preguntó Josué preocupado; la puerta y Alonso le franqueaban la visión.

—Pero ¿qué pregunta es esa, De La Peña? ¡Claro que Helena está bien! Está con su marido —le aclaró apuntándole al pecho con el dedo índice.

—Alguien me dijo que te la habías llevado a la fuerza de la fiesta —le reclamó al tiempo que se tumbaba su dedo.

—Y si así fuera ¿qué? —Cansado del tipo lo tomó de las solapas del traje, lo elevó a su altura y lo puso contra la pared del pasillo—. ¡Escucha, mequetrefe, quiero que te largues de aquí y no vuelvas a buscar a mi mujer si no quieres que te rompa la cara!

—¡Por favor, Josué! ¡Retírate antes que las cosas empeoren! —Helena se acercó sin importarle lo que su marido dijera. La gente ya empezaba a salir de sus habitaciones para ver de qué se trataba el escándalo—. ¡Déjalo ya, Alonso! ¡Te lo ruego! —Valiente lo sacudió de la manga.

Alonso la vio un segundo y notó su palidez; soltó a Josué, pero su mirada seguía amenazante sobre él.

Helena no podía creer que era la causante de que dos seres inteligentes y racionales se enfrentaran casi a golpes, sin importarles más que sus intereses.

—Está bien, me voy, pero recuerda lo que hablamos. ¡Sigo aquí! —Josué tocó su pecho con la mano abierta y se alejó dejando sus últimas palabras en el aire.

—¿Qué quiso decir con eso? —Alonso la sujetó del brazo y la empujó adentro.

—¡Nada! —Confesarle la proposición de Josué sería como cavar su propia tumba.

—¿Todavía no me conoces, Helena? —Su rostro era una máscara inescrutable—. Te lo preguntaré de nuevo: ¿qué quiso decir tu enamorado?

—Le comenté de mis dolores de cabeza, y quiere revisarme. —Le dio una respuesta, pero nunca lo miró a los ojos.

—¿En verdad me consideras tan imbécil para creer esa patraña? —Permanecían de pie en medio de la alcoba, separados por un paso. Alonso no la tocaba, pero sus ojos dejaban ver la furia contenida por un cabello—. Si no me lo dices tú, me lo dirá el cretino ese —decidió de camino a la puerta.

—¡Espera! ¡Te lo diré! —Un estremecimiento recorrió su cuerpo al mirar el frío azul en los ojos de su dueño—. Josué piensa que nuestro matrimonio tiene serios problemas y me ha pedido que te deje.

—¡Maldito hijo de...!

—¿Por qué no aceptamos que nos equivocamos al casarnos, Alonso? —Con rostro de

abatimiento, se acercó a él unos pasos.

—Aquí el único problema es haber aceptado tu absurda sugerencia de dormir en cuartos separados, pero esta noche pondré remedio a eso.

Con un rápido movimiento, la atrapó y la envolvió en sus brazos de acero.

—¡Suéltame, Alonso! Se necesita más que sexo para llevar un buen matrimonio. —Movía la cabeza de un lado a otro tratando de esquivar los enloquecedores labios.

—No soy experto, pero me parece un buen comienzo. —Su boca se perdió en el fino cuello, mientras inhalaba su adictivo aroma.

—De sobra sabes lo que pienso al respecto —declaró debilitada.

—Ahora no pienses, solo siente, preciosa. Te aseguro que lo vas a gozar —prometió mientras arremetía con la cadera para dar alivio a su hombría.

—Busca a Rafaela; ella estará gustosa de revolcarse contigo. —No hablaba ella; era su orgullo de mujer.

—¡No! Te quiero a ti en mi cama —declaró. De pronto sintió que flotaba, hasta que terminó contra el muro. Alonso apresó sus muñecas, antes de que empezara el forcejeo, para tener libre acceso a su cuerpo—. Eres bella entre las bellas, y te deseo como un loco. ¡Bésame, Helena! —ordenó sobre sus labios.

—¡No! ¡Déjame! —gimió con terquedad.

—¡Basta de niñerías! Tú deseas esto tanto como yo —gruñó sin dejar de acariciarla, en tanto le arrancaba elocuentes jadeos en el proceso.

—No tienes idea de qué es lo que quiero, Alonso; en todo este tiempo de convivencia, no has aprendido a conocerme ni un poco, y eso lo entiendo bien porque no te interesan mis sentimientos, no te importo como mujer... —Mantén los ojos apretados para que él no adivinara cuánto lo deseaba.

Las palabras de Helena surtieron efecto; Alonso se detuvo, y ella levantó los párpados bajo la intensa mirada masculina.

—Te invito a que me digas eso que quieres, lo que anhelas, lo que esperas de mí —dijo con una ternura inusitada, tipo Alonso del pasado. Liberó sus muñecas y se alejó un paso, pero sus ojos siguieron clavados en los suyos intentado ver el interior de su cabeza. Seguía sin entender que era su corazón el que tenía las respuestas.

—Yo... Yo quiero que nos separemos. —El triunfo de la estupidez sobre el amor...

El rostro de Alonso se endureció, y su mirada se convirtió en dos dagas que apuntaban al pecho, ya por demás adolorido.

—¡Eso nunca lo permitiré! Llegando a casa celebraremos nuestra boda religiosa, y quedarás unida a mí de por vida, hasta que la muerte nos separe. —Con esta última «promesa», salió furioso de la habitación y no regresó hasta el amanecer, apenas a tiempo de volver a Montemayor para tomar el *jet* al «hogar, dulce hogar».

Capítulo 50

—Te ves hermosa, Helena, lástima que tus ojos estén tan tristes. Este debería ser el día más feliz de tu vida.

—Lo sé, Alba, pero no es así; mi sueño está cumplido a la mitad, y también mi felicidad es a medias —respondió mientras veía su reflejo por última vez, antes de salir a escena.

—Me duele tu dolor, amiga; ni siquiera logro imaginar qué sería de mi vida si Nathan no me amara tanto como yo lo amo a él. Pensar que toda esta felicidad que ahora vivimos te la debemos a ti...

—No pienses en eso —dijo con un rápido abrazo de consuelo—. Vamos, que el novio espera.

En un glorioso día de mayo, al mes de regresar de Montemayor, Helena unió su vida, por la ley de Dios, al dueño de su corazón, de su alma, de todo su ser, y con esto quedó sellada su tortura de vivir atada, por siempre, al único hombre sobre la faz de la tierra que no podía quererla.

La celebración fue muy íntima, al igual que la boda civil; estuvieron presentes solo familiares y amigos cercanos. Los novios estaban muy elegantes, ambos vestidos de blanco. Helena lucía un precioso vestido largo, sin mangas, con un tirante de flores de la misma tela sobre su hombro derecho, y un atractivo escote de corazón que mostraba lo suficiente de la sedosa piel de sus senos. El talle, confeccionado en pliegues cruzados, continuaba hasta la cadera; la falda caía con poco vuelo, pesada, y una abertura rompía la armonía para dejar escapar una deliciosa y torneada pierna al caminar. El novio vestía un fino traje de lino color marfil, compuesto de camisa con chaleco escotado, corbata de moño, pantalón con pinzas y mocasines de piel, del mismo tono. Helena y Alonso, la pareja ideal a la vista de todos; ambos bellos, distinguidos e inevitablemente distantes, como dos hermosos modelos de aparador.

La fiesta llegó a su fin y con ello, también, las noches de celibato para Helena, porque su esposo le dejó muy claro que, a partir de ese día, su matrimonio sería «normal» y, en el diccionario de Alonso, significaba un matrimonio con sexo, sin importar el amor.

Afortunadamente para Helena, de nuevo no habría luna de miel, ya que los compromisos de trabajo de Alonso se lo impedían y el puesto de ella, de asistente de cirugía, también.

—¡Al fin solos, esposa! —entonó, de camino a ella, al tiempo que se despojaba de la corbata y

la chaqueta.

Helena no podía menos que admirarlo. ¿Cómo no iba a estar enamorada de él si poseía todo lo que un individuo necesita para ser el hombre perfecto? Era un hijo ejemplar, un padre modelo, un amigo fiel, un patrón considerado y justo, bondadoso y desprendido con sus semejantes; solo Helena no pudo recuperar a ese hombre maravilloso para ella.

—Sí, eso parece... —Tenía la garganta seca, y no había modo de pedir una botella de champán para brindar; estaba segura de que esta vez no tendría cuórum.

—¿No te piensas desvestir? ¿O prefieres que lo haga yo por ti?

El maldito arrogante gozaba viéndola perder la batalla.

—No te molestes; lo puedo hacer sola. De hecho me daré un duchazo antes de acostarme. — Con cualquier pretexto buscaba aplazar la hora de la intimidad.

—No te tardes, cariño, a no ser que quieras que yo te enjabone... —Alonso soltó una burlona carcajada al mirar como su esposa entraba apresurada al baño y le ponía el cerrojo a la puerta.

Helena se sentía nerviosa y, al mismo tiempo, ridícula; no era su primera vez con Alonso, pero no podía evitarlo. El poder que ejercía ese hombre en ella era la causa de su mal y, a pesar de su desamor, sus infidelidades y su viejo rencor, eso no iba a cambiar; ahora, que se convertiría en su mujer, quedaría totalmente a su merced.

Durante el poco tiempo que duró el duchazo, se devanó el cerebro pensando cómo evitar lo inevitable; no podía permitir que su tonto corazón la volviera a exponer a más desprecios y rechazos por sus indeseadas declaraciones de amor en la cama.

Salió del cuarto de baño a una habitación sumida en el silencio y la semipenumbra; ubicó a su esposo metido en la cama y, en apariencia, dormido. Cuidando de no hacer ruido, se acostó bajo las sábanas sin atreverse a soltar el aire de los pulmones. Lento giró su cuerpo de lado, de espaldas a Alonso, y así fue como se permitió respirar normal y cerrar los ojos.

—¡Mmm! Deliciosa pero muy lejana...

—¡Santo cielo! —Dio un brinco en la cama al sentir la profunda voz justo sobre su oreja.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Acaso no me esperabas? —Alonso la tomó por la cintura y la arrastró hacia sí.

—¡Lo hiciste a propósito, truhan! Te fingiste dormido para jugar conmigo —le reclamó con una fuerza tal que se soltó de su amarre y se giró hacia él.

—En verdad dormitaba pero, al inhalar el dulce aroma de tu piel, mi cuerpo reaccionó de inmediato. ¡Perdona si te asusté! —La seriedad de Alonso podía convencer a cualquiera menos a ella, que conocía su retorcido sentido del humor.

Alonso se puso cómodo, apoyó la cabeza en su puño y, con la mano libre, empezó suaves caricias sobre la tersa mejilla de su esposa.

—¿No tienes sed? —preguntó Helena como al descuido

—¡Mucha! —respondió insinuante.

—¿Y hambre? —insistió sin darse por vencida.

—¡Más! —Pero Alonso encontraba la manera de volverlo todo a su favor. Acercó su rostro y besó los temblorosos labios con pasión abrazadora. Esa fue su manera de demostrarlo.

Helena se sentía como un pájaro que había abandonado la seguridad del nido para volar entre las fauces de feroces cocodrilos. Solo bastaba un beso de Alonso para prender la mecha de su adormecida pasión.

—¡Helena, bésame! No quiero a un maniquí en mi cama. —Alonso tenía atrapado su cuerpo con el suyo. Ya no habría tregua; su aliento acariciaba su rostro enardecido—. A estas alturas ya deberías de saber que yo siempre consigo lo que quiero —declaró inclemente, pues nunca admitiría que ella era lo más cercano a lo imposible.

Como si ya tuviera la solución al caos de su vida sentimental, Helena determinó que le daría eso y más. Alonso quería sexo puro e intenso, pues eso tendría, hasta que se hartara de ella y la dejara rumiar sus penas en la soledad de su propia habitación.

Resuelta, se prendió de su nuca para besar sus labios con frenesí, con toda el hambre y necesidad acumulada en estos meses de estar tan cerca y tan lejos de él.

Silenciosa y sensual, actuaba por cuenta propia, impidiendo a Alonso intervenir en el proceso de seducción. Se había montado a horcajadas sobre las estrechas caderas y tenía sujetas las muñecas por arriba de su cabeza; lo había aprendido de él. No quería que nada se interpusiera en el camino de su boca, que iba regando besos húmedos y suaves mordiscos por el cuello, los hombros, el pecho y el tórax; era claro cuál era su objetivo.

Cuando Alonso fue tomado, exhaló un ronco gemido y se estremeció con violencia. Helena era única; la mayoría de las veces, ingenua, pero audaz a la hora de dar. Luchando contra la deliciosa debilidad que se había apoderado su cuerpo, se obligó a abrir los ojos para constatar que estaba en su cama y no en el cielo. Alucinante... Si había que ponerle un calificativo a su experiencia sería ese. Incapaz de dejarla ir, sujetó su cabeza contra sí para inmortalizar el momento.

Helena era otra en los brazos de Alonso; era fuego, era energía letal, dispuesta a internarse en las desconocidas aguas del erotismo y la sensualidad por amor a él.

Alonso emitió un jadeo casi animal; fuertes convulsiones sacudían su cuerpo. El único nexo con el mundo real eran sus puños agarrados con fuerza a las sábanas. La explosión orgásmica fue tan intensa que estaba seguro de que nada volvería a ser igual. Algo dentro de él se había removido hasta la cimiente y lo dejó momentáneamente sin voluntad.

Helena fue premiada con creces. Alonso sacó de su repertorio distintas maneras de hacerla gritar su nombre, de pisar el cielo. Sentía una necesidad inexplicable de saberla llena, satisfecha, suya...

Debió de haberse impuesto hacía mucho tiempo; esos eran sus pensamientos cada vez que volvía la calma, pero su orgullo de macho rechazado se lo impedía. Creía que podía vivir sin la increíble experiencia de volver a poseer a la única mujer que logró sorberle el cerebro y la

voluntad desde el día que la había conocido. Sencillamente necesitaba su cuerpo para poder considerarse vivo.

«¡Oh, sublime momento donde mi hombre me pertenece por completo por unos breves y maravillosos instantes!», recitó Helena en su cabeza, antes de perderse en un profundo sueño donde todo era gozo y felicidad.

Capítulo 51

Seis meses se cumplían hoy de la boda religiosa, y la bendición seguía vigente sobre los Rivadeneira. La relación familiar era poco menos que perfecta. Alonso y Helena volvían a ser buenos amigos, y eso transmitía vibraciones positivas por todo el hogar.

Pero la realidad era otra en la habitación de Helena, donde noche tras noche daba rienda suelta a su aflicción. Betty le aconsejaba que aguantara, Alba le pedía que fuera fuerte y paciente, pero la realidad de las cosas era que su corazón estaba enfermo por acumular tanto amor sin entregar. Ver a su esposo feliz con lo que compartían —cierto, era el mejor sexo del mundo, todas las noches en su alcoba; él parecía no saciarse nunca de ella— le hacía preguntarse por qué él no necesitaba de su amor. ¿Acaso suponía que lo tenía?, ¿acaso tenía el de alguien más? ¿Quién podía lograr la paz interna con estas dudas? Desde luego, ella no.

—¿Cómo van las cosas con tu esposa? —preguntó Nathan especulativo. No dejaba sus análisis ni en las fiestas de fin de año.

—Yo diría que bastante bien. ¿Por qué lo preguntas? —«Estos psicoanalistas quieren ver defecto donde no lo hay», se dijo Alonso divertido.

—Percibo cierta tristeza en su mirada —dijo mientras la observaba de lejos.

Alonso buscó sus ojos y, como si existiera una conexión invisible, sus miradas se engancharon. En ocasiones como esas, el mundo desaparecía para los dos.

Nathan sabía perfecto a qué se debía la melancolía de Helena. Sus métodos de investigación sobre el espécimen raro de Alonso solo dejaba esa opción: meter aguja para sacar hebra.

Hoy celebraban en parejas la fiesta de fin de año en el Pacific Hospital. En el lugar se encontraban reunidos los esposos o esposas de sus empleados. Este año le había tocado a Alba y a Alonso acompañarlos. La lista de amistades había crecido mucho gracias a la afabilidad de Helena; sin embargo, Alonso seguía siendo un hombre serio y retraído, sobre todo en público.

Alba se veía guapísima vestida toda de negro, mientras que Helena iba ataviada con un atrevido vestido rojo que marcaba sus curvas sensualmente e invitaba a los ojos masculinos a mirar más de dos veces.

—Me parece que ya es hora de sacar a bailar a las chicas. —La llama del deseo seguía viva en

él como la primera vez. Ver a su bella esposa de lejos no era suficiente; necesitaba, por lo menos, poderla tocar, oler, sentir... Con paso de felino a la caza, emprendió la marcha hacia el grupo de señoras donde se encontraba ella.

—¡Dejarlo! ¡No te queda otra que dejarlo! —dijo Ángela de forma acalorada.

—Es más difícil decidirse cuando hay una familia de por medio, pero estoy de acuerdo con que hay que dejarlo —convino Helena con voz lastimosa.

—¿Cuándo se lo dirás? —preguntó Claudia.

—No le digas nada, solo déjalo... —opinó Cristina molesta.

—Buenas noches, señoras. —La inesperada visita hizo pegar un brinco a más de una—. ¿Me permiten robarle a mi esposa? Están tocando nuestra canción... —Alonso tomó a Helena del talle y la llevó a la pista, donde ya se encontraban varias parejas bailando.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella con los ojos entrecerrados.

—¿Así cómo?

—No lo sé... Como si buscaras la respuesta a una pregunta que no has formulado.

Alonso no terminaba de asombrarse de lo mucho que Helena lo conocía y de lo intuitiva que era.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó a su vez.

—Solo si tú tienes algo que preguntarme —respondió con coquetería.

—¿Piensas dejarme...?

De repente, la voz de Alonso se perdió entre el coro de voces que, incitado por los músicos, empezó la cuenta regresiva de las doce campanadas para Año Nuevo. Contagiada por el alborozo del gentío, Helena se agregó al griterío a voz en cuello.

—¡Feliz Año Nuevo!

En segundos todo se volvió aplausos, abrazos, lágrimas, besos y buenos deseos para el año que iniciaba, pero Alonso no se veía por ningún lado. El bullicio los había separado como un mal presagio.

Agobiada por el ruido y el calor, Helena salió al jardín como muchos otros. A lo lejos vio una banca oculta por arbustos y hacia allí se dirigió; necesitaba un rato a solas.

—Aquí te escondes... ¡Feliz año, esposa mía! —Alonso la abrazó por la espalda y reprimió su brinco involuntario.

Helena no dijo nada, solo lo abrazó con fuerza.

—¿Por qué lloras, preciosa mía? —Los dedos de Alonso enjugaron sus lágrimas con ternura.

—Extraño a los niños —respondió con una verdad a medias—; me gustaría estar ahora con ellos.

—Eso tiene fácil solución; vayamos ahora mismo a casa. —Levantó su rostro y besó la punta de su nariz; luego le tomó la mano, y juntos entraron al salón para despedirse de sus amistades.

El camino de regreso lo hicieron sumergidos en un armonioso silencio, pero sus manos nunca se soltaron.

Apenas entrar, se dirigieron a la habitación de los niños que, aunque dormidos, los abrazaron y besaron en su primer día del año. Las gemelas también dormían tranquilas, pero papá y mamá se tuvieron que conformar con solo mirarlas porque, si las besaban, despertarían de su sueño como la princesa del cuento, pero para hacer travesuras.

Helena y Alonso se fueron a la alcoba de este, como todas las noches, para amarse con locura el primer amanecer del año. Cuando ella hizo el intento de marcharse, él la abrazó con fuerza y la arrulló con palabras tiernas hasta que se quedó dormida. Los primeros rayos de sol sorprendieron sus cuerpos desnudos y cansados.

A partir de esa noche, Helena no regresó más a dormir a su habitación; algo especial había sucedido la noche de Año Nuevo, que ya no le preocupaba el amar o ser amada.

Tres semanas después...

—Mañana es el día de la recolección para la Casa Hogar. ¿Qué te tocó a ti? —preguntó Sofi mientras ayudaba a Helena a suturar a un accidentado de motocicleta.

—Ropa, pero francamente no veo en qué momento la pueda comprar —dijo mientras revisaba en la mente su agenda, repleta de hospital—; así que donaré una buena suma de dinero para que se haga la remodelación que el lugar tanto necesita —resolvió con rostro agotado.

—Es magnífico lo que harás, Helena, pero te advierto que los niños se sentirán decepcionados si no estrenan ropa mañana.

—¡Oh! ¡Dios! ¿Cómo lo resuelvo? —Levantó su rostro, contrito de la herida, para mirarla a ella.

—Yo te puedo hacer las compras, solo pásame la lista de los niños para saber sus edades y tallas.

—¡Ay, Sofía! ¿Harías eso por mí?

—Claro, ahora me sobra tiempo, ¿recuerdas? —Un día después de la fiesta de Año Nuevo, había resuelto abandonar a su esposo. Un mes atrás había descubierto que tenía otra mujer y un hijo.

—Amiga, siento mucho por lo que estás pasando y te agradezco que trates de ayudarme a pesar de todo.

—A mí me ayuda estar ocupada todo el tiempo para no pensar.

—Gracias, Sofi. —Tomó sus manos y las oprimió condolidamente con su pena.

—¡Nada de gracias! Entrégame la lista y tu tarjeta de crédito. —La amenazó con su pistola imaginaria, y ambas se echaron a reír.

—Qué amargados —susurró Helena cuando varios pares de ojos molestos voltearon a verlas.

Ya avanzada la tarde, Sofi llegó a la residencia de los Rivadeneira cargada de paquetes; Elías fue el comisionado para bajarlos del auto y llevarlos con toda discreción al cuarto vestidor de Helena. Si Ian o Diego los veían, querrían abrirlos todos y no pararían nunca de hacer preguntas.

A pesar de que las responsabilidades en casa aumentaban para Helena cuando Alonso salía de viaje, le sobraba tiempo para extrañarlo; hoy se cumplía una semana desde su partida, y su cuerpo no soportaba más la espera para estar de nuevo entre sus brazos. A su cama no regresaba ni en sus ausencias, pero aún no se atrevía a trasladar sus cosas a la habitación de él.

Pero mañana se acabaría su suplicio; su amor regresaba a casa. Ansiosa como se sentía, estaba segura de que pasaría otra noche de insomnio. Mejor se pondría a empacar, en sus maletas, la ropa de los niños de la Casa Hogar para entregarla al salir del hospital.

—Buenos días, Elías. Por favor, no se detenga por mí, llévese a los niños al colegio. Yo me iré en mi auto, todavía tengo cosas que hacer antes de partir y no quiero que mis amores lleguen tarde a clases.

—Como ordene, señora. Ya escucharon, jovencitos, hora de irnos —expresó con algarabía.

—Pórtense bien y no hagan travesuras. —Helena repartía besos a Ian y a Diego mientras los guiaba al auto—. Colóquense los cinturones.

—¡Síííí, mamááá! —corearon con burla.

Helena los miró feliz hasta que se perdieron de vista. De pronto recordó su pendiente: tenía que acarrear las maletas afuera. Si no se apresuraba, llegaría tarde a trabajar.

Con tantas carreras, casi se le olvidó despedirse de sus muñecas, de Lucy y de la nana. Cumplido el objetivo regresó al auto, abrió la cajuela y...

—¿Así que eran ciertas mis sospechas? ¿Te marchas como un ladrón, en mi ausencia?

Sorprendida, Helena dio un salto que le hizo estrellar la cabeza contra la portezuela. Era Alonso, que había llegado más temprano de lo dicho.

—¿Perdón? —Sonrió por la broma.

—Es evidente que no me esperabas tan temprano, Helena.

Con gusto se arrojaría a los brazos de su amado, pero la fría mirada, que le recordó al otro Alonso, la detuvo.

—No sé de qué me hablas... —respondió con ojos de confusión.

—¡De esto! —Iracundo, señaló las maletas, con tan mala suerte que alcanzó a una y esta cayó al piso y se derramó el contenido ante su mirada atenta—. ¿Volvemos a las mentiras y los engaños, Helena? Todos estos días me has estado enzorrando con amanecer en mi cama para distraerme de tus verdaderos propósitos. Me vas a abandonar llevándote a mis hijos. —No preguntaba, acusaba como quien tiene todas las pruebas en las manos.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —Cada vez entendía menos, y su rostro contrariado era prueba de ello.

—Deja de fingir; lo sé todo. Te escuché hablar con tus amigas la noche de Año Nuevo. Desde entonces sé que planeas dejarme pero, con lo último que ha pasado entre los dos, creí que habías cambiado de parecer. —Alonso la sujetó de los hombros, pero ya no había enojo en su mirada.

De hecho Helena no se atrevía a asegurarlo, pero se parecía al sufrimiento.

—¡Jamás te alejaría de tus hijos! Sé cómo los amas y cómo te aman ellos a ti —respondió casi en un susurro.

—Entonces, ¿te vas sin los niños? ¿Serías capaz de abandonarlos con tal de alejarte de mí? — Su mirada atormentada se mantenía fija en la miel—. Helena, sé que he sido el peor de los hombres contigo, el peor de los esposos. —Con rostro afligido tomó sus manos y las aprisionó contra su pecho con devoción—. He sido un canalla rencoroso y cruel en muchas ocasiones y te pido perdón por ello. ¡No me dejes, preciosa! No sabría cómo vivir sin ti.

Helena no entendía nada; la sorpresa la tenía enmudecida. Solo atinaba a mirar el rostro suplicante con los ojos brillantes por las lágrimas. Pero, ¿por qué?

—Al verte aquí, así, abandonándome, se me ha aclarado el entendimiento. —Alonso por fin daba un pista, equivocada, pero pista al fin—. Hasta ahora, que te estoy perdiendo, entiendo por qué me ha sido tan difícil aceptar tu arrepentimiento, porque me he esforzado en no perdonarte por los errores del pasado y creer en ti como tantas veces me lo suplicaste. Hasta ahora comprendo que todo este enojo no ha sido otra cosa que mi forma de protegerme del miedo a volver a sufrir. —Helena escuchaba sin poderlo creer. Alonso por fin se abrió para hablarle de sus miedos. El hombre inflexible, fuerte y poderoso sentía miedo de que ella lo abandonara.

»A pesar de todos mis esfuerzos, no he podido evitar sentirme enfermo de celos y de frustración por ti; en mi ignorancia y soberbia, llegué a pensar que toda esta maravillosa química que nos une sería suficiente para mantenerte en mi cama sin comprometer mi razón.

Helena creía que estaba soñando; no se atrevía a moverse para no despertar, pero era tan vívido que hasta sentía como las fuertes manos acariciaban su espalda y como los succulentos labios recorrían su rostro y su cuello y como el delicioso aroma de Alonso invadía sus sentidos y... Alonso no podía parar y ella no quería que lo hiciera.

—Teníamos que llegar a este momento para que yo pudiera descifrar que mi dificultad para relacionarme con otras mujeres se debía a que no puedo estar con otra que no sea la mujer que amo. ¡Te amo, Helena! ¡No me dejes, corazón! —Los temblorosos labios besaban con desesperación su boca, que continuaba entreabierta de la impresión—. Prometo ser el mejor de los esposos y nunca jamás volver a hacerte sufrir. Dedicaré lo que me resta de vida a amarte y a cuidar de ti y de nuestros hijos. —Alonso sintió que le fallaban las fuerzas y se deslizó hacia abajo, hasta quedar sentado en los escalones, pero no iba solo; con su abrazo arrastró a Helena con él.

—¿Tú me amas? ¿No me estás haciendo una cruel broma para castigarme? —preguntó Helena

con desesperación, asida con fuerza a sus mangas.

—Te amo desde aquel día en que te conocí en el bar; por eso me dolió tanto tu traición. Ni la cárcel ni la pena de dejar de ver a los niños, ni la ruina ni la humillación social me dolieron tanto como tu engaño y abandono. —Alonso la miraba con arrobó y con una luz de esperanza al no contradecirlo.

—¡Perdóname, Alonso! ¡Perdóname por todo el dolor que te causé! Te juro que mi alma no ha tenido reposo desde entonces.

—Hace tiempo que te perdoné, cariño; solo que mi miedo no me dejaba reconocerlo. Era más fácil ser un ciego cínico e hipócrita, un macho rencoroso que aceptar que una joven hermosa e inocente se había apoderado de mi mente y de mi corazón desde aquel bendito día.

Alonso hablaba mientras sus labios llenaban de besos su rostro, renuente a apartarse de ella.

—Helena, mi vida, me duele en el alma haberme ensañado contigo, haberte hecho responsable de mi propia estupidez por no haber sabido reconocer al verdadero enemigo en mi propia casa. He sido un abusivo que se aprovechó de tu cercanía para desahogar su frustración y rabia. —Tomó las manos, que rodeaban su rostro, y besó el latido de la muñeca con infinita ternura—. Me he comportado como el peor de los cobardes al desconocer mi amor por ti a pesar de los cientos de señales, empezando por mis terribles celos al verte con otros hombres. Te dejé sola frente al mundo cuando más necesitabas de mi apoyo y de mi amor. Cometí la peor de las villanías al negar la paternidad a mis hijas; creo que nunca me perdonaré por no haber estado a tu lado cuidándote y adorándote durante el embarazo.

Alonso no recordaba cuándo había sido la última vez que había llorado, no recordaba cómo era eso hasta que sintió la humedad de las lágrimas correr por su rostro; entonces supo que había recuperado su alma, que había dejado abandonada en aquella celda.

—Me duele el corazón de imaginarme cuánto miedo debiste de haber tenido cuando llegó la hora del nacimiento de las gemelas. Yo no estuve ahí para tomar tu mano y decirte lo mucho que te amo y te agradezco el precioso regalo que me has dado. —Su mirada de adoración era la prueba infalible del amor verdadero.

Helena estaba enternecida hasta el alma con las palabras de Alonso; estas llegaron cuando ya había perdido las esperanzas de que algún día la amara.

—Solo te pido una oportunidad para demostrarte, por el resto de nuestras vidas, lo mucho que te amo y te deseo. Mi bella Helena, estoy loco por ti.

—Pero tus continuas salidas nocturnas... Tania...

—Tania y yo hace tiempo que terminamos; eso sucedió justo el día que confirmé que era el padre de las gemelas. Lo que viste aquel día, en mi oficina, fue un error. Nunca hubo verdadero amor entre los dos; nuestra relación era cordial y cómoda —le aseguró con mirada clara—. Cuando te volví a ver en Francia, se activaron en mí todos los sentimientos adormecidos, los buenos y los malos... El estado de salud de los niños fue, sin querer, el pretexto que te regresó a mi vida; solo que predominaron en mí el rencor y los bajos instintos, y te obligué a vivir en mi

infierno. El hecho de que me atrajeras tanto me enfurecía más; no soportaba tener ningún tipo de debilidad por ti. Sin embargo, al hacer el amor y experimentar en tus brazos el éxtasis más arrollador que jamás haya vivido, me volví más adicto a ti.

»Qué caro me hiciste pagar por presionarte para que te casaras conmigo. —De pronto apareció una sonrisa de pillo en su rostro—. Tengo que confesarte que mis salidas nocturnas solo eran un ardid para hacerte reaccionar; no me cabía en la cabeza que no quisieras intimidad conmigo cuando la realidad me decía otra cosa. Muchas veces me tachaste de cretino, pero siempre supe que tú y yo seríamos los amantes perfectos. —De nuevo la mirada azul se oscureció atormentada—. Sé que aquella y única ocasión de intimidad forzada por mí te lastimó y que tuvo increíbles consecuencias, pero debes saber que en mí también dejó una honda herida y una marca que ya no puedo borrar. —Inspiró con fuerza para deshacer el nudo en su garganta—. ¡Perdóname, amada mía! ¡Perdona a este mequetrefe, que no ha hecho otra cosa que lastimarte queriéndote tanto!

Por fin se dieron oportunidad de prodigarse unos minutos de besos y caricias para calmar las ansias que nacían de sentirse en comunión total. Como dos seres que adolecen de medios para amarse en la comodidad de cuatro paredes, se besaban con ardor bajo el techo azul del cielo cómplice y sobre la cama de un duro escalón.

—¿Ves lo que me haces, princesa mía? —«¿Alonso sonrojado?», se preguntó Helena adorándolo más.

—Después de probar tus labios, tus besos, tus caricias y tu precioso cuerpo, hecho a la medida para mí, ya no podía aceptar un «No» por respuesta. Reconozco que me valí de todo y de todos por meterte en mi cama de nuevo y no me arrepiento; de no haber sido así, tú y yo estaríamos separados irremediabilmente.

—¡Mis ojos de mar atormentado! —Después de conocer la profundidad de sus sentimientos por ella, ahora sí podía gritar su amor por él a los cuatro vientos—. Yo también te amo con locura y pasión sin medida. Doy gracias a Dios por haber obrado en tu alma para conseguir tu perdón y tu amor, aún sin merecerlo; te prometo que también me esforzaré para hacerte el hombre más feliz del planeta y para que jamás te arrepientas de amarme.

—¿Cómo no perdonarte y amarte si eres la responsable de que haya conocido el verdadero amor y la felicidad de tener una hermosa familia? Me ha sido muy difícil reconocerlo porque jamás había querido a ninguna mujer. No sabía lo que era estar enamorado de verdad; antes de conocerte pensé que llevaba una buena vida, pero la verdad es que era una vida insípida y sin emoción. Juro que, hasta que te conocí, hice el amor por primera vez.

—¡Alonso!, ¡mi vida! Te amo con todo mi corazón. Te amé desde que vi tus maravillosos ojos por primera vez. —Helena no pudo más con la emoción que la embargaba: volvió a los labios, que ya la esperaban entreabiertos, para entregarle un beso cargado de amor, confianza, fe y mucha pasión. Era imposible que fuera de otra manera; sus cuerpos y sus almas ya estaban predestinadas a estar unidas por siempre.

Después de casi dos horas de aclararse malos entendidos, prodigarse promesas de amor, entre beso y beso y apasionadas caricias, Helena recordó el compromiso pendiente.

—Amor, las maletas... —Insaciable, se obligó a desprenderse de los fuertes brazos para juntar la ropita regada por el piso.

—Sí, qué bien que lo mencionas. ¿A dónde van y qué llevan dentro? —preguntó obligándose a despegar su mirada hambrienta de su lindo trasero.

—Llevan un poco de cariño y esperanza para seres inocentes que no deben perder la fe en el amor de Dios.

Después de que Helena le explicara a Alonso del contenido y del destino de las «milagrosas maletas», juntos ayudaron a que llegaran a tiempo a su última misión, con el ferviente deseo de que los nuevos dueños también recibieran el mensaje que necesitaban para alcanzar la felicidad.

FIN

Si te ha gustado
Muchas mentiras y unas cuantas verdades
te recomendamos comenzar a leer
El dulce sabor de la verdad
de *Chris Razo*



Prólogo

Después de enterarme de que el hombre al que amo estaba casado, creí que lo mejor era irme de su casa, y así lo hice. Me marché cuando él no estaba, pero no sin antes dejarle una nota. Me ha herido y creo que se merece saberlo.

En el momento que estés leyendo esto, yo ya no estaré aquí. He decidido irme. No puedo compartir techo con una persona que me ha engañado durante tanto tiempo. Trataré de no separarte del niño. Sé que lo quieres de verdad. Es el único sentimiento verdadero que creo que tienes.

Yo me pondré en contacto contigo. No me busques; no me llames. Deja que pase el tiempo, por favor. En este momento, no estoy preparada para verte. Me has hecho mucho daño. Precisamente tú, que sabías perfectamente por lo que había pasado. ¿Cómo fuiste capaz de engañarme? ¿Por qué no me lo contaste? Recuerdo perfectamente el día en que te pregunté por qué un hombre como tú no estaba casado y me dijiste que no habías encontrado a la mujer adecuada, que tu trabajo era difícil de entender. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Te hubieras fastidiado los polvos de después? ¡Eres un cabrón! Has tenido mil y una ocasiones para contármelo y no lo has hecho. ¿Estabas con las dos tú también? ¡Soy una maldita estúpida por creer en ti! De lo único que me dan ganas en este momento es de largarme lejos de aquí y no verte nunca más. Lo que más rabia me da es que te quiero. Por eso nunca voy a poder perdonarte.

Recojo todas mis cosas. Cojo a Alessandro y salimos. Pensé que seríamos felices aquí. Otra vez me equivoqué. No puedo creer que, después de todo lo que he sufrido con Álvaro, me hayan fallado de nuevo. ¿Tengo un imán para las mentiras?

Pensé que Marcos era diferente. Que de verdad se merecía una oportunidad y que yo lo quisiera. ¿Qué me pasa con los hombres? ¿No puedo tenerlos solo para mí?

Sé que tengo que ser fuerte. No solo por mí, sino por mi hijo. Él es el único hombre en el que siempre confiaré.

Marcos

Llevo todo el día metido entre papeles tratando de no pensar, de despejarme, pero es imposible. Sofía no sale de mi mente. Me siento un miserable por haberle mentido. Sentí un dolor inmenso cuando la vi llorar. Más aún, cuando sé que yo soy el único culpable de ello. Podría haberlo evitado. ¡No se puede ser más imbécil que yo! Lo peor de todo es que ella de verdad cree que estoy con Fiorella y, aunque traté de explicárselo, ella no me creyó. Supongo que es lo lógico, no puedo culparla. La fallé, pero la quiero y, no sé de qué manera, pero voy a recuperarla. A ella y a mi hijo.

Capítulo 1

NUESTRA VIDA

Hace una semana que nos fuimos de la casa de Marcos y aquí estamos, invadiendo la casa de la tía Ana (solo temporalmente).

Estoy buscando cosas por internet. Ahora tengo dinero para poder comprarme algo, pero quiero tomármelo con calma. Quiero que mi hijo tenga el mejor hogar del mundo.

Con Ana todo es perfecto. Desde que vinimos aquí, no ha dejado de mimarnos a ninguno de los dos. A mí, porque dice que estoy recién parida y a Alessandro, porque es su sobrino y piensa consentirlo hasta los treinta por lo menos. (Creo que sé dónde irá el niño, el día que se enfade conmigo).

—¿Ya se ha dormido el angelito? —pregunta Ana.

—Sí. Por fin.

—No puede ser más bueno, Sofía.

—Tienes toda la razón. Tengo mucha suerte.

—¿Qué sabes de Marcos?

—Nada. No he tenido noticias tuyas.

—¿Estás bien?

—Sí. Perfectamente.

—¡Mentirosa! ¡Siéntate! Vamos a tener una charla tú y yo.

—¿Puedo evitarlo?

—Me temo que no. —Me siento a su lado.

—Ahora, en serio, ¿cómo estás?

—No lo sé, Ana. ¿Dolida, jodida, destrozada?

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga?

—Hablar con Marcos. Yo sé que no tiene excusa. Comparto contigo que es un cabrón, pero ¿no crees que está sufriendo sin ver al niño y sin saber de él? El niño no tiene que pagar por ello.

—Y no va a pagar, te lo prometo. Solo necesito un poco de tiempo. No estoy preparada para encontrarme con él.

—No dejes que pase el tiempo y que el niño empiece a no necesitarlo. Es un bebé, nena, y crecen demasiado pronto. Piénsalo. —Me abraza. Sé que tiene razón. Ella siempre la tiene. Tengo que poner mi mente en orden y hacer las cosas bien.

Me paso toda la noche pensando en la conversación que he tenido con Ana. Aunque me haya mentido, él niño no entra en nuestro juego. No puedo hacerle daño con él.

Así que, después de una mala noche, un café y ver la imagen más bonita del día (la cara de mi hijo), me armo de valor y escribo un mensaje.

SOFÍA (09:15)

Buenos días. He estado pensando mucho y, aunque ni por un momento pienso en perdonarte, no quiero que dejes de ver al niño. No quiero que tenga que echarle de menos por mi culpa. Así que, cuando tú quieras, puedes verlo.

Mandado. Me tiemblan las manos. ¿Estoy preparada para verlo? Creo que no. Tendré que sacar mi coraza de nuevo y dejar mis sentimientos a un lado. Supongo que lo que no hagas por un hijo, no lo harás por nadie.

MARCOS (09:17)

Gracias por escribirme. Me moría de ganas por saber cómo estaba el niño, pero sabía que no podía escribirte. ¿Podemos quedar hoy? Donde tú quieras y a la hora que sea. No me importa. Gracias de verdad.

¿Hoy? ¿Tan pronto? No puedo negarme. Sé que se muere de ganas por verlo.

SOFÍA (09:18)

Ok. A las 18:30 en la cafetería de siempre.

Y así quedamos. Me ducho, me pongo un pantalón y arreglo al niño. A las seis salimos. Estoy nerviosa; no puedo negarlo. No sé cómo voy a reaccionar. Verlo tan pronto no entraba en mis planes. Y aunque mi corazón le odia, también le echa de menos. Es inevitable.

¿Ilusión o realidad?



No existen las mentiras grandes ni pequeñas, tampoco las blancas, grises o negras, pero sí las mentiras obligadas.

Helena es una chica tranquila, dedicada a su profesión. Su rutina diaria es predecible, hasta que recibe la llamada de auxilio de su hermana que dará un giro a su mundo. Margaret y sus sobrinos son la única familia que le queda y por ellos es capaz de enfrentarse hasta al mismo diablo.

Alonso Rivadeneira, es el «diablo» en cuestión; disfrazado de hombre de familia y empresario exitoso, en la intimidad de su hogar parece convertirse en un maltratador de seres indefensos.

Entre mentiras y verdades, Helena y Alonso habrán de enfrentar muchas batallas. El conquistador de la verdad absoluta será el que descubra el camino de la felicidad.

Olga Hermon. Soy mexicana. Vivo y resido en la ciudad de Hermosillo, Sonora. A la edad de quince años descubrí el mundo del romanticismo escrito con la primera historia de amor que leí, a partir de entonces, devoré cuanta novela cayó en mis manos y hasta la fecha, sigue siendo mi pasión. Pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad. De pronto descubrí que deseaba ser yo misma la que creara las historias; soñaba con ser la responsable de hacer vibrar los corazones de los lectores con mis propias novelas. Fue así como 2010, después de descubrir RNR, me atreví a iniciar este fascinante transitar. Doy gracias a Dios porque ha estado conmigo, poniendo en mi camino a personas increíbles que han guiado mis pasos.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Olga Hermon

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-13-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Muchas mentiras y unas cuantas verdades

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Olga Hermon
Créditos